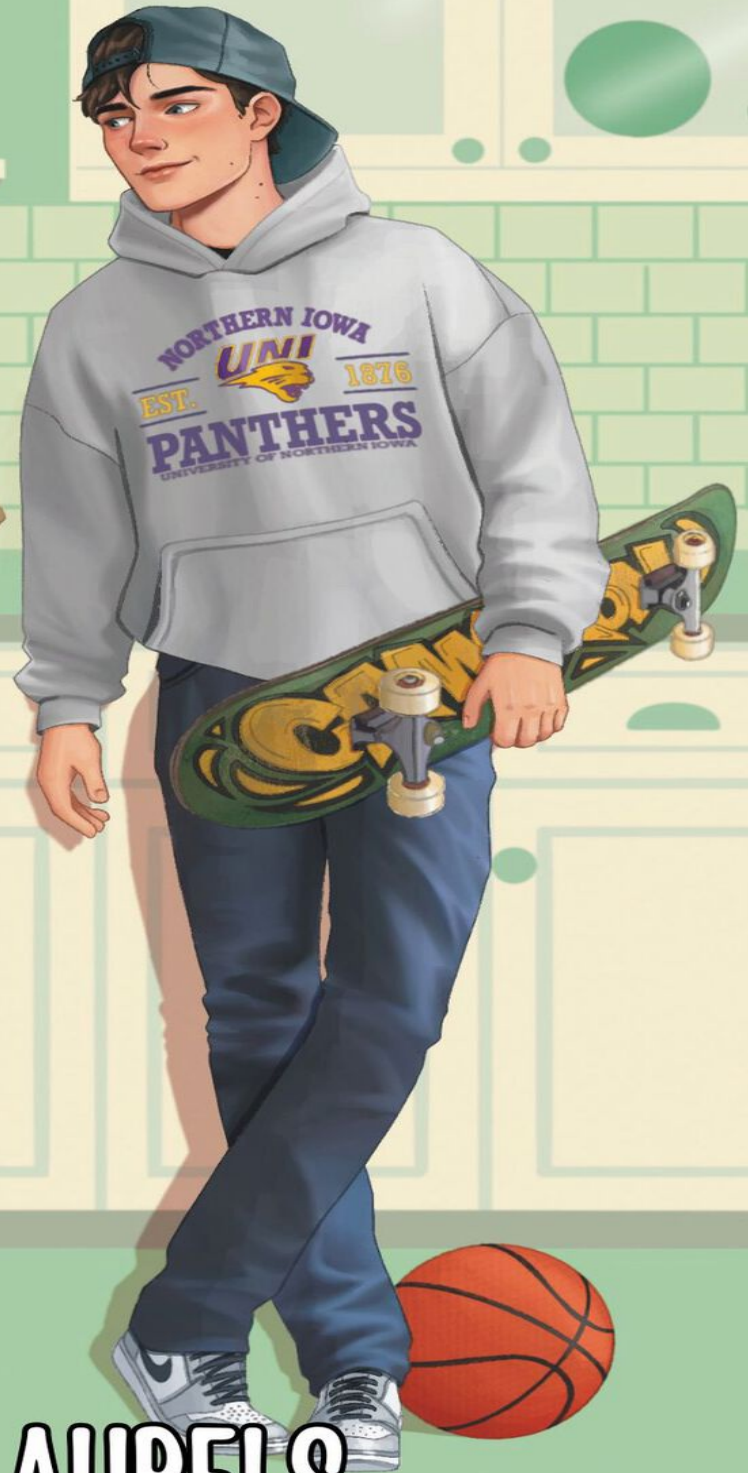


La mentira de Sam



KAYLA LAURELS

La mentira de Sam ♡♡

KAYLA LAURELS

Noviembre 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Ilustración de portada: Ms. Muar.

Maquetación: Kayla Laurels.

Copyright © Kayla Laurels.

All right reserved.

Para estar al tanto de todas mis novedades, sígueme en Amazon
escaneando este código QR:



*No te rindas nunca,
hay gente en el cielo a la que poner orgullosa.*
Autor desconocido.



PREFACIO

Samantha

La cerradura protesta en un chirrido agudo cuando giro la llave y un sonoro *click* final desvela mi llegada. Aprieto los dientes, agudizo el oído y cruzo los dedos para que no haya nadie en la casa. Con un suspiro contenido, giro la manilla y la puerta cede con un nuevo crujido. Al entrar todo está solitario y en silencio, pero aún así cierro detrás de mí con cuidado. Mis pasos resuenan en la quietud del piso y el eco aumenta mis nervios. Me detengo frente a la puerta del salón. La luz tenue del atardecer se filtra por las cortinas, creando sombras que danzan en la pared. Dudo un instante en asomar la cabeza y asegurarme de que mi nuevo compañero de piso no esté.

Suelto un suspiro, que he estado conteniendo, al comprobar que por ahora estoy a salvo. Con pasos ágiles, me dirijo a mi nuevo refugio. Cierro la puerta de la habitación tras de mí, aislándome del mundo exterior. Sonríe dichosa y siento cómo la tensión se desvanece por unos segundos mientras observo este pequeño espacio con una simple cama individual, un escritorio, un pequeño armario y una mesita de noche. Es todo lo que necesito y por ahora es mío. Suelo en el suelo y encima de la cama mis pocas pertenencias.

Debo aprovechar y darme una ducha antes de que él regrese a casa. Porque si algo tengo claro, es que no puede descubrir mi identidad. Ya me lo advirtió Avery cien veces antes de ayudarme a instalarme. Si quiero seguir aquí, él no puede saber la verdad.

Cojo una toalla, mi jabón con olor a fresas, una crema hidratante para piel atópica y mi esponja. Cierro la puerta del baño y agradezco que tenga un pestillo. Me quito la ropa, abro el grifo de la ducha y el agua caliente me envuelve en un abrazo cálido.

Me froto con la esponja queriendo borrar el cansancio de este primer día de clases. Cierro los ojos, tratando de saborear el momento. Aparto el fugaz pensamiento que me recuerda que no debería de estar aquí, que tarde o temprano me tendré que marchar. Suelto un suspiro e intento disipar la tristeza al recordar que mi madre no me ha devuelto las llamadas, y siento un pellizco de culpabilidad por haberme marchado de casa de forma tan apresurada. Pero entonces, un golpe sordo me saca de mis pensamientos. Me pongo en alerta. Mi corazón se acelera, trago saliva y abro los ojos al sentir como la adrenalina se apodera de mi cuerpo. Otro golpe acompañado de un portazo que me deja petrificada. Él ha llegado a casa. No estoy sola. Ojalá pase de largo, ojalá sea un antisocial, ojalá le sea indiferente mi presencia. Con un movimiento brusco, nervioso y torpe, me giro y... ¡ZAS! El bote de gel se cae de la estantería de la ducha y se estrella contra mi dedo gordo del pie.

—¡Au! ¡Qué dolor! —Mascullo apretando los dientes para intentar contener el dolor —. Me cago en...

Me callo al instante al oír pasos que se acercan y se detienen al otro lado de la puerta del baño. Desde luego que esto no es pasar desapercibida. Guardo silencio, pero el agua que cae de la ducha me delata.

—¿Va todo bien tío? —Me pregunta una voz ronca y me pongo nerviosa de que descubra que le he mentado.

Cierro el grifo con cuidado y me quedo quieta como si por arte de magia él desapareciera.

—¡Eh! Hola, ¿estás bien? He oído un golpe...

« ¡Joder! ¡Qué insistente! » Mi mente me advierte de que no se va a ir... A menos que le responda. Miro el picaporte de la puerta que se mueve levemente, posiblemente tiene puesta su mano en él y está decidido a intentar abrir si sigo en silencio. Miro mi toalla, la cojo hecha una bola y con ella me tapo la boca. Cierro los ojos, como si así los deseos se cumplieran, porque espero que esto sirva.

—Sí, estoy bien —afirmo con voz ronca y amortiguada a través de la toalla.

—Vale. Solo quería saludarte, siento no haber estado hoy... Tenía entrenamiento... —Comienza a decir y vuelvo a taparme la boca con la toalla antes de hablar. Intentando sacar una voz lo más ronca posible.

—Tranquilo, no pasa nada. —Mi voz suena extraña. No parece la de una chica y espero que parezca al menos la de un camionero adicto al tabaco—. Está todo mejor que bien... ¡Estoy genial! —Rezó para que haya colado mi teatro.

—¿Seguro que estás bien? Te repito que he oído un golpe... —Asegura.

Mierda... ¡Qué tío más pesado! Podría dejar de importarle como esté.

—Sí, sí. Estoy fenomenal. —Miento al sentir el dolor latente en el dedo y no puedo evitar sonreír ante esta situación tan patética—. Solo ha sido el bote de gel que se me ha caído.

—Vale, pues te espero en el salón, para tomarnos una cerveza de bienvenida. —Me propone y me vuelvo a quedar en silencio pensando una excusa convincente—. ¿Sam?

—Tal vez mañana, hoy estoy cansado. —Me excuso y cruzo los dedos para que le sirva mi mentira.

—Está bien, pues mañana nos vemos.

—Ajam... Adiós tío.

El eco de sus pasos se desvanece en la distancia y el silencio vuelve a reinar. Por fin se ha marchado. Me quito la toalla de la boca que me ha ayudado a que mi voz sonara diferente. Esto es una locura, no sé cuánto tiempo va a tardar en descubrir mi nuevo compañero de piso que no soy un chico como él piensa. Necesito buscar otro sitio cuanto antes. Termino de ducharme y me seco.

Me miro en el espejo, me fijo en mis ojos y encuentro el miedo y la preocupación reflejados en ellos. Tengo que encontrar otro lugar donde al menos pueda ser yo misma. Pero por ahora, tengo que evitar que me descubra.

Me tomo unos segundos para pensar en cómo llegar a mi dormitorio, sin que él me vea. No tendría que haberme dejado convencer por Avery, esto ha sido una malísima idea... Mi amiga insistió, me convenció y acepté. Bueno supongo que la desesperación por necesitar un lugar en el que quedarme, también ayudó. Además, no podía seguir pagando por noches aquel albergue cutre y caro. Sé que no debería de estar aquí, pero es que este piso tiene tantas ventajas... La primera es que es barato, la segunda es que está cerca de la facultad, la tercera es que también está cerca de mi nuevo trabajo y tan solo tiene un inconveniente, un único requisito que no cumplo y es que está prohibido alquilárselo a chicas.

¿Qué cómo he conseguido que me lo alquilen? Mintiendo. Fingiendo ser una persona que no existe y mientras no encuentre un lugar mejor, no puedo permitir que él me descubra.



CAPÍTULO 1



Samantha

Hay cosas que un niño jamás debería vivir en la vida, como el frío, el hambre, la pobreza, la guerra, el miedo y presenciar el suicidio de un padre. En la vida vivimos situaciones que nos rompen, que nos hacen pedazos y a pesar de que parece que fue ayer, también tienes la sensación de que ha pasado una eternidad. No es fácil seguir adelante, pero lo vas intentando. El tiempo pasa, y entonces comprendes que no cura nada. Tan solo te acostumbras a vivir con la herida y adormecer un poco el dolor.

Me quedo mirando el mapa que me dieron ayer en el acto de inauguración del primer semestre. En un primer momento, creí que no lo necesitaría. Había mirado en internet cómo era el campus y qué me encontraría, pero lo que no pensé es que en ir a pie de un edificio a otro se perdía mucho tiempo debido a lo lejos que están unos de otros. La mayoría de los estudiantes se mueven en coche, motos, patinetes eléctricos, bicicletas o algún medio de transporte con ruedas. No soy muy fan de hacer deporte, pero si quiero llegar a tiempo a los sitios, tengo que encontrar la manera de hacerlo. Me acerco a un parking de bicicletas de alquiler, escaneo con mi móvil el código QR y dejo que se descargue la aplicación. Más tarde me registraré.

Me acuerdo de mi viejo coche y de lo bien que me vendría ahora, pero lo vendí porque necesitaba dinero para estar ahora aquí. Tras recibir la notificación aprobada de la beca de estudios, hice números y no cubría lo suficiente, pero al menos podía permitirme soñar, aunque sea el primer curso. Iba a intentarlo, por eso recogí mis cosas y me marché para comenzar de nuevo. Me fui lejos de todos los recuerdos que me ahogaban, de las malas decisiones y de mi madre, que parecía culparme de todas nuestras desgracias.

Recuerdo la sonrisa ebria de mi madre sentada en el sofá de casa cuando le dije que había sido admitida. Sinceramente, no parecía haberse enterado. No puso ninguna objeción y me fijé en el par de botellas de whisky que estaban esparcidas por la moqueta del salón. Le daba igual lo que hiciera con mi vida, en parte eso era una ventaja. Mi madre seguía estando desempleada, no era capaz de durar más de una semana en un empleo y tampoco se cuidaba. Había intentado ayudarla durante años, quería volver a verla sonreír... Pero tenía que aceptar que ninguna de las dos hemos vuelto a ser la misma tras el suicidio de mi padre. Cierro los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar el dolor y todos los recuerdos que intentan derrumbar la puerta en la que los tengo cerrado bajo llave y quieren nublar la felicidad de mi día en esta nueva ciudad. Ahora aquella chica triste, solitaria y asustada se había quedado en Indiana.

La nueva Samantha Parker, había decidido hacer un viaje de más de ocho horas en autobús, y había pasado las primeras tres noches en una vieja cama de un albergue, en el que compartía cuarto de baño con otras siete personas. Así que hoy, tras acabar el curso de orientación que nos impartían a los estudiantes de primero, tenía dos prioridades. La primera, encontrar un alojamiento en el campus y la segunda, buscar un trabajo para subsistir.

No había desayunado, no había tenido tiempo, y la hora del almuerzo también me lo

salté. Tenía concertada una cita para ver un piso que por fotos aparentaba estar en muy buen estado. Pero cuando llegué a verlo, aquellas imágenes se alejaban de la realidad. La pequeña habitación acogedora a la que se refería, era el hueco de debajo de una escalera. En ese instante, me acordé de *Harry Potter* y supe que, si me quedaba en aquella casa y en aquel hueco lleno de humedad, mi vida no iba a cambiar a mejor como le pasó a aquel mago. Así que sigo buscando un lugar para dormir y por cada anuncio que desestimo, más crece la frustración y la desesperación en mí.

Un cartel de neón con el nombre de « Book Bistro » y una pantalla con imágenes de succulentas hamburguesas y platos de pasta, me hacen salivar. No puedo permitirme gastar el dinero en una comida tan exquisita, porque esta noche tal vez me toque volver de nuevo al albergue. Un suspiro cargado de resignación se escapa de mis labios y decido pasar de largo hasta que veo un cartel de un supermercado que se llama « Essentials ». Cuando entro en el local, me sorprende que los productos básicos están a muy buen precio. Cojo una barra de pan, una cuña de queso cortado y camino por un nuevo pasillo en busca de algo para beber.

Absorta al mirar las estanterías de refrescos, no me doy cuenta a tiempo del sonido de unas ruedas que se deslizan por el brillante suelo y que se aproximan hacia mí. Me giro sobre mis talones y me quedo frente a un chico subido en un *skate* que se dirige a gran velocidad directo a mí. En escasas milésimas de segundos, mi mente analiza que viene demasiado rápido y no va a detenerse. Instintivamente, me aparto con brusquedad y el mismo impulso me hace perder el equilibrio, dar un traspié y caer de espaldas sobre una pirámide de bolsas de patatas fritas. Mi trasero impacta contra el suelo duro y un pequeño gemido se escapa de mis labios. Mi visión se vuelve oscura al quedar enterrada bajo una montaña de paquetes de *snacks*. Me incorporo enfadada, me ajusto mis gafas y fulmino con la mirada al responsable de mi desgracia.

Ante mí, tengo a un chico con los ojos más azules que nunca antes había visto. Me observa sonriente e intenta reprimir una mueca divertida que amenaza con escaparse de sus labios. Tiene puesta una gorra del revés, de la que se escapan unos mechones negros. Lleva una sudadera gris de los Panthers, resaltando unos vaqueros desgastados. Su *skate* ahora descansa bajo su brazo y extiende la mano que tiene libre hacia mí en un pésimo intento de ser amable.

—¿Estás bien, gafitas? —Me pregunta con amabilidad y me regala una amplia sonrisa que me enfada aún más.

—¿Acaso eres ciego? ¡Mira por dónde vas! ¡Imbécil! —Exclamo molesta. Me levanto por mí misma, lejos de aceptar su ayuda. A él parece hacerle gracia mi irritación e ignora a los curiosos que nos observan desde ambos extremos del pasillo.

—Te aseguro que siempre tengo cuidado. —Me responde con un guiño pícaro, soltando una sonora carcajada que me irrita y me enoja. —Voy con prisa y bueno, te prometo que la próxima vez...

—No habrá una próxima vez —mascullo enfadada interrumpiéndolo.

Él alza las cejas ante mi respuesta y niega para sí despreocupado. « ¿Quién diantres es este chico que parece tomarse la vida a la ligera? » Veo cómo sus ojos aguamarina se deslizan con descaro por todo mi cuerpo, se detienen a la vuelta unos segundos en mis labios y finalmente vuelve a mirarme. Ese barrido de reconocimiento me incomoda. Da un paso hacia mí y me susurra.

—Seguro que la habrá gafitas —afirma, lanzándome un guiño descarado.

—Yo te aseguro que no. —Lo desafío.

Al oír mi afirmación sus labios se curvan en una sonrisa traviesa que revela dos hoyuelos en sus mejillas, haciendo que tenga una mezcla de inocencia y picardía. Sus ojos brillan divertidos y sus hombros relajados, reflejan lo tranquilo que está en este instante al sentirse el dueño de la situación.

Me coloca un mechón de pelo tras la oreja y en el instante que siento su leve caricia, un hormigueo me hace cosquillas en mi estómago, como si una ola de calor recorriera mi piel y prendiera fuego a mis mejillas. Voy a volver a recriminarle por lo que acaba de hacer, cuando una mujer de mediana edad, que está uniformada con el logo del supermercado viene hacia nosotros siendo consciente del estropicio que hay en el pasillo. La mujer parece reconocerlo cuando sus miradas se cruzan y suelta un suspiro armándose de paciencia cuando clava sus ojos marrones en mí.

—¡Ryder! ¿Otro curso igual? ¿Cuántas veces te tengo que repetir que está prohibido usar el patín dentro de la tienda? —Le pregunta señalándole con el dedo índice y mostrando una manicura perfecta.

—¡Jenna! ¡No sabes cuánto me alegro de verte! —Le sonrío con fingida inocencia—. Voy tarde para entrenar. Ya sabes, el sábado jugamos el primer partido de la temporada contra los Bulldogs de Drake y el entrenador es capaz de dejarme en el banquillo si llego tarde al primer día de entreno.

Aquella desconocida suaviza su rostro ante esa nefasta explicación y asiente como si eso lo justificase todo. Él sonrío ampliamente y le lanza una mirada cargada de picardía.

—Espero que se lo pongáis difícil. —Le comenta y él asiente.

—Siempre lo hago. —Le responde con soberbia y una sonrisa sexy.

Se da la vuelta y camina por el pasillo decidido a marcharse, pero antes de girar la esquina se vuelve y clava su mirada en mí. Esa sonrisa de chico malo vuelve a aparecer y me lanza un guiño.

—Nos vemos pronto gafitas.

No me da tiempo a responder, porque se marcha y siento la mirada seria de la gerente de la tienda que me escudriña, esperando a que le dé una explicación. Siento el rubor volver a teñir mis mejillas, me agacho nerviosa y comienzo a recoger el estropicio causado.

—Lo siento señora... Ahora mismo dejo todo como estaba... Gracias a Dios, que solo son bolsas de fritos. Hubiese sido terrible que fuesen vasos de cristal, y puede que le caiga bien ese chico, pero es un maleducado... —Le digo con una verborrea nerviosa y una sonrisa tensa. Me detengo cuando siento la mano de la mujer descansar en mi hombro y me giro para mirarla. Ella me sonrío con compasión y se agacha cogiendo un paquete de patatas.

—¿Tienes trabajo? —Me pregunta y niego sin ser capaz de decir nada.—¿Buscas uno?

—Sí —respondo con urgencia. Ella sonrío un poco más.

—Estoy buscando a alguien para trabajar a media jornada, he visto que eres rápida colocando esas bolsas. Aquí se necesita gente así. ¿Qué me dices?



CAPÍTULO 2

Cameron

El verano se me había hecho eterno y aburrido. Lo único que lo había hecho más llevadero era tener el doble de tiempo para entrenar. Tener solo para mí la cancha era gratificante y a la vez me recordaba lo solo que estaba. Todos tenían su propia familia cuando llegaban las vacaciones.

Mi madre estaba de viaje con Jack, me habían invitado a ir con ellos, pero yo siempre declinaba la oferta. Garret también me sugirió que me fuera con él a su casa, pero sabía que eso implicaba algún que otro evento público al que debíamos asistir con su padre y por eso rechacé su propuesta. Atlas trabajaba en el rancho familiar en verano y Travis, se iba de voluntario a una ONG a África. Todos tenían sus planes y aunque fingía que no me importaba, había una vocecita en mi interior que me recordaba que solo era un fracasado con buena fachada. Estaba acostumbrado a pasar las vacaciones solo y aunque mis amigos pensaban que eso era lo mejor del mundo. Estaban muy equivocados, la soledad apesta porque tus pensamientos hacen demasiado ruido y el tiempo parece detenerse.

Por eso, volver a la rutina me da paz mental. Sonríó cuando aparco mi Jeep en el parking del polideportivo. Se me escapa una carcajada cuando veo el *skate* y recuerdo el pequeño accidente de este mediodía. Aquella chica de grandes ojos marrones me miraba tan asustada como lo haría un cervatillo a punto de ser atacado por su depredador. Era guapa, no recuerdo haberla visto antes y tal vez eso me hacía pensar que era nueva en Cedar Falls.

Salgo del coche y veo la moto de Atlas junto a la camioneta de Garret. Travis me había enviado un mensaje que venía al entrenamiento con Garret. Eso me recordaba que mis tres amigos vivían juntos. Yo había sido el pringado que se había quedado con una habitación colgada de última hora, porque no quise hacerle el feo a Nick de dejar el piso y al final, él se ha cogido un piso con su nueva novia. Así que necesito buscar un nuevo compañero que me ayude a pagar los gastos. No soy exigente, la verdad que me conformo con que no sea un completo desastre.

Entro en el pabellón y el corazón me comienza a latir a mil por hora. El chirrido de las zapatillas sobre el *parquet* y el eco de las pelotas rebotando contra el suelo, me hacen sentir como en casa. Las risas amortiguadas que se escapan desde los vestuarios, crean una melodía familiar y balsámica para diluir la tensión que siento por cada paso que doy.

A mi mente viene el recuerdo de la temporada pasada. Quedamos segundos en la liga universitaria. Las palabras del entrenador Smith antes de las vacaciones, todavía resuenan en mi cabeza. « En este curso no hay otra opción que ganar. Los Panthers seremos los primeros » . Sé que jugar con esa presión puede agobiar y quemar a un jugador, sobre todo porque es como si

llevásemos el pie hasta el fondo del acelerador desde el primer día de entrenamiento, pero también pensar en la victoria es una buena motivación para darlo todo. Por no mencionar a los ojeadores que cada vez nos visitan más a menudo.

Al entrar en el vestuario, me encuentro con mis amigos que siguen rezagados en un banco junto a sus taquillas. Garret está inclinado anudándose las zapatillas, Atlas está a medio vestir, Nick está tecleando algo en el móvil, (seguramente hablando con su novia) y Travis es el único que está listo, pero su mente parece estar lejos de aquí.

—¡Eh Nick! ¿Tú novia te prepara el café igual que yo? —Bromeo captando la atención de mi amigo que sonríe.

—¿Ya me echas de menos Ryder? —Me pregunta y niego.

—Eso quisieras tú. —Miento, porque me fastidia tener que compartir piso de nuevo con un extraño y adaptarme a sus manías.

—¿Vamos a tomarnos unas cervezas después del entrenamiento? —Propone Atlas, mientras que se recoge el pelo en un moño alto.

—No es mala idea, pero estoy seguro de que acabaremos agotados y hambrientos. El entrenador no va a tener piedad. —Nos comenta Garret estando en lo cierto.

—Hoy le toca preparar la cena a Trav —dice Atlas dándole un codazo a nuestro amigo que se ríe y niega para sí.

—Ese no era el acuerdo. Dijimos que... —Intenta explicarse Travis, pero Garret lo interrumpe.

—Una apuesta es una apuesta. Perdiste. Así que tú nos cocinas hoy. —Le asegura.

—¿Qué apuesta? —Le pregunto divertido.

—Los Chicago Bulls ganaron anoche a los Celtics de Boston, si ganaban los Chicago, Travis cocinaba toda la semana y yo bajaba la basura. Y si perdían, pues al revés... —Me explica Garret feliz sabiendo lo mucho que Travis detesta cocinar.

—¿Y tú no apostaste nada Atlas? —Le pregunta Nick risueño, mientras guarda su móvil en la taquilla.

—A mí me han asignado la compra del mes. Así que ellos que se encarguen del resto. —Dice mi amigo tan pasota como siempre.

—¡Chicos! —El silbato del entrenador Smith hace que todos nos pongamos en alerta y formemos filas al igual que lo haría un soldado ante su superior—. Solo parecéis cinco gallinas cacareando, en vez de estar ahí sudando la camiseta.

—Entrenador... —Comienza a decir Garret y este lo interrumpe.

—¡Stone! No vaya a querer justificarse, porque entonces tendrás que darle diez vueltas más a la pista.

—No señor. —Responde con rapidez e intento reprimir una sonrisa. Pero el entrenador me pilló y murmura algo ininteligible.

—A la pista, ¡ya! —Grita volviendo a tocar el silbato.

El entrenamiento para ser el primer día es duro y exigente, no podemos bajar el ritmo ni un segundo porque desde el lateral de la pista nos observa el entrenador Smith con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos. Después de calentar, lanzar unas canastas y ponernos a hacer flexiones, los músculos comienzan a quejarse y siento que me arden. Oigo las respiraciones entrecortadas de mis compañeros y ahora agradezco haber pasado todo el verano entrenando.

Necesito refrescarme. Camino hacia el banquillo y Travis me lanza una botella a la vez

que coge la suya. Bebo un trago de agua y con la muñequera de tela me seco el sudor que resbala por mi frente.

—Esto es brutal —dice jadeante Travis y asiento de acuerdo con él.

—Pero, sabes que tenemos que darlo todo este año si queremos ganar. —Le recuerdo y él me muestra una sonrisa cansada.

—Hablas como el entrenador, solo te falta el bigote canoso. —Bromea volviendo a la pista.

—¡Venga Ryder! —Grita el señor Smith—. ¿Cuánto tiempo necesitas para beber agua? —Me pregunta y no espera que responda—. Veinte vueltas más a la pista.

—Pero entrenador... —Me quejo y él me clava su mirada severa.

—Los campeones se forjan en los entrenamientos más duros. —Grita como advertencia para los demás.

Al finalizar las veinte vueltas, tuvimos un partido entre nosotros e hice un doble pase con lo que conseguí una canasta limpia. El entrenador aplaudió satisfecho por mi jugada y cuando nuestras miradas se cruzaron asintió, en señal de que le gustaba lo que estaba viendo.

Soy consciente de la responsabilidad que recae en mí este año al llevar el brazalete. Ser el capitán es un honor y también un sacrificio. Los chicos confían en mí y sé que el entrenador no me hubiese puesto el brazalete si no estuviera comprometido con el equipo. Por ello, este año estoy dispuesto a darlo todo para cuando aparezcan los ojeadores de los equipos de primera.



CAPÍTULO 3

Samantha

No solo había salido de aquella tienda con lo necesario para hacer un almuerzo improvisado, sino que tenía trabajo. Mañana me tenía que pasar para firmar el contrato y comenzaría el próximo viernes. Una sonrisa permanente baila en mis labios. No podía estar más feliz. Venir a Cedar Falls había sido la mejor decisión que había tomado en mi vida. Porque aquí nadie conoce a la huérfana de Samantha Parker, cuyo padre no supo gestionar su fracaso profesional y a aquella chica a la que por decir la verdad todo un barrio la señaló y hasta su propia madre le dio la espalda. Ahora nada de eso importa, aquí puedo ser quien yo quiera.

Me había mudado de estado, en busca de una nueva vida y hoy por fin comenzaba a saborear la libertad. Me sentía optimista, porque gracias a tropezar con aquel guapo imbécil ahora tenía un trabajo.

Me dirijo hacia el edificio central de administración, busco la secretaria y espero mi turno para presentarme como estudiante de última hora. Ya solo me queda un objetivo por cumplir, encontrar un alojamiento en el campus.

—Lo lamento señorita Parker, pero para su estancia debe ir al departamento de alojamientos que está en la tercera planta. —Me informa la secretaria con una amable sonrisa.

—¡Estupendo! Muchas gracias.

Me aparto de la ventanilla y mi mirada tropieza con la de una chica negra con el pelo recogido en dos trenzas que me observa con curiosidad y una sonrisa amistosa.

—He oído que eres nueva. —Me dice y asiento.

—Así es.

—Soy Avery, ¿y tú?

—Soy Samantha —respondo estrechando su mano y no puedo evitar sonreír ante esta presentación tan formal.

—¿Quieres que te acompañe al departamento que gestiona el alojamiento de las residencias?

—Eso sería... Perfecto —respondo, mientras ambas salimos en dirección a las escaleras.

—Supongo que no eres de Cedar Falls si necesitas alojamiento. —Me comenta y niego.

—No, tampoco vivo en Iowa —bromeo y ella suelta una carcajada—. Soy de Indianápolis. —Ante mi comentario Avery alza las cejas sin ocultar su sorpresa.

—¡Vaya! También has cambiado de estado. ¿Es por eso por lo que te has incorporado a última hora? Porque las clases comienzan mañana. —Me recuerda.

—Fui aceptada en la universidad estatal de Indiana, pero necesitaba... Quería mejor... —Intento encontrar la palabra adecuada y ella asiente poniéndome su mano en mi brazo.

—Tranquila, te entiendo. Necesitabas un cambio de aires.

—Así es. —Respondo con una sonrisa agradecida por su consideración.

—Es genial que tus padres te hayan dejado elegir destino. Los míos, en cambio, me han enviado aquí porque también está estudiando mi hermano y les hacían un descuento en la matrícula. —Me dice sin un atisbo de ilusión y se detiene ante una puerta—. Hemos llegado.

—Gracias. ¿Qué vas a estudiar? —Le pregunto con curiosidad y veo como su mirada esmeralda se ilumina.

—Matemáticas, ¿y tú?

—Ingeniería química.

—Supongo que no coincidiremos en las clases —bromea y asiento—. Es tu turno. Ve, te espero.

—Gracias.

Me giro sobre mis talones y recorro el pequeño espacio que me separa hasta el mostrador de madera de roble. Espero a que el hombre que hay sentado tras él, termine la llamada que está respondiendo y cuando cuelga el teléfono me mira expectante. Trago saliva, me humedezco los labios y espero tener suerte.

—Hola, acabo de recibir la beca estudiantil en la última convocatoria y necesito un alojamiento. No he tenido tiempo de gestionarlo *online* y sería perfecto si estuviera cerca de la facultad de ingeniería.

—Hola chica, veremos que podemos hacer —comenta y comienza a teclear algo.

Miro detrás de mí y veo que Avery me espera sonriente con los pulgares hacia arriba y sonrío también.

—Aquí tienes un listado de las plazas libres que hay en las residencias, sus servicios, el teléfono y el precio mensual. —Me informa con amabilidad entregándome un folio y mis ojos se van a la última columna de precios. Trago saliva y soy consciente de que no puedo pagarlo.

—Verá señor... ¿No hay algo más... económico? ¿Cómo los pisos compartidos entre estudiantes?

—Sí, claro que sí, pero eso suele gestionarse entre los propios estudiantes —afirma para mi desdicha—. Yo solo puedo ofrecerte y gestionarte el alojamiento de las residencias.

—Pues muchas gracias por su tiempo, en ese caso lo miraré con tranquilidad. —Miento, sabiendo que no lo voy a hacer.

—Para cualquier cosa, aquí estamos.

—Gracias, que tenga un buen día.

Me aferro a las asas de mi mochila, como si se tratase de mi tabla salvavidas y le sonrío a Avery, fingiendo que tengo todo bajo control. Mi nueva amiga me observa con atención con una ceja alzada, sé que ha oído la conversación. Coge el papel que tengo en la mano, mira los precios, frunce el ceño y suelta un silbido antes de volver a mirarme con interés.

—¿Tienes al menos donde quedarte esta noche?

—Sí, llevo un par de noches durmiendo en el albergue del pueblo. —Le respondo y veo la sorpresa en sus ojos.

—No puedes quedarte allí ni una noche más. Aquello es demasiado... cutre. Tengo una solución, al menos para hoy. —Me asegura risueña—. En mi piso tengo el sofá perfecto, ven conmigo.



CAPÍTULO 4

Samantha

El espejo me devuelve un reflejo cansado de mí, con ojeras pronunciadas y el pelo demasiado revuelto. Saco mi neceser de la mochila, me peino las ondas de mi cabello corto, para desenredar los nudos y sonrío con ironía al saber que me estoy arreglando en el cuarto de baño de la facultad. Desde luego que la vida universitaria no ha empezado como esperaba.

Mi primer día de clase se suponía que debía de ser fantástico, iba a cumplir mi sueño de estudiar ingeniería química y nadie me conocía. Pero la realidad es que me duele la espalda de haber pasado la noche durmiendo a ratos en el sofá de Avery. No me costó levantarme antes de que sonara mi alarma y me marché antes de que su compañera se levantara, porque ayer cuando nos vio llegar, no le gustó que en su primer día hubiera una completa extraña ocupando su sofá. No quería crearle problemas a mi nueva amiga y por eso estoy aquí.

Me quito las gafas, las dejo sobre el lavabo, me pellizco el puente de la nariz y suelto un bostezo somnolienta. Saco los polvos de maquillaje y doy pequeños toques para disimular las ojeras que revelan que no he dormido mucho esta noche. Menos mal que la vida ha puesto en mi camino a Avery. Ella también es nueva, no conoce a nadie, excepto a su hermano que está en un curso superior. No sé mucho de mi nueva amiga, pero lo poco que conozco de ella me gusta.

La puerta del cuarto de baño de chicas se abre de golpe y el chico del *skate* que me atropelló ayer en el super, entra como alma que lleva el diablo. Mira en todas las direcciones, como si su vida dependiera de ello. Finalmente me ve y me sonrío con descaro. Después pega su espalda a la pared de detrás de la puerta y me ignora.

—¿Qué diablo haces aquí? —Le pregunto molesta y confundida. Él ensancha su sonrisa perfecta, me lanza un guiño y se lleva su dedo índice a sus labios para que guarde silencio. No me da tiempo de preguntarle nada más, cuando la puerta se vuelve a abrir y con la fuerza que lo hace, si no la aguanta él creo que lo aplastaría como una pegatina contra los azulejos. Veo como el pomo se mueve, sé que él la debe de estar sujetando para que no se cierre y así quedar oculto detrás. Aparece una chica alta, con una melena rubia que le llega a la cintura y con una mini falda a juego con un top blanco. Entra furiosa.

—Te he visto entrar aquí. —Asegura mirando a todos lados y a ninguno en concreto—. ¡Cameron Ryder! No puedes seguir evitándome.

La chica se agacha y mira debajo de las puertas del baño, cuando recorre los cinco cubículos. Se gira sobre sus talones y centra su atención en mí.

—¿Has visto a un chico entrar aquí? —Me pregunta dudando de sí misma por un instante.

Me pongo de nuevo las gafas para verla con más nitidez y veo unos grandes ojos verdes y unos labios gruesos que esperan expectantes una respuesta de mi parte. Su rostro muestra exasperación y enojo.

—Hola, ¿un chico? Pues la verdad...

Ella alza las cejas, pone los brazos en jarras a ambos lados de sus caderas y suelta un resoplido impaciente.

—Da igual, no tengo tiempo que perder. —Asegura con aspavientos de manos exagerado y sale por donde ha entrado, hace un instante.

¿Qué acaba de suceder? La puerta del baño que estaba abierta, comienza a cerrarse, supongo que él ha soltado el agarre. De nuevo me cruzo con ese chico de ojos azules y su sonrisa canalla que parece estar disfrutando de la situación. Para colmo, él había trepado un par de metros entre la columna del secador de manos y el marco de la puerta. ¿Cómo diablos había hecho algo así? No lo sé, pero debía de estar en forma para hacerlo.

Cuando sus deportivas tocan el suelo, él se ajusta bien la sudadera del equipo de baloncesto, apoya su cadera en el lavabo, se cruza de brazos y me sonrío maravillado. Me incomoda que me observe de esa forma, él parece darse cuenta y veo la diversión en su mirada.

—Nos volvemos a ver gafitas... —Comenta recordando el suceso de ayer en la tienda —. Soy Cam, ¿y tú, tienes nombre? —Me pregunta lanzándome un guiño, alzo mis cejas sorprendida y sonrío.

—¿Te funciona? —Le pregunto cerrando mi neceser y guardándolo en mi mochila.

—¿El qué? —Me pregunta desconcertado y sonrío un poco más.

—El cerebro seguro que no. Pero me refiero a poner esa cara de chico bueno.

—La verdad es que sí, ya ves... Primer día de clase y ya tengo una fan —bromea mirando hacia la puerta y niego divertida, cojo mi mochila y me la cuelgo del hombro.

—Yo diría que parecía una acosadora... Llego tarde a clase, adiós Cameron Spider. —Me despido de él, pasando por su lado recordando el nombre que había pronunciado minutos antes aquella chica.

—Es Ryder, no Spider.

Me corrige y no respondo, simplemente me río y salgo del baño con una sonrisa alegre en el rostro. Me fijo en los carteles informativos del pasillo y lo dejo atrás, decidida a comenzar mi primer día de clase.



CAPÍTULO 5

Samantha

Entro en la última clase del día y veo que el aula ya está llena. Como en el resto de clases que he tenido. Todos parecen ir a su bola y eso me relaja un poco. He decidido sentarme en primera fila en todas las asignaturas, para no perderme detalle de las explicaciones de los profesores. Si quiero seguir aquí, tengo que aprobar todo para conservar mi beca y esa es mi máxima prioridad. Dejo mi mochila en el suelo y miro al chico que hay en el otro extremo de la mesa, tiene la cabeza gacha y los auriculares puestos. Me fijo en que viste de negro y tiene las uñas y los labios pintados del mismo color. Él me mira molesto cuando ve que ocupo el asiento de al lado y sonrío incómoda.

—¡Hola! Soy Samantha... ¿y tú? —Le pregunto con una sonrisa tímida.

Pero en respuesta obtengo un gruñido y una mirada que me fulmina. Él se levanta de un salto y se aleja hacia los asientos de atrás, como si mi presencia rompiera su paz mental. Por un instante, me siento como una niña pequeña, a la que rechazan en el patio del colegio. Recuerdo mis últimos años en Indiana, en el instituto donde todos se alejaron de mí tras el «incidente». Rechazo aquellos recuerdos que quieren nublar la felicidad de mi primer día aquí. Dibujo una sonrisa en mi rostro, miro la pizarra y me seco las manos en mis vaqueros, estoy un poco nerviosa. Alzo mi barbilla, respiro y una voz en mi interior me repite que hoy va a ser un gran día. Un señor de unos cincuenta años, calvo con un bigote canoso entra en el aula con un maletín de cuero marrón. En el instante que cruza el umbral de la puerta se hace el silencio en la sala.

—Buenos días clase. Para los que no me conocéis soy el profesor Thomson y para los de segunda y tercera matrícula, espero que este año se impliquen un poco más en la materia.

Un par de toques en la puerta de la clase, hace que el profesor se gire y toda la clase estemos atentos a ver quién es el que llega tarde en el primer día. Esa sudadera púrpura con las mangas amarillas es lo primero que capta mi atención. En cuanto subo mis ojos hasta el rostro del chico que la lleva puesta, me quedo sorprendida al ver que él está también en esta clase. No puede ser posible, ¿en serio?

—Señor Ryder... Nos volvemos a ver un curso más... —Le dice el profesor cruzándose de brazos, mientras que él sonríe como si nada le importase lo suficiente.

—Profesor Thomson, el entrenador Smith me ha entretenido en el pasillo. —Se excusa, me doy cuenta de que repite asignatura un año más.

—Claro, el equipo siempre es lo primero para usted... —Le aclara molesto y él chico niega para sí divertido.

—Los estudios también lo son —afirma con una sonrisa despreocupada—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Aprovecho este retraso para dejar claro, que en mi clase los deportistas tendrán el mismo horario que un alumno normal. —El chico sonríe sintiéndose

aludido y doy gracias a Dios porque cuando pasa por mi lado no se fija en mí—. Señor Ryder. — Lo detiene el profesor—. Nada de hacer grupitos con sus amigos, siéntese en la primera fila. Mierda. Siento que me pongo roja hasta las orejas cuando él clava su mirada azul en mí.

—Será un placer. —Asegura alegre ocupando el asiento libre que hay a mi lado.

Finjo estar distraída con la espiral de mi cuaderno, para ignorar que Cameron se sienta a mi lado y su presencia lo acapara todo. En ese instante, tengo la sensación de que la mesa no es lo suficiente amplia para compartirla con él. Es tan grande, que estoy convencida de que si no estirase las piernas y las tuviera dobladas podría levantar la mesa con sus rodillas como una tabla flotante.

Él se acomoda en su asiento y su pierna roza a propósito la mía. Intento alejarme de su contacto que me quema, pero él se incorpora apoyando los codos en la mesa y se roza adrede conmigo. Ese simple gesto me pone nerviosa, porque es difícil de ignorar, por no hablar de su perfume a cítricos y especias que me acaricia la nariz. Lo miro fingiendo indiferencia y Cameron ensancha su sonrisa impertinente. Hago fuerza con mi codo para conquistar mi zona de la mesa y que él se encoja un poco, pero no se mueve ni un ápice. Me sonrío feliz cuando nuestras miradas se cruzan y desisto de empujarlo. Sigue sonriendo con descaro. Aparto mi mirada de él, abro el cuaderno para anotar lo que el profesor Thomson ha escrito en la pizarra e intento fingir que no existe.

—Nos volvemos a ver gafitas. Ahora que somos compañeros de clase, ¿me vas a decir tú nombre? —Me pregunta en un susurro y el carraspeo del profesor capta su atención.

—Señor Ryder, una advertencia más y lo expulso de mi clase.

—Sí señor —responde serio—. Solo estaba siendo amable con mi compañera.

El profesor se gira de nuevo hacia la pizarra y él me mira de reojo divertido, mientras finge cerrarse la boca con una cremallera. Ese gesto tan infantil, me saca una sonrisa y pienso que es un caradura de campeonato.

La clase comienza y yo copio cada fórmula que escribe el profesor. Llevamos más de media clase, cuando Cameron se recuesta en el respaldo de su silla con los brazos cruzados sobre su pecho. Cuando lo miro, lo pillo observándome con atención y me sonrío como respuesta ante mi incomodidad. Vuelvo a mis apuntes y siento que él se mueve en el asiento para acercarse a mí. Por un instante, pienso que me va a decir algo, pero su gesto me inquieta más. Cameron apoya su mejilla en mi brazo y mira con atención mis anotaciones.

—Gafitas, luego me pasas los apuntes. —Me pide con una mirada de chico bueno que no me trago. Aparto mi brazo, haciendo que su cara se resbale y no le queda otra que volver a ponerse derecho.

—¿Acaso no sabes hacerlos tú? —Le pregunto molesta en un susurro y él se encoge de hombros restándole importancia.

—Está bien, puede que mañana aceptes. —Asegura con soberbia y eso me enfada.

—No pienso aceptar... —Mascullo.

El timbre que indica el final de la clase me interrumpe y él sonrío satisfecho al ver mi fastidio. Cameron coge su mochila y se la cuelga del hombro.

—Nos vemos gafitas. —Se despide de mí lanzándome un guiño.

Me quedo donde mismo, enfadada con este chico con la cara más dura que el acero. Veo cómo se marcha, sin ni siquiera mirar atrás ni una sola vez y me doy una colleja mental por pensar que iba a volverse a mirarme una última vez. ¿Por qué lo haría? Es obvio que es un conquistador de corazones, solo hay que ver que las chicas se giran para mirarlo cuando pasan por su lado.

—Imbécil —digo molesta cuando lo pierdo de vista.

Me dirijo al comedor cuando mi estómago ruge hambriento. Al llegar, veo que este lugar parece un mundo paralelo a la universidad. Es el refugio de la mayoría de estudiantes para tomar un descanso entre clases.

Me fijo en las mesas en las que hay grupos mixtos que conversan animadamente y las risas se mezclan con el aroma a comida que flota en el aire. Es fácil de diferenciar la mesa de las animadoras al lado de la de los jugadores de baloncesto y en una esquina más separados del resto, la de un grupo que supongo que serán del consejo estudiantil. Me voy abriendo paso entre la multitud, y cuento las ventanas desde la puerta de entrada, para dar con la mesa en la que Avery me indicó que estaría esperándome.

—¡Samantha! —Grita levantando la mano cuando me ve y camino hacia ella.

—Avery, ¿qué tal ha ido tu primer día? —Le pregunto dejando mi mochila en la silla que hay enfrente de ella.

—¡Genial! Vamos a por la comida. —Me comenta.

Dejamos nuestras cosas en la mesa para reservar el sitio y cogemos una bandeja cada una del dispensador. Nos ponemos en la cola para el menú y leo rápidamente la pizarra en la que pone los platos del día.

—¿A que no sabes qué?

—¿Qué? —Pregunto risueña al contagiarme su entusiasmo.

—He conocido a un chico de tercero, guapísimo. Me ha dado un par de invitaciones para ir a una fiesta el viernes en su fraternidad y creo que estaría genial ir y conocer gente.

—No voy a ir. —Le aseguro y ella finge decepción.

—¿Por qué? ¡Tenemos que disfrutar de la vida universitaria! —Intenta convencerme.

—Ya tendré tiempo Avery. Primero necesito encontrar un piso y te recuerdo que no puedo estar durmiendo en tu sofá eternamente. A tu compañera no le gustó.

—Bueno, Marie se tiene que acostumbrar a mi amiga igual que yo me tendré que acostumbrar a los suyos. —Asegura y su mirada se vuelve más brillante de repente—. Si encontramos un piso antes del viernes, vamos a la fiesta. ¿Trato?

—¿Para qué quieres tú encontrar un piso? —Nos interrumpe un chico negro corpulento con el pelo rapado que se mete en medio de las dos y fija toda su atención en mi amiga.

—¡Travis! —Exclama ella alegre lanzándose a sus brazos y dándole un beso en la mejilla—. Samantha, te presento a mi hermano.

—Te advertí de que deberíamos de mantener las distancias en público —masculla arisco alejándose de ella. Sonríe al ver que a mi amiga no le importa lo más mínimo la incomodidad de su hermano.

—¡Tú eres el que te has acercado! —Le responde risueña y él chico se gira para mirarme.

—Hola. —Me saluda mientras me observa con atención, y cuando nuestras miradas se encuentran, sonrío de la misma forma que su hermana—. ¿Tú también estudias mates?

—Hola, no. Lo mío es la química —sonríe sonrojada y él asiente con una mirada cargada de interés.

—Trav, no hagas el intento de ligar con mi amiga. —Le advierte molesta Avery.

—Solo estaba siendo amable. —Asegura risueño—. Pero no me distraigas enana, ¿para qué quieres buscar tú un piso?

—¿Quién dice que sea para mí? —Le pregunta mi amiga alzando las cejas.

—Ya sabes que papá y mamá quieren que estés en la residencia el primer año.

—Lo sé. —Asegura molesta y de repente me mira con una sonrisa que no augura nada bueno—. ¿Conoces a alguien que tenga una habitación libre?

—¿Por qué te interesa eso si no es para ti? —Le pregunta a su hermana con desconfianza y Avery se encoge de hombros.

—Es para... —Responde cogiendo un bol de ensalada.

—Tengo un amigo que tiene una habitación vacía, pero no acepta chicas —comenta mirándome a mí.

—No es para ella. —Miente Avery demasiado rápido y la miro sorprendida.

—Ah... Pensé que tú necesitabas... —Comienza a decir Travis, pero Avery lo interrumpe.

—Es para un chico de clases, el pobre está desesperado y no me cuesta nada ayudar.

—Claro peque, siempre es bueno ayudar a los demás. Te envío su teléfono ahora por WhatsApp. —Dice su hermano, a la vez que desbloquea el móvil y teclea algo distraído.

—Gracias. Estoy segura de que Sam te lo agradecerá —añade Avery risueña lanzándome un guiño y dándole un beso en la mejilla.

—¡Qué te he dicho de las muestras de cariño! —Exclama molesto dando un paso atrás y Avery da otro en su dirección—. Me largo, no olvides llamar a mamá. Adiós Samantha.

—Sí hermanito, ¡te quiero! —Grita adrede.

Varios alumnos se giran para mirar a mi amiga que se ríe habiendo conseguido su objetivo. Mientras que Travis se aleja de nosotras fingiendo que no es con él. Avery me muestra la pantalla de su móvil con una notificación de su hermano y alza las cejas divertida.

—¿Qué te vas a poner el viernes para la fiesta?



CAPÍTULO 6

Cameron

—Venga Travis tío, es preciosa. Déjame que la compre y ya me pagas tu parte en dos cómodas cuotas, la mitad hoy y el resto mañana. —Bromea Garret, mostrándole el móvil.

—No es por el dinero, es porque no necesitamos una tele más grande. —Asegura con razonamiento el bueno de Travis.

—Eso de irte a África te ha vuelto más raro que un perro verde... —Masculla desconcertado Garret.

—Tío, si fueras consciente de la cantidad de cosas que tenemos que no necesitamos, y nunca estamos contentos. Si supieras cómo viven esos niños y son felices con lo sencillo de la vida. —Le dice Travis pensativo con una sonrisa en los labios que me contagia.

—Ya... Pero, yo sería más feliz con una televisión más grande para jugar a la *play*. —Insiste Travis de forma infantil—. Si convenzo a Atlas, seremos dos contra uno y la compraremos por mayoría.

—Yo creo que es demasiado grande, que Trav lleva razón. Además, no os va a caber en el hueco que tiene el mueble. —Le digo desde un punto de vista neutral.

—Cam tío... ¿Tú sabes cómo vamos a ver ahí los partidos de los Chicago Bulls? —Intenta manipularme Garret, sonrío sabiendo sus intenciones—. Además, no me importa que el hueco sea pequeño y la tele sea grande, porque siempre la meto. —Bromea con picardía lanzándome un guiño que me arranca una carcajada.

—¡Eres asqueroso! —Aseguro, pero los tres rompemos a reír—. Y no me guiñes un ojo como si fuera una animadora que quiere una cita contigo.

—Eso quisieras tú... —Alardea Garret.

—Alerta, detrás de ti. Alexia te acaba de ver y viene hacia aquí como un toro furioso. —Me advierte Travis y Garret se gira descarado para mirar.

—Y no parece contenta. —Asegura Garret divertido.

—Cameron Ryder, ¿se puede saber por qué no me coges el teléfono? —Me interroga. La rubia se mete las manos en los bolsillos de detrás de su diminuta falda y con ese gesto saca un poco más sus tetas, como si fuera un recordatorio de lo que me estoy perdiendo por no volver a quedar con ella.

—Cam, creo que se preocupa por ti. —Bromea Garret con mirada inocente y voz impertinente.

Le daría una patada en el culo ahora mismo si pudiera. A veces puede ser demasiado irritante... Veo cómo él y Travis sonrían divertidos ante mi situación. Están disfrutando de lo lindo.

—Id yendo, yo ahora os alcanzo. —Les informo, necesitando un poco de espacio.

Alzo la barbilla en señal de que necesito que se vayan y me dejen a solas con ella. Lo pillan y me hacen caso. Suelto un suspiro y vuelvo a mirar los ojos esmeralda de la rubia que espera una explicación.

—Alexia, creo que quedó clarísimo el curso pasado que mi prioridad ahora es el equipo. —No miento, no del todo. Pero no quiero ser un capullo cruel.

—No me importa, pero podríamos vernos cuando tú puedas...

—No, porque... Yo no busco nada serio y creo que te mereces a alguien mejor.

—Pero Cam... Tú me gustas y quiero intentarlo. —Insiste.

¡Dios! ¡Qué tozuda! Respiro, me guardo las manos en los bolsillos de mi sudadera, sonrío paciente. Me tomo un segundo para pensar en cómo darle calabazas por tercera vez y que esta vez lo pille. Solo tuvimos un lío de una noche el curso pasado. No le prometí nada más, ella aceptó y nunca suelen insistir tanto.

—Mira, sé sincera contigo misma. Tampoco me soportas, porque reconozco que soy un capullo con las chicas. No tengo citas y solo me gusta pasar un buen rato y celebrar las victorias del equipo.

—Sabes, yo creo que eres un gilipollas. —Me dice dándome una bofetada que me deja mudo.

Alexia se da la vuelta contoneándose y no puedo evitar levantar las cejas, tocándome la mejilla y sonrío aliviado ante este sorprendente cambio de actitud. Bueno al menos me he librado de ella y espero que sea para siempre.

Retomo el camino hasta el bar, mi móvil vibra y es un mensaje del entrenador Smith. Me quiere en su oficina en quince minutos, respondo con un escueto: “voy”.

Siento que los chicos tendrán que esperar.

Cruzo la carretera, paso por el lado de la torre que resalta en el jardín central, miro su enorme reloj y sé que el entrenador estará ya en su despacho contando los minutos que tardo en aparecer por allí. Me rasco la cara frustrado y en ese momento la veo... Tiene el pelo castaño, tan claro como el color de la miel sin llegar a ser rubio y sonrío ante algo que le dice la chica que va con ella.

Joder, esa sonrisa es increíble.

No es muy alta, pero con esos vaqueros se desvelan unas piernas que son un jodido pecado y no sé por qué mis pies caminan hacia ella, cuando está claro que no debería. No le gusto, tampoco la culpo porque nuestro primer encuentro no fue el más acertado. Digamos que no comenzamos con buen pie y recuerdo que todavía no sé ni su nombre. Ella no tarda en darse cuenta de que me estoy acercando. Veo cómo presiona sus labios y sus mejillas se tiñen del color de las fresas. Hago que se detenga. Es guapísima y en su mirada hay algo que me atrapa durante unos segundos, antes de que su amiga diga mi nombre con una familiar sonrisa.

—¿Cam? —Me saluda la chica y entonces reparo en que es la hermana pequeña de Travis.

—¡Avery! Hola... No sabía que eras amiga de...

—¿De qué lo conoces Samantha? —Le pregunta la hermana de mi amigo risueña.

—Bonito nombre gafitas. —Le digo lanzándole un guiño y Avery centra su atención en la chica que guarda silencio.

—¿Te acuerdas del capullo del skate? —Le pregunta a Avery, que parece sumar dos más dos. Se lleva las manos a la boca y agranda sus ojos esmeralda antes de reprimir una carcajada.

—¿Eres tú? —Me pregunta risueña y asiento.

—Desde entonces me odia. —Aseguro y mis palabras la hacen reaccionar.

—No te odio, es solo que...

—¿No te gusto? —Le pregunto alzando las cejas incrédulo y divertido.

—Exacto. —Responde apresurada apartando sus ojos marrones de mí consiguiendo que mi sonrisa se ensanche.

—Bueno, me aseguraré de que cambies de opinión —afirmo sin saber por qué me importa lo que esta chica piense de mí.

—Yo te ayudaré en ello —comenta animada Avery.

—No lo dudo. Me lo debes, después de aquella partida al *UNO*, en que te ayudé a patearle el culo a tu hermano la Navidad pasada.

—¡Ya te digo! Desde entonces se niega a jugar.

Ambos nos reímos y Samantha sonrío. Joder, qué nombre tan bonito. Mi móvil suena y me recuerda que tenía que estar ya llegando a la oficina del entrenador Smith.

—Bueno chicas, voy con prisa. Nos vemos.

Me marcho y antes de entrar en la oficina del entrenador Smith miro el móvil. Veo que es un mensaje de Travis. Leo que me ha resuelto el problema del compi de piso.



CAPÍTULO 7

Samantha

—Toma enana, aquí tienes las llaves del piso para que se las des al chaval. —Le informa Travis a Avery que las coge con una enorme sonrisa.

—Gracias Trav, se va a poner super contento, ¿a qué sí Samantha? —Me pregunta con fingida inocencia mi amiga y siento el rubor teñir mis mejillas.

—Claro, el pobre estaba desesperado. —Respondo con una sonrisa forzada. Travis asiente.

—Estoy segura de que va a ir genial, Sam es muy tímido.

—Espero que no sea tiquismiquis con nuestros viernes de partido y pizza. —Añade Travis y Avery fuerza una risita.

—Claro que no, tú tranquilo. Bueno tenemos prisa hermanito, gracias por todo. —Le dice dándole un abrazo acompañado de un beso en la mejilla que lo tensa.

—¡Joder Avery! Cuántas veces te tengo que decir que aquí tengo una reputación... —Masculla arisco.

Mi amiga se ríe viendo cómo este se aleja como si tuviéramos la peste.

—Era pan comido Sam —añade en un susurro Avery, mostrándome las llaves con una mirada cómplice—. Me ha enviado la ubicación, y tenemos una mudanza que hacer, así que vamos al lío.

—Creo que esto no es una buena idea, ni siquiera conozco al tipo con el que voy a vivir —Le recuerdo y ella se encoge de hombros.

—Te recuerdo que es mejor que no te vea, tiene una norma... Ya sabes, no alquila la habitación a chicas.

—Valiente idiota debe de ser... —Le digo caminando tras ella.

—Bueno, a mí nunca me lo ha parecido, aunque hoy en clase había una rubia hablando pestes de él.

—¿Tú lo conoces? —Le pregunto deteniéndome.

Avery se gira sobre sus talones y me mira risueña con sus ojos esmeralda.

—¿Yo? Tss... ¡Qué va! Solo de vista... Ya sabes, los amigos de Travis vienen de vez en cuando por casa... —Me informa retomando el paso y con la mirada clavada en el móvil.

—¿Y cómo es? —Le pregunto alcanzándola de nuevo.

—Te sorprendería, pero es mejor que no coincidas con él. No creo que se tome muy bien saber que le hemos engañado y entonces te daría una patada en el trasero y directa a la calle.

—Sinceramente, no creo que deba quedarme allí.

—¿Y dónde vas a dormir entonces? —Me pregunta preocupada—. Mi sofá está disponible siempre que lo necesites, pero no creo que a Marie le haga mucha gracia que sea algo permanente y tampoco has encontrado nada mejor.

—Intentaré que sea algo temporal. En cuanto encuentre algo asequible me marchó. —

Le aseguro y mi amiga sonríe satisfecha.

—Claro que sí, ¿dónde tienes tus cosas?

—En la taquilla de la facultad. —Le respondo avergonzada. Ella alza las cejas sorprendida, pero en su mirada veo que no me juzga y eso es lo que me gusta de Avery.

—Eres una chica de equipaje ligero Samantha Parker.



¡Mierda! Solo llevo tres horas en esta casa y he estado a punto de que él descubra que no soy un chico. En serio que he tenido que fingir otra voz en la ducha, para que se convenciera de que no era un fantasma que hacía ruido en su baño. Abro con sigilo la puerta del cuarto de baño para asegurarme de que no está en el salón. Miro a ambos lados del pasillo y veo la puerta de su habitación abierta. Por suerte está en el extremo opuesto al mío, así que si me doy prisa no tiene por qué verme.

Camino de puntillas por el pasillo y no es hasta que cierro la puerta de mi dormitorio cuando siento que vuelvo a respirar. Descanso mi espalda en la puerta, cierro los ojos un instante aliviada y me ajusto las gafas que se me han resbalado un poco. Niego para mí, al pensar en que no debería de haberme dejado influenciar por Avery, estar aquí es una pésima idea. Pero cuando mi amiga me recordó el precio tan asequible que tenía y me enseñó las fotos del piso. No pude negarme, sobre todo al saber que estaba a cinco minutos de mi facultad.

Me quito las zapatillas y me tumbo en la cama. Suelto un suspiro cansada y miro la llave que descansa en la mesita de noche. La cojo pensativa y recuerdo la mirada preocupada de Avery antes de marcharse. Era una copia de la llave de su habitación en la residencia y me la había dado, por si algún día la necesitaba para alguna emergencia. Sonrío al pensar en que es una suerte tenerla.

Oigo el timbre de la puerta y miro la pantalla de mi móvil para comprobar la hora. Son las diez de la noche y una risita femenina se cuela amortiguada en mi habitación. Mi mente me recuerda que el muy descarado no alquila el piso a chicas, pero sí que las invita a venir para divertirse con ellas... Porque no es que sea mal pensada, pero a esta hora no va a venir precisamente para estudiar...

Desbloqueo mi móvil y marco el número de mi madre, aguardo esperanzada en oír su voz, pero al cuarto tono me salta el contestador. Me giro en la cama, suelto un suspiro frustrada y me pongo los auriculares. Abro la aplicación de *Amazon Music* y la melodía de los primeros acordes de « The Prophecy », de Taylor Swift, comienza a envolverme en una calma efímera. Trago saliva al fijarme en la fotografía que está enmarcada en mi mesita de noche y siento la necesidad de cogerla, acariciarla, llevármela a mi pecho y suspirar por aquellos brillantes años.

En la imagen están mis padres conmigo y estamos muy felices. Los tres sonreímos y a pesar de que era pequeña, recuerdo ese día como si fuera ayer. La multitud vitoreaba el nombre de papá por cada vuelta que daba y su coche rugía en el asfalto. Yo apretaba los labios nerviosa y me sujetaba los cascos de aislamiento, que mamá me había puesto para que el sonido estridente de los coches no me dejase sorda. Rezaba para que él ganase y me enseñase a conducir como me había prometido antes de salir de casa. Recuerdo que se me hizo eterna la carrera y cuando papá cruzó la línea de meta sentí un alivio en el pecho, sonreí en su dirección al ver que me lanzaba un beso al aire.

Me fijo en la copa que sostiene mi padre, y siento nostalgia al pensar en él. Ganar las

quinientas millas de Indianápolis, siempre había sido su sueño, era por y para lo que él vivía. Y que lo hubiese conseguido significaba que por fin cumpliría su promesa, y lo hizo. Dos semanas después de aquella victoria me senté frente a un volante y me enseñó a conducir con tan solo ocho años. A mi madre casi le dio un síncope cuando me vio. Recuerdo que mi madre se enfadó, me castigó y me hizo prometer que no volvería a conducir hasta que tuviera la edad. No entendía por qué estaba tan enfadada, papá se ganaba la vida detrás del volante y yo quería seguir sus pasos, quería ser piloto de coches de carrera. Pero a veces las cosas no ocurren como esperamos y todo cambia.

The chapter title 'CAPÍTULO 8' is written in a large, black, serif font. The text is positioned above a black skateboard with two visible wheels. A blue line indicates a basketball's trajectory, starting from the right side of the skateboard and curving upwards towards a red basketball with black lines, which is positioned in the upper right corner of the image.

Cameron

Estaba agotado, quería dormir durante una semana si pudiera. El entrenador Smith me exigía más que al resto y me recordó otra vez que si algún día quería jugar en la NBA, tenía que tener disciplina por encima de todo. Pero joder, ya la tenía. Me había llevado todo el puto verano entrenando en la cancha, estaba en forma y aunque iba a poner todo de mi parte para que ganásemos la liga, la victoria no dependía solo de mí sino de todo el equipo.

La reunión se alargó más de lo esperado y de ahí salí directo para entrenar con los chicos. Cuando acabamos me invitaron a cenar en su casa, pero estaba tan cabreado y frustrado, que preferí venirme a casa. No fue hasta que oí un golpe en el baño y un grito de dolor, cuando me acordé de que tenía un nuevo compañero de piso. Había sido un borde con el chico, ni siquiera me había presentado a darle las llaves, porque le pedí a Travis que lo hiera él y bueno ese chaval al menos se merecía una disculpa.

Hablé con Sam, que es como se llama, a través de la puerta y no os voy a mentir que me alegré cuando declinó la oferta de tomarse una cerveza cuando saliera de la ducha.

Yo solo quiero dormir, estoy a punto de hacerlo cuando el timbre de casa suena y para mi sorpresa al abrir me encuentro con una animadora de los Panthers, vestida con un mono de cuero negro, con unos tacones de aguja y está maquillada como un felino a juego con unas orejas de gato. Está disfrazada de pantera sexy.

—Pero, ¿qué diablos? —Mascullo sorprendido con una media sonrisa al ver a la chica disfrazada delante de mis narices.

—¡Cameron! —Dice mi nombre en un ronroneo a la vez que se lanza a mis brazos e intenta besarme.

—¿Y tú eres? —Le pregunto esquivando su boca y dejándola de nuevo en el suelo frente a mí.

—Maya. —Se presenta tocándose un mechón de pelo negro—. Soy animadora de los Panthers y tú eres el capitán este curso. Todos apuestan por ti —afirma con voz melosa.

—Eso parece, por cierto... ¿Cómo sabes dónde vivo? —Le pregunto incómodo y ella suelta una risita nerviosa a la vez que me acaricia el brazo con sus uñas produciéndome un escalofrío.

—Garret me lo dijo. Digamos que no fue muy difícil convencerlo... —Me informa relamiéndose los labios y doy un paso atrás.

Genial, el bocazas de mi amigo no podía mantener el pico cerrado mientras que ella le hacía... ¡A saber qué! Cojo aire para armarme de paciencia e intento no pagar mi cansancio y mal humor con esta chica.

—Verás, no sé lo que te ha dicho Garret para que vengas vestida así. Pero ahora mismo me pillas que...

—Vamos Cam, estoy segura de que te gusta el sexo salvaje —susurra lanzándose de nuevo encima de mí. Me enseña sus dientes y por un instante pienso que va a clavarme sus colmillos como un vampiro, pero en su lugar me clava sus uñas en el cuello—. Vas a experimentar el mejor sexo de tu vida.

—Vaya, eso suena muy tentador... De verdad que sí, pero me pillas a punto de salir. —Miento.

Cojo mis llaves del mueble del recibidor y me toco el bolsillo del vaquero para asegurarme de que tengo el móvil.

—¿Te vas? —Me pregunta desconcertada y asiento.

—Así es nena... No puede ser. Gracias por tomarte las molestias de venir. —Le respondo con ese apelativo cariñoso al no ser capaz de recordar su nombre.

¿Era Maddie, Madeleine o Maya? Sí era Maya. Bueno tampoco importa ahora mismo, porque solo quiero que se marche y estar tranquilo, ¿tan difícil es? Por qué diablos no entiende que no, es no.

—Pero Cam... Estoy tan cachonda... No puedo esperar otro día... —Insiste poniendo morritos.

La chica curva sus labios en un pucherito sexy a la vez que me acaricia los labios con sus uñas de manicura negra recién hecha. Casi funciona, cuando por una milésima de segundo mi cuerpo reacciona a esa sensual caricia y a la calidez de su cuerpo sobre el mío. Chasqueo la lengua, aprieto mis dientes y necesito todo mi autocontrol para no caer en la tentación.

—Será mejor que te marches cariño. —Aseguro y veo la decepción en sus ojos verdes dando un paso atrás.

—¿Por qué me rechazas? ¿Es qué no te parezco guapa? ¿No soy lo suficiente para ti? —Empieza a preguntarme desconcertada y la interrumpo.

—Nunca pienses que eres insuficiente para alguien. —Le pido—. Eres muy guapa y estás buenísima. —Mi comentario parece animarla cuando sonrío de verdad—. Pero, ahora mismo tengo la cabeza en otro lado como para pasar un rato contigo. —Le soy sincero y veo como sus ojos se agrandan al oírme.

—Vaya, esa explicación sí que no me la esperaba y menos viniendo de alguien con tu fama. —Me asegura y sonrío.

—No sé lo que cuentan las animadoras del equipo, pero nunca debes de dar por sentado lo que te digan de otra persona. —Ella asiente, traga saliva y agacha la mirada mirándose el atuendo que tiene puesto.

—Estoy ridícula. —Murmura y sonrío divertido.

—Estás perfecta para una fiesta de disfraces. —Le aseguro y ella también sonrío.

—Creo que es mejor que me marche para casa... Me voy a morir de vergüenza cuando se enteren de que me has rechazado. —Me comenta abochornada a la vez que sujeta nerviosa el asa del mini bolso que lleva colgado del brazo y que hasta ahora no he reparado en él.

—Nadie tiene por qué enterarse. —Le prometo y veo la sorpresa en su mirada esmeralda—. Puedes contar lo que quieras, total, la fama me precede. —Le aseguro y ella asiente feliz.

—¿Lo harías por mí? —Me pregunta esperanzada y asiento.

—Siempre y cuando no digas que me gusta chupar los pies o cosas por el estilo —

bromeo lanzándole un guiño que le roba una carcajada.

—Tranquilo, tu reputación seguirá a salvo conmigo. —Me lanza un guiño dispuesta a marcharse—. Entonces, no ibas a salir, ¿verdad?

—*Nop*, era una excusa —confieso rascándome la nuca y ella niega risueña para sí.

—Eres un buen tío Cam, nos vemos en la cancha. —Se despide de mí con una sonrisa sincera y asiento.

—Espero que me animes con ganas en el partido del sábado —bromeo—. Buenas noches Maya.

Cierro la puerta cuando la veo bajar las escaleras del bloque y niego incrédulo por lo que acaba de suceder. Voy a matar al imbécil de Garret. Cojo mi móvil para llamarlo, él es el culpable de que esa chica haya aparecido desesperada en mi puerta.

Desbloqueo el móvil y leo un mensaje de él, de hace media hora en el que me advierte de que me ha enviado un regalito para casa para animarme. Niego para mí, y marco su número. No da ni dos tonos cuando me cuelga y me desvía directamente al contestador. Un nuevo mensaje de mi amigo se muestra en mi pantalla.

« No puedo responder, tengo una chica desnuda en mi cama. Si es para darme las gracias por la sorpresa. DE NADA. Si te estás muriendo y no puedes esperar, llama a Atlas o a Trav. Te quiero capitán ».

Sí, él es así de directo. Suelto un suspiro cansado, cierro la puerta de casa y dejo las llaves donde estaban. Me voy al cuarto de baño para lavarme los dientes y un olor dulce me recibe al entrar.

Joder, que bien huele.

Parece que tengo la nariz metida en un tarro de golosinas. Miro el cristal de la mampara todavía mojado y alzo las cejas sorprendido al ver una esponja de baño rosa. Pues sí que mi compañero de piso, es raro...

Una vez en mi habitación, no me tomo la molestia ni de quitarme la ropa, directamente me tumbo en la cama. Dejo que el cansancio y el agotamiento del primer día, me lleve a los brazos de Morfeo.



Cameron

—Buenos días Cam... —Me saluda con una mirada sexy Maya, cuando entra en la pista y pasa por mi lado. Sonrío recordando la visita inesperada y fallida de anoche.

—Buenos días Maya. —Le respondo con una leve inclinación de cabeza, lanzándole un guiño y en ese instante Garret me da un golpe en el hombro.

—De nada capullo. —Susurra con chulería y lo miro con desaprobación.

—No eres más tonto porque no te entrenas colega. —Le digo lanzándole la pelota que atrapa sin problemas.

Oigo la risa de Travis y Nick que están cerca oyendo nuestra discusión.

—De desagradecidos como tú está el mundo lleno. —Insiste el bocazas de mi amigo.

—Os conté la mierda de reunión que tuve ayer con el entrenador y lo primero que haces es enviarme a una chica a casa... ¿En serio tío? —Le pregunto molesto.

—Tienes que relajarte colega, todavía no hemos jugado ni un solo partido. Entrenar todo el verano te ha frito las neuronas Ryder. —Me responde Garret botando la pelota y haciendo un lance desde la mitad de la pista haciendo canasta.

—Eso es cierto Cam, estás muy tenso —añade Travis y suelta un bufido irritado.

—Que os den a los dos...

—¡Eh, colega! —Me llama Atlas que viene hacia nosotros mientras bebe agua de su botella—. ¿Va todo bien? —Me pregunta con templanza y nos mira uno a uno.

—Genial —mascullo molesto.

—Ayer le envié una chica a su casa y mira cómo me lo agradece. —Le informa Garret a Atlas que sonrío.

—Tú también no vayas a decir que...

Un grito agudo multitudinario en el otro extremo del pabellón hace que guarde silencio, me giro sobre mis talones y veo a un grupo de cinco animadoras mirándome con una sonrisa radiante.

—Y supongo que era una de esas animadoras... —dice Atlas y asiento.

—Y la dejó al parecer muy contenta. —Asegura Travis alzando las cejas divertido.

—Espero que tu nuevo compañero de piso no se llevase una mala impresión en su primer día. —Comenta risueño Garret.

—Eso tío, Sam ¿qué tal es? Mi hermana me dijo que era un buen tipo. —Me dice Trav cogiendo la botella de agua de Atlas.

—Bueno, no lo he visto todavía —respondo y veo cómo me miran curiosos esperando una explicación más detallada. —Cuando llegué anoche él ya estaba duchándose. Le propuse tomarnos algo después y me dijo que estaba cansado...

—Bueno, ya tendrás ocasión de conocerlo. —Me sugiere Garret.
—Sí, pero... ¿Qué tío se baña con una esponja rosa y huele tan dulce que empalaga?
—Les pregunto y veo una sonrisa divertida con una mezcla de incredulidad en sus caras.
—Qué interesante... —Responde pensativo Garret.
—Demasiado —añade Trav.



Llega la mañana y oigo pasos que hacen crujir el *parquet* del suelo, me levanto de la cama y corro rápido para abrir la puerta de mi dormitorio. Asomo mi cabeza y justo en ese momento se cierra la puerta principal del piso. Corro en calzoncillos por el pasillo como si mi vida dependiera de ello, a medida que avanzo más intenso se hace el perfume azucarado que me hace la boca agua. Me incomoda pensar que me gusta cómo huele un tío y para ser más exactos mi nuevo compañero de piso.

Abro la puerta y miro en el rellano. Me asomo al barandal de las escaleras y no hay ni rastro de él. Una mañana más se ha ido a clase cinco minutos antes que el día anterior. Era el cuarto día que intentaba coincidir con él y me estaba comenzando a parecer misión imposible.

Cierro la puerta de casa frustrado, entro en la cocina y el olor a café recién hecho me hace la boca agua. Por suerte, Sam siempre prepara un poco más, me sirvo el líquido en una taza y le doy un sorbo al café amargo que despierta mis sentidos.

Salgo de casa con una sonrisa divertida al pensar en que a primera hora tengo clase con el profesor Thomson. Lo que significa que durante la clase podré disfrutar de las morisquetas de Samantha, cuando el profesor explica algo que no entiende. También veo cómo se tensa cuando rozo mi brazo de forma accidental con el suyo y finjo tomar apuntes. Es la única chica a la que le es indiferente mi presencia, es algo que me gusta porque me tengo que esforzar para captar su atención y no es nada fácil, por eso me suelo comportar como un imbécil cuando estoy con ella.

—Buenos días gafitas, tienes cara de cansada. ¿Has dormido bien? —Le pregunto cuando le doy alcance por el pasillo para entrar en clase de mecánica de fluidos.

—Buenos días Spider... —Vuelve a decir mal mi apellido, sé que lo hace adrede y sonrío al ver que apresura sus pasos para dejarme atrás.

—Vaya Samantha, jamás pensé que eras una resentida... —Mi afirmación en voz alta capta su atención y la de varios estudiantes que se giran para mirarme. Ella también lo hace y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué? —Me pregunta como si no hubiese oído bien y me encojo de hombros con fingida inocencia.

—Nunca pensé que eres una odia-hombres... —Le susurro rozando su pelo castaño con mi aliento y siento un leve cosquilleo en mis labios.

Me tomo unos segundos en apartarme de ella, porque huele realmente bien y joder su aroma es tan familiar que me hace salivar, pero mis pensamientos se interrumpen cuando una risa sonora se escapa de su boca.

—¿Por qué eres tan insufrible? —Me pregunta caminando hasta su asiento con una sonrisa.

—¿Y tú tan arisca? —Le pregunto sin esperar respuesta—. Mira, sé que no empezamos bien y por eso no te gusto, pero puedo hacerte cambiar de opinión.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Borrándome la memoria? —Me pregunta alzando las

cejas por encima del marco de sus gafas. Me humedezco los labios al ver la desconfianza en su mirada color caramelo.

—Hoy jueves, fiesta en mi casa para relajarnos antes del partido del sábado. ¿Vienes? Seré un buen chico. Lo prometo. —Intento no sonar tan ilusionado con la idea de verla en mi casa y termino apartando la mirada de ella unos segundos, fingiendo que no me importa tanto su respuesta.

—No puedo, tengo planes. —Me responde sin dudar y vuelvo a mirarla.

—¿Qué? Pero si no te he dicho la hora. —Le digo desconcertado y ella sonríe.

—Ya, pero no puedo. —Ataja.

Alzo una ceja, me llevo el dedo índice a la barbilla y finjo pensar, veo por el rabillo del ojo que reprime una nueva sonrisa y joder, está preciosa cuando sonríe.

—Déjame adivinar... Tienes una cita.

—Así es. —Miente, sé que lo hace cuando presiona los labios y se ajusta las gafas incómoda.

—¿Con el señor Netflix o con el señor *Satisfyer*? —Le pregunto alzando las cejas y veo cómo se tiñen sus mejillas ante mi suposición.

—Eres asqueroso.

—Soy realista cariño, estoy seguro de que como toda chica de diecisiete años tienes tus necesidades. —Le susurro acercándome a ella viéndome reflejado en el fuego de su mirada.

—Eres un pretencioso Cameron Ryder —afirma enfadada y sonrío como el engreído que soy.

Oír mi nombre en sus labios, me hace sentir un cosquilleo que me calienta el alma y una corriente eléctrica me sacude cada célula de mi cuerpo hasta los huesos. Nunca antes había sentido esas sensaciones multiplicándose, creciendo el deseo por escuchar mi nombre otra vez en sus labios. Es como si su voz fuese el canto de una sirena y yo un simple náufrago aferrado a un trozo de madera. Dispuesto a dejarme arrastrar por la marea de las olas de su corazón.



CAPÍTULO 10



Samantha

—Sospecha de que no eres un chico. —La afirmación de Avery me deja de piedra y la miro alarmada, mientras que ella le da un bocado a su manzana.

—¿Cómo dices? —Le pregunto atónita, mientras ella se encoge de hombros.

—Piensa un poco. ¿Qué clase de tío se baña con una esponja rosa fucsia y huele como si hubiese atracado una tienda de golosinas? Por no hablar de la laca de uñas verde que ha visto en el armario del baño...

—¿Te lo ha dicho tu hermano? —Le pregunto tragando saliva, me incorporo en el asiento tensa y ella asiente.

—No me lo ha dicho de forma directa, pero me ha preguntado por Sam. Según su amigo piensa que eres un chico con costumbres muy... femeninas. —Me asegura.

Presiento que en cualquier momento todo se va a venir abajo y me veo durmiendo en el sofá de su piso. Cojo aire intentando mantener la calma, pero soy realista porque a estas alturas todos los pisos que merecen la pena están ocupados y los que están libres dan asco.

—Será mejor que encuentre pronto otro piso. —Le digo desbloqueando mi móvil y volviendo a mirar la aplicación de alquileres del campus.

—A ver, no tienes por qué irte tan drásticamente. —Me comenta Avery poniendo su mano sobre la pantalla de mi móvil—. Tan solo piensa que Sam es algo, peculiar... Supuestamente eres un tío y deberías de actuar como tal. ¡Sé un tío!

—¿Cómo pretendes que sea un tío? ¿Quieres que me disfrace?

—No, pero debes de actuar como tal —afirma con seguridad.

—Por si no te has dado cuenta Avery... Yo tengo de chico lo que tú tienes de rubia. —Le respondo y ambas rompemos a reír.

A mi amiga le hace gracia mi comparación, porque estoy nerviosa solo de pensar que puedo perder la fianza y quedarme además sin habitación.

—Vamos a ver Sam, es fácil y tengo una idea. —Me dice levantándose y me coge de la mano para que la siga. —Tú tan solo déjate llevar por la imaginación.



—¡Venga Samantha! ¡Actúa como lo que él piensa que eres! —Exclama Avery desde el cuarto de baño.

Sonrío al pensar que esto es una nueva idea loca de Avery, pero puede funcionar. Quito las etiquetas de la ropa que hemos comprado en una tienda de ropas local y en el tendedero portátil cuelgo un par de calzoncillos y una camiseta de tirante de deporte.

Regreso al cuarto de baño donde Avery ha sustituido mi gel de baño de fresas, por uno que valía dos dólares en el súper y cuya fragancia es intensa y varonil. Levanto la tapadera del

váter. Dejo la cuchilla de afeitar junto con la espuma en una esquina del lavabo y me giro para mirarla.

—Creo que ya está todo listo. —Le digo a mi amiga que está echando un poco de colonia al aire para que parezca que el misterioso Sam acaba de asearse.

—¿Has tendido la ropa? —Me pregunta y asiento.

Avery presiona sus labios y mira pensativa a nuestro alrededor, se fija en la tapadera del retrete y luego en la mampara de la ducha salpicada de gotas de agua. Sonríe con malicia y se acerca al lavabo, abre el grifo y salpica adrede el espejo.

—Ahora, sí está todo listo. —Asegura con malicia.

—Creo que se va a pensar que Sam tiene doble personalidad.

—Puede ser —añade con una amplia sonrisa—. Pero lo importante es que deje de preguntarse quién eres, porque si los chicos comienzan a buscar a Sam, van a descubrirte.

—Sí, pero con la obra de arte que has hecho en el baño... Va a confirmar que Sam es un auténtico desastre. —Le digo feliz.

—Recuerda que siempre que uses el baño, debes de dejarlo un poco...

Avery guarda silencio y ambas nos miramos en alerta cuando oímos crujir la cerradura de la puerta principal.

—Vamos a mi habitación. —Susurro cogiéndola de la mano y corriendo hacia la puerta del final del pasillo.

Cerramos la puerta y echo el pestillo para asegurarme de que no puede entrar en caso de que haga el intento.

—¡Por qué poco! —Susurro apoyando mi espalda en la pared, mientras que mi amiga sonríe y mira con curiosidad cada detalle de mi habitación.

—La cama parece muy cómoda —afirma tumbándose sobre ella—. Confirмо, es más acogedora que la mía y la habitación es muy luminosa.

Sonríó al verla tumbada boca arriba moviendo sus brazos como si estuviera haciendo la figura del angelito en la nieve.

—Si quieres nos cambiamos la habitación —bromeo y ella niega.

—Estoy segura de que no tardaría ni un solo día en descubrir que no soy un chico...

—Bueno, pero me dijiste que era amigo de tu hermano... Tal vez sería más tolerante contigo. ¿Cómo me dijiste que se llama?

—¿Son tus padres? —Me pregunta sentándose en la cama, mientras que coge la foto de mi mesita de noche.

—Sí —afirmo y veo la sorpresa en sus ojos cuando vuelve a mirarme.

—¿Tú padre era el famoso Richard Parker? ¿El campeón tres veces consecutivas de las quinientas millas de Indianápolis? —Me pregunta risueña y asiento. —Te pareces a tu madre —dice mirando de nuevo la foto y no puedo evitar soltar un suspiro cargado de tristeza.

—Fueron años dorados, pero la última vez que compitió sufrió un accidente que lo dejó paralítico y nos cambió la vida a todos —confieso sentándome a su lado.

Avery me coge de la mano y me la aprieta con cariño.

—Debió de ser muy duro para ti también —susurra.

—Mi padre no aceptó quedarse en una silla de ruedas y meses después se suicidó. —Le confieso tragando saliva y cerrando los ojos en un vago intento de desechar la imagen de su cuerpo inerte frente a mí—. Yo tenía doce años y desde aquel día ni mi madre ni yo volvimos a ser las mismas.

» Nos desahuciaron por no poder pagar la hipoteca y los asuntos sociales nos cedieron una casa en el barrio más peligroso de Indiana... Mi madre se puso a trabajar el doble de horas y me pasaba los días sin verla aparecer por casa. Luego, ella se hizo adicta al alcohol, perdió el trabajo y se pasaba los días durmiendo sin salir de casa. Me hice amiga de gente que no debía... He crecido con la sensación de que tras ese accidente los perdí a los dos.

—Joder, Sam... Lo siento mucho. —Me confiesa dándome un abrazo que me cala hasta los huesos y hace que se me escapen algunas lágrimas. —¿Cómo está ahora tu madre?

—Mi madre vive en una profunda depresión. Sigue intentando adormecer los recuerdos con alcohol. Llevo una semana llamándola y no me responde al teléfono —añado con desconsuelo—. Sé que no acepta que me haya marchado de casa y... —guardo silencio cuando un nudo abrasador me presiona la garganta y enmudece mis palabras.

—Shh... No has hecho nada malo amiga. Necesitabas marcharte de allí para volver a respirar y darte otra oportunidad.



CAPÍTULO 11



Samantha

El sonido estridente de *Coldplay* con *David Guetta* me despierta haciendo que me siente de un sobresalto en la cama. « ¿Qué diablos está pasando? » Miro el móvil y veo que son las once de la noche. Bostezo somnolienta, recuerdo que Avery se marchó, cuando oímos que él se metía en la ducha.

Me quedé dormida, hasta ahora que todo en mi habitación retumba. No hay que ser muy listos para saber que mi compañero de piso está dando una fiesta. Las risas mezcladas con las voces, me hacen suponer que el muy cretino ha debido de invitar a todo el campus.

—¿Sam? ¿Por qué no te unes a la fiesta colega? —Dos golpes bruscos en la puerta me ponen en alerta—. ¿Sam?

—Hola, eh... No, gracias. —Digo poniendo la voz lo más grave que sé.

—¡Vamos! Te prometo que mis amigos son muy...

—No gracias, otro día.

—Está bien, como prefieras. —Me dice y guardo silencio, esperanzada de que se marche.

—¡Eh, Cam! ¡Mira quién acaba de llegar a la fiesta!

Oigo como otra voz masculina se acerca a la puerta y la confusión crece en mí al saber que me estaba hablando Cameron Ryder. Recuerdo la invitación que me hizo esta mañana antes de empezar la clase de fluidos, iba a hacer una fiesta en su casa.

¿Es esta su casa?

¿Es él quién no aceptaba chicas como compañera de piso?

Solo una persona me puede aclarar estas dudas, así que desbloqueo mi móvil y le escribo un escueto mensaje a Avery.

De: Samantha.

¿Estás despierta?

De: Avery.

Sí, estaba resolviendo unos ejercicios de trigonometría que tengo que entregar mañana. ¿Ocurre algo?

Decido llamarla para explicarle todo mejor. Mi amiga descuelga la llamada tras el primer tono.

—Samantha, ¿has ido a una fiesta sin contar conmigo? —Me pregunta al oír el ruido de fondo. Tengo que pegarme al máximo el móvil a la oreja para poder oírla.

—Estoy en mi casa, pero el odioso de mi compañero de piso está dando una fiesta. —Me quejo.

—¡Pues únete a ella! —Bromea risueña.

—¡Ni lo sueñes! Antes me hago la cera en las cejas. —Atajo y oigo como se ríe a carcajadas.

—En ese caso, puedes venirte a dormir a mi casa. ¿Te espero o usas la llave para emergencias?

—No puedo salir y que Cameron Ryder descubra que soy el misterioso Sam. —Le advierto y oigo cómo se le corta la respiración a Avery. —¿Por qué no me lo has contado?

—Porque entonces no hubieras aceptado vivir allí y pensé que no tenía importancia esa información. Solo quería ayudarte. ¿Qué más te da que sea él? —Me pregunta con interés y cierro los ojos frustrada.

—Avery, tendrías que habérmelo dicho.

—Lo siento —dice arrepentida—. Pensé que era una solución a corto plazo. Porque conozco a Cam y es muy buena persona. No sé porque no comparte piso con chicas.

» Bueno, supongo que es para no lidiar con acostarse con la chica y luego convivir con ella. Pero, he visto que le caes bien y si tal vez supiera que eres tú...

—No puede saberlo. Vale, es cierto que no es un mal tipo, pero es un ligón de campeonato y no lo soporto.

—Te gusta —añade y me niego a reconocer que es muy atractivo.

—No, te recuerdo que es un creído.

—Y es muy guapo.

—Tiene la cara muy dura —añado y ella se ríe.

—Y también es el capitán de los Panthers, todas las chicas suspiran por él.

—¿Tú también? —Le pregunto de broma y noto el horror en su respuesta.

—No. Lo conozco desde hace años y no es mi tipo. Así que todo tuyo.

—No, gracias. —Le respondo y ambas reímos.

No podía enfadarme con Avery, no después de todo. Ella es la única persona que de verdad se preocupa por mí después de mucho tiempo. Avery solo quería ayudarme y lo ha hecho desde el principio. Sería egoísta ofenderme por cada buena acción que ha tenido conmigo.

Reconozco que me fastidia que no me haya contado la verdad desde el principio, pero si me la hubiese dicho posiblemente estaría ahora durmiendo en su sofá o en el hostel, gastando los pocos dólares que me quedan. Me pellizco el puente de la nariz y supongo que podría ser peor. Al menos ahora sé con quién comparto casa.

—Cameron no puede saber que yo soy Sam. —Le advierto.

—Por supuesto, seguirá siendo un misterio para él.

—Me iré en cuanto encuentre un nuevo alojamiento.

—Te deseo suerte en eso. —Susurra con ironía—. Ya sabes que, en este momento del curso, es imposible encontrar un buen sitio a buen precio.

—Lo sé, pero hay que tener esperanza.

—Siempre. —Me dice y oigo cómo bosteza perezosa.

—Bueno, descansa por las dos.

—Lo haré y si en algún momento de la noche tienes la ocasión de escaparte, aquí eres bienvenida.

—Gracias, hasta mañana.

No sé en qué momento de la noche todo el ruido de la fiesta se fue apagando hasta hacerse un silencio sordo. Me costaba coger el sueño, solo de pensar en que estaba viviendo bajo el mismo

techo que Cameron Ryder.

¿Cómo había podido llegar a esto? No miré la hora exacta en que la música se convirtió en un ligero murmullo y el cansancio dio paso al sueño.

Esta mañana los rayos del sol me despiertan y cuando veo la hora que es, doy un salto de la cama. ¡Me he quedado dormida! Son las diez de la mañana y me he perdido la primera clase del día. Tengo varios mensajes de Avery, el último de ellos capta mi atención.

De: Avery.
S.O.S.

De: Samantha.
Me he quedado dormida.
¿Va todo bien?

Avery.

Lo supuse cuando no te vi esta mañana en la cafetería. ¡Te necesito!

Se me ha olvidado el *pendrive* donde guardé los ejercicios de trigonometría para entregarlos hoy porque no pude subirlo a la plataforma. Ahora tengo un seminario y no me va a dar tiempo de ir a casa y volver a tiempo. ¿Puedes acercarte a la residencia?

De: Samantha.
Claro, sin problemas.

De: Avery.

Gracias, coge la llave que te di.

Marie seguramente ya esté en clase.

El *pendrive* está sobre el portátil que está en mi escritorio.

De: Samantha.
Vale.
Te veo cuando salgas del seminario.

No espero que me responda, cojo mi neceser y abro con cuidado la puerta para ir al baño. En el pasillo hay un par de chicos durmiendo en el suelo. Vuelvo a cerrar la puerta y apoyo la cabeza frustrada viendo como comienza mi día.

No puedo saber si Cameron está todavía en casa, así que me he vestido y he cogido lo necesario de mi neceser, para arreglarme en el baño de la casa de Avery.

Los pasillos de la residencia están solitarios ya que la gran parte de alumnos están en clase. Me reprendo mentalmente porque no puedo volver a quedarme dormida, si quiero conservar la beca.

Al entrar en el piso de Avery oigo ruidos en el cuarto de Marie. Recuerdo lo que mi amiga me comentó, pero tal vez a su compañera de piso también se le habían pegado las sábanas. Veo la puerta del cuarto baño abierta y no dudo un instante en aprovechar para lavarme la cara y maquillarme un poco para disimular el cansancio que refleja mi rostro. Estoy secándome la cara en la toalla del lavabo cuando la puerta se abre de par en par y encuentro la mirada sorprendida de Marie.

—¿Samantha? —Me pregunta sorprendida.

—Buenos días Marie, Avery me pidió que me pasará para... —Comienzo a explicarle avergonzada poniéndome las gafas, pero me interrumpe.

—¿Has visto salir a alguien? —Me inquieta impaciente y niego como respuesta. —¡Mierda! —Masculla con el ceño fruncido.

—¿A quién buscas? —Le pregunto y veo el fastidio en su mirada.

—A un capullo que acaba de largarse sin ni siquiera dejar que le diera mi número. —Me comenta y me humedezco los labios para reprimir una sonrisa.

—Átalo al cabecero de la cama la próxima vez. —Bromeo, saliendo del cuarto de baño para la habitación de mi amiga.

—Muy graciosa... —Oigo que murmura antes de cerrar la puerta de su dormitorio de un portazo ante mis narices.

Suelto un suspiro al pensar en lo diferente que es con Avery.

Entro en el dormitorio, miro el escritorio y veo el *pendrive*, estoy a punto de cogerlo cuando la puerta del dormitorio se cierra con rapidez, me sujetan por detrás y me tapan la boca. Un grito ahogado escapa de mi garganta, pero una mano de largos dedos se asegura de que suene amortiguado. Intento forcejear y le doy un codazo al tipo que me sujeta.

—Auch... —Oigo que se queja—. Escucha, shh... Por favor, no pienso hacerte daño. Solo estoy escondiéndome de la loca de tu compañera de piso. —Me susurra con voz grave, deja de sujetarme con fuerza y asiento.

Me suelta y cuando me giro, lo último que espero es encontrarlo a él.

—¿Gafitas? —Me pregunta sorprendido Cameron ajustándose la gorra. Mi mal humor comienza a florecer.

—Tenías que ser tú... —Mascullo con fastidio. Viendo su mirada pícara al toparse con mis ojos.

—No podía ser de otra forma. —Me asegura con una sonrisa preciosa, pero astuta, de esas que hace que a las chicas les tiemblen las piernas.

—¿Samantha? —Oigo a Marie llamarme.

Por temor a que me descubra con él y que monte en cólera, le tapo la boca instintivamente y siento como sigue sonriendo debajo de mi mano.

—¿Sí?

—Te he oído hablar... —Dice abriendo lentamente la puerta.

Por acto reflejo le doy un empujón brusco a Cameron para que se esconda dentro del ropero. Cierro la puerta del mueble rápida e intento poner cara de indiferencia para que no sospeche nada.

—Sí, bueno estaba enviándole un audio de WhatsApp a Avery. No encuentro los apuntes que me ha pedido que le lleve. —Miento y veo de nuevo el aburrimiento en su mirada.

—Vale, pensé que tal vez estaba él aquí... —Comenta mirando con atención la habitación—. Creo que se ha largado, pero voy a intentar verlo antes de que comience la siguiente clase. Cierra con llave cuando salgas. —Me pide y asiento con la mejor de mis sonrisas.

—Está bien, buena suerte. —Le digo y me quedo en el umbral de la puerta, hasta que me aseguro de que se marcha.

Suelto un suspiro cargado de tensión que estaba conteniendo y me giro sobre mis talones para encontrarme a Cam que ha salido del armario y está fisgoneando en el primer cajón de la

cómoda.

—¿Qué haces? —Le riño y él saca unas braguitas de encaje, alzando las cejas divertido.

—Mmm... Debo de reconocer que tienes buen gusto gafitas.

—Deja de hacer eso. —Le advierto, pero él sonríe feliz.

—¿Hacer qué?

—Comportarte como un capullo. —Le respondo y su sonrisa se esfuma de un plumazo. Cameron suelta un suspiro y da un paso en mi dirección.

—¿Cómo puedes ser inmune a mis encantos? —Su pregunta me hace gracia y esta vez soy yo la que sonríe.

—¿Sabes? Eres insufrible.

Guardo silencio, segura de que tiene lista alguna de sus frases de ligón de campeonato, pero para mi sorpresa no dice nada. Tan solo me mira con fascinación como si yo fuese la chica más extraña con la que se ha cruzado en su vida. Sentirlo tan cerca de mí con sus ojos azul eléctrico clavados en los míos, hace que un calor abrasador comience a brotar desde mis entrañas. Trago saliva, me humedezco los labios y mi corazón comienza a latir con fuerza. Por un instante temo que lo oiga y se burle de mí, pero Cameron parece perdido en sus pensamientos lejos de nosotros. Mi móvil suena en un pitido exigente que me trae de regreso al mundo real, pestañeo un par de veces, antes de girarme y coger el *pendrive* de Avery.

—Supongo que ibas a salir para la facultad, te llevo.

—No gracias —respondo.

—Venga Samantha, ya vas hoy tarde a clase y esto está lejos de la facultad. —Guarda silencio.

—Está bien, pero porque no quiero perderme la clase de fluidos. —Me excuso y él sonríe satisfecho.

—Vamos. —Me apremia.

Se toma la libertad de cogerme de la mano y tirar de mí por el pasillo del piso de Avery. Cuando sus dedos se entrelazan con los míos como si fuera lo más natural entre ambos, me estremezco y le miro sorprendida. Cameron gira la cara y atrapa mi mirada. Siento que mi cerebro comienza a cortocircuitar cuando sus ojos aguamarina me miran fijamente y sus labios se curvan en una sonrisa. Me siento bien, demasiado bien y sé que no debería porque él no me conviene. Me suelto de su agarre al pensar en que hace un rato estaba con otra chica y ni se ha despedido de ella. Cameron se detiene en la entrada y mueve la cortina de la ventana que hay junto al portón para mirar hacia el aparcamiento que hay frente a nosotros.

—Gafitas, me temo que hoy nos vamos a perder la clase de fluidos.

—¿Qué? ¿Por qué? —Le pregunto mirando también por la ventana.

—Porque iremos andando, ya que Marie está junto a mi coche esperando a que aparezca. —Me responde girándose para mirarme.

—¿Esto te divierte? —Le pregunto molesta.

—¿El qué? —Me pregunta confundido y eso me molesta más.

—Jugar con las chicas, pasarlo bien con ellas y desecharlas como si fueran de un solo uso. —Le respondo incómoda.

Él sonríe con cierto recelo, arquea las cejas y cruza los brazos sobre su pecho pareciendo más imponente frente a mí.

—Ellas hacen lo mismo conmigo. —Intenta defenderse y suelta una carcajada vacía.

—No te hagas la víctima. —Le aseguro enojada, pero él sonríe.

—Esas chicas solo buscan pasar un buen rato conmigo, no se molestan en conocerme, ¿por qué iba a hacerlo yo? Solo es sexo consentido. —Me informa serio y me incomoda oírlo, así que abro la puerta decidida a marcharme.

—¿Sales? ¿O te dejo aquí encerrado para cuando vuelva Marie? —Le propongo.

Cameron no dice nada y pasa por mi lado negando para sí. Mira una última vez hacia el aparcamiento donde se encuentra estacionado su Jeep con Marie apoyada en la puerta del conductor mirando el móvil.

—Mierda... —Masculla molesto apartando la vista del aparcamiento. Se recoloca la gorra del revés, escapándose algunos mechones rebeldes que lo hacen más atractivo si cabe.

—Nos vemos Cameron Spider. —Me despido de él bajando las escaleras del edificio.

—Es Ryder, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo gafitas? —Me pregunta.

Oigo sus pasos detrás de mí. No respondo, simplemente sonrío divertida de ver lo mucho que le irrita que no diga bien su apellido. Sinceramente, no sé por qué esas chicas no se molestan en conocerlo... Tal vez, porque a él tampoco le interesa que lo hagan y que lo desenmascaren. Creo que debajo de esa fachada de ligón de campeonato, solo hay un chico que se protege de sus propias sombras.



CAPÍTULO 12

Cameron

Llevo toda la mañana buscándola. No puedo mentir, cada vez me es más complicado ignorar a Samantha. Hay algo en ella que me atrae hasta el punto de estar esperando verla en la cafetería, en la biblioteca o en los pasillos. Justo como me sucede ahora. Estoy apoyado en mi taquilla junto a Atlas que me está contando que Garret, al final se ha salido con la suya al comprar la televisión que quería. Juro que me importa mi amigo, pero cuando la veo caminar distraída mirando la agenda que lleva en las manos, todo a mi alrededor se silencia y es una puta locura, porque nunca antes me había pasado con ninguna chica. ¿Qué me pasa? No lo sé, supongo que es porque me gusta. Nunca antes me he detenido a pensar dos veces seguidas en la misma chica y es que no logro quitármela de la cabeza, no lo hago desde que tropecé con ella el primer día en el supermercado y la vi.

« Mírame, mírame, mírame » . Suplica una vocecita en mi mente como si pudiera tener telepatía con ella. Suspiro fastidiado, cuando doy por hecho de que va a pasar de largo sin hacerlo, pero en el último segundo lo hace. Sus ojos marrones recorren mi cuerpo hasta tropezarse con los míos y me sonríe. ¡Joder, qué sonrisa más maravillosa! Trago saliva y le sonrío como un imbécil, ella no se detiene sigue su camino y no le quito los ojos de encima hasta que la pierdo de vista. ¿Qué diablos tiene esa chica?

—¡Vaya! Cameron presta atención más de cinco segundos a una chica... Interesante observación. —Alza la voz con su comentario Atlas.

No puedo ocultar la sonrisa de imbécil que sigue dibujada en mi cara.

—Es Samantha, una amiga de Avery. —Le informo restándole importancia.

—Claro colega, niégate lo que quieras, pero te conozco desde hace años y nunca has mirado así a una chica. —Me acusa Atlas.

Me muerdo el labio inferior queriendo reprimir una nueva sonrisa.

—Es... Diferente. —Le confieso.

Mi móvil suena captando la atención de ambos, lo saco del bolsillo de mi pantalón y cuando veo que es mi madre lo vuelvo a guardar sin molestarme en responderle.

—¿Sigues sin hablar con ella? —Me pregunta serio y asiento.

—Me he pasado el verano solo, porque ella estaba ocupada con su vida y su novio. Tan solo la he visto dos días, y únicamente quedamos para comer porque en casa tenía invitados a los hermanos de Jack... —Termino de explicarle dolido a mi amigo y él suelta un suspiro llevando su mano a mi hombro para darme un apretón lleno de compasión y apoyo.

—Sabes que podrías haberte venido conmigo y mis padres a Shanghái. Te aseguro que te caerían muy bien mis abuelos. —Me comenta y sonrío al recordar las primeras veces que

Atlas me contaba que no terminaba de familiarizarse con las costumbres asiáticas de su familia cuando iban a visitar a sus abuelos maternos.

—No me va el comer grillos colega. —Bromeo.

Él suelta una carcajada.

—No sabes lo que te pierdes... —Responde risueño—. Pero lo digo en serio colega, la próxima vez piénsalo. Comer grillos puede ser mejor que estar solo en el campus.

—Tampoco he estado tan mal, he tenido el doble de tiempo para entrenar y mejorar mis jugadas. —Miento. Odio esa sensación de soledad, pero me niego a aceptarla.

—Bueno, colega lo que te comentaba es que hoy tenemos fiesta en la fraternidad de medicina. —Me dice mi amigo y chasqueo la lengua en desaprobación.

—Mañana tenemos partido, no debemos...

—Vamos capitán, es viernes y es el primer partido de temporada. Relájate un poco. —Intenta animarme pasando su brazo por mis hombros y tirando de mí hacia el gimnasio.

—El entrenador me cortará las pelotas si no damos la talla mañana. —Le aseguro.

—En ese caso, nos aseguraremos de que no tengas tan trágico destino Ryder.



CAPÍTULO 13

Cameron

Me doy una ducha cuando acabo de entrenar. Me da pereza tener que hacerme la cena, así que prefiero ir a comer algo en Book Bistro. Es una cafetería más del campus, pero sirven las mejores hamburguesas de toda Iowa. Me bajo del Jeep, les envío un mensaje a los chicos avisando de que estoy aquí por si les apetece unirse. Pero enseguida recibo una foto de Atlas en la que sale Garret jugando al *beer pong*. Será idiota... Mañana va a tener una resaca descomunal, para jugar contra los Bulldogs de Drake. Sé que no soy su padre, pero soy el capitán y tengo la responsabilidad de que no se desmadren antes de un partido. Cuando Atlas me comentó lo de la fiesta, rechacé la oferta de ir, estaba cansado y solo quería estar en mi cama durmiendo.

Entro en el local y me siento en la barra, pido un menú de hamburguesa, patatas y refresco. La chica me lanza un guiño acompañado de un « enseguida capitán » y no puedo evitar sonreír. Reconozco que estoy acostumbrado a este tipo de trato, hasta el punto de que me es indiferente porque lo tengo naturalizado. Sin embargo, cuando cierta chica de metro setenta, gafas y cuerpo lleno de curvas que incitan a pecar, me llama como un superhéroe de Marvel siento una chispa que se prende en mi interior.

La chica me trae una Coca-Cola con mucho hielo y le doy un trago sediento. Un nuevo mensaje de Travis, insistiendo en que vaya, me confirma que todo el equipo se ha pasado por las narices la advertencia del entrenador Smith. Suelto un bufido de fastidio al pensar en tener que ir a la fiesta de la fraternidad y conseguir salir sobrio en el intento. Niego pensativo, mirando hacia afuera del local y entonces me fijo en la chica que veo a través del cristal en el supermercado de enfrente.

¿Samantha? La veo vestida con el uniforme del super y una visera que recoge su pelo castaño. Sonrío incrédulo con lo que estoy viendo. Cuando la camarera me trae la humeante hamburguesa emplatada, le pido que me la ponga para llevar. Le dejo el dinero en la barra y recojo el pedido, decidido a ir al local de enfrente a incordiar a mi persona favorita.

Empujo la puerta y el sonido de la melodía de una radio me recibe acompañado del tarareo de la chica que hay de espaldas a mí reponiendo en la estantería. Sonrío dichoso de que sigue ajena a mí, y cuando se agacha para el estante de más abajo, mis ojos se clavan en su culo redondo que se mueve al ritmo de la música. Una corriente de deseo azota mi cuerpo y hace que me ponga duro como un puto adolescente. Samantha se incorpora colocando las maquinillas de afeitar y me fijo en que tiene unas piernas increíbles a pesar del uniforme tan amorfo que lleva puesto. Su tarareo se vuelve más elevado cuando llega al estribillo de la canción. Me apoyo en el mostrador y disfruto del espectáculo. Sé que debería de avisarla de que no está sola, pero tener el

privilegio de conocer esta parte de ella me fascina. Abro el envoltorio plateado de mi hamburguesa y le doy un bocado hambriento. No sé el tiempo que pasa mientras que Samantha se mueve distraída de un lado a otro de las estanterías, hasta que el ruido que hago al acabar la Coca-Cola capta su atención. Veo la sorpresa y el bochorno cruzarse en su mirada.

Cuando me ve a unos metros de ella, deja de moverse. Se detiene. Se sonroja avergonzada y eso hace que mi sonrisa se haga un poco más grande. Es guapísima, aunque no lleve ni una pizca de maquillaje, supongo que es la expresividad de sus grandes ojos marrones lo que la hace tan bonita.

—¿Qué haces aquí? —Me pregunta molesta, pero sigo sin moverme un ápice.

—Solo estaba disfrutando de tu baile privado. —Le respondo lanzándole un guiño que parece enfurecerla y eso me divierte.

—No puedes comer en el local, está prohibido. —Me señala un cartel que hay junto a la puerta.

Le doy el último bocado a mi hamburguesa.

—Ya no estoy comiendo. —Mascullo con dificultad—. ¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Solo llevo unos días. —Me responde y vuelvo a sonreír como un idiota.

—¿Te ayudó el empujoncito que te di con el skate, no? —Bromeo alzando las cejas como el capullo que soy, cuando quiero.

Samantha rodea el mostrador y veo como apaga la máquina registradora. Se mira el reloj que tiene en la muñeca y luego me mira a mí.

—Estamos cerrados, así que te tienes que ir.

—No me has respondido. —Insisto.

—¿Y qué te importa? —Me pregunta y guardo silencio.

Apoyo ambos codos en el mostrador y espero paciente a que responda, hasta que al final lo hace.

—Jenna vio mis habilidades colocando bolsas de patatas fritas y me propuso el trabajo. —Sonríe de verdad y yo lo hago con ella.

—Al menos me siento menos culpable de que me odies.

—No te odio. —Responde con sinceridad y me gusta saber que es cierto—. Es solo que...

—Que... —repito invitándola a que continúe.

—Que eres un roba corazones y no quiero ser una chica más de tu lista de conquistas.

Reconozco que me pilla por sorpresa su sinceridad y tardo unos segundos en reaccionar. Carraspeo para aclararme la voz antes de hablar porque debo reconocer que su declaración sincera ha hecho que una inquietud florezca en mi pecho.

—Nunca serías una chica más. —Le aseguro.

—Tengo que hacer caja, si me lo permites... —Desvía la conversación señalando la puerta y asiento.

—Claro, es tarde y supongo que tienes ganas de llegar a casa donde te espera el señor Netflix.

—Ja-ja-ja, Cameron Spider, y sus suposiciones... —Me reta y joder, me encanta su sarcasmo—. Avery me está esperando para ir a una fiesta en la fraternidad de medicina.

Esas tres últimas palabras hacen que una lucecita se encienda en mi mente e intento disimular fingiendo que no me importa a dónde vaya.

—Muy bien, nos vemos pronto gafitas.

Me despido de ella lanzándole un guiño que hace que ella me ponga mala cara. Salgo del

supermercado sintiéndome dichoso. Joder, no tenía interés alguno en ir a esa fiesta, pero saber que puedo coincidir con ella... Me parece una puta señal del universo.



CAPÍTULO 14

Cameron

—¡Por el capitán! —Atlas levanta su vaso de plástico rojo, antes de llevárselo a los labios cuando me ve entrar por la puerta del patio trasero.

—¡Eso! ¡Por el capi! —Añade Garret con dificultad al pronunciar las palabras, tragándose el líquido ámbar que hay en su vaso de chupito.

Cuando las miradas de los presentes se clavan en mí, mi sonrisa se convierte en una mueca y no sé si suelto una carcajada o un bufido de fastidio al ver a mis amigos cada uno en una tumbona de la piscina. Junto a ellos hay varios compañeros del equipo y muchas chicas que los animan a seguir bebiendo.

Garret al verme se levanta con una enorme sonrisa en los labios. Se tambalea un poco, pero consigue caminar hacia mí sin caerse. Me lanza un guiño señalando hacia Travis que tiene a una pelirroja sentada encima. Se acerca a mi oído.

—No te enfades, ¿vale? —Me pide y el olor a alcohol rancio me revuelve las tripas.

—Mañana tenemos que dar la talla en la cancha. —Le recuerdo y él asiente.

—Lo haremos, solo nos estamos divirtiendo un poco.

—¡Eh, Stone! —Lo llama una chica rubia en bikini—. Vamos a jugar una partida de *strip poker*, ¿te apuntas?

—Ahora mismo voy preciosa. —Le responde y niego para mí al oírlo.

—A tu padre, como político que es, no le gustaría que el culo de su hijo saliera en los periódicos de todo el país. —Le recuerdo, pero él se encoge de hombros.

—A mi padre dejé de importarle hace años colega, si no, no me hubiese mandado a más de diecisiete horas en coche de casa. Se ha asegurado de que los escándalos que dé, no afecten a su carrera. —Me informa con amargura encogiéndose de hombros. Coge un vaso de un chico que pasa por nuestro lado y se bebe el contenido de un sorbo—. Créeme colega, sé lo que es sentirse solo. —Me susurra dándome una palmada en el pecho y se aleja de mí. —¡Eh, nena! ¡No empecéis sin mí!

—Una copa capitán—. Me ofrece con voz sexy una chica que lleva puesto el top de las animadoras.

—No, gracias. —Le respondo con educación.

—Atlas dijo que dirías eso, así que tal vez ahora... —comienza a echarse un líquido ámbar por el escote—. No puedes resistirte a tomar un sorbo.

Repreniendo con la mirada a mi amigo que me lanza un guiño recostándose en la hamaca. La chica ante mi falta de atención, me agarra por la barbilla y me obliga a mirarla.

—Cameron Ryder, por qué no me dejas que te ayude a relajarte antes del partido... —

Me sugiere.

La miro con atención unos segundos. No puedo negar que está muy buena y yo estoy muy cansado de tener que ser siempre el responsable de estos capullos. La chica acorta la distancia que nos separa, pasa sus brazos por detrás de mi cuello y me besa. Así, sin ni siquiera decir su nombre, se contonea con sus curvas sobre mi cuerpo que no tarda en reaccionar a su atención, pero un portazo a mis espaldas hace que me separe de ella y encuentre junto a la puerta mosquitera unos ojos marrones que me persiguen hasta en sueños.

—Samantha...



CAPÍTULO 15



Samantha

No ha sido una buena idea venir a la fiesta a la que tanto ha insistido Avery, sobre todo porque debí de suponer que todo el equipo de baloncesto estaría aquí, incluido su capitán. Salí más tarde de trabajar porque me distraje con la visita inesperada de Cam. No sé el tiempo que estuvo viéndome cómo desafinaba en cada estribillo mientras bailaba entre estanterías. Salí media hora más tarde y por eso le dije a Avery que la veía en la fraternidad. Cuando llegué le envié un mensaje y me avisó de que estaba en la parte trasera de la casa junto a la piscina con varias chicas de su clase. Todo iba bien hasta que lo vi besándose con una chica, no sé por qué me incomodó hasta el punto de enfadarme conmigo misma. Soy una idiota por pensar que hay algo más allá de esa fachada de chico popular, pero está claro que Cameron Ryder es más simple que el mecanismo de un bolígrafo.

Parecía tan ocupado con esa chica colgada de sus labios, que no me imaginé que sus ojos turquesas me encontrarían tan rápido como si yo tuviera un imán para captar su atención. « Mierda » . Es lo primero que dice mi mente cuando veo que suelta a la chica y se dirige hacia mí. En los escasos metros que nos separan, pienso en ignorarlo, fingir que no lo he visto y eso hago. No tengo mucho éxito, cuando al salir al jardín vuelve a llamarme y sé que me sigue.

—Samantha, ¡joder! —Oigo que se queja cuando me agarra del codo y forcejeo hasta conseguir que me suelte.

—¿Qué quieres? ¿No estabas ocupado con tu ligue de esta noche? —Le pregunto molesta y él se cruza de brazos con esa sonrisa que estoy comenzando a odiar.

—¿Por qué estás ahora enfadada?

—¡No estoy enfadada!

—Claro, por eso te estás sonrojando hasta las orejas y frunciendo el ceño. —Comenta divertido y sé que está en lo cierto.

—Mira, es mejor que tú sigas a lo tuyo y yo a lo mío.

—¿A lo mío? —Me pregunta alzando las cejas sorprendido.

—¡Samantha! ¿Vienes? —Oigo que grita Avery que está con varias chicas sentada en el borde de la piscina.

—Me están esperando. —Le comento girándome sobre mis talones, pero Cameron tiene reflejos, es rápido y me coge de la mano para impedir que me aleje de él.

—¿Vas a jugar al *strip poker*? —Me pregunta sorprendido y veo el fuego en su mirada.

—Claro. —Miento con una enorme sonrisa, solo por ver cómo le fastidia mi afirmación.

—No creo que sea buena idea. —Sugiere serio y ahora soy yo la que se ríe.

—Por si no lo sabes, soy hija única. Así que no te la des de hermano mayor conmigo.

—Le advierto cabreada—. Buenas noches Spider.

Cameron no dice nada más, sigue serio y me suelta de su agarre. Me alejo de él. Me siento en el borde de la piscina junto a Avery. Cuando miro detrás de mí, lo encuentro con sus amigos, pero tiene la mirada clavada en mí. Una corriente de electricidad me recorre la espina dorsal e intento fingir que me es indiferente.

—Samantha, él es Garret, Talia, James, Ava, Nancy y Marie, que ya la conoces. —Me presenta Avery a todos.

—Encantada —respondo con una sonrisa mirando de uno a otro.

—Vamos a jugar al *strip poker*, ¿te apuntas? —Me dice un chico rubio.

Garret, me sonríe con simpatía mientras me observa con una mirada brillante y niego en respuesta con suavidad.

—No, gracias. —Le comento y él finge ponerse triste ante mi respuesta.

—Vamos Garret, déjala que mire hasta que se sienta cómoda —sugiere Talia y asiento agradecida a que el chico deje de prestarme atención.

Dos cervezas después, Avery me pide que la acompañe al cuarto de baño. Nos alejamos del grupo y subimos a la primera planta con la certeza de que está menos concurrido y no hay cola. Estamos esperando a que quede libre, cuando un chico menudo se detiene frente a nosotras.

—¿Avery? —Le pregunta.

—¿Matt? —Pronuncia ella.

—Pensé que no habías venido, te he buscado antes y... —Comienza a decir el chico, veo como mi amiga se pone nerviosa y sonríe.

—Estábamos en la piscina. —Le comenta risueña, se nota que a ella le gusta.

—¿Te apetece bajar a tomarnos algo? —Le propone y veo como duda cuando me mira.

—Otro día, porque están esperándonos en la piscina. —Le comenta como excusa barata.

—Claro, pues nos vemos en clase de álgebra el lunes. —Se despide de ella que asiente como respuesta.

Espero paciente a que el chico se marche, por suerte la puerta del baño se abre y queda libre. Entramos y cierro detrás de mí. Avery finge quitarse un poco de rímel en su párpado, algo que es complicado de apreciar con la tenue luz del baño y su piel negra. Sonrío incrédula y espero a que ella repare en mí.

—¿Qué?

—Te gusta ese chico.

—Sí —afirma levantándose el traje y bajándose las bragas para hacer pis.

—¿Y cuál es el problema para bajar a tomarte algo con él?

—Está mi hermano por ahí y paso de que me fastidie la cita. —Vuelve a excusarse y sonrío.

—¡Venga ya! Tu hermano nos ha visto en la piscina jugando al *strip poker* y no te ha puesto impedimento alguno, ¿por qué le iba a importar verte hablando con ese chico? —Le pregunto y ella se encoge de hombros, recolocándose de nuevo la ropa—. Venga Avery, dime la verdad —insisto.

Avery se enjabona las manos, se las enjuaga y cierra el grifo antes de girarse hacia mí, veo que duda unos segundos antes de hablar y suelta un suspiro.

—Por ti.

—¿Por mí?

—Sí, he visto que casi no bebes, no estás cómoda rodeada de tanto alcohol, y lo entiendo porque supongo que te recuerda a tu madre. —Me dice sin pensar, secándose las manos

con papel higiénico. Sus palabras me caen como un cubo de agua fría—. Lo siento, es que te he visto como le has enviado un mensaje. Sé que está feo mirar las conversaciones ajenas de WhatsApp, pero no te ha respondido en una semana. ¿Cómo puede ser así?

—Gracias por preocuparte por mí. —Le confieso emocionada abrazándola—. Hacía años que nadie lo hacía —murmuro y ella me frota la espalda con cariño mientras seguimos abrazadas—. Pero, tienes que bajar y hablar con ese chico, yo estaré bien.

—¿De verdad? No quiero ser una mala amiga que te deja plantada por un chico en una fiesta. —Me comenta risueña y asiento.

—Me iré a casa, son las dos de la madrugada y tengo sueño, supongo que la cerveza no era sin alcohol. —Bromeo y ella suelta una carcajada.

—¿Te veo mañana? —Me propone animada y asiento.

—¡Claro! Es mi día libre.

Al bajar las escaleras me despido con un abrazo de mi amiga, cruzo el salón que se ha convertido en una pista de baile improvisada y salgo de la casa. Conforme me voy alejando las voces y la música se hacen cada vez más amortiguadas. Estoy cruzando el aparcamiento repleto de coches, cuando los cuatro intermitentes de un jeep negro se encienden y veo cerrando la puerta del maletero a Cameron. Nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo y mi cuerpo reacciona a su presencia. Camino en dirección opuesta mientras intento convencerme de que Cameron Ryder me es indiferente, pero pasan cinco segundos y lo tengo frente a mí. Cierro los ojos, esperando que por arte de magia desaparezca y cuando los abro él sigue ahí expectante.

—No sé porque tengo la necesidad de explicarte, que lo que viste antes no era un beso consentido. —Comienza a decir y siento la inquietud brotar como una bruma nebulosa a nuestro alrededor.

—Es una pena que seas tan mentiroso, porque parecía que estabas disfrutando de lo lindo —ironizo.

—Aquí la única mentirosa eres tú —afirma con rotundidad y me quedo helada.

Mi mente me advierte de que lo sabe. Me ha descubierto. Ha entrado en mi habitación cuando no he estado y ha visto la foto en mi mesita de noche. Trago saliva, parpadeo sin moverme un ápice y veo la frustración en la mirada oscura de Cam. Él suelta un suspiro derrotado, se quita la gorra y se revuelve el pelo antes de volver a ponérsela del revés. Se lleva las manos a las caderas y niega para sí pensativo.

—Ni siquiera sé por qué te estoy dando explicaciones de con quién me beso. —Me dice confundido y comprendo que Cameron va por un camino diferente a lo que estaba pensando, él no me ha descubierto... todavía.

—Tampoco es que las quiera escuchar —atajo borde, y él suelta una carcajada vacía.

—¡Dios Samantha! Eres imposible —murmura frustrado dando un paso hacia delante.

—Y tú eres insufrible —afirmo molesta, dando otro paso en su dirección.

—Eres testaruda. —Da otro paso.

—Y tú un chulo. —Doy otro paso hasta que nuestros rostros están muy cerca, demasiado cerca.

Su perfume de cítricos y especias con un toque marino está por todas partes y, antes de que pueda darme cuenta, el calor lo inunda todo. Cameron no se mueve, pero yo tampoco lo hago. Seguimos muy cerca y seguimos mirándonos en duelo. Sin que ninguno de los dos pueda evitarlo nuestras respiraciones se aceleran volviéndose un caos. Mi boca se seca, entreabro mis labios y su mirada se clava en ellos. Nuestros ojos se encuentran otra vez. Solo un segundo y Cameron se

mueve rápido para acortar la distancia que separa nuestras bocas.

Se inclina hacia mí y me besa con ganas, con enfado, con hambre, con deseo, con pasión... El corazón golpea mis costillas cuando su mano se ancla a mi cintura y su otra mano acaricia mi mejilla mientras me atrae hacia él. Mis manos que en un primer momento chocan con su pecho, no ponen resistencia, suben hasta su cuello y descansan en sus hombros. Su lengua acaricia mis labios pidiendo permiso y cuando se encuentra con la mía siento que me roba el aliento. Mi mente colapsa y se esfuma la poca cordura que me queda. Su lengua me saborea, pero segundos después las ganas nos vencen y el beso se vuelve más rápido, exigente e intenso. Agarro la nuca de Cameron y él responde estrechándome más contra su cuerpo. Nos besamos sedientos. Nunca antes había besado con tanta necesidad a un chico y disfruto del beso. Él sonríe sin comprender que es el culpable de que todo se vuelva difuso a mi alrededor y deje de importarme que no lo soporte porque desde que lo conocí he estado enfadada con él. Un cosquilleo que brota en mi estómago se extiende por cada centímetro de mi cuerpo llenándolo de satisfacción y sosiego.

Nos separamos un segundo para coger oxígeno. Nos miramos y me veo reflejada en el brillo de sus ojos. La melodía de « *Beautiful Things* » de Benson Boone nos llega perezosa desde la fiesta y como si él también fuera consciente de la letra, sonríe llenándome de fuegos artificiales y volvemos a besarnos.

El tiempo se detiene, su cuerpo reacciona al mío. Mi cuerpo se rinde al suyo. Nuestras lenguas juegan y bailan una danza silenciosa que solo ellas entienden y sienten.

—¿Ryder? —Grita una voz a nuestras espaldas.

Siento el abandono repentino de sus labios. Cameron sonríe de una forma preciosa y me humedezco los labios cuando él se gira para encontrarse con el hermano de Avery, dos coches más retirados de nosotros. Pero Cameron es tan grande y corpulento que quedo oculta detrás de él.

—¡Eh Trav! ¿Qué pasa? —Lo saluda y veo como el chico sonríe.

—He visto tu coche aquí y quiero volver ya a casa. ¿Me llevas colega? —Le pregunta.

—Claro, toma las llaves. —Le dice lanzándolas—. Voy enseguida.

Cameron se gira sobre sus pies y me mira con tanta intensidad y deseo que derrite todo mi cuerpo, antes de que se incline despacio de nuevo sobre mi rostro.

—Me vuelves loco Samantha —susurra contra mis labios y me da un beso fugaz que me hace volar de nuevo—. Vamos, te llevo a la residencia. —Me dice cogiéndome de la mano, entrelazando sus dedos con los míos tirando de mí, pero me quedo donde mismo y él se gira para observarme con el ceño fruncido.

—Me voy mejor andando. —Le informo.

—Venga, no me cuesta nada acercarte, y a Travis no le va a importar. —Insiste y niego dando un paso hacia atrás, volviendo a ser consciente de lo que acaba de suceder.

—No, ni siquiera tendrías que haberme besado... Tu... Yo... No podemos. No quiero. Le digo sintiendo el agobio crecer en mí. Es mi compañero de piso aunque él no lo sepa y si lo descubre, lo que sea que hay entre nosotros se arruinará porque le he mentado. Veo la confusión en sus bonitos ojos azules y sonríe incrédulo por lo que le estoy diciendo. Mi mente me recuerda que para él solo puedo ser una distracción. Cameron Ryder, no tiene novia, no repite con las chicas y no se interesa en ellas una vez que consigue acostarse con las chicas.

—No puedes hablar en serio Samantha.

—No vuelvas a besarme, no está bien.

—¿Cómo puedes decir eso? Ese beso ha sido brutal, me he sentido correspondido y ahora vienes a decirme que ha sido un error. ¿A qué estás jugando?

—Tengo novio. —Miento y es justo lo último que él desea oír.

Suelta un suspiro y niega para sí, dando un paso atrás como si mi confesión lo abofetease. Veo la decepción en su rostro. Alza las cejas e intenta decir algo, pero las palabras desfallecen en sus labios. Presiono los míos y trago saliva, intentando mantenerme indiferente cuando por dentro solo quiero salir corriendo.

Cameron no dice nada más, veo el enfado en sus ojos y se marcha dejándome sola en el aparcamiento. No es hasta que oigo su coche arrancar cuando siento que puedo respirar. Apoyo la espalda en un coche e intento mantener la calma.

¿Qué acabo de hacer?

Solo pienso en lo que diría mi padre de todo esto. No tenía respuestas. No había crecido con un adulto que me hubiese aconsejado que era lo correcto. Había crecido marginada en el barrio con una madre ausente. Durante años soñé con el momento de largarme de allí y comenzar de nuevo y ahora que lo había logrado, no era capaz de disfrutar de un beso con un chico guapo que me aceleraba el corazón. Tenía miedo de volver a confiar en alguien...



CAPÍTULO 16

Cameron

Juro que intenté olvidarme de Samantha. Había besado a muchas chicas y nunca me había detenido a recordar un puto beso. Tenía que dejar de pensar en ella y en aquel beso. Joder, había sido el mejor beso que me habían dado en la vida. Sabía que también había sacudido todo su mundo. Lo vi en sus bonitos ojos marrones. Sentía lo mismo que yo, aunque se negase a reconocerlo.

Llevo todo el día con un humor de perros. He jugado los dos primeros tiempos del partido descentrado. Sé que debo dejarme la piel en la cancha, pero no esperaba verla en la grada junto a Avery. Tampoco esperaba que al mirarme todo mi puto mundo se incendiase como lo haría un campo de pasto seco ante el fuego.

Entramos en el vestuario para el descanso y el entrenador me da una colleja cuando paso por su lado.

—Ryder, ¿dónde diablos tienes la cabeza? —Gruñe y no respondo, tan solo me siento en un banco y me desabrocho las zapatillas—. ¿A qué cojones estáis jugando? Los Bulldogs nos están dando una paliza porque todavía no habéis hecho ni una jodida jugada bien. —Brama y todos sabemos el mal perder que tiene el entrenador. Mira a Garret y niega para sí—. Stone. —Se dirige hacia él—. Debería de darte vergüenza que tu viejo haya cruzado medio país para verte hacer el payaso...

Mi amigo aprieta la mandíbula y da un paso al frente sin amilanarse.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos —responde y el entrenador niega.

—Anoche estabais todos de fiesta... —Afirma mirándome—. Es el primer partido de la temporada y la imagen que deis os condicionará para la liga. ¿Lo sabéis verdad?

—¡Sí, entrenador! —Gritamos al unísono.

—Pues haced pases más cortos para no perder el balón y demostrad de qué pasta estáis hechos. Ryder es el *base* del equipo, sabéis que es el más rápido y tiene la capacidad de robar el balón con facilidad. Travis y Nick como *escolta* y *ala*, no podéis fallar en las asistencias. —Suelta un suspiro y nos muestra la pizarra blanca con la jugada que hemos practicado en los entrenamientos—. Atlas tú eres el *alero* y se la pasas a Garret que como *pívot* está cerca de la canasta. No puedes perder el tiempo en centrar la pelota.

—¿Quiénes somos? —Le pregunto a mis compañeros. Me pongo de pie y asumo la responsabilidad que se me otorgó al ser el capitán. Extiendo mi mano y todos la ponen encima.

—¡Los Panthers! —Gritamos.

—¿Y qué hacemos? —Pregunto desgañitándome con ganas.

—¡Ganar! —Responden en un grito de guerra.

Veo la satisfacción en la sonrisa del entrenador y asiente satisfecho aplaudiendo. Salimos por el pasillo del vestuario hacia la cancha de baloncesto. El otro equipo hace lo mismo. Se escuchan los vítores de la afición, las bocinas y los gritos de las animadoras nos reciben como si fuésemos gladiadores a punto de jugarse la vida en una última batalla. La busco de nuevo en la grada y no tardo en encontrarla. Nuestras miradas se entrelazan y a pesar de la distancia, siento que esa conexión que hay entre ambos hace que el corazón me lata con fuerza contra las costillas.

El silbato del árbitro advierte de que cada jugador debe estar en su puesto. Me sitúo en la línea que delimita la mitad del campo frente a un tipo corpulento, con mirada furiosa de los Bulldogs. El juego comienza cuando la pelota queda suspendida en el aire y ambos damos un salto intentando hacerla nuestra. Por suerte soy más rápido y le hago un pase a Travis, que está solo. Este avanza botando el balón en el *parquet* y Garret obstaculiza la jugada cuando se la pide. Ese no es el plan, lo hemos repasado hace un momento en el vestuario, pero mi amigo insiste y Trav se la lanza al extremo opuesto de la pista. Garret salta para cogerla y es embestido por un jugador del equipo opuesto y cae al suelo con un grito de dolor.

Corro hasta su lado, le ofrezco la mano para ayudarlo a levantarse y cuando lo hace lo abrazo.

—Pasa de tu padre... No tienes que impresionarle, eres el mejor, aunque él no lo crea.
—Le susurro rápido y mi amigo asiente sin decir nada.

El árbitro marca la falta y Garret se posiciona, bota el balón un par de veces hasta que el árbitro silba avisando de que puede lanzar, lo hace sin titubear y encesta. Los aplausos se hacen más exigentes durante todo el partido y en el último cuarto el entrenador cambia a Garret cuando lo ve cojeando.

Ganamos el partido por un triple que marcó Atlas en el último segundo. No hemos estado al cien por cien, anoche no debimos andar de fiesta celebrando una victoria que no era real. Miro a la grada antes de entrar en el vestuario y vuelvo a buscar a Samantha, pero ya no está. ¿Qué esperaba? Tiene novio, me recuerda mi mente.

Mis músculos están tensos por la frustración. Me quito la equipación y me meto en la ducha queriendo olvidarme del desastre de partido que acabamos de jugar a pesar de que la suerte ha estado de nuestro lado. Cuando el agua tibia comienza a caer, siento que mis músculos se van relajando. Apoyo el brazo en los azulejos y descanso la frente en mi antebrazo. Suelto un suspiro que parecía llevar conteniendo desde que comenzó el partido y cierro los ojos dejando que el agua me calme.

—Eh, colega... No vayas a dejar la caldera sin agua caliente. —Se queja Atlas que abre el grifo de la ducha que hay a mi lado.

—Qué mierda de noche. —Mascullo frotándome el pelo y echando la cabeza hacia atrás.

—¿A cuál de ellas te refieres? —Me pregunta captando mi atención y veo una sonrisa divertida que achinan un poco más sus ojos.

—Al partido. —Atajo y él asiente.

—Claro... La chica que ayer te dio calabazas no tiene nada que ver con ese humor de perros que te gastas, ¿verdad?

—¿Qué chica? —pregunta Garret entrando en la ducha de al lado.

—La que ayer después de que Ryder la besara le dijo que tenía novio. —Termina de contar Travis que está en la ducha de enfrente.

—Eres una vieja cotilla. —Me quejo y mi amigo se ríe.

—Toma Trav, las llaves del coche... Espérame allí. —Travis me imita con voz de pito —. ¿Cuándo Cameron Ryder ha dejado las llaves de su coche a alguien?

—Por no hablar de su *skate*... —Añade Atlas con una carcajada.

—¡Iros al infierno! —Exclamo negando para mí y termino uniéndome a las risas de mis amigos.

—¿Y quién es la chica? —pregunta Garret.

—Se besó con Samantha Parker, una chica de primero de ingeniería química amiga de mi hermana. —Les informa el traicionero de Trav.

—¿Acaso te olía el aliento para que te rechazase? —Me pregunta partido de la risa Atlas.

—Muy gracioso chino. —Le digo sin un ápice de alegría y veo como su risa cesa porque odia que lo llamemos así. —Tiene novio. —Les explico.

—¡Venga ya! ¿Y desde cuándo eres tú celoso? —Bromea Atlas.

—¿Y quién es el novio? —pregunta Travis captando mi atención.

—No tengo ni idea —respondo.

—Pues tendremos que descubrirlo.



CAPÍTULO 17



Samantha

¿Por qué me sentí sobrepasada de emociones después de aquel beso? Porque era el beso más increíble que me habían dado en la vida y también culpa de que hacía tres años que no besaba a un chico.

Las reglas inquebrantables que me había marcado al llegar a Cedar Falls ahora estaban borrosas. Me prometí centrarme en mis estudios y no enamorarme, pero ahora estaba colada por Cameron Ryder hasta la médula. ¿Cuándo había pasado eso? No sé exactamente en qué momento dejé de odiarlo, de fingir que me irritaba. Solo por intentar mantenerlo lejos de mí.

Había pasado el día estudiando con Avery en la biblioteca y después de merendar insistió en que la acompañase al partido. No me negué porque era una excusa más para volver a verle a pesar de que le había mentido para alejarlo de mí.... ¡Qué tenía novio! Vaya trola le había contado.

Salimos del estadio antes de que indicase el árbitro el final del partido. Esa era la única condición que le había puesto a Avery para ir con ella. Cenamos en el primer bar del campus que vemos abierto y volvemos caminando cada una para su casa.

—Bueno, me vas a contar de una vez, ¿por qué Cameron no paraba de mirarte hoy en el partido?

—Verás... Ayer cuando me marchaba para casa me crucé con él en los aparcamientos.
—Le respondo y ella alza las cejas.

—Guau... Eso es toda una revelación —ironiza y me río.

—¿Me prometes no gritar? —Le pregunto y ella asiente—. Me besé con él.

—¿¡QUÉ!?! —Chilla y se lleva las manos a la boca con una sonrisa—. Quiero decir...
¡CUÉNTAMELO TODO!

—Eres imposible. —Le comento divertida.

Le cuento cada detalle de lo que sucedió. Hasta la mentira que le dije porque me acojoné al pensar qué pasaría después de aquel beso. Le conté que llevaba más de tres años sin estar con nadie y que mi experiencia en el amor era nefasta. Veía la diversión en su mirada y su curiosidad iba creciendo conforme más cosas de mi adolescencia le contaba. Hasta el punto de que le confesé que no me gusta estar en lugares donde no puedo controlar a todos los presentes.

—¿Por qué te agobian las aglomeraciones de gente? —Me pregunta Avery con curiosidad y me encojo de hombros.

—No es seguro —respondo y ella suelta una carcajada.

—¡Venga ya! Nunca pasa nada. —Me dice relajada y suelto un suspiro—. Bueno no tienes que contarme nada que te incomode, solo que me extraña que la hija del gran Parker, que has estado en cientos de circuitos con miles de personas... Ahora sea reticente a un simple partido de baloncesto en la universidad.

—Nunca me importó ir a sitios concurridos, —comienzo a decirle y mi mente regresa

a un pasado oscuro y lleno de miedo—. Hasta que hace tres años...

—Shhh... —Me interrumpe mi amiga—. No me lo cuentes.

Sonrío y ella me mira con cariño.

—Me lo contarás cuando estés preparada —afirma con una enorme sonrisa—. Venga, te acompaño a tu casa. —Me comenta cogiéndome la mano hasta acercarme lo suficiente para abrazarme.

—Gracias Avery. —Le confieso sintiendo que la presión se va disipando de mi pecho—. No tienes por qué acompañarme, estoy bien.

—Lo sé, pero no me importa desviarme dos minutos hasta llegar a mi casa.

—Gracias por ser tan increíble Avery.

—Gracias a ti por ser una amiga tan auténtica. —Me dice risueña dándome un beso en la sien.

Cuando llego al piso, cierro la puerta con la tranquilidad de que Cameron todavía no ha llegado. Avery me contó por el camino, que los chicos después de un partido quedan siempre para cenar juntos. Así que tenía la casa sola para mí.

Me doy una ducha larga y relajante. Antes de salir del baño me aseguro de que la casa sigue en silencio y corro por el pasillo hasta mi dormitorio. Cierro la puerta y sonrío dichosa de tener mi propio refugio de paz.

Me tumbo en la cama mirando el techo y suelto un suspiro que parecía llevar años conteniendo. Me giro en la cama al sentir que las lágrimas se agolpan en mis ojos. Miro la foto que descansa en mi mesita de noche y añoro a la maravillosa familia que éramos cuando era una niña.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero un sonoro golpe me despierta y me siento en la cama sobresaltada. Miro desubicada a mi alrededor y me froto la cara somnolienta. Miro el despertador y veo que son las tres y media de la madrugada. Oigo una puerta cerrarse y supongo que la fiesta de victoria se ha alargado más de la cuenta para los chicos.

Me duele la cabeza y miro que la botella de agua que siempre tengo en el escritorio está vacía. Me levanto y camino descalza con cuidado de no hacer ruido al salir. Me asomo al pasillo para asegurarme de que la puerta del dormitorio de Cameron está cerrada y todo está en silencio.

Camino descalza hasta la cocina y no me molesto en encender la luz cuando entro. La claridad que se cuela por la ventana me sirve para llegar hasta la nevera y coger el agua fría. Dejo la botella en la encimera y me pongo de puntillas para coger un vaso del mueble que hay colgado junto al fregadero. Justo estoy dándome la vuelta, cuando la luz de la cocina se enciende. Suelto un grito y doy un respingo que hace que se me caiga el vaso al suelo haciéndose añicos.

—¿Gafitas? —Me pregunta sorprendido un Cameron somnoliento y sin camiseta que no da crédito de lo que ve.

Me quedo de piedra en el mismo sitio. Le sostengo la mirada y veo que su mirada va desde la confusión a un brillo que no sé bien descifrar.

—¿Qué haces tú aquí? —Vuelve a preguntar al ver que sigo muda.

—Verás, quería contártelo, pero tú... Bueno yo... —Intento buscar las palabras adecuadas para contarle la verdad.

Cameron se cruza de brazos haciendo que sus músculos parezcan más grandes y resalta más su cuerpo esculpido por tantas horas de deporte. Se apoya relajado en el marco de la puerta y deja de sonreír cuando parece caer en la cuenta de la realidad.

—Eres la novia de Sam. —Me dice y asiento dándome una colleja mental.

—Sí, exacto. —Miento.

Mi mente me recuerda que es una pésima idea hacer más grande la mentira, pero si me echa del piso no tengo dónde dormir y volver a Indiana no está en mis planes.

—No quería despertaros y bueno intenté ser... sigilosa. —Me excuso y él vuelve a sonreír divertido.

—Pues con el grito que has dado, has despertado hasta a los del bloque de al lado —bromea—. ¿Por qué Sam no está ya aquí?

—Sam duerme como un tronco. —Le respondo nerviosa.

Con la excusa de recoger el estropicio que yo misma he causado y no tener que volver a mentirle mirándole a los ojos, me agacho. Primero cojo los trozos más grandes de cristal y me dirijo a la papelera que hay debajo del fregadero. Luego abro un cajón que hay junto a la nevera y cojo un paño de cocina para coger el resto de cristales.

—Veo que conoces muy bien la cocina, no es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad? —Me pregunta y sonrío avergonzada.

—Sí, vengo a veces. —Vuelvo a mentirle sintiéndome la peor persona del mundo mundial.

—Espera, te ayudo. —Se ofrece justo cuando me vuelvo a agachar.

—No es necesario —digo barriendo con un paño de tela los cristales diminutos que se han esparcido por el suelo—. ¡Auch! —Me quejo cuando siento un cristal clavarse en mi piel.

Me miro la palma de la mano y solo veo un corte en mi piel. Sangre, mucha sangre, tan solo el olor me revuelve el estómago y siento un leve mareo. Cierro los ojos y la imagen de mi padre en la bañera inerte y sin vida hace que mi corazón se acelere y el aire se vuelva denso.

—¡Eh! ¡Mírame! ¡Abre los ojos! —Me pide y le hago caso—. No pasa nada, solo es un rasguño.

Cameron me sujeta por los hombros y me levanta como si fuese tan ligera como una pluma. Me sienta en la encimera y acuna con sus manos mi rostro.

—¿Estás bien? ¡Vamos Samantha, no dejes de mirarme! ¿De acuerdo? —Me pide y asiento.

La barbilla me tiembla, la presión crece en mi pecho, la mano me quema y un nudo mudo me oprime con fuerza y no me permite respirar. Mis ojos se llenan de lágrimas y comienzo a llorar asustada. Cameron no dice nada, veo como se mueve rápido y trae un botiquín que no sé de dónde lo ha sacado. Con una gasa me presiona la herida y veo la preocupación en su mirada.

—¿Sueles desmayarte cuando ves sangre? —Me pregunta y niego en respuesta.

Él sonríe aliviado, y lo hace con una sonrisa tan preciosa que a cualquier chica le temblaría las piernas.

—No parece un corte profundo, tengo aquí unos puntos de aproximación que te servirán para que no se te abra y en un par de días estarás bien. —Me informa y asiento sorbiendo la agüilla que se escapa de mi nariz.

—Se te da bien curar, para no ser estudiante de medicina. —Le digo intentando sonar más tranquila y él vuelve a sonreír divertido.

—Cuando creces solo, aprendes a sobrevivir. —Me comenta relajado—. Tienes pánico a la sangre.

—¿Qué? —Le pregunto inquieta, pero él no parece darse cuenta.

—Lo digo porque casi has entrado en *shock*, cuando te has visto la mano sangrando...

Es como si estuvieras reviviendo un trauma. —Ataja acertando. Guardo silencio y Cameron suelta un suspiro contrariado—. No es necesario que me respondas a eso. —Me dice después de ponerme los puntos de aproximación y me venda la palma de la mano.

—Gracias... —Susurro con sinceridad y veo la inquietud en sus ojos azules.

—Sé que no tengo derecho a hacerte esta pregunta. No después de habernos besado... —Comienza a decirme mientras recoge todo—. ¿Sam lo sabe? —Me pregunta pillándome desprevenida.

—Solo fue un beso, tú no sabías que...

—Claro, no le haría gracia que su compañero de piso vaya por ahí besando a su chica. —Me dice incómodo y sonrío.

—Por eso, es mejor dejarlo tal como está.

—Sí... ¿Y cómo es él?

—¿Sam?

—Ajam.

—Pues es... Muy reservado.

—Ya lo creo, todavía no lo he visto. —Me comenta y sonrío.

—Es tímido y duerme como un tronco.

—Me alegro que sea así. —Me confiesa con voz ronca.

Se acerca más a mí, hasta colocarse entre mis piernas y me acaricia la mejilla todavía húmeda por las lágrimas. Nuestras miradas se entrelazan y me siento atrapada en el deseo de su mirada.

Sé que esto es una locura. Recuerdo que le estoy mintiendo, y cuando descubra la verdad no querrá ni verme. Trago saliva para diluir la tristeza que siente mi alma. Ojalá todo fuese diferente porque sé que enamorarme de él no entraba en mis planes. Cameron me acaricia la mejilla con su dedo pulgar mientras me observa pensativo. Suelta un bufido de fastidio y chasquea la lengua negando para sí.

—¿Te apetece una tortilla?

—¿Qué? —Le pregunto confundida y él suelta una carcajada divertida.

—¿Tienes hambre? Estabas en la cocina por eso, ¿no?

—No. —Le digo risueña—. Había venido a por agua. Me duele la cabeza.

—Pues, marchando una pastilla y un vaso de agua—. Me dice en un tono causal y alegre, mientras se mueve con destreza por la cocina.

—Gracias —murmuro avergonzada cuando me lo ofrece. Él asiente sonriente—. Pero ahora que lo dices, sí que me comería también una tortilla.

—¡Genial! Oído cocina. —Me dice lanzándome un guiño.

Cameron termina de recoger los cristales que habían quedado en el suelo y a continuación abre la nevera saca un bol de huevos frescos y una cuña de queso. Me mira pidiéndome permiso para añadirlo y asiento como una idiota. Me quedo maravillada viendo cómo prepara una cena improvisada en medio de la madrugada. Me siento relajada y reconozco que es un chico que no deja de sorprenderme para bien. Le da la vuelta a la tortilla y cojo aire antes de hablar.

—Mi padre se suicidó cuando yo era una niña. Se cortó las venas. —Confieso viendo como Cameron se queda quieto frente al fuego, se gira sobre sus pies y me mira con atención—. Por eso me da pánico la sangre.

—Joder, gafitas... —Masculla—. Eso es algo que no se olvida. Lo siento mucho.

—Fue una pesadilla. —Le digo con voz apagada agachando la vista hacia el apósito que me ha puesto.

—¿Eh! ¿Estás bien? —Me pregunta acercándose a mí y asiento.

—Sí, es que no sé por qué te lo cuento...

—Aunque te niegues a reconocerlo, me he ganado tu corazón. —Bromea para aligerar el ambiente y me lanza un guiño sexy que me saca una sonrisa.

Cameron emplata la tortilla y la pone en la mesa junto con un vaso de agua. Me bajo de la encimera y me siento a la mesa. Él se sienta en la silla que hay justo al lado, apoya el codo en la mesa y la cabeza en su mano para observarme como si yo fuese la octava maravilla del mundo.

—Creo que Sam es un capullo con suerte, por no echarte de menos cuando no estás a su lado, pero me alegro que sea un inconsciente mientras duermes. —Me dice con total sinceridad y levanto las cejas sorprendida ante su confesión.

—¿Y por qué te alegras?

—Porque de esta manera te he podido demostrar que yo soy mejor opción que él en todos los sentidos. —Me responde humedeciendo sus labios con una mirada cargada de picardía.

—Cameron Ryder, ¿esto es una de tus artimañas para llevarme a tu cama? —Le pregunto con desconfianza señalando la tortilla que tiene una pinta deliciosa. Él suelta una carcajada despreocupada.

Reconozco que es la primera vez que no lo llamo por *Spider* y sé que él también se da cuenta. Espero paciente una respuesta que tarda en llegar. La sonrisa se borra de su rostro cuando sus ojos azules recorren mi rostro hasta clavarse en mis labios. Veo como la nuez de su cuello sube y baja cuando traga saliva. Por un instante pienso que al mirarme con esa intensidad puede verme hasta el fondo de mi alma. Se pasa una mano por su pelo nervioso y se incorpora hasta quedarse a pocos centímetros de mí.

—No te confundas gafitas... Yo chasqueo los dedos y a las tías se les caen las bragas —murmura con soberbia—. Sin embargo, a tí hace tiempo que dejé de mirarte como una conquista de una noche.

—¿Y se puede saber por qué? —Le pregunto sin pensar.

—Porque me pareces demasiado interesante como para una sola noche. —Me confiesa ajustándose las gafas y sonriendo a escasos centímetros de mis labios.

Trago saliva. Él mira mi boca y estoy segura de que puede oír los latidos desenfrenados de mi corazón, que resuenan como un tambor africano. Cameron se acerca un poco más a mí. El leve roce de sus labios me produce una descarga eléctrica que me recorre la espina dorsal. Entrecierro los ojos esperando un beso que no llega. Entonces veo como se separa de mí y se levanta de la silla como si esta le quemase el trasero.

—Será mejor que me vaya antes de que la cague. Buenas noches Samantha. —Me dice inclinándose para darme un beso en la frente—. Mañana puedes pasarte por aquí si quieres que te cure.

—Gracias por todo Cam—. Le digo de corazón y él sonríe complacido.

—Un placer señorita. —Me dice haciendo una reverencia burlona que me saca una enorme sonrisa.

Veo como se marcha y oigo sus pasos alejarse hasta que la puerta de su dormitorio se cierra. Sonríó llevándome un trozo de tortilla a la boca y cierro los ojos para saborearla, está increíble.

La frase de Cameron confesando que le parezco más interesante que una simple conquista de una noche, hace que el aleteo de cientos de mariposas alcen el vuelo en mi estómago y me saque una sonrisa. Hacía años que no me sentía tan viva, y era una sensación que no quería que se acabase... Pero, ¿hasta cuándo podría vivir con la mentira de Sam?



CAPÍTULO 18

Cameron

Estoy tumbado en la cama y me pellizco el puente de la nariz al sentirme como un estúpido. Tendría que haberme quedado con ella en la cocina. Me levanto de un salto, en un intento de ir a buscarla, pero luego pienso en Sam y prefiero dejarlo estar. Me vuelvo a acostar sintiendo la frustración crecer en mí y suelto un bufido cabreado al ver tanto miedo en sus bonitos ojos marrones. Si cierro los ojos puedo verla con total nitidez, sus espesas pestañas con sus preciosos ojos, los cientos de pequitas que decoran sus mejillas, sus gafas y... El trauma que había vivido. ¡Joder! Quería besarla. Mi cuerpo la reclamaba, la necesitaba y yo solo podía pensar en que era un cabrón por querer lo que no podía tener. Es la novia de mi compañero de piso, no soy tan rastrero...

¡Diablos! ¡Qué suerte tenía el cabrón! Samantha era diferente a la mayoría de chicas que había en el campus. Tenía algo que me intrigaba y me sentía hipnotizado desde el primer momento en que me crucé con ella y desde que la había besado, solo pensaba en volver a besarla y besarla, una y otra vez.

Doy vueltas en la cama, intentando encontrar una postura que me relaje para que me rinda el sueño, pero después de un buen rato sin conseguirlo decido levantarme coger la bolsa de deporte e irme a entrenar.

¿Qué estoy loco? Loco por Samantha y tiene novio. Sí. Así que tengo que conseguir de alguna forma canalizar la frustración que siento y no conozco otra mejor que hacer deporte.



—¡Eh! Despierta princesa. —Me grita sin sutileza la voz de Garret, a la vez que siento un chorro de líquido tibio bañar mi rostro.

Abro los ojos en alerta. Me ha mojado con agua de su boca.

—¡Eres asqueroso! Gilipollas. —Le aseguro levantándome del banco de madera de los vestuarios con un gesto de dolor, mientras que Garret se ríe a carcajadas.

—Vaya humor te gastas tan temprano. Dime que no has dormido ahí... —Sospecha y al ver que no respondo alza las cejas alucinado—. ¿Por qué diablos has dormido aquí?

—Anoche vine a entrenar.

—Nos recogimos a las tres de la madrugada. —Me recuerda y asiento.

—Sí, y necesitaba despejarme, así que me vine a lanzar unas canastas.

—¡Vaya! Sí que debe de ser grave... ¿Es tu madre? ¡Has hablado con ella! ¿Se va a casar? —Me dice llegando a conjeturas él solo.

—¡No! Recuerdas que te hablé de la chica a la que besé... —Le comento y él apoya la

espalda en la taquilla.

—Podrías ser más... Exacto. Te besas con chicas todos los días... —Exagera.

—No seas imbécil, la chica de la que os hablé ayer... Samantha.

—¡Ah! Esa chica sí. Es amiga de la hermana pequeña de Trav. —Me resume y asiento.

—Es la novia de mi compañero de piso —confieso y veo la diversión en los ojos verdes de mi amigo.

—Eso da mucho morbo...

—Garret.

—¡Vale! Solo estaba bromeando... ¿Te está volviendo loco esa chica?

—Sí, por eso no podía dormir. Ella estaba anoche en el piso y...

—Bueno, piensa que no debe de estar interesada en ti si sigue con ese tal Sam. —Me interrumpe y asiento soltando un suspiro. —No siempre le puedes gustar a todas. —Se divierte y se sienta a mi lado.

—Me tiene hechizado. Me gusta esa chica de una forma que nunca antes me ha gustado e interesado en ninguna otra. —Le confieso.

Mi amigo me da unas palmaditas de ánimo en la espalda.

—Pues entonces, ve a por ella. No te digo que hagas que esa chica le sea infiel a su novio, pero que vea que tú eres la mejor opción.

—No sé... No creo que sea buena idea... —Aseguro poco convencido y Garret sonrío divertido.

—Demuéstrale que eres un tío sensible, que no solo te va el baloncesto y las fiestas... No sé, finge que te interesan las novelas románticas, eso les flipa a las tías. Serías un espécimen para estudiar. Un tipo sensible, soñador, romántico. —Me sugiere y esta vez soy yo quien ríe al pensar en que solo a Garret se le puede ocurrir semejante idea.

—Bueno, dejemos de hablar de mí... —Le digo cambiando el tema de conversación, temiendo que la siguiente idea sea peor que la primera—. ¿Qué haces aquí si ayer al terminar el partido te quejabas de tener dolor en la pierna?

—Estoy mejor. —Me responde.

Le sostengo la mirada, no sé si miente, pero no lo puedo juzgar porque solo en la cancha olvidamos nuestros problemas.

—¿Unas canastas?

—Pensaba que nunca me lo ibas a preguntar.



CAPÍTULO 19

Cameron

Voy conduciendo por el campus y me fijo en cada chica de pelo castaño ondulado con la que me cruzo. « No es ella » , me recuerda mi mente. No sé por qué tenía la necesidad de verla. Quería saber cómo estaba del corte que se hizo y no tenía su número. Así que me pasé todo el domingo en casa esperando a que viniera con Sam, pero ninguno de los dos estuvo por casa en todo el día.

Hoy lunes tenemos a primera hora clase juntos, y he llegado diez minutos antes para tener tiempo de hablar con ella, pero para mi sorpresa no ha venido.

Pensé que se había quedado dormida, pero tampoco la he visto en los pasillos. Tal vez, no se daba la casualidad de verla. Así que he esperado a la hora del almuerzo. Estamos sentados en nuestra mesa habitual al fondo de la cafetería donde tenemos el privilegio de tener vistas al resto del comedor y busco entre los estudiantes a Samantha, pero solo encuentro a Avery con un par de chicas. Me extraña que no estén juntas, así que dejo mi bandeja en mi sitio y me levanto para hablar con la hermana de mi amigo. Cuando voy llegando al grupo de chicas, se callan y me miran con extremo interés excepto Avery que nunca me ha mirado de esa forma. Es una chica lista y sabe perfectamente para qué he venido a hablar con ella. Así que se levanta y se excusa con las amigas diciendo que va a por el postre.

—Hola Cam. ¿Has perdido algo por aquí?

—Hola Avery, no he visto hoy a Samantha y me preguntaba si tú sabías si le ha ocurrido algo. —Le respondo.

Veo una sonrisa en su rostro que confirma su sospecha. Sabe que me interesa Samantha.

—Se fue ayer a Indiana y me escribió esta mañana de que estará de regreso esta noche.

—Me comenta y asiento.

—Vale, te lo preguntaba porque tenemos un examen de fluidos mecánicos el próximo jueves y...

—Cameron, te conozco desde hace años... Sé que eres un ligón de campeonato, pero no juegues con mi amiga. —Me avisa—. No la ilusiones para luego hacerla sufrir, porque ha sufrido mucho cuando... —Se queda callada y abre un poco más sus ojos verdes al darse cuenta de que estaba a punto de contarme un secreto de su amiga, sonrío y me acerco a ella.

—¿Lo dices por lo de su padre? —Le pregunto en un murmullo.

—¿Tú también lo sabes? —Me pregunta sorprendida y sonrío.

—Sí, me lo contó el sábado cuando coincidimos en la cocina de mi casa.

—¿Qué? —Grita y mira a nuestro alrededor con una sonrisa de pegatina.

—Ella estaba con Sam y fue a la cocina a por agua. —Le explico y veo una mezcla de alivio y confusión en su rostro.

—¿Por qué pones esa cara?

—¿Sabes que su padre era piloto de las quinientas millas? —Me pregunta eludiendo mi pregunta.

—¿En serio?

—Sí, era el famoso Richard Parker. —Me informa y mi asombro crece un poco más. Trago saliva y miro serio a Avery.

—Recuerdo que mi madre comentó aquella noticia... Se disgustó mucho cuando lo contó. —Murmuro.

Recuerdo aquella noticia del idílico piloto al que todo el país admiraba. Se había suicidado meses después de quedar en silla de ruedas. Un desagradable escalofrío me recorre la espina dorsal. Avery guarda silencio y veo la duda en su rostro un segundo antes de extender su mano frente a mí.

—Dame tu móvil.

No le pregunto por qué me lo pide, tan solo obedezco las órdenes de la chica menuda que hay frente a mí. Se lo doy desbloqueado y veo como ella saca el suyo, y me teclea un número en la agenda de contactos. Sonrío sabiendo que me está dando el teléfono de Samantha y veo la advertencia en su mirada cuando me lo devuelve.

—Gracias.

—Es una romántica de las letras, puedes escribirle. Pero yo no te he dado su número. —Me advierte y asiento dando pequeños golpecitos de felicidad en la carcasa de mi móvil.

—Eres la mejor. ¡Gracias! —Le digo antes de irme, dándole un beso en el pelo.

—Pelota... —Oigo que murmura risueña.

Salgo de la cafetería, miro el número que me ha marcado Avery y lo guardo en la agenda de contacto como « Gafitas ♥ ». Sonrío como un idiota cuando abro la aplicación de mensajería instantánea y le escribo un escueto: « Hola, ¿qué tal? ». Me quedo como un pánfilo esperando que aparezca en línea, hasta que la pantalla del móvil se bloquea. Supongo que estará ocupada disfrutando de la familia. Al pensar en ello, reflexiono en lo que acabo de hablar con Avery... Su padre, era el ídolo de cualquier crío que se sentaba en casa a ver la carrera. Recuerdo los domingos al mediodía sentado con papá viendo la carrera sintiendo la adrenalina por cada marca que Richard conseguía... Es de esos recuerdos de la niñez que te hacen revivir emociones que parecías tener olvidadas y que te hacen sentir realmente bien. Recuerdo el accidente, fue impactante ver las ocho vueltas de campanas que dió su coche, partiéndose en dos y luego prendió fuego. Fueron segundos agónicos. Recuerdo que meses después mi madre habló en el telediario dando la noticia de última hora del suicidio del piloto... Joder... Recuerdo tantas cosas de aquella primavera... Samantha perdió a su padre y meses más tarde, perdí yo al mío.



CAPÍTULO 20

Cameron

No sé qué diablos hago en este bar. Ni siquiera sé por qué cojones he dejado que Atlas me convenza. Podía haber vuelto a casa y hablar con Sam sobre su chica, o simplemente podría haberme quedado en el sofá. No tengo ni idea de que la habrá tenido tan ocupada, como para no leer mi mensaje en todo el día. Bebo un trago de mi cerveza y asiento como el que está escuchando a la chica que hay sentada a mi lado. Desde que apareció no para de hablar y sonreír. « ¿Cómo dijo que se llamaba? » Ni idea, porque no le estoy prestando mucha atención. La chica parece que se da cuenta cuando me mira con frustración después del tercer intento de captar mi atención relamiéndose los labios con deseo. No me interesa, la verdad. Vuelvo a llevarme el botellín a los labios y siento que mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. El corazón me da un vuelco cuando veo que es ella. Una sonrisa de imbécil se dibuja en mis labios.

De: Gafitas ♥

¿Quién eres?

De: Cameron.

Y si te digo que eres la chica más bonita del campus...

¿Sabes quién soy?

De: Gafitas ♥

¿¿¿???

De: Cameron.

¿Y si jugamos?

De: Gafitas ♥

No me gusta jugar con extraños.

De: Cameron.

¿Quién dice que lo sea?

Noto que la chica que hay a mi lado se levanta murmurando un « *capullo* » que me da igual. Me quedo mirando la pantalla del móvil con una sonrisa de idiota mientras veo que está escribiendo, deja de hacerlo y no se decide a contestar.

De: Cameron.

¿Te doy alguna pista?

De: Gafitas ♥

Está bien.

De: Cameron.

Un tipo alto, guapo, atractivo...

De: Gafitas ♥

SAM

Un gruñido de fastidio se escapa de mi garganta, aparto la vista del móvil un segundo y encuentro la mirada divertida de Atlas, mientras sigue recostado en su silla comiendo un puñado de frutos secos que nos puso la camarera con las cervezas, como aperitivo.

—¿Va todo bien colega? —Me pregunta sin mucho interés y asiento.

—Genial.

Vuelvo a mirar el móvil y veo que sigue en línea esperando una respuesta que no tardo en darle.

De: Cameron.

Casi... CAM.

De: Gafitas ♥

Sabía que eras tú desde el principio.

De: Cameron.

¿Te has mofado de mí?

De: Gafitas ♥

Puede que un poco.

De: Cameron.

Creí que después de curarte,
ahora éramos amigos...

De: Gafitas ♥

Me gusta esa palabra. AMIGOS.

De: Cameron.

¿Quién nos lo iba a decir?
Amigos.

Joder, a mi también me gusta. Nunca había tenido una amiga a la que desear besar a todas horas. No creo que sea una buena idea, pero si ser amigos es la única forma de estar con ella, prometo comportarme, aguantar y estar ahí para lo que necesite.

—Tío, yo me largo.

—¿Te vas? —Me pregunta Atlas—. Si todavía es temprano.

—Sí. Mañana hay clase y tengo sueño. —Me excuso.

—¿Desde cuándo te preocupa eso? —Me pregunta Garret que sigue lanzando dardos a la diana.

—Desde que está colado por una de primero —bromea Travis.

—¡Anda y que os den! ¡Hasta mañana capullos!

Salgo del bar y antes de conducir vuelvo a mirar el móvil. Samantha no ha respondido y tampoco está en línea. Guardo el móvil y conduzco hasta mi piso. Al aparcar frente al portal del bloque miro las ventanas del piso y veo que todo está apagado. Cuando entro en casa y cierro la puerta,

observo que todo está sumido en un completo silencio. Dejo las llaves en el mueble de la entrada, me quito los zapatos y voy a mi cuarto. Me acabo de quitar la camiseta cuando mi móvil vibra en la mesa de mi escritorio y veo que es ella.

De: Gafitas ♥

Lo siento, estaba ocupada.

Creo que podemos intentar ser amigos.

De: Cameron.

Gafitas, podemos ser lo que tu quieras.

Prometo ser buen chico.

En el instante que acabo de enviar ese mensaje, oigo un timbre de un móvil que suena en la habitación de Sam.

De: Cameron.

¿Estás en la habitación de Sam?

Oigo un nuevo pitido de su móvil. Está justo al otro lado del pasillo con su novio, mientras yo estoy tratando de... No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero me siento un estúpido. ¡Joder! Veo que no vuelve a conectarse y lanzo el móvil a la cama frustrado. Creo que ya va siendo hora de conocer a Sam.



CAPÍTULO 21

Samantha

Desde luego que no estaban siendo mis mejores días, después de la casi crisis que tuve en la cocina de Cameron, cuando me corté. También el no tener noticias de mi madre en las dos semanas que llevaba en Cedar Falls, me agobiaba así que decidí ir a visitarla. Ella no me esperaba. Tampoco me sorprendió su falta de entusiasmo cuando me vio entrando por la puerta de casa. Todo estaba más desordenado que la última vez que estuve allí. Por suerte, mamá no estaba borracha. Me explicó que no me respondía a las llamadas ni a los mensajes, porque su móvil se había estropeado. No podía estar viniendo a casa cada dos semanas para comprobar que estaba viva. Así que con la paga de mi primera semana trabajando en el supermercado le compré un móvil. Se suponía que ella era la madre, la que tenía que cuidar de las dos, y cuando vi que en la nevera que solo había litros de cerveza y whisky en la mesa de la cocina, le hice una compra usando los pocos ahorros que me quedaban de cuando vendí mi viejo coche.

Al regresar a la universidad, tenía que hablar con Jenna y pedirle doblar los turnos en la tienda para poder llegar a final de mes. Pero, ¿qué otra opción tenía? Pasé el domingo con mi madre, fue agradable y me prometió que se cuidaría. Esperaba que de verdad fuera cierto.

Salí en un autobús de madrugada con la esperanza de llegar a la primera clase, pero como la suerte últimamente no parecía estar a mi favor, el autobús se averió y tuvimos que esperar a que viniera otro de la compañía para trasladarnos. Lo que hizo que el viaje de seis horas se convirtiera en doce. No fui a la última clase, pero al menos llegué justo a tiempo para trabajar. Estaba agotada y por fin acostada en mi habitación, cuando leí un mensaje de un número desconocido que me sacó una sonrisa. Pero... ¿Cómo podía ser tan estúpida? Anoche no lo oí llegar a casa y cuando recibí su último mensaje, comprendí que me había pillado. ¡Claro! Se pensaba que yo estaba con Sam en su cuarto, mientras hablaba con él y eso me hacía parecer una... Mala persona. Empezaba a sentirme culpable de todo.

A pesar de que Cameron solía ser un engreído, un tipo que hacía lo que le daba la gana y un *moja bragas*, conmigo siempre había sido... Diferente, sincero o al menos eso me hacía creer. En cambio, yo... Solo había construido lo que sea que hubiese entre ambos a base de mentiras con el invisible Sam. Tal vez si le decía la verdad ahora que él me conocía, podría cambiar de opinión sobre compartir piso conmigo, pero... ¿y si se enfadaba y me echaba? No podía correr ese riesgo de quedarme en la calle con el curso empezado. Avery me lo había advertido y sé que llevaba razón, pero estaba cansada de tener que rehuirle.

Intentaba evitar coincidir con él, cada vez me resultaba más difícil, justo por eso llegaba tarde hoy a clase. Cam se había hecho el remolón al salir de casa esta mañana. Seguramente estaba esperando a cruzarse con Sam o conmigo, había apurado hasta el último instante y al final se marchó dando un sonoro portazo.

Por suerte, el resto de la mañana transcurre mejor de lo que esperaba y estoy llegando a la última clase del día cuando lo veo en la puerta hablando con uno de sus amigos, Garret, creo que

se llama. Voy pasando por su lado cuando Cameron se pone en mi camino con una sonrisa despreocupada.

—Hola gafitas, ¿todo bien?

—Hola Cameron —respondo con una sonrisa forzada mientras que miro al chico rubio que hay a su lado—. Garret. —Menciono su nombre con un leve movimiento de cabeza y a este se le encienden los ojos verdes.

—¿Has dormido bien? —Me pregunta serio Cam—. Garret, ella es Samantha, la novia de mi compañero de piso Sam.

—¡Vaya casualidad! ¿Verdad? —Les digo nerviosa con una sonrisa fingida—. Yo, me tengo que ir. —Les explico, intentando esquivar a Cameron antes de que me pillen las mentiras.

—Samantha, justo estábamos hablando de ti. ¿A qué sí Ryder?

—Claro... —Dice el aludido poco convencido.

—Estábamos hablando de tu...

—De tus gustos por la novela romántica. —Lo interrumpe Cameron, pasándome el brazo por encima del hombro y tirando de mí para el interior de la clase.

—¡Adiós Samantha! —Oigo que grita Garret y me giro para mirarle.

—Hasta pronto. —Le digo con una amable sonrisa antes de llevar mi mano al brazo de Cameron y deshacerme de su agarre.

—Dijiste que éramos amigos.

—Y lo somos, pero no puedes tomarte estas confianzas.

—¿Por qué? ¡Ah! Ya sé, Sam... Se pondría celoso. ¿Es eso? Lo siento. Vale. Lo pillo.

—Sí... —Respondo en un susurro.

—¿Qué tal la herida?

—Ya bien, tuve el mejor enfermero. —Le confieso sonrojándome.

Él asiente satisfecho. Antes de que me pregunte por Sam. Intento cambiar la conversación. Veo como Cameron ensancha su sonrisa al clavar su mirada azul en mis labios cuando me los humedezco antes de hablar.

—Era broma de que estabais hablando de libros, ¿verdad? —Le pregunto con interés soltando mi mochila en el suelo mientras me siento.

—No, estábamos hablando de que... Estoy leyendo Crepúsculo, Luna nueva. —Me dice y casi me atraganto con mi propia saliva al entrarme un ataque de risa.

—¿Crepúsculo?

—Ajam. —Afirma con rotundidad y esta vez soy yo la que sonrío incrédula—. ¿No me crees?

—No es eso, es solo que...

—Míralo tú misma. —Me comenta poniendo el primer libro de la serie en mis narices.

—Vaya... Esto podría dañar tu reputación —bromeo y él alza las cejas con soberbia.

—Te equivocas, creo que a las chicas os van los tipos sensibles como Edward. —Me dice y sonrío al ver que no hay ningún marcapáginas puesto.

—¿Por qué parte vas del libro? —Le pregunto con interés.

—Pues... Eh... Ella ha llegado nueva y lo ha conocido a él, ya han hablado y él en plan... Soy un vampiro, es mejor estar lejos de ti. —Me informa imitando una voz ronca seria, que me hace sonreír.

—Entiendo, ¿y por ahora qué escena es la que más te ha gustado? —Le vuelvo a preguntar con desconfianza, Cameron se recuesta en su silla y se rasca la barba incipiente,

pensativo mira al frente y luego me mira a mí.

—La verdad, que no sabría cual decirte... Hay tantas buenas...

—Claro. Pero, ¿con cuál te quedarías? ¿Con la que casi la atropella el descapotable violeta en el aparcamiento del instituto cuando se revienta una rueda y él la salva? —Le pregunto adrede.

—Sí, uff... Sin duda alguna esa escena es buenísima. —Me responde al segundo y chasqueo la lengua en un vago intento de reprimir una carcajada.

—¡Eres un mentiroso! No hay ningún descapotable violeta en el libro. Es una furgoneta que se queda sin frenos por el hielo—. Le informo—. No estás leyendo el libro. —Le aseguro risueña. —Es obvio que un libro como Crepúsculo es impropio para alguien como tú.

—Lo impropio es mi estilo gafitas. —Me responde con voz ronca acercándose a mí, puedo oler su perfume a cítricos y especias que me acaricia la nariz—. Vale, es verdad... No lo he leído.

Trago saliva mientras le sostengo la mirada y puedo verme reflejada en el brillo de sus ojos azules abrazados por espesas pestañas tan atrayentes como un bosque de Forks. Por un instante me siento atrapada por su intensa mirada y por su olor tanto como lo estaba Edward de la sangre de Bella.

—Muy bien clase, aquí tenéis la fecha del primer examen parcial que elimina materia para el final. —La voz del profesor Thompson me devuelve a la realidad.

—¿Examen? —Le pregunto.

—Sí, lo comenté ayer que dio temario esencial. Ya sabes, de ese que dice... Eso puede ser materia de examen. —Me explica relajado Cameron.

—¿Qué? —Mascullo agobiada.

—Tranquila, cogí apuntes. —Me responde y me lanza un guiño junto con una sonrisa pícara.

Cameron guarda la novela en su mochila y saca un cuaderno azul. Lo abre y me muestra esquemas, fórmulas y garabatos que parecen no tener relación alguna.

—¿Esto qué es? —Le digo sin apartar la vista del papel y notando como él se acerca a mí.

—Los apuntes que te has perdido. Luego te explico...

Pero un golpe sordo en la mesa hace que ambos nos apartemos el uno del otro y miremos al profesor Thompson que nos observa sin un atisbo de simpatía en su regordete rostro. El profesor, suelta un sonoro suspiro. Nos mira por encima del marco de sus gafas con desaprobación y acto seguido tamborilea sus dedos en la mesa antes de mostrarnos una sonrisa malévola que no augura nada bueno.

—Gracias parejita por ofreceros voluntarios.

—¿Voluntarios? —Repito sorprendida.

—Así es señorita Parker, el señor Ryder y usted, prepararán la clase de repaso para mañana. —Nos informa. No me creo lo que estoy oyendo—. Que, como bien podéis ver, mañana es la última clase antes del examen parcial. Así que toda la clase se juega la nota, gracias a vuestros murmullos.

El profesor se gira y los murmullos de mis compañeros se hacen más sonoros, y evito mirar a mi alrededor. Solo me giro para mirar a Cameron, asustada de lo que nos viene encima y cuando lo hago, solo veo tranquilidad en su rostro. Está relajado y no se ha inmutado ni un ápice por lo que acaba de anunciar el profesor. Le doy una patada por debajo de la mesa, que lo hace

reaccionar.

—¡Auch! —Se queja.

—Esto es por tu culpa —mascullo enfadada, pero él sonríe feliz.

—Tendremos que pasar el resto del día juntos para preparar la clase. —Me informa.

Asiento irritada, sabiendo que no nos queda otra opción—. No puedo ser más afortunado.

The chapter title 'CAPÍTULO 22' is written in a large, bold, serif font. The text is positioned above a black skateboard with two visible wheels. A blue line representing a ball's trajectory starts from the skateboard and points upwards towards an orange basketball with black lines, which is floating in the air.

Cameron

Después de terminar las clases Samantha tenía que doblar turno en el Essentials y yo tenía entrenamiento, así que quedé en recogerla cuando acabara. La recogí en el supermercado y vinimos a una sala de estudio reservada en la biblioteca.

Recibo un mensaje de Travis en el grupo de los chicos y me confirma que ha preguntado a algunos estudiantes de primero y nadie conoce a Sam. Los chicos no lo conocen, nadie lo ha visto y eso cada vez me hace sospechar más de que algo no va bien. Si no fuera porque sé que es el novio de Samantha, ahora mismo lo pondría de patitas en la calle, pero no lo he hecho por ella. Porque sé que es una forma de poder verla más.

Joder, ¿desde cuándo soy así de moñas? Desde que la conozco. Lo sé, las neuronas no me van bien desde entonces. Bloqueo el móvil con un mal sabor de boca y la observo a ella que está copiando en su cuaderno los apuntes de la clase que se perdió ayer, « ¿qué escondes? » Le dice mi mente y como si ella sintiera el peso de mi mirada levanta la vista del papel, para observarme con esos ojos marrones que albergan tristeza, aunque ella lo intenta camuflar con una dulce sonrisa.

—¿Va todo bien? —Me pregunta y me encojo de hombros. Suelto el móvil y me acerco a ella.

—Sí, pero antes de empezar a prepararnos la clase... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Me sonrío.

—Solo por curiosidad. ¿Desde cuando conoces a Sam?

—Lo conozco desde siempre. —Me responde con mirada esquiva.

—¿Y por qué nadie le ha visto?

—¿Cómo? —Me pregunta asustada y de nuevo tengo esa sensación de que me oculta algo.

—Travis, ha preguntado a sus colegas, Garret a los chicos del equipo y Atlas a los estudiantes del consejo estudiantil y nadie conoce a tu novio. —Le informo y veo como sus preciosos ojos caramelo se agrandan un poco más, sus mejillas se sonrojan y abre los labios en un intento de darme una explicación, pero las palabras desfallecen en su boca. Entonces vuelvo a hablar—. Lo siento, no quería incomodarte. Es solo que me gusta saber con quién vivo y el no haberlo visto en todo este tiempo, me resulta extraño.

—Te aseguro que jamás te dará problemas. —Me dice inquieta y asiento creyéndola. Me gustaría saber por qué se pone a la defensiva cada vez que hablo de él. Supongo que soy imbécil y hay una explicación clara, es su novio. Niego desechando ese pensamiento y suelto un suspiro dejando ir la inquietud que brota en mi pecho.

—Vamos a estudiar. Hay una clase qué preparar —comento dejándolo estar por ahora.

—Está bien. —Me dice más animada y mira los apuntes del profesor Thompson—. Mañana creo que deberíamos de comenzar por dejarles a todos bien claro las descripciones *lagrangianas y flujo laminar* del movimiento de un fluido.

—Sí, pero también hay que explicarles las tres ecuaciones fundamentales para analizarlos que son: la ecuación de continuidad, la ecuación de la cantidad de movimiento, y la ecuación de la conservación de energía. —Le sugiero a Samantha, mientras que garabateo la primera en un folio.

—Claro, pero Cameron hay que tener en cuenta que los fluidos pueden ser de dos tipos, viscosos o no viscosos. Newtonianos o no Newtonianos.

Las horas pasan volando entre apuntes, anotaciones y cafés para mantenernos despiertos. En este tiempo, no he podido parar de mirarla pensando lo suave que debe de ser su piel, su aroma tan dulce que me recuerda al mismo que a veces he encontrado en el baño de casa. Estoy fingiendo que la escucho explicarme cómo resolver la ecuación de la conservación de energía, cuando un toque en el cristal de la sala nos rompe la tranquilidad.

—Chicos, son las tres de la madrugada y cerramos en quince minutos. —Nos informa el bibliotecario.

—Perfecto, enseguida salimos. —Le dice con simpatía Samantha—. Cameron, has entendido bien la parte que debes de explicar mañana, ¿verdad?

—Sí, tengo todo controlado.

—Espero que así sea. Sé que a ti te perdonarían cualquier fallo, por ser el capitán de los Panthers, pero a mí no y necesito conservar mi beca. —Me advierte recogiendo sus cosas, mientras hago lo mismo.

—Tranquila, que así será gafitas—. Rodeo la mesa hasta llegar a su lado. Al tenerla de nuevo tan cerca pienso de que podría robarle un beso—. Confía en mí.

—Está bien.

Es todo lo que dice antes de salir y caminar en silencio por la solitaria biblioteca, la sigo unos pasos más atrás y no es hasta que estamos afuera cuando el frío gélido de la madrugada me hace caer en la cuenta de lo tarde que es.

—Bueno, sube al coche que te dejo en tu residencia. —Le digo pulsando el botón del mando que hacen que los intermitentes del Jeep iluminen la penumbra que nos rodea.

—¿Cómo? —Me pregunta tensa y sonrío incrédulo.

—No pensarás que te voy a dejar ir sola caminando a las tres y media de la madrugada. —Le explico con obviedad.

—No hace falta, gracias. —Me responde con una sonrisa tensa.

—Venga, no seas cabezota. Vamos, es tarde y en menos de cinco horas tenemos que estar de nuevo despiertos. —Le recuerdo y veo la duda en sus ojos marrones.

—Está bien. —Termina rindiéndose y subiéndose al coche.

—Si es por tu compi de piso, tranquila... Le dejé claro que no me interesa.

—Espero que no esté despierta. —Me dice en un susurro, mientras que teclea algo en el móvil.

Pongo el marcha el coche y salimos del aparcamiento. Miro por el rabillo del ojo a Samantha e intento tener la destreza de leer con quién diablos se está mensajeando a estas horas, pero no logro verlo.

—¿Con quién hablas a estas horas? —Le pregunto muriéndome de curiosidad.

—Con nadie. —Me miente y me fastidia que sea así—. Solo estaba, tomando notas para mañana.

—Qué rara eres... —Le digo y ella sonrío bloqueando el móvil.

Veo cómo se frota las manos nerviosa y cómo sus labios están apretados en una fina línea. Daría cualquier cosa por saber qué piensa esa cabecita suya.

Todo el campus está tranquilo, algunos servicios de mantenimiento y vigilancia son los únicos que rondan a esta hora por las calles de la universidad. Las fiestas a estas horas están ya acabadas y más habiendo clases al día siguiente. Dejamos atrás la calle principal y giro a la izquierda hacia la residencia de estudiantes, sonrío al pensar en el día que huía de Marie y me escondí en la habitación contigua sin saber que era de ella.

¿Casualidad? No lo creo

¿Destino? Tal vez.

Aparco frente al portal del bloque de pisos y apago el motor. Siento una inquietud repentina brotar en mi pecho y noto la necesidad de serle sincero, porque tal vez así ella logre confiar en mí. Samantha pone la mano en la manilla de la puerta abriéndola. Ya se ha desabrochado el cinturón y antes de que se gire para bajarse me inclino hacia ella y sujeto con mi mano el tirador de la puerta para volver a cerrarla. Ella se gira para mirarme confundida y trago saliva nervioso, en un vago intento de diluir el nudo de inquietud que me oprime la garganta.

—Espera. —Le pido teniéndola cerca, muy cerca.

Mi mirada acaricia su dulce rostro hasta detenerse en sus labios y suelto un suspiro derrotado.

—Samantha, sé que me he ganado a pulso la reputación de ligón que tengo y que no es fácil de cambiar. Pero desde que te besé en aquel aparcamiento, solo he querido volver a repetirlo...

» Me gustas muchísimo. Pienso que eres una chica guapa, lista, bondadosa e increíble. De veras que me interesas más que un rollo de una noche y no hay momento del día en que no piense en que me encantaría intentarlo, pero luego descarto la idea porque está Sam y eres su novia. —Le confieso frustrado.

Veo que su mirada va desde la sorpresa hasta algo más oscuro que no sé bien descifrar, también parece una mezcla de miedo y deseo. Samantha agranda sus ojos ante mi inesperada confesión y para mi sorpresa me acaricia la mejilla pensativa. Su respiración acelerada se mezcla con la mía, hasta que acorta la distancia que nos separa. Nuestras bocas se encuentran con tantas ganas que siento que se me escapa el aire con el mero contacto de sus dulces labios. Un gruñido de placer se escapa de lo más profundo de mi garganta y ella lo atrapa con destreza cuando su lengua se entrelaza con la mía. Me siento en el puto paraíso. Llevo mi mano a su nuca con la necesidad de fundirnos en uno solo. El beso se vuelve más exigente, más experimentado y primitivo, sus manos descienden por mi pecho y siento que me roba el alma en esa caricia justo antes de dejar de besarme como si se fuese a terminar el mundo. Con los ojos aún cerrado siento su mirada clavada en mí y aunque me acojona hacer frente a la realidad, no me queda más remedio que aceptarlo. Cuando la miro, Samantha me observa relajada con una sonrisa dulce y los labios hinchados.

—Buenas noches Cam. —Me dice antes de bajarse del coche.

Me quedo mudo como un imbécil, sé que se está alejando. Quiero decirle que se quede, que aunque parezca una locura la quiero. La deseo. Sin duda alguna ella es mi destino. Claro que no digo nada. No quiero asustarla y que huya despavorida. Así que con una simple y leve sonrisa la

dejo que se marche.

—Que descanses gafitas.

No sé si se entera, porque cierra la puerta justo en ese momento y se aleja sin mirar ni una sola vez en mi dirección. Veo como entra en el edificio y no es hasta que la pierdo de vista cuando suelto un suspiro que parecía estar conteniendo durante siglos. Inclino la cabeza hacia el cabezal del asiento y cierro los ojos sonriendo como un imbécil. Esta vez me había besado ella a mí y eso debía significar algo. ¡Joder! ¡Quería pensar que sí!

CAPÍTULO 23

♥

Samantha

Una vez más, mi amiga Avery me ha acogido en su sofá.

—Menos mal que Marie duerme como un oso hibernando, porque si llega a enterarse de que Cameron Ryder, el deseado capitán de los Panthers te ha dejado aquí, de la envidia que le entraría te daría una patada para sacarte de esta casa. —Me advierte divertida mi amiga.

—Gracias por esperar a que llegase. Él quería... Cameron insistió en llevarme a casa y claro, ¿qué le iba a decir? Ahórrate el viaje, vivo contigo. —Le digo con ironía y mi amiga sonríe.

—Podrías haber probado suerte. —Bromea—. Tal vez después de ese beso te hubiese metido en su cama y no le hubiera importado lo más mínimo que Sam no exista. —Me dice a la vez que me ofrece una almohada y una manta para el sofá.

—No me va a perdonar cuando descubra que le he mentido —confieso y ella se muerde el labio inferior sin decir nada—. Gracias de nuevo. —Insisto y ella me abraza.

—No le des muchas vueltas, todos los días hay gente que se besa y no se acaba el mundo. —Me comenta y sonrío agradecida de tenerla.

—Lo sé, pero solo he complicado todo un poco más.

—Pues menos mal que al menos se ha tragado que vives aquí. —Me recuerda y asiento.

—Menos mal que coincidí con él aquí el día que me pediste que te recogiera el *pendrive*. —Le informo sentándome en el sofá.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Me pregunta sentándose a mi lado.

—No lo sé, porque una parte de mí quiere contarle la verdad y la otra, la menos racional, quiere disfrutar de lo que diablos sea que hay entre nosotros.

—Bueno Sam, ahora descansa que es tarde.

—Sí, buenas noches.



CAPÍTULO 24

Cameron

A pesar de haber dormido menos de cinco horas, me he levantado con una energía renovada y de muy buen humor. La mañana se me pasa volando y la hora del almuerzo la paso distraído buscándola en el comedor, pero para mi sorpresa no hay rastro de Samantha y tampoco de Avery. Miro el reloj y quedan diez minutos para nuestra clase de fluidos mecánicos. Sé que tenemos que exponer todo el temario que entra en materia y aunque debería de estar repasando, necesito hablar con ella del beso que me dio anoche. No he podido pensar en otra cosa que no sea en sus labios devorando los míos, en sus manos acariciando mi cuerpo y en su perfume llenando cada rincón de mi coche. Una locura, lo sé.

La veo venir con la mochila colgada del hombro y un cuaderno en la mano. Nuestras miradas se cruzan de forma fugaz y presiento que algo no va bien entre nosotros cuando aparta la mirada. Samantha pasa por mi lado hasta su sitio, saca los apuntes y se dirige hacia la pizarra, para comenzar a escribir las fórmulas en ella.

—Samantha, creo que después del beso de anoche, debemos de hablar con Sam... — Comienzo a decirle y ella se gira rápida sobre sus talones y veo la inseguridad crecer en su mirada.

—Sam no puede saber nada. —Me dice derrotada soltando un suspiro—. Odio tener que mentir y ocultar la verdad, pero sé que si él se enterase me echaría de su vida.

Su confesión me pilla por sorpresa, es obvio que si le dices que te has besado con otro chico no se lo tomará nada bien, pero es un riesgo que debería de asumir, sobre todo porque me encantaría intentarlo con ella. No me da tiempo de decirle nada más. El profesor Thompson entra en clase y nos pide que comencemos a dar la clase hoy. Samantha solo se dirige a mí cuando es necesario, me evita y no la comprendo.

Cuando termina la clase, recojo mi mochila y salgo cabreado hacia el pabellón de deportes. Aparco el coche junto a la moto de Atlas, y entro en el vestuario, estoy decidido a cambiarme rápido y largarme a la cancha, cuando Travis me intercepta.

—¿Qué cojones te pasa hoy? —Me pregunta mi amigo.

—Nada. —Miento enfadado e intento esquivarlo, pero es inútil. Su genética de afroamericano, lo hace el más robusto del equipo y es como un bloque de hormigón armado.

—Sí, claro. Hoy ni has hablado en el comedor, ¿dónde cojones tienes la cabeza? —Me pregunta Garret.

—Hoy no estoy de humor. —Insisto.

—Te has vuelto a besar con esa chica, ¿es eso? —Me pregunta Atlas dando en el

clavo. No respondo y los tres capullos se ríen.

—¿Desde cuándo besar a una chica se está convirtiendo en un problema para ti? —Me pregunta risueño Garret mientras se anuda las botas.

—Desde que es la novia de mi compañero de piso. —Les recuerdo y ellos no parecen darle importancia a eso.

—Pues habla con el tío. —Me sugiere Atlas.

—¿Cómo? —Le pregunto exasperado—. No se deja ver.

—Pues llama a la puerta o espera a que salga, en algún momento sale al baño y eso, ¿no? —Me pregunta Travis y asiento.

—Sí, lo que pasa es que parece que juega al escondite. Sé que existe porque hay ropa suya en el tendedero, tiene una espuma de afeitar en el mueble del cuarto de baño y su novia se pasea de vez en cuando por mi casa. —Les explico cabreado.

—Espera, que lo pillo... —Murmura Garret—. Ella no lo quiere dejar, ¿es eso?

—No quiere que lo sepa, es lo mismo, ¿no? —Les pregunto frustrado.

—¡Venga, chicos! Solo faltáis vosotros. —El entrenador Smith entra en el vestuario dándonos prisa—. Garret, ¿qué tal esa pierna?

—Bien entrenador.

—Si hay alguna molestia, me lo tienes que decir. No puedes jugar con dolor. —Le advierte con desconfianza y mi amigo asiente.

—Tranquilo entrenador, tengo todo controlado.

Trotamos hacia la pista y comenzamos el calentamiento, después hacemos algunos lanzamientos a canasta y terminamos con un partido de cinco contra cinco. Regresamos a los vestuarios y miro el móvil viendo que tengo un mensaje.

De Gafitas. ♥

Gracias por hacer que parezca fácil la asignatura de fluidos mecánicos.

El profesor Thomson ha subido una nota al campus virtual, hemos aprobado el parcial sin tener que examinarnos. Gracias Cam.

Sonrío porque por primera vez de las tres matrículas que llevo repitiendo esta asignatura, realmente ahora me estoy enterando de la materia y sé que parte de ello es gracias a Samantha, que coge los mejores apuntes del mundo mundial. Sin embargo, la frustración se hace mayor al leer de nuevo el mensaje. Me había ignorado el resto del día. No había querido hablar de lo que sucedió anoche y mucho menos aclarar sus sentimientos. Me estaba volviendo loco y tal vez es por eso por lo que prefiero no responderle. No pensaba ser el otro de la relación y lo único que podía hacer era esperar a que ella tomase una decisión.

Salimos del polideportivo al atardecer con un hambre primitivo y me voy a comer a casa de los chicos, esta noche Garret, es el cocinero. Al entrar en el piso veo la gran pantalla plana que Garret besa al pasar y me arranca una sonrisa. Recuerdo lo pesado que se puso para comprarla entre los tres y al final se salió con la suya. Me fijo en el desorden que habita en el salón, con cajas de pizzas vacías y ropa sucia amontonada en un sillón que parece llevar meses olvidado, como clara señal de que la limpieza organizada nunca ha sido una prioridad para ellos.

—¿Una cerveza capitán? —Me pregunta Atlas a la vez que me lanza una lata que atrapo en el aire.

—No comentes nada de la tele. Si dices que ha quedado genial en el salón, después

cualquiera lo aguanta —susurra Trav que pasa por mi lado.

—Os estoy oyendo cabrones, ¿qué estáis hablando de mí? —Grita asomando la cabeza por la puerta de la cocina Garret.

—Calla, esclavo y ponte a cocinar —bromea Trav con una risotada ronca.

—Aquí el negro eres tú y mejor que nadie debías de saber que la esclavitud se abolió en el siglo pasado —dice ofendido Garret y los tres nos reímos.

—No recordaba lo bien que os llevabais —ironizo sentándome en el sofá.

—Yo que tú, no haría eso. —Me advierte Atlas y me levanto como si el sofá estuviera en llamas.

—No pasó nada, joder. —Masculla Travis sentándose él.

—Claro, por eso nos echaste del salón anoche —dice Garret pasando con un bol de ensalada de pasta por el lado nuestro—. A comer hijos míos.

—¡Qué buena pinta! —Exclamo hambriento.

La cena con los chicos transcurre relajada, amena y divertida. Me ofrezco a recoger y fregar los platos, mientras que ellos quitan la ropa sucia de la butaca para que me pueda sentar a jugar a la *PlayStation* con ellos. Después de la segunda partida, miro el móvil y veo que tengo dos llamadas perdidas de mi madre. Por suerte lo tenía en silencio y no he tenido que darles explicaciones a los chicos del por qué no respondo, pero aunque estuviese congelándose el mundo entero, no pensaba hablar con ella. No después de haberme pasado todo el verano solo en la universidad porque no tenía otro lugar al que ir.



CAPÍTULO 25

Samantha

No he vuelto a ver a Cameron desde la exposición en clase. Yo tampoco estoy pasando mucho tiempo en casa, porque estoy echando horas extras en el supermercado.

Había estado mirando habitaciones en la página web de la UNI, pero solo seguían disponibles las mismas habitaciones cutres e insalubres. Esta mañana, para mi sorpresa, Cam se marchó antes de la casa y pude desayunar tranquila en la cocina. Me fue inevitable pensar en lo increíble que es. Recordé la noche que me curó... Pienso acariciando la herida ya cicatrizada. Es un buen chico, de eso no tenía duda, pero era realista porque todo había comenzado con una mentira. Cameron se pensaba que nos separaba Sam, pero lo que de verdad nos distanciaba era tener que contarle la verdad. Sé que se enfadaría y no querría volver a saber nada más de mí. Y sin saber cómo, lo quiero en mi vida.

Voy hablando con Avery por WhatsApp, cuando lo veo apoyado en su taquilla hablando con un par de chicos del equipo de baloncesto. Cuando nuestras miradas se cruzan siento un revoloteo de mariposas en mi estómago que me es inevitable. Trago saliva y respiro intentando aparentar serenidad, pero él enseguida aparta la vista y me ignora. Hace como que soy invisible y me duele que reaccione así. Tampoco me respondió al mensaje que le envié hace cuatro días. No sé qué me molesta más, si su indiferencia o su silencio. Así que sin pensarlo me detengo junto a ellos y me armo de valor para enfrentarme a los tres pares de ojos que me observan con sorpresa.

—Cam, ¿podemos hablar? —Le pregunto intentando ignorar a los dos chicos que están sonriendo a su lado.

—Ahora no puedo, estoy ocupado. —Me responde ignorándome con indiferencia.

—Eres un imbécil —mascullo enfadada, dispuesta a marcharme.

No sé qué lo hace reaccionar, pero da un paso al frente y me coge de la mano y tira de mí para alejarnos de sus amigos. No me opongo, porque necesito intentar aclarar las cosas entre nosotros y él parece necesitar lo mismo.

Mientras caminamos por los pasillos de la facultad de ingeniería, Cam entrelaza sus dedos con los míos encajando a la perfección. Trato de ignorar ese pensamiento, pero mi corazón salta de emoción al sentirse tan bien. No es hasta que estamos afuera del edificio, cerca de los aparcamientos cuando me detengo y él me suelta como si mi contacto le quemase.

—¿Por qué me ignoras? —Le reprocho dolida y él sonríe con amargura.

—No Samantha, solo hago lo mismo que tú. —Me dice enfadado.

—¿No lo entiendes? —Le pregunto exasperada.

Él se lleva las manos a las caderas, a la vez que su mandíbula se tensa al oírme hablar.

—¡Claro que no lo entiendo Samantha! —Exclama desesperado—. Me besas y creo que hemos dado un paso, pero luego me encuentro con una enorme pared que pone SAM, en

mayúsculas y esa es nuestra realidad.

—Cameron hijo...

Una voz femenina hace que se quede petrificado, que me mire un segundo atormentado y sus rasgos se vuelvan duros cuando una vena se marca en su cuello. Cam se gira sobre sus talones para ver a una mujer de unos cuarenta años, con un abrigo blanco y una camisa con motitas doradas que a la vez resalta una minifalda del mismo color del abrigo. La conozco, es la famosa presentadora de las noticias del desayuno en la cadena de televisión Fox News. Amanda Ryder es un referente en todo el país y al parecer es la madre de Cameron.

—Mamá... —murmura tenso mientras que le sonrío.

—¡Oh! ¡Vamos Cami, ven aquí! —Le pide acortando la distancia que los separa para abrazarlo y darle un casto beso en la mejilla, pero Cam no responde a ninguna de las dos cosas. Sigue inmóvil en el mismo lugar—. No podía perderme tu cumpleaños cariño. ¿Qué clase de madre sería? —Le dice con una dulce sonrisa.

—La misma que se ha perdido los otros diecinueve años. —Le reprocha con frialdad Cam.

Veo cómo la mujer enmudece. Su sonrisa se vuelve incómoda y mira a nuestro alrededor para asegurarse de que soy la única que ha oído semejante acusación.

—No digas eso Cami, cualquiera pensaría... —Comienza a decirle con un tono de forzada amabilidad.

—Claro señora, olvidaba que las apariencias lo son todo para usted. —Le responde con dureza.

—Cameron, no me hables así. Vamos hijo, no he venido hasta aquí para discutir, solo pensé que sería bonito comer juntos, es tu cumpleaños. —Le dice, pero él da un paso atrás como si esas palabras le causaran dolor.

—No puedo, tengo planes para celebrarlo con mis amigos. —La rechaza y en ese momento veo la tristeza en los ojos azules de Amanda.

—Está bien, lo entiendo. En ese caso, feliz cumpleaños hijo. —Le dice con una sonrisa apagada que me dedica también a mí.

Siento compasión por ella. Ojalá mi madre se acordase del día de mi cumpleaños y mucho más que viniera a pasarlo conmigo. Entonces, doy un paso al frente, justo al lado de Cameron y le sonrío con dulzura.

—Señora creo que podemos ir a esa comida —digo sin mirar en un primer instante a Cameron, pero puedo sentir sus ojos de sorpresa clavados en mí.

Entrelazo mis dedos con los de Cam y cuando nuestras miradas se encuentran veo el reflejo del miedo en sus ojos aguamarina. Le sonrío, queriendo transmitirle que todo va a estar bien.

—Ninguna madre debería perderse el cumpleaños de su hijo. —Le explico con un hilo de voz.

—¡Oh, gracias! —Exclama ilusionada dándome un cálido abrazo—. Muchas gracias, otra vez —dice emocionada con lágrimas en los ojos—. Os esperamos a los dos para comer en el restaurante Gold.

Nos informa a la vez que me suelta y acaricia la mejilla de su hijo que sigue sin decir nada. Cameron traga saliva, y ambos vemos como se aleja contoneándose con sus tacones negros hasta un coche de lujo, que está esperándola aparcado junto a la acera de enfrente.

Nos quedamos en el mismo lugar hasta que el coche se marcha. Cam sigue sin decir nada, tan solo mira unos segundos nuestras manos entrelazadas y acto seguido me suelta y se aleja de

mí sin decir nada.

—¡Cam espera! —Le pido corriendo tras de él, viendo el enfado en su mirada—. Yo pensé que era una buena idea... —Comienzo a decirle arrepentida.

—Tú no sabes nada Samantha. —Masculla enfadado.

—Llevas razón. Puede que no sepa nada de tu vida, pero es tu madre y te quiere. Ha venido hasta aquí para estar contigo. —Le recuerdo.

Añorando que mi madre me mirase de la misma forma que esa mujer había mirado a Cameron hacía un instante.

—No, no lo comprendes... —Me dice apartando la vista de mí y ahogándose en sus propios recuerdos.

—¡Pues explícamelo! —Le pido dando un paso hacia él y lo abrazo con ganas. Puedo oír el latir de su corazón acelerado, Cameron tiembla entre mis brazos y se vuelve vulnerable. Tarda unos segundos en envolverse en sus brazos y hundir su rostro en mi pelo.

—Hay heridas que nunca terminan de cicatrizar y que siempre que las tocas te duelen. —Me susurra con voz ronca.

Esas palabras están llenas de verdad, el dolor no se va, tan solo aprendemos a vivir con él. Levanto mi rostro y apoyo mi barbilla en su pecho sin soltarme del abrazo y le sonrío con tristeza.

—Tenemos que aprender a vivir con ellas y encontrar alivio en otras cosas maravillosas que nos da la vida. —Susurro convencida de mis palabras.

—Mi padre murió por mi culpa. —Me confiesa con una mirada cargada de tristeza.

—¿Qué pasó? —Le pregunto con voz calmada.

—Murió en un accidente de tráfico la noche que descubrió a mi madre con Jack, montándose en el plató de producción. —Me comenta afligido—. Yo iba en la parte trasera del coche, él estaba alterado y para colmo también estaba diluviando demasiado. Todo era culpa mía. No debíamos de estar allí, pero yo insistí en ir a darle una sorpresa a mamá y recogerla al salir del trabajo. —Me dice separándose de mí.

Se quita la gorra y se revuelve el pelo nervioso. Veo subir y bajar la nuez de su garganta. Cam se humedece los labios en un vago intento de mantener el control de sus emociones a raya.

—Fue culpa mía que él lo descubriera, no teníamos que haber ido y ahora mi padre estaría vivo. —Se lamenta.

—No podemos cambiar el pasado Cam —susurro acariciando su mejilla.

Él cierra los ojos ante mi caricia y veo que detrás de su fachada de ser un ligón de campeonato y el capitán de los Panthers, es un chico vulnerable con el corazón roto.

—Fue un accidente, no hay culpables. Os podría haber pasado lo mismo de camino a la escuela o al supermercado. —Le digo sabiendo que hay cosas en la vida que no podemos controlar—. No te culpes, al menos la tienes a ella.

—Mi madre nunca se ha ocupado de mí. Cuando mi padre falleció, entré en un internado hasta que cumplí la mayoría de edad y me vine a Cedar Falls, mientras que ella siguió con Jack y con su vida. —Hace una pausa y suelta un suspiro derrotado—. Me duele ver que yo también me quedé atrás y por eso llevo años sin ni siquiera comer con ellos. —Me confiesa quedándose atónita.

—Pero Cameron... —Pronuncio su nombre con cariño a la vez que asciendo mi mano por su pecho y la detengo en su mejilla para atrapar una lágrima silenciosa que se le resbala—. El perdón forma parte de quién eres. El odio y la culpa te destruirá. Creo que comer con ellos,

puede ser un comienzo, ¿no crees? —Le pregunto esperanzada captando su atención.

Una débil sonrisa se dibuja en su rostro. Sus ojos azules me miran por primera vez con ilusión y entonces me besa. Un beso lleno de dolor, de tristeza, de ganas y deseos contenidos.

En ese instante, todo deja de importar y nuestro mundo se reduce solo a nosotros. Siento el vértigo crecer en mi interior cuando su lengua acaricia la mía y despierta un sinfín de emociones en cada centímetro de mi piel. Me aferro con mis puños a su sudadera para intentar no perder la cordura cuando él me sonríe en los labios con picardía, viendo que todas las sombras que lo acechan se van difuminando.

—¿No pensabas decirme que es tu cumpleaños? —Susurro a un suspiro de distancia y él niega divertido—. Te hubiera comprado un regalo. —Le aseguro risueña.

—Hay cosas tan valiosas en la vida que no se pueden comprar. —Me informa. Él me coge con delicadeza de la barbilla y a continuación acuna con sus manos mi rostro, haciendo que nuestras miradas se entrelacen. Lo veo sumido en sus pensamientos mientras yo me pierdo en sus ojos al verme reflejada en su iris.

—Y tú Samantha Parker, eres una de ellas.

Me confiesa justo antes de besarme de nuevo. Su calidez me sacude, su olor me envuelve y siento la sensación más alucinante del universo envolviéndonos en un manto invisible alejándonos de la realidad. Haciendo que el mundo frene y se detenga. Solo puedo pensar en lo increíble que es besarle. Mi corazón comienza a latir desbocado, cuando las mariposas se despiertan al sentir nuestros labios, siendo perfecto. Un suspiro se escapa de mis labios, haciéndolo reaccionar cuando se aparta de mí. Sigue acunando mi rostro en sus manos y descansa su frente en la mía, su respiración es errática, tiene los ojos cerrados y esta sensación de hogar, se está convirtiendo en mi favorita.

—En cuanto a nosotros, yo sé lo que quiero gafitas... —sentencia sin dudas—. El resto solo depende de ti.



CAPÍTULO 26

Cameron

No me creo que haya accedido a venir. Si no llega a estar Samantha a mi lado, posiblemente ahora no estaría aquí aparcado en el parking frente al elegante restaurante Gold. Puedo ver a través del cristal de la fachada a mi madre junto a Jack esperándonos en una mesa. Respiro y veo que todavía faltan cinco minutos para la hora en que me avisó de que teníamos la reserva. Los dedos tímidos de Samantha, buscan los míos y se entrelazan con familiaridad. La miro acojonado y ella me sonríe con cariño. Todavía no sé por qué diablos he accedido a venir, pero cuando ella me propuso acompañarme acepté sin dudar.

—Estoy aquí contigo. —Me dice con cariño dándome un apretón de mano para infundirme valor—. ¿Vamos?

No soy capaz de decir nada, simplemente asiento y nos bajamos del coche. Cojo la mano de Samantha y caminamos hasta el interior del restaurante. Al llegar a la mesa, no me pasa inadvertida la mirada de sorpresa en Jack y la de emoción en mi madre. Siento la incomodidad crecer por mi garganta, sobre todo cuando Samantha le da dos besos a cada uno. Yo me limito a saludar y a sentarme en el filo de la silla. Miro el reloj del móvil antes de dejarlo en la mesa y siento tanta tensión en el aire que se puede cortar.

—¿Qué tal chico? —Me pregunta Jack.

—Pues aquí estamos —respondo incómodo.

—Gracias por venir hijo. —Me dice mi madre con una sonrisa nerviosa.

—Dáselas a Samantha —respondo con sinceridad, si no llega a ser por ella, ahora no estaría aquí pasando este bochorno.

—No sabía que tenías novia, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo? —Me pregunta con interés. Miro a Samantha que parece muy relajada y me sonrío antes de contestarle.

—Todo comenzó antes de lo que pensábamos. Estamos juntos casi desde principios de curso. —Le responde con amabilidad.

—Me alegro de que seas feliz hijo —añade mi madre y la sinceridad de sus palabras me ahogan de pena. Bebo un sorbo de agua y respiro.

—¿Qué tal el baloncesto? —Me pregunta Jack, desviando la conversación.

—Bien, hemos ganado el primer partido y este año esperamos ganar la liga.

—Eso es genial. —Recalca con alegría y sonrío estando por primera vez de acuerdo con él.

La cena va fluyendo con normalidad, nos relajamos e incluso nos reímos cuando el camarero se equivoca cogiéndonos la comanda. Cierta complicidad y armonía fluye en el ambiente y no puedo negar que hacía tiempo que no me sentía tan cómodo con mi madre. Samantha se encarga

de romper los silencios incómodos. De postre nos trae una tarta de chocolate con las velas encendidas, pido un deseo y mi madre me da dos cajas envueltas en papel de regalo. En la más pequeña está el último *iPhone* que acaban de sacar al mercado y en la segunda, unas zapatillas Jordan que son una pasada para entrenar y le doy las gracias de corazón.

—Cameron —capta mi atención Jack, a la vez que se saca un talonario del bolsillo interior de su chaqueta—. Sé que llevas años viviendo con la indemnización del seguro de vida de tu padre, pero si necesitas dinero, solo tienes que decir la cantidad. —Me dice el novio de mi madre, dándome un cheque en blanco.

Nunca he querido nada de él, porque nunca se ha preocupado de mí. Sé que no le gustaban los niños y mi madre prefirió internarme, para poder vivir su romance como dos enamorados. Me prometí nunca depender de ellos y hasta ahora me las apaña bien solo. En un año terminaré la universidad, trabajaré y seguiré mi vida.

—No necesito tú dinero Jack. —Le digo levantándome de la silla y dejando el cheque en la mesa. Samantha también se pone de pie.

—Cameron, hijo... —Comienza a decir mi madre.

—Adiós mamá.

—Gracias por todo. Está muy agradecido, solo que son muchas emociones acumuladas. —Oigo que se disculpa Samantha.

Camino hacia afuera y puedo oír cómo mi madre se despide de ella con cariño y mi chica le promete volver a verla. Esto es una locura, no tendría que haber venido. Hacía más de siete años que no comía con ellos y era por esto mismo, porque Jack, siempre intenta arreglar todo con dinero.

Llego al coche y me apoyo en la puerta esperando a que venga. La veo caminar con la bolsa de los regalos y una sonrisa radiante como si no hubiese pasado nada. Samantha llega a mí mirándome de una forma tan alegre que me confunde.

—La próxima vez, seguro que nos va aún mejor. —Me dice dándome un abrazo que me deja atónito.

—¿Das por hecho que habrá una próxima vez? —Le pregunto confundido y ella asiente descansando sus brazos en mis hombros.

—Por mucho que te niegues a reconocerlo, la echabas de menos.

Sonrío sabiendo que está en lo cierto, ella lo sabe y me mira con soberbia contagiándome de su buen humor y haciendo que todos los fantasmas del pasado se esfumen con su luz. Niego para mí, pensando que debo de estar loco, solo de pensar que no me importaría repetir una comida con ellos, siempre que ella me acompañe. Samantha parece adivinar mis pensamientos cuando su sonrisa se hace más amplia y la beso queriendo impregnarme de esa magia que tiene. Ella es como un bálsamo para mi alma herida. Porque ella no sabe, que es el mejor cumpleaños que he tenido en años y la razón es porque ella ha estado en él.



CAPÍTULO 27

Cameron

Sharky's bar, es una cervecería a las afueras de la universidad, con un aire muy patriota para los amantes de la cerveza. Se encuentra en el centro de Cedar Falls. El local está a reventar de estudiantes, por suerte hemos encontrado una mesa cerca de la barra y de vez en cuando miro hacia la puerta de entrada. Samantha me dijo que no la recogiera, que vendría con Avery, porque tenía que hacer unas cosas antes. Los chicos brindan por tercera vez por mi cumpleaños y sé que solo es una excusa para beber un día entre semana.

—Brindemos por tu chica. —Alza la jarra de cerveza al aire, Garret y los demás hacen lo mismo.

—Espero que tengas la boca cerrada cuando llegue. —Le advierto y mi amigo me lanza un guiño.

—Tranquilo capitán, enamorarme no está en mis planes. —Me vacila con soberbia y sonrío.

—Imbécil. —Mascullo risueño.

—¿Qué tal se lo ha tomado Sam? —Me pregunta Travis apoyando los codos en la mesa con interés.

—Pues... Creo que no se lo ha dicho aún. —Les respondo incómodo, sabiendo que es un tema que ambos hemos evitado al regresar de la comida con mi madre. Veo la diversión en los tres pares de ojos que me observan.

—¿Desde cuándo Cameron Ryder se ha convertido en el otro de la relación? —Bromea Atlas con sorna.

Le doy un codazo para que se calle y suelta una carcajada.

—No he tenido ocasión de hablarlo con ella.

—Claro, estabas ocupado besándola. —Me vacila Garret, lanzándome un besito al aire.

—No sé para qué os cuento nada. —Me quejo cabreado y todos se divierten.

—Hola, Cam. —Me saludan Alexia, la acosadora y Maya, la chica gato.

—¿Qué tal chicas? —Las saludo con cordialidad.

—La música está genial y es tu cumpleaños, ¿por qué no vienes a bailar con nosotras? —Me propone Alexia.

—No, gracias —respondo con una sonrisa amable.

—Está esperando a su novia. —Les recalca Garret y le doy una patada por debajo de la mesa que le hace dar un respingo.

—¿Novia? —Pregunta con voz aguda Alexia—. Cameron no tiene novia, ¿verdad capitán?

—¿Por qué no vamos a bailar chicas? —Les propone Travis, intentando arreglar la metedura de pata de Garret y veo la sonrisa en el rostro de Maya.

—¡Me parece genial! —Exclama la chica gato cogiendo la mano de mi amigo.

—¿Bailas rubia? —Le propone Atlas a Alexia que lo mira con repulsión.

—Ni en tus mejores sueños chino. —Lo rechaza girándose sobre sus tacones de aguja y alejándose de nosotros echando chispas.

Miro a Atlas que toma un sorbo de su cerveza y se encoge de hombros con indiferencia. Sonrío ante el pasotismo de mi amigo y Garret se levanta hacia la barra, seguramente para pedir otra ronda de cervezas.

—No se lo tengas en cuenta, Alexia es un poco... —Me quedo en silencio al no encontrar una palabra adecuada.

—¿Superficial? —Termina de decir Atlas.

—Esas chicas, ni siquiera se molestan en conocerme más allá de que saben que soy el capitán de los Panthers. Solo me ven como un trofeo. —Le explico a mi amigo.

—Ya veo que cierta chica de primero no te ve así. —Bromea y asiento sabiendo que ha dado en el clavo.

En los tres años que llevo en la universidad, he estado con muchas chicas que no se han dignado a conocerme más allá de lo que ya saben de mí. Podría ser un lunático o un gilipollas, pero a ellas solo les importa poder alardear con sus amigas que han estado con el capitán del equipo. Al principio me parecía divertido, luego me era indiferente y ahora, pienso que lo que soy no debería de condicionarme para conocer a alguien. Lo verdaderamente importante es lo que cada persona es por dentro.

Miro hacia la barra, veo a Garret cogiendo cuatro jarras de cerveza y me distraigo mirando la gente que hay en el local. Mi mirada se detiene en la puerta de entrada, como si todo mi cuerpo se pusiera en alerta cuando ella está cerca. Mi corazón se acelera cuando la veo entrar por la puerta, Avery parece decirle algo y ella sonrío tensa. Sin ser consciente le doy un barrido de arriba abajo, y se me seca la garganta del deseo que crece en mí nada más verla con ese vestido rojo, a juego con sus labios y el pelo ondulado que le acaricia sus hombros desnudos. Nuestras miradas se encuentran un segundo antes de que ella aparte sus ojos marrones nerviosa.

—Joder... —Gruño cuando la veo que se humedece los labios y me sonrío con tanta autenticidad que me acojona reconocer lo mucho que me gusta.



CAPÍTULO 28

Samantha

Me bajo del coche de Avery y vemos que todo el aparcamiento está atestado de motos y coches. La música estridente sale amortiguada hacia el exterior como un prefacio de la gran fiesta que se está dando en el interior del local. Algunos estudiantes beben en la acera, mientras que otros entran y salen. Incómoda tiro del borde del mini vestido que me ha prestado Avery y aunque creo que es demasiado atrevido, ella dice que estoy de infarto. Mi móvil suena y gracias a que todavía no hemos entrado lo oigo. Lo saco de mi bolso y veo que es mi madre.

—Ve adentro, tardo un minuto. —Le digo a mi amiga, mirando extrañada la pantalla de mi móvil.

—¿Seguro? —Me pregunta preocupada.

—Es mi madre, no suele ser muy habladora. —Le explico.

—Vale, te espero adentro. Marie me ha dicho que también ha llegado, voy a ir a saludarla. —Me comenta y asiento.

—Hola mamá —respondo cuando cojo la llamada.

—Samy, hola. ¿Estás bien? —Me pregunta alterada y me preocupa su llamada.

—Sí, genial. ¿Ocurre algo? ¿Tú estás bien? —Le pregunto confundida.

—Sí cariño, es solo que... Llevabas dos días llamándome y no te había contestado, porque estaba muy cansada. —Me dice.

Sé que la respuesta correcta es, que se había pasado dos días borracha y por eso no respondía.

—Gracias por llamarme. —Le digo de corazón. Es la primera vez que se preocupa en hablar conmigo, desde que estoy aquí.

—Soy tu madre, puede que sea un desastre... Pero solo quiero lo mejor para ti y es bueno que estés lejos de casa, empezando una nueva vida.

Me preocupa esa afirmación. Ella no suele ser tan atenta y protectora. La noto nerviosa y ante mi silencio, parece darse cuenta.

—Voy a tomarme ahora la medicación que ya me toca. —Me explica con una risita incómoda—. Hablamos mañana, ¿vale?

—Vale, cuídate. Hasta mañana mamá.

No sé si me oye, porque antes de pronunciar la última palabra ya ha colgado. Me quedo pensando en lo extraño que me resulta todo. Mi madre nunca me llama y no se suele preocupar por mí. La verdad, que ese arrebato tan repentino me inquieta. Espero que solo sea una señal de que todavía hay esperanza entre nosotras.

Una chica que sale despavorida hacia afuera del local y parece tener la mente en otro planeta choca conmigo.

—Lo siento, no te he... —Comienza a decir con los ojos vidriosos, pero cuando parece reconocerme se calla y me fulmina con la mirada, como si yo fuese la culpa de todos sus males.

Ella me reconoce y yo a ella. La había visto en la universidad el primer día, era la misma chica que entró como una loca en el baño buscando a Cameron.

—Vaya, mira quién está aquí. —Me dice con una mirada cargada de veneno—. La nueva distracción de Cameron Ryder.

—Perdona, creo que...

—Mira cómo estás vestida... ¿Crees que así lo impresionarás? ¿Qué eres especial para él? —Me pregunta alzando las cejas con desprecio—. Cam nunca tiene nada serio y terminará pasando de ti.

—Lo dices por ti, ¿verdad?

—Tss... Puede que ahora esté ilusionado con su juguetito nuevo, pero al final me llamará para divertirse de verdad, NO-VA-TA. —Me dice con retintín—. ¿De verdad piensas que lo que tenéis va a durar?

—Durará todo cuanto queramos. Puede que seamos de esas parejas que perduran después de la universidad. —Le vacilo solo para ver el fastidio en su mirada.

—¡Eres patética!

—Creo que lo dices por ti... Deberías de tener un poco más de amor propio y tenerte en más estima. —Le digo decidida a marcharme.

—Aplicate el cuento, solo eres un trofeo más en su vitrina de conquistas. —Oigo que me dice a mis espaldas, pero no me detengo.

Me niego a seguir oyendo sandeces de una chica que no me conoce ni un ápice. Entro en el bar y veo que Avery se acerca con Marie hasta mí. Trago saliva intentando mantener la calma y le pongo mi mejor sonrisa cuando me alcanzan.

—¿Todo bien? —Me pregunta mi amiga y asiento.

—De maravilla —respondo barriendo el local en su búsqueda y enseguida lo encuentro mirándome con deseo.

—Nosotras vamos a pedir, ¿quieres algo? —Me pregunta Marie y niego.

—No gracias, voy a...

—A saludar a los chicos. —Termina de decir Avery cogiendo a Marie por el brazo.

Sé que hablar con Marie, es otra de las cosas que tengo que hacer. Me molesta pensar que Cameron ha estado con tantas chicas, mientras que yo podía considerarme un desastre en mis relaciones anteriores.

Conforme camino hacia él, siento una inseguridad florecer. Sonrío cuando él lo hace. Cameron le dice algo a los dos chicos que hay sentados junto a él, levantándose para darme encuentro.

—Guau, gafitas. Estás... preciosa —afirma cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia él—. ¿Ocurre algo? —Me pregunta con el ceño fruncido como si pudiera leerme la mente, pero niego.

—Feliz cumpleaños Cam. —Le susurro antes de darle un beso en los labios.

Cameron rodea con sus brazos mi cintura y me atrae más hacia él. Pero se aparta y me mira con interés y recelo.

—No me mientas Samantha. Odio las mentiras —afirma serio y se me hiela la sangre. La respiración se me corta y el pulso se me dispara.

—Yo no...

—Estás preocupada, ¿te ha pasado algo? —Me pregunta en mi oído para que pueda

oírle por encima de la música.

—Me he encontrado con una chica en el aparcamiento que al parecer me odia —Le respondo y pienso que en parte es cierto lo que le digo.

—¿Alexia?

—La chica que te persiguió el primer día de clase en el cuarto de baño. —Le explico y él asiente serio.

—¿Qué te ha dicho? —Me pregunta preocupado y me encojo de hombros restándole importancia.

—Que tu no eres de novias, así que no debo de hacerme ilusiones.

—Y no tengo. —Me responde con rapidez.

Casi me atraganto con mi propia saliva al oírle, él me sostiene la mirada y al final sonríe.

—Pero es algo que pienso cambiar en un futuro cercano, cuando tú hables con Sam.

De nuevo todas las alarmas saltan en mi interior. ¿Me puedo sentir la peor persona? Hace medio minuto me ha advertido de que odia las mentiras y toda nuestra relación comenzó con la mentira de Sam.

—Sam está afuera unos días. —Miento como Pinocho—. Hoy es tu cumpleaños y no vamos a estropearlo. Le diré la verdad cuando esté en casa.

—Está bien, sé que si no has hablado con él antes es porque no quieres hacerle daño. —Me dice con cariño entrelazando sus dedos con los míos.

—Te he traído una cosa. —Le comento intentando desviar la conversación, para distraer mi malestar.

—¿Un regalo?

—Es un detalle, no he tenido tiempo de ir a comprarte nada.

Le explico rebuscando en mi bolso y saco la fotografía del legendario número veintitrés de los Chicago Bulls.

—Joder gafitas. —Masculla cogiéndola alucinado—. ¡Guau! ¿Es auténtica?

—Claro. —Le respondo risueña.

—¿Cómo la has conseguido? —Me pregunta mirando maravillado la fotografía firmada por el mismísimo Michael Jordan.

—Mi padre era un gran fan suyo. —Le confieso acordándome de que siempre que los Bulls jugaban en Chicago solíamos ir a verlos.

—¿Lo conocía? —Me pregunta sonriente.

—Eran amigos...

—No puedo aceptarla. —Me dice con sinceridad.

—Sí puedes, es mi regalo de cumpleaños —insisto—. Y abre este sobre. —Lo hace y su cara de sorpresa es lo más auténtico que he visto en años.

—¡Joder, Samantha! ¿Esto es una broma verdad? —Me pregunta.

—Claro que sí, tampoco quieres este regalo, puedes dárselo a tus amigos. —Le vacilo. Él lo sabe y me sonríe con picardía.

—¡Y una mierda! ¡Vamos a ver jugar a los Bulls en casa en una semana! —Exclama abrazándome con tanta fuerza que creo que me va a romper en dos—. Tenemos una cita cariño.

—Cameron, feliz cumpleaños. —La voz de Avery hace que me suelte.

—Avery, muchas gracias —responde y suelta una carcajada cuando ve a mi amiga mirar hacia la pista de baile.

—¿Ese que está bailando es mi hermano? —Le pregunta atónita y Cam asiente feliz.

—Hoy es una noche de sorpresas. —Le explica feliz Cam—. Venid a tomaros algo. Nos propone Cameron sin titubeos, le seguimos y apenas hemos dado unos pasos cuando estira su mano hacia atrás y coge la mía como si fuera lo habitual. Cam no se detiene, pero el gesto me importa. Avery se da cuenta y me lanza un guiño feliz.

—¿Qué pasa si Marie nos ve? —Le pregunto en un susurro preocupada.

—Para ella Cameron no significó nada. No tienes de qué preocuparte, ahora está liándose con el capitán de *lacrosse*. —Me comenta haciéndome un gesto para que mire en la dirección opuesta en la que estamos, viendo a Marie subida al regazo de un chico pelirrojo.

—Me ha preguntado por Sam. —Le susurro, observando como agranda sus ojos.

—¿Y qué le has dicho? —Me pregunta mi amiga en voz baja.

—¿Qué vais a tomar princesas? —Nos pregunta Garret con una sonrisa radiante.

—Un refresco —responde Avery y a continuación me mira a mí.

—Agua.

—¿Agua? —Pregunta reprimiendo una carcajada.

—Ha dicho agua, ¿acaso eres retrasado Stone? —Le pregunta Cam.

—Vale tronco, que protector te pones con la chica.

—Marchando un refresco y un agua, para la chica sin alcohol —comenta risueño Atlas, que lleva el pelo recogido en una coleta acentuando un poco más sus ojos rasgados. Me sonrío con calidez y le devuelvo la sonrisa, pensando en que me recuerda a un antiguo samurái.

—Garret, ¿cuándo piensas madurar? —Le reprocha Avery con impaciencia y el chico de ojos verdes se encoge de hombros despreocupado.

—Creo que me tienes manía, como el profesor de trigonometría. —Le dice a Avery, que no puede evitar reírse a carcajadas.

—Ja-ja-ja —Le responde con ironía mi amiga.

—¿Vienes? —Me pregunta Cam, dejando la foto firmada y las entradas en su asiento con su gorra encima.

—¿A dónde?

—¿Cuál es tu canción favorita? —Me vuelve a preguntar cogiéndome de la mano.

—No tengo una canción favorita —confieso y veo la sorpresa en su mirada—. Pero me gusta mucho « *Before you go* », de Lewis Capaldi. Me encanta.

Cameron sonrío y teclea algo en su móvil.

—¿Qué haces?

—Anotar que tenemos que buscarte una canción favorita. Todo el mundo tiene una. La música suele transportarnos a recuerdos y situaciones que nos hicieron sentir muy bien en el pasado. —Me explica cogiéndome por la cintura.

Comenzamos a movernos al ritmo de los acordes de « *All of me* », de Jack Legend. Cameron sonrío con diversión y se acerca a mi oído.

—¿Sabes lo que me encanta de ti? —susurra—. Que eres auténtica. Tienes personalidad y estás guapísima con el uniforme del supermercado. También cuando vas a clase con vaqueros y camiseta, o cuando llevas un vestido alucinante como este, siempre estás preciosa porque estás llena de luz y cuando sonríes lo irradian todo —confiesa con voz ronca.

Mi corazón se salta un latido y sonrío nerviosa, al sentir que me sonrojo ante sus palabras. Sus manos se unen en la parte baja de mi espalda, me atrae hacia él con pasión. Mis brazos rodean su cuello. Cierro los ojos, me impregno de este instante, con la voz rasgada de Jack Legend

susurrando « porque todo de mí, ama todo de ti » . Cameron apoya su frente en la mía y nos movemos despacio, sin importarnos el lugar, ni la gente. Ahora mismo solo me limito a sentir y a reconocer, que desde este momento tengo una canción favorita.



CAPÍTULO 29





Samantha

—Hoy te he echado de menos en la clase de fluidos mecánicos. —Me dice Cam.
Me giro para encontrarlo apoyado en la taquilla de al lado con la gorra del revés y una sudadera negra. Está con esa sonrisilla tan irresistible que lo hace parecer despreocupado e impertinente.

—Hoy no teníamos esa clase. —Le respondo.

—Lo sé, y se me ha hecho el día eterno. ¿Qué tal el seminario de química?

—Genial —respondo escueta y él alza las cejas esperando una explicación más detallada—. Bueno la verdad, ha sido un poco desastre. Se me rompió una probeta, se me derramó el ácido en la mesa y a la profesora Margot casi le da un síncope cuando lo vio.

—Vaya, eso suena...

—Horrible.

—Divertido. —Me corrige risueño.

Se acerca a mí, me abraza por la cintura y me da un beso que me deja aturdida. Solo un leve roce, una efímera presión, calor y deseo que irradia todo mi cuerpo.

—Estoy hambriento —Me susurra con un brillo travieso en su oscura mirada—. ¿Vienes a comer?

—Por supuesto —respondo con una cálida sonrisa.

Cameron sonríe feliz y se pasa la lengua por el labio inferior como si todavía estuviese saboreando nuestro beso. Cierro mi taquilla dejando los libros que no voy a necesitar para estudiar en casa. Cameron entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí en dirección a la cafetería. No me pasan inadvertidas las miradas curiosas de los que se cruzan con nosotros, pero debo de admitir que no me importa lo más mínimo, porque anoche nos la pasamos bailando en Sharky's bar estando lleno de estudiantes. Todos nos vieron.

Avery ya está sentada a la mesa junto a Garret y tiene enfrente a su hermano y a Atlas. Me siento al lado de mi amiga, mientras que Cam coge una silla libre de la mesa de al lado la hace girar sobre una sola pata y se sienta al revés apoyando sus antebrazos en el respaldar sin apartar la mirada de mí.

—Entiendo que quieras comer con tu novia, pero ¿por qué tiene que venir mi hermana? —Se queja Travis al instante.

Miro a mi amiga y veo como su mirada se enciende.

—Puedes sentarte donde te dé la gana Trav, tu hermana se queda aquí. —Le dice Cam a su amigo, mientras le choca los puños cómplice a Avery.

—Cuando quieras jugamos otra partida al UNO hermanito. —Le vacila mi amiga y Trav gruñe.

—Pero, ¿quién pierda va soltando prenda? —pregunta con interés Garret.

—Stone, ¿siempre piensas en lo mismo? —Le pregunta Atlas mientras se lleva una

patata a la boca.

—Vosotros fingid ser unos monjes tibetanos si os da la gana, a mi me gusta no perder las oportunidades que nos da la vida. —Nos explica Garret, con la mirada en la otra esquina del comedor—. Trav, la gatita del perreo de anoche acaba de llegar y viene muy bien acompañada. ¿Vamos?

—Acaso lo dudas colega. —Le responde Travis levantándose y ambos se marchan hipnotizados por las dos animadoras que se ligaron anoche en el bar.

Miro a Atlas que sigue impasible comiendo relajado y cuando me pilla mirándole, se encoge de hombros y sonrío.

—Bueno, voy a ir a pillar algo de comer. ¿Quién viene? —Me pregunta Cam inclinándose hacia mí.

—Por qué no te acompaña Atlas, necesito hablar cosas de chicas con tu novia. —Le dice Avery.

—Yo ya tengo mi comida —dice Atlas sonriendo.

—Pues ve a por el postre. —Se queja mi amiga y ambos se levantan obedeciéndola.

—Gafitas, ¿quieres que te traiga el menú? —Me pregunta Cam, antes de marcharse.

—No te preocupes, enseguida voy yo. —Le respondo con una amable sonrisa.

Me aseguro de que no nos puede oír cuando me giro para mi amiga y solo con mirarla sé perfectamente de lo que quiere hablar.

—Se lo diré esta noche.

—Tienes que contarle la verdad. —Me recalca mi amiga.

—Lo haré, pero ¿qué te parece si te vienes esta tarde a casa a estudiar y práctico también lo que he pensado decirle a Cam? —Le propongo a Avery.

—Está bien y no te preocupes, estoy segura de que va a ir todo genial Sam.

Asiento y solo espero que así sea. Miro a lo lejos a Cam que está con su bandeja esperando la cola para pagar. Él me pilla mirándole, me sonrío y eso lo complica todo. ¿Por qué tiene que sonreír todo el tiempo? ¿Por qué tiene que ser tan irresistible?

A graphic featuring the words 'CAPÍTULO 30' in a large, serif font. The text is positioned above a black skateboard with two visible wheels. A blue trail of motion lines extends from the skateboard towards an orange basketball floating in the air above it.

CAPÍTULO 30

Cameron

Salgo del entrenamiento y no me distraigo a charlar con los chicos, porque esta noche he pensado invitar a cenar a Samantha. Por primera vez en mi vida me estoy dejando llevar en una relación. A decir verdad, es la primera que tengo, nunca antes había salido con una chica más de dos veces. Sencillamente porque no había un interés mutuo, en cambio con ella es diferente. Cuando los chicos me han preguntado por Sam, no les he respondido, porque tampoco he vuelto a hablar con ella de ese misterioso chico. No tengo ni idea de cómo afrontar esa incómoda conversación con ella. Así que he optado por dejar que todo fluya y confiar. Sé que hablará con Sam cuando lo vea oportuno.

Antes de poner el coche en marcha la llamo y me salta el contestador. Me resulta extraño así que vuelvo a llamarla, pero no obtengo respuesta. Ha sido un entrenamiento duro, estoy muerto del cansancio y pongo rumbo a casa. Me froto la cara somnoliento. Hago un esfuerzo de mantener la atención en la carretera cuando el teléfono suena en el manos libres del coche y leo en la pantalla el nombre. Es mi madre.

—Buenas tardes Camy. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no te preocupes. Acabo de salir de entrenar y voy ya para el piso.

Ella guarda silencio y frunzo el ceño extrañado, estoy seguro de que hay algo que le preocupa, porque está actuando raro.

—Solo te llamaba para decirte que habíamos pensado en ir a verte a tu próximo partido.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Ocurre algo grave? ¿Estás enferma? ¿Te mueres? —Le pregunto con desconfianza, oyendo una risa nerviosa al otro lado de la línea.

—No seas exagerado —responde divertida—. ¿Acaso una madre necesita un motivo para ir a ver a su hijo jugar?

—El próximo partido es este viernes contra los Flames de Chicago. —Le informo intentando sonar amable.

—Perfecto, ¿jugáis en Chicago?

—No, jugamos en casa. —Le informo.

—Allí estaremos. Luego podemos ir a cenar juntos, díselo a Samantha.

—Claro. —Le digo asimilando su repentino interés.

—Bueno tesoro, te veo el viernes. Cuídate.

—Hasta el viernes.

Cuelgo y suelto un suave suspiro. Dentro de tres días volvía a verlos. Me inquietaba pensar en

ese repentino interés por volver a quedar, pero no podía negar que en el fondo me gustaba. Durante años habían pasado meses sin vernos y ahora verla dos veces en una semana, es algo nuevo para mí. Lo único que me da más tranquilidad es saber que Samantha vendrá conmigo.

Aparco enfrente del edificio en el que vivo y apago el motor del coche, cuando me doy cuenta de que la luz del cuarto de mi compañero de piso está encendida.

Sam está en casa.

En ese instante la incomodidad crece por cada paso que doy hacia mi casa. Siempre había tenido una regla entre mis amigos y compañeros de piso, las novias son intocables. En este caso, había roto las reglas, pero eso a él tampoco parecía importarle. Todo el campus sabía que había celebrado mi cumpleaños en el Sharky's con Samantha, había bailado con ella, la había besado y me había ido de allí con ella. Alguien debía de haberle enviado fotos para contarle el chisme y ponerle al tanto de ello.

Cuando entro en el piso, todo está en completo silencio y la puerta de su dormitorio está cerrada. Suelto las llaves en el mueble de la entrada y dejo la mochila de entrenamiento en mi dormitorio. Me siento en el sofá y llamo a Samantha pero su móvil sigue apagado. « ¿Habrá hablado con él? » Creo que ya es hora de ponerle cara a mi compañero de piso y no me pienso mover de aquí hasta verle. Total, antes o después tendrá que salir de su escondite. « ¿Y qué le digo cuando lo vea? » Por suerte, oigo que la puerta se abre, me levanto del sofá y sacudo los hombros intentando deshacerme de la tensión que siento. Mi primer gesto es sonreír y me quedo con cara de idiota cuando veo salir descalza y distraída a una chica de pelo negro que conozco muy bien.

—¿Avery? —pregunto atónito y ella se queda petrificada cuando me tiene enfrente.

—¿Cam? ¿Qué haces aquí? —Me pregunta y levanto las cejas incrédulo.

—Vivo aquí. —Le recuerdo y ella asiente.

—Claro, quiero decir que pensaba que terminabas de entrenar más tarde. Mi hermano me dijo que esta tarde...

—¿Estás con Sam? —Le pregunto interrumpiendo su nefasto discurso.

—¿Qué? —pregunta aturdida.

—¿Sam y tú? —Vuelvo a preguntarle sintiendo que se me congela el alma al pensar en Samantha.

—No, no es lo que parece Cam. —Me responde la hermana pequeña de mi amigo.

—¿No? ¿Y qué cojones es entonces? ¡Mírate! Parece que llevas toda la tarde ahí con él y le mientes a tu mejor amiga... —Llego a esta conclusión.

—No, Cameron. Te juro que todo tiene una explicación.

—Esto no tiene sentido. —Le digo.

Sin una pizca de paciencia camino hasta la puerta del dormitorio de Sam. Avery se interpone en medio y sujeta el pomo de la puerta con fuerza, pero yo al ser más alto golpeo con mi puño la puerta de madera lacada.

—¡Sal! Ya va siendo hora de que nos conozcamos... —Le exijo.

Espero una respuesta, pero solo oigo silencio al otro lado. Mis ojos se cruzan con la mirada preocupada de Avery y sonrío con amargura.

—Eres valiente para estar con las dos chicas a la vez, y no para darme la cara —digo con voz lo suficiente alta como para que me escuche.

Pongo mi mano sobre la de Avery, en un intento de abrir la puerta, pero ella me lo impide y me suplica con la mirada que no lo haga.

—Por favor, Cam. —Me susurra derrotada—. Samantha lo sabe, ella solo está buscando la manera de explicarte que todo comenzó por mi culpa.

Oír su declaración hace que me detenga y mire más confundido si cabe a la chica que tengo frente a mí.

Doy un paso hacia atrás, quizás dos. Siento que el estómago se me cierra de golpe. Dios, « ¿cómo que Samantha lo sabe? » Me llevo las manos a la nuca e intento respirar.

« Está con las dos » . Ambas son conscientes... Mi mente colapsa y la locura gana la batalla.

—Cam, no es lo que te imaginas —repite Avery sin moverse un ápice.

—Es imposible no pensarlo. —Le aseguro caminando hacia el otro extremo del pasillo.

—Cam, deja que...

Pero no oigo nada más, cojo las llaves del coche, el móvil, me pongo los zapatos como unas chanclas improvisadas y salgo de casa sintiendo que me falta el aire. « Samantha, tiene una relación abierta » . Por eso, siempre esquivaba hablar con Sam. Por eso, no le importó que nos vieran juntos. Por eso, me lo ocultó. Por eso, me mintió.



CAPÍTULO 31

Samantha

Mi mundo se caía a pedazos, quería recoger cada trocito de mi corazón, pero era imposible porque estaba hecho añicos. Me sentía una persona horrible por haber permitido que esta mentira llegase tan lejos. Mi móvil se quedó sin batería. No recibí sus llamadas y no nos dimos cuenta de la hora que era, cuando Cam llegó a casa. Los había oído al otro lado de la puerta, quería salir, abrazarle y aclarar todo con él, pero el miedo me paralizó. Los demonios que creía tener enterrados volvieron a aparecer con fuerza y me trasladaron a aquel callejón oscuro, a aquella noche de diciembre...

El olor putrefacto me producía arcadas. Seguía clavada en el mismo lugar después de ver los dos disparos a aquel pobre chico. Todos corrieron, incluido mi exnovio. Yo seguía quieta empapándome por la lluvia. Tenía la mirada fija en el cuerpo inerte de aquel chico. Mi móvil todavía estaba grabando y el corazón me latía desbocado por otro que estaba frente a mí sin vida. Las náuseas aparecieron, los ojos se me llenaron de lágrimas y el miedo me paralizó sin poder respirar.

Justo como me ha pasado esta noche. La situación era completamente diferente, pero sabía que enfrentarme a Cameron me llevaba a perder lo único bueno que tenía en mi vida y me hizo actuar como una cobarde.

Cam no regresó, tenía el teléfono apagado y tampoco vino a clase en dos días. No había rastro de él. Cuando me crucé con sus amigos, no hizo falta ser adivina, lo sabían. Cma había malinterpretado todo, había sacado sus conclusiones y esas eran las mismas que tenían sus amigos.

Es jueves, llevo dos noches durmiendo en el sofá del piso, con la esperanza de oírlo entrar. Echo de menos escuchar sus pasos. Oír el sonido de su despertador y el olor de su perfume que dejaba como un hilo invisible cada mañana antes de salir.

Hoy tenemos clase juntos y sabe que no puede evitarme toda la vida si quiere aprobar y no tener que pagar una cuarta matrícula por esa asignatura. No me he equivocado cuando al entrar en clase lo veo sentado en el extremo opuesto al que tiene por costumbre. Está distraído hablando con una chica que le sonríe, y que mueve sus pestañas como si se le hubiese metido una mota de polvo en los ojos.

Dejo mi libro y mis apuntes en nuestra mesa, me giro sobre mis talones y respiro. Cojo otra vez aire con la necesidad de tener valor antes de caminar en su dirección. Me detengo a su lado. Veo como me mira por el rabillo del ojo y acto seguido, me ignora como si fuese invisible.

—Cam, deja que te explique todo. —Le digo apesadumbrada.

La chica me mira con atención y lo observa, aunque él sigue sin mirarme.

—Cam, todo ha sido un...

—Un error Samantha. Eso es lo que hemos sido. Una equivocación. —Me interrumpe. Veo tanta frialdad en su mirada que un escalofrío me recorre la espina dorsal y un nudo de

tristeza me oprime la garganta. Trago saliva en un pésimo intento de que desaparezca. Veo tanto dolor en sus ojos que siento que algo me oprime en mi interior, casi no puedo respirar.

—Yo no lo veo así. —Me defiendo y él me muestra una sonrisa amarga y vacía.

—¿No sé, a qué querías jugar? —Me pregunta levantándose enfadado—. ¿A quién le querías demostrar, que el mítico Cameron Ryder se podía enamorar? —Me vuelve a preguntar y se acerca a mí—. Si era eso, lo conseguiste.

Cameron se quita la gorra, tiene el ceño fruncido y se rasca la nuca perdido en sus pensamientos.

—Le demostré a toda la universidad que caí a los pies de una chica que jugó conmigo, porque solo soy un trofeo. ¡Bravo por ti! —Veo el dolor, la rabia y la impotencia reflejarse en su mirada zafiro que se vuelve oscura—. Que estéis con Sam, Avery y tú... No es asunto mío. —Me susurra a un palmo de mi rostro. —Pero que sepas, que yo no comparto.

Sin dejar que me explique, ni que le diga nada coge su mochila con brusquedad y se marcha como alma que lleva el diablo. Recojo mis cosas y lo sigo. Tengo que correr para alcanzarlo, pues sus zancadas equivalen a tres pasos míos.

—¡Cameron, espera! —Le pido en un nefasto intento de agarrarle de la sudadera—. No estoy con Sam. Él no existe. —Le digo desesperada, pero no se detiene.

Cameron, no se inmuta ante mi explicación y dudo si me ha oído. Me quedo quieta, sola, sintiéndome una idiota en medio del pasillo mientras que algunos estudiantes me miran y cuchillean. Ellos son testigos del numerito que acabamos de dar en la facultad. Trago saliva, respiro e intento no llorar. No pienso venirme abajo delante de todos. Regreso a clase y por suerte el profesor Thomson no ha llegado todavía. Miro el asiento vacío a mi lado y la tristeza vuelve a crecer en mí. Sé que tiene todo el derecho del mundo de estar enfadado, pero necesito que me escuche.

Creí que tendría una oportunidad de explicarle la verdad, pero no.

Después de un largo día de clases y trabajo, cuando regreso al piso mantengo la esperanza de encontrarme con él, pero cuando estoy frente a la puerta de mi habitación veo que hay una nota adhesiva escrita de su puño y letra que me paraliza el corazón.

Sam tienes 24 horas para dejar el piso.

Te devolveré la fianza. Lárgate antes de que te vea la cara y te la parta.

Cameron.

Con manos temblorosas le hago una foto y se la envío a Avery. Recojo la nota y entro en mi habitación. No ha pasado ni medio minuto cuando mi amiga me llama.

—Lo siento Sam, todo esto es por mi culpa. —Me dice con tristeza.

—No, la culpa es mía por haber sido un cobarde. —Me quejo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Recoger mis cosas.

—¿Y ya está? ¿Se acabó todo? —Me pregunta sorprendida.

—Claro Avery, he intentado hablar con él y ha sido imposible.

—Te voy a preparar el sofá y puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Sé que Marie lo entenderá. —Me comenta mi amiga y suelto un suspiro derrotado.

—Gracias.

—Tal vez, si esperas a que llegue y te vea, te escuche. —Me sugiere.

—¿Tú crees? —Le pregunto esperanzada.

—¿Qué puedes perder?

—Llevas razón. Son las ocho y media, debe de estar al llegar de entrenar. —Le comento apresurada al ocurrírseme una idea.

Un último rayo de esperanza ilumina mi vida, salgo de la habitación y abro la nevera. Solo hay un paquete de yogur, una pizza y una ensalada de pasta. Cojo mi bolso, junto con las llaves y corro hacia el supermercado. Cuando Jenna me ve entrar, mira el reloj y sonrío.

—Te recuerdo que tu turno terminó hace media hora. ¿Acaso quieres cobrar más horas extras? —Bromea.

—Lo sé, es que tengo... Una emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Necesito dejar a un chico sin palabras para que me deje hablar. —Le comento, mientras camino por el pasillo de la carne. Ella me sigue.

—Si quieres eso, una manzana en la boca te puede servir para tenerlo callado.

—No quiero amordazarlo. —Le respondo risueña y ella asiente con picardía.

—Y ese chico, por casualidad... ¿Es Cameron Ryder? —Me pregunta cuando me ve cogiendo un paquete de patatas fritas.

—Sí —confieso—. Ha malinterpretado las cosas y creo que me odia...

—Cameron adora los codillos asados y la salsa de manzana caramelizada. —Me informa.

—¿Cómo lo sabes? —Le pregunto mirándola con atención.

—Soy observadora, se lo lleva una vez a la semana. Lo bueno es que ya vienen precocinados.

—Gracias, te debo una.

—Por supuesto —añade feliz dándome todo lo que necesito—. ¡Venga corre!

—Tengo que pagarlo. —Le explico y ella mueve la mano restándole importancia.

—Soy tu jefa, te lo descontaré del sueldo. —Bromea risueña lanzándome un guiño.

—Gracias Jenna. —Le digo feliz dándole un beso en la mejilla.

—¡Ve a por todas!

Llego a casa. Meto la carne diez minutos en el horno tal como pone en las instrucciones. La salsa la vierto en una cacerola y la pongo en el fuego. Voy al salón y pongo un mantel, dos vasos, servilletas, cubiertos y quince minutos después tengo la cena lista para cuando él llegue. Tengo la esperanza de que aparezca por casa ahora que espera que Sam se haya ido.

Me siento en el sofá.

Le envío un mensaje a mi madre preguntándole qué tal está, aunque sé que no va a responder. Mi teléfono suena y por un instante pienso que es ella, pero en su lugar es Avery. Le envío una foto de la mesa con la comida y oigo abrirse la puerta.

Cameron está en casa.

Me levanto y salgo al pasillo a su encuentro, entonces lo veo dejar la puerta abierta y soltar las llaves en el mueble del recibidor. Está distraído peleándose con quitarse la bolsa de deporte. No se da cuenta de mi presencia hasta que camina en mi dirección. Cuando me ve se queda quieto, su mirada vidriosa refleja confusión. Veo como aprieta su mandíbula con tanta fuerza que podría romperse.

—¿Qué haces aquí? Sam se ha debido de ir ya. —Me informa arrastrando las palabras y me doy cuenta de que ha bebido.

—Sam no está, nunca ha estado. —Le confieso—. Pero si te hubiese contado la verdad desde el principio, jamás me hubieras dejado vivir en este piso, porque era una de tus normas. —Le aclaro y veo la confusión en su rostro.

—No deberías de estar aquí, así que buenas noches Samantha. —Masculla, inclinándose para quitarse las deportivas y se tambalea al perder el equilibrio. —¡Joder! —Exclama cabreado con sí mismo.

—¿Por qué no cenas algo? —Le propongo haciendo un leve gesto con la cabeza en dirección al salón. Cameron me mira con desconfianza y niega para sí.

—¿Sam? —Grita—. ¡Tu chica quiere seducirme! —Exclama y esta vez soy yo la que niego pensando en lo equivocado que está.

—Sam no existe. Nunca ha existido. —Le explico y él me lanza una sonrisa cínica.

—No tienes que dar respuestas desesperadas. —Me dice serio caminando hasta la puerta de mi dormitorio.

Me quedo quieta. Veo cómo abre la puerta y se detiene unos segundos en la entrada mientras observa la estancia. Entra dentro y me acerco para ver como acaricia mi escritorio, mientras mira mis apuntes esparcidos. Su mirada va de un lado a otro del dormitorio, camina hasta mi mesita de noche, coge la foto de mi familia y me mira a mí sin decir una palabra. Da un paso atrás cuando parece caer en la cuenta de que le estoy contando la verdad.

—No puede ser... —Murmura.

Cameron abre el ropero y cuando encuentra solo mi ropa, se gira sobre sus talones y veo la confusión crecer en su rostro, al estar comprendiendo todo.

—¿Qué hacen tus cosas aquí? —Me pregunta sorprendido.

—Yo soy Sam —confieso y veo la sorpresa reflejarse en sus ojos.

—¡CAPITÁN! —Oigo que alguien grita desde la entrada de la casa—. ¡Te has dejado la puerta abierta!

—Un segundo. —Me pide saliendo de mi dormitorio.

Lo sigo para quedarme clavada en el suelo cuando veo entrar a todo el equipo de baloncesto con un grupo de chicas. Reconozco a sus amigos que me miran entre sorprendidos y confundidos. Veo como un par de chicos se sientan en el sofá y en cuestión de segundos comienzan a devorar la cena que había preparado para nosotros.

—Hoy es noche de partido Ryder. Los Bulls contra los Lyon. No nos mires así, ¿no te acordabas? —Le pregunta Garret cuando ve a Cameron acercarse a él como un león furioso.

—Te dije algo tranquilo, no que montases una fiesta. —Ladra Cam y su amigo se encoge de hombros buscando el apoyo de Atlas y Travis.

—Venga, relájate. Garret, se ha debido de confundir. —Intenta quitarle importancia Travis.

—¡Capitán! —Grita uno de los chicos que está comiendo en el sofá—. ¿Desde cuando tienes una cocinera tan buena? —Le pregunta a Cam. Entonces ve por primera vez desde que entró la cena que había preparado como una disculpa.

—La novia de Sam me cae bien —dice el otro que abre una cerveza y se la bebe a morros.

Trago saliva cuando siento que me ahogo de la tristeza, los ojos me pican cuando las lágrimas se agolpan por salir y veo el desastre que somos. Las chicas están en la cocina preparando cócteles, algunos chicos están en el salón viendo ya la tele y las palabras que me dijo hoy en clase vienen

a mi mente. « Solo fuimos un error, un puto desastre » .

Intento respirar, mantener la calma, pero no puedo controlar llorar al sentir que algo se rompe en mi corazón un poco más. Cameron camina hacia mí, pero soy más rápida entrando en mi dormitorio y cerrando el pestillo al entrar. Veo como intenta abrir y golpea la puerta en un intento de llegar a tiempo, pero ya es demasiado tarde. Me siento cómo una idiota, era una tonta soñadora que había pensado que todavía nos quedaba una oportunidad. Mañana me iré y todo se habrá acabado.

—Samantha, ¡abre por favor! —Oigo su voz amortiguada al otro lado de la puerta—. Puede que haya bebido un poco y me he comportado como un capullo...

Lo interrumpo cuando en un acto de valentía agarro la nota que él mismo me había dejado echándome del piso, abro la puerta y se la pongo en el pecho para devolvérsela.

—Mañana me iré y todos tus problemas se habrán acabado.

Es todo lo que le digo antes de volver a cerrar la puerta con pestillo. Siento que las piernas me tiemblan y las lágrimas salen sin que pueda controlarlas. Me derrumbo y me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta sintiendo el frío de la soledad abrazándome otra vez.

—¡La fiesta se ha acabado! ¡Fuera todo el mundo! —Oigo a Cameron gritar.

—¿No puedes hablar en serio?

—Pero capitán.

—¡Largo ya!

—Venga, ya lo habéis oído. ¡Nos vamos!

—Cam, si estás estresado... Puedo ayudarte. —Oigo la voz de una chica.

—Todos y todas fuera de mi casa, ¡ya! —Repito con autoridad.

—Tú antes molabas. —Escucho un nuevo comentario.

Oigo el barullo que se va haciendo más apagado, pasos que se alejan y minutos después el silencio reina en la casa. Una puerta que se cierra y sus pasos que se acercan hasta detenerse al otro lado de mi habitación.

—Samantha, por favor... Abre la puerta. —Me pide con voz calmada.

Presiono mis labios, intentando amortiguar el llanto y niego para sí, como si él pudiera verme. No pienso abrir, no hay nada que hablar, ya no.

—Por favor, no te vayas. —Me pide—. Solo he sido un capullo que no ha entendido nada, ni te ha querido escuchar.

No respondo, oigo que suelta un par de improperios y un largo suspiro de derrota. Todo se había terminado, le había contado la verdad y él solo me creyó cuando vio por sus propios ojos que Sam nunca había existido y que todo lo que había en el dormitorio era mío. Si cierro los ojos puedo ver la confusión reflejada en los suyos y comprendo que tuvimos nuestro momento una vez, pero ya no.



Cameron

El sol de la mañana entra por el pasillo y me despierta. Miro a mi alrededor somnoliento y un dolor en el hombro derecho, me recuerda que he pasado la noche durmiendo en el suelo del pasillo junto a su puerta. Suelto un suspiro cansado y me levanto entumecido. Me estiro y bostezo antes de pegar la oreja a la puerta de su dormitorio y oigo abrir un cajón y cerrarlo. Apoyo la frente en la puerta y pienso en lo gilipollas que he sido.

—Gafitas, creo que tenemos mucho de qué hablar. —Le digo con la esperanza de ver abrir la puerta, pero no lo hace.

No comprendo como he podido ser tan estúpido de no darme cuenta antes de que Sam, era ella. Pero, ¿por qué me mintió? Solo de pensar en perderla me vuelve loco.

—No tienes por qué irte, puedes quedarte todo el tiempo que necesites —grito alzando la voz, antes de marcharme viendo que no va a abrir la puerta mientras yo esté al otro lado.

Me voy a mi dormitorio, me cambio de camiseta y salgo de casa con la certeza de que nada volverá a ser igual. Es temprano, todavía faltan dos horas para que empiecen las clases y por ello, me planto en casa de los chicos. Toco el timbre sin despegar el dedo del botón y oigo maldecir a Travis antes de abrir la puerta.

—¿Acaso está ardiendo el campus para tanta prisa? —Se queja y sonrío.

—Es una urgencia y necesito hablar con vosotros. —Le respondo entrando en la casa y abriendo la puerta del dormitorio de Garret—. ¡Levanta Stone!

—¡Joder! ¿Qué hora es? —Se queja cuando le enciendo la luz.

—¿Te has caído de la cama Ryder? —Me pregunta Atlas saliendo del baño.

—He dormido en el suelo —confieso y veo la sorpresa en los ojos de mis amigos.

—¿Qué? —Garret se levanta de la cama y camina hasta mí con una media sonrisa—. Se supone que cuando hay discusiones en la pareja, la chica te envía al sofá, pero nunca al suelo. —Bromea divertido.

—Chicos vamos a sentarnos. —Nos sugiere Travis entrando en el salón.

—¿Qué te ocurre colega? —Me pregunta Atlas.

—Sam nunca ha existido...

Esas cuatro palabras dejan mudos a mis tres amigos. Al ver que no van a decir nada, les explico que todo fue una mentira que fue creciendo hasta el punto de malinterpretar todo.

—Claro tío, Sam de Samantha —recapacita Garret.

—¿Cómo no hemos podido darnos cuenta? —Me pregunta Travis atónito.

—No quiero que se vaya —confieso—. Lo he fastidiado todo. —Les digo enfadado conmigo mismo, apoyo los codos en mis rodillas y me sujeto la cabeza frustrado—. No quiero perderla y es contradictorio porque una parte de mí se siente traicionado porque me ha mentado,

pero la menos racional la quiere. Me gusta muchísimo.

—¿Cuánto te gusta? —Me pregunta Atlas.

—Hasta la médula —confieso.

—Pues dale espacio —responde mi amigo.

—Además, a estas alturas del curso va a ser difícil que encuentre alojamiento. —Me dice pensativo Garret.

—¡Eso es! —Exclamo dando un salto del sillón—. Si no encuentra casa, no se podrá ir.

—¿Qué? —Me pregunta sin comprender nada Atlas.

—Avery, me debe una bien grande después de ser cómplice de la mentira de Sam. —Les comento mirando a Travis.

—¿Qué puede hacer mi hermana?

—Más de lo que piensas. —Le digo levantándome—. Nos vemos en los entrenamientos.

—¿Dónde vas? —Me pregunta Garret.

—A intentar arreglar las cosas. —Grito cerrando la puerta del piso de mis amigos.

Solo espero que no sea demasiado tarde. Caigo en la cuenta de que si Samantha siempre había vivido conmigo, la que vivía en la residencia de estudiantes era Avery. La esperé a que saliera para clase y la intercepté. No se sorprendió al verme y aunque al principio se negó a ayudarme, al final la convencí. Me importa Samantha, ella no es como las demás. Es diferente, es valiente y me enfada como pocas cosas en mi vida, que pueda estar a punto de perderla por imbécil. Ella ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida. Ha sido la luz de mis sombras y gracias a Samantha me atreví a ir a comer con mi madre y pasé el mejor cumpleaños de mi vida. Si algo he descubierto de ella en este tiempo, es que sabe cuidarse sola y que realmente soy yo quién la necesita, porque a Sam no le hace falta ningún tío para brillar. Samantha Parker, es una superviviente, una valiente y una chica increíble. Yo solo soy un idiota que saca conclusiones prejuzgando al no querer oír sus explicaciones. Tal vez es tarde o quizás todavía estoy a tiempo de tener un nosotros.



Cameron

El resto del día pasa muy rápido. Entre las clases, entregar dos trabajos, una práctica de laboratorio y entrenar antes del partido. Me ha sido imposible pasarme por casa para ver si Samantha ha recogido sus cosas y se ha ido. La he llamado al móvil, pero tampoco contesta y no responde a mis mensajes.

Garret me da un golpecito en el hombro cuando pasa por mi lado y veo el apoyo en su mirada. Sé que tengo que estar centrado en el partido. Tenemos que patearle el culo a los Flames de Chicago. No podemos permitirnos una derrota al comienzo de la liga si queremos clasificarnos para ser los primeros.

Cuando salimos a la cancha, miro a las gradas con la necesidad de encontrarla junto a Avery. Recuerdo que mi amiga me prometió que haría todo lo posible, pero cuando nuestras miradas se cruzan, ella niega en una clara señal de que no ha logrado convencerla de que venga. Suelto un suspiro frustrado. Oigo mi nombre cerca de la puerta de vestuarios y sonrío cuando veo a mi madre con una camiseta de los Panthers puesta. Ella me saluda, miro a Jack que sonrío con orgullo y les hago una leve reverencia antes de correr al centro de la pista con el resto del equipo.

Los Flames, son duros y lo demuestran desde el principio poniendo el marcador a su favor, pero hoy no pienso perder. El entrenador Smith aplaude con exigencia y recuerdo las jugadas que hemos estado practicando. Los chicos se ponen en posición, me hago con el balón y en un pase a Atlas, descuadra a los jugadores de los Flames, haciendo una canasta que se convierte en el primer triple de la noche. Por suerte, gracias a Travis conseguimos mantener la posesión del balón durante el primer tiempo y nos vamos al descanso con el marcador a nuestro favor.

—Lo estáis haciendo muy bien, pero podéis hacerlo mejor. —Nos advierte el entrenador mientras estamos sentados en el banquillo.

—Vamos a ganar este partido. —Le aseguro y él asiente.

—No podéis fallar, hay un ojeador de los Chicago Bulls entre el público y tenéis que demostrar de qué pasta estáis hechos. —Nos informa y todos nos ponemos en alerta.

—¿Un ojeador? —pregunta Garret girándose hacia las gradas.

—¡Stone! Eso no importa si no lo hacéis bien. —Le reprende Smith.

—Es el comienzo de la temporada, no suelen venir a los primeros partidos. —Asegura Travis.

—Lo único que importa es que está aquí. —Nos recuerda el entrenador.

—¡Manos al centro! —Les exijo a mis compañeros.

Me levanto y extendiendo mi mano al frente. Todos apilan las suyas sobre la mía, una encima de

otra y damos nuestro grito de guerra al unísono.

—¡Ganar! ¡Ganar! ¡Ganar! —Gritamos y aplaudimos volviendo a la pista.

El segundo tiempo comienza y recibo un pase de Travis que no me viene bien porque estoy acompañado de dos *pivots* de los Flames, que me imposibilitan avanzar. Boto el balón, busco una oportunidad y hago un giro de ciento ochenta grados sobre mis talones que no esperan y consigo librarme de ellos para lanzar a canasta y encestar. Algo dentro de mí me recuerda que durante toda mi vida he soñado con ser un jugador profesional y hoy existe la ínfima posibilidad de que ese ojeador se fije en mí.

Una nueva jugada de Garret, le lanzo un silbido que llama la atención de Trav que me mira con el ceño fruncido y le hago una señal para que se adelante. Estoy cambiando las jugadas del entrenador, pero es la mejor manera para pillar a los defensas de los Flames desprevenidos y tener una posibilidad de ganar ventaja en el marcador. Mi amigo parece entenderlo de inmediato y pasa el balón a Travis que sonríe con soberbia al hacer como que me lanza el balón, cuando en realidad lo atrapa Garret que está solo y encesta. El plan funciona. En el descanso el entrenador me reprende.

—¿Qué diablos estás haciendo Ryder? —Me espeta.

—Nada —respondo antes de beber agua.

—Estás haciendo una recolocación de los jugadores que no es la que tenemos estudiada. —Me advierte y asiento.

—Tranquilo señor Smith, tengo todo controlado. —Le aseguro con una sonrisa antes de entrar de nuevo en la pista.

Cumplo mi palabra y en el último cuarto de tiempo, él mismo puede comprobar que mi plan funciona. Estamos veinte puntos por encima en el marcador y ganamos el partido. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Cuando me reúno con mis compañeros, todos me felicitan. Travis, Nick, Garret, Atlas y yo nos abrazamos. La sensación de gratitud y euforia es tal que el corazón me va a mil por sentirme tan afortunado de tener a los mejores amigos y compañeros de equipo que se puede tener. Esto es lo maravilloso de los deportes en grupo y es que cuidamos los unos de los otros, siendo todos uno.

—¡Lo hemos logrado! —Exclama emocionado Trav que me coge por la cintura y me levanta con facilidad. Es el más grande de todos, así que no le cuesta hacerlo. Ambos rompemos a reír cómplices y le doy un par de palmadas en la espalda.

—¡Vamos primeros en la liga! —Le contesto orgulloso de nosotros.

—¡Viva los Panthers! —Aúlla Garret alzando con fuerza el puño hacia arriba.

—¡Somos cojonudos! —Ladra con ganas Atlas.

Todos sonreímos, porque sabemos que comenzar la temporada los primeros de la liga, es una pasada. Miro a las gradas, sé que ella no está y siento un pellizco incómodo, hasta que detengo la mirada en mi madre que baja las escaleras de las gradas cogida de la mano de Jack. Me acerco esperando a que baje a la pista para darle un abrazo. Resulta más agradable de lo que recordaba.

—¡Enhorabuena cariño! —Exclama.

—Gracias mamá.

—Un buen partido chico. —Me felicita Jack estrechándome la mano.

—¿Has cambiado la jugada verdad? —Me pregunta un tipo con una gorra de los Bulls y dudo un segundo, pero al final asiento.

—Sé que era arriesgado, pero éramos muy predecibles al usar la misma estrategia que

en los últimos partidos. —Le explico al desconocido que sonrío con entusiasmo. Él mira a Jack con complicidad.

—Cameron, él es Paulo un viejo amigo. —Me presenta Jack.

—Encantado. —Le digo con cordialidad. Él tipo me ofrece su mano que no dudo en coger.

—Eres una gran promesa del baloncesto, soy ojeador de los Chicago Bulls y te aseguro que no será la primera vez que nos veamos. —Me informa todavía sin soltarme la mano.

—¿Qué? —Le pregunto como un pánfilo, al no dar crédito de lo que acabo de oír. El tipo sonrío.

—Sigue así y no eres el único... Stone, tiene chispa y hablaré con vuestro entrenador la próxima semana, así que pronto tendréis noticias mías. —Me informa.

—Gracias señor. —Le digo con respeto y miro a mi madre que me sonrío con orgullo.

—¿Dónde está tu novia? —Me pregunta ella—. Vamos a ir todos a cenar. —Me informa señalando también a Paulo.

—No ha podido venir. —Miento, sintiendo una punzada de culpabilidad.

—¡Eh! ¡Cam! —Me llama Garret y sé que lo hace por si necesito escapar.

—¡Voy! —Grito viendo como entra en vestuarios.

—Muchas gracias. —Le digo de nuevo al ojeador de los Bulls que me mira divertido.

—Tienes un gran futuro por delante, tú solo disfruta. —Me sugiere y asiento.

—Gracias. Voy a la ducha y os veo afuera. —Les digo animado.

Corro por el pasillo que da a vestuarios y cuando entro, todo el equipo está celebrando la victoria. Garret me mira preocupado y le sonrío como señal de que va todo bien, mejor de lo que él imagina. Va a flipar cuando le cuente lo que acaba de suceder. Abro mi taquilla y lo primero que hago es mirar el móvil por si ella me ha respondido, pero no tengo esa suerte. Tengo un mensaje de Avery, en el que me da una dirección. Me avisa de que Samantha va a ver una habitación y veo que es dentro de quince minutos.

—¡Joder! —Me quejo, porque es imposible llegar al otro lado del campus antes de quince minutos, con todo el tráfico que hay un viernes por la noche.

—¿Qué pasa colega? —Me pregunta Atlas que se da cuenta de mi frustración.

—Samantha ha concertado una cita para ver una habitación en quince minutos y está en la otra punta del campus, es imposible llegar en coche con el tráfico que hay hoy. —Le comento y él alza las cejas sorprendido.

—¿Busca una habitación, un viernes por la noche? —Me pregunta y asiento—. Coge mi moto. —Me sugiere.

—Pues te dejo las llaves de mi coche. —Le digo abriendo el bolsillo de mi mochila.

—Colega, intenta no cagarla más. —Me dice risueño cuando me cuelgo el asa de mi bolsa de deporte en el hombro.

—Eso espero.

A graphic featuring the words 'CAPÍTULO 34' in a large, black, serif font. The text is positioned above a black silhouette of a skateboard. A blue line, resembling a jump ball or a trick, starts from the right side of the skateboard and curves upwards to an orange basketball. The skateboard has two sets of wheels visible.

CAPÍTULO 34

Cameron

No quería que se fuera de casa, no quería perderla y necesitaba una oportunidad para disculparme. Fui un capullo egoísta que no la quiso escuchar. Estaba dolido por sus mentiras.

Salí del estadio y corrí al aparcamiento. Mi madre me estaba esperando junto a Jack y Paulo. Me miraron confundidos cuando me vieron con la maleta entrenar, sin duchar y todavía con la equipación puesta. Me excusé con mi madre, con su novio y con el ojeador de los Chicago Bulls, les dije que Samantha me necesitaba. Vi la sorpresa en la mirada de mi madre, el fastidio en la cara de Jack y la templanza en el ojeador. Puede que la hubiese cagado, que mis posibilidades de jugar en la N.B.A. se estaban reduciendo por cada paso que daba hacia la moto de mi amigo, pero tenía que priorizar. Mi chica es más importante ahora mismo que todo lo demás.

La moto ruge y sale disparada calle abajo. Sujeto con fuerza el manillar y mis músculos se tensan ante la frialdad de la noche, pero no me importa. La moto serpentea por las calles del campus, pasando por delante de las casas de las fraternidades que ya están en su máximo apogeo. El viento me revuelve el pelo. Respiro el aire fresco. Conforme voy avanzando, las preocupaciones parecen desvanecerse y el dolor se adormece. Respiro profundo. Lleno mis pulmones y me dejo llevar por la sensación de libertad, entonces sonrío al girar la calle y ver a una chica esperando en la puerta.

Aparco junto a la acera, no me preocupo de echar el bloqueo y quito la llave. Camino hacia la chica que me mira con atención y me sonríe coqueta cuando me detengo frente a ella.

—¿Estás esperando a una chica? —Le pregunto.

—¿Qué? —Me pregunta cogiéndose un mechón de pelo y jugando con él entre sus dedos.

—Alquilas una habitación y has quedado con una chica, ¿no? —Le vuelvo a preguntar y asiente con una sonrisa sexy.

—¿Quieres alquilarla tú? —Me propone y esta vez soy yo el que sonríe al ver cómo me devora con la mirada.

—No, solo vengo a advertirte. —Le digo captando su atención y mirando a nuestro alrededor. No hay rastro de mi gafitas—. La chica que se ha interesado, está... Loca. —Miento y veo la sorpresa en su mirada.

—¿Estás de broma? —Me pregunta dando un paso atrás y niego.

—Bueno, está enferma... Creo que es más adecuado ese término —comienzo a divagar para hacerme el interesante—. Tiene el síndrome de Diógenes y no se baña. —Me acerco a la chica que me mira horrorizada—. Huele a vertedero.

—Eso es asqueroso.

—Solo vengo a advertirte, porque puede tener buena presencia... Pero, como consejo te digo que no se la alquiles.

—Claro que no lo haré. —Me asegura y sonrío victorioso.

—Pues, me tengo que marchar. —Le digo dando un paso atrás.

—Capitán. —Me llama ella risueña—. Veo que acabas de jugar y todavía no te has podido duchar... ¿Por qué no subes para no oler a vertedero? —Me sugiere con picardía. Se abre la chaqueta y me muestra la equipación de las animadoras. Sonrío negando para mí.

—Gracias, pero ya tengo planes. —Le digo con amabilidad y ella sonrío conforme.

—Está bien, muchas gracias por avisarme.

—Para eso estamos. Los Panthers somos uno para todos y todos para uno. —Le digo subiéndome en la moto.

—Así es Ryder.

—Adiós nena. —Le digo con una sonrisa de chico malo que la deja fuera de juego.

Aprovecho para marcharme antes de que Samantha llegue y me pateo el culo por haberle fastidiado los planes. No era un plan perfecto, pero tenía la ayuda de Avery. Ella me avisaría y yo me encargaría de fastidiarle los alquileres que hubiera libres, porque de esa forma sus cosas seguirán en casa y habrá una posibilidad de recuperarla.

Regreso al estadio con una sonrisa victoriosa en la cara, apago el motor y miro el móvil para avisar a Avery de que la misión ha sido un éxito. Ella me responde al instante.

De: Avery.

Para: Cameron.

Sam tiene un plan B. Tiene otra cita en Jennings Court, en diez minutos. Por cierto, todavía no da crédito de que la chica de Bender le haya dado plantón. ¿Qué has hecho?

No respondo, guardo el móvil y vuelvo a arrancar la moto para poner dirección a las casas unifamiliares de Jennings Court. Joder, solo espero llegar a tiempo porque el mensaje me lo envió hacía cinco minutos y no lo he visto a tiempo.

Conduzco a las afueras del campus y un escalofrío desagradable me barre el cuerpo. No me gusta este lugar, está demasiado lejos de todo. Es una zona tranquila, pero de noche me parece demasiado... Siniestro. Para mi mala suerte Samantha ha llegado a la visita. Me detengo en el stop de la calle paralela y la veo darle la mano a un chico de melena larga con una camisa de cuadros.

Aparco a una distancia prudencial y apago las luces para que no delaten mi posición. Miro el reloj. Las diez menos cuarto de la noche.

« ¿Por qué demonios tiene que ser tan terca? »

Podría buscar casa mañana, no un viernes a esta jodida hora.

« ¿Y si uno de los compañeros es un psicópata? »

« ¿Y si un día pierde el bus y camina sola? »

Espero impaciente. No quiero pensar más.

Ha comenzado a chispear y el cielo está repleto de nubes. Va a caer una buena. Vuelvo a mirar el reloj y han pasado veinte minutos.

« ¿Por qué tarda tanto? »

Me bajo de la moto impaciente, le pongo el bloqueo y camino bajo la lluvia en dirección

a la casa. Estoy llegando cuando veo que la puerta se abre y sale mi chica sonriente. Me pego a la pared y me escondo tras unos setos. Si me ve aquí, pensará que estoy loco.

Y lo estoy. Joder, estoy loco por ella.

Intento agudizar el oído, pero veo que está relajada y parece contenta. Mierda, ¿eso significa que se queda con la habitación? Veo cómo mira en mi dirección y me pego un poco más hacia atrás. El autobús pasa y ella corre llamando la atención del chofer que por suerte para.

Se sube y miro al cielo agradecido de que ese tipo haya sido una buena persona, porque no estaba en la parada y la mayoría de los chóferes pasan de largo, aunque les grites a pleno pulmón y corras. Un alivio efímero me abraza y me aparto el pelo mojado de la cara. Camino hasta la moto empapado y conduzco hasta casa de los chicos que seguramente estarán haciendo una fiesta para celebrar la victoria. No pienso quedarme, necesito una ducha caliente y descansar.



CAPÍTULO 35

Samantha

En los últimos tres días había experimentado muchos cambios de ánimo que me tenían exhausta. Primero fue la culpabilidad por mentirle a Cameron. Después vino el enfado, porque no me dejara explicarle cómo había llegado a ser tan grande la mentira de Sam y por último, la tristeza. Estaba baja de ánimos.

Todas las tardes cuando salía de clase y terminaba mi turno en el Essentials, me iba a casa de Avery para hundirme en su sofá. Mi amiga me traía una taza de chocolate caliente y un pastelito bajo en calorías para contrarrestar. Me pasaba el tiempo mirando en la web las habitaciones libres y por ahora, no había ninguna medio normal y asequible. Así que seguía lamentándome de mi vida.

Avery me daba permiso para autocompadecerme, solo diez días. Decía que si se alargaba más, llegaríamos a los famosos veintiún días que es el tiempo que una gallina tarda en incubar un huevo y una persona en acostumbrarse a un hábito. Así que esta tarde de viernes que libraba en el supermercado, no pintaba ser diferente a las otras anteriores, pero dos alarmas me notificaron que casualmente había nuevos anuncios en la web de casas. Avery me sugirió ir al partido de los Panthers contra los Flames, me negué y puse de excusa que iba a intentar concertar una cita cuanto antes para ver esas habitaciones.

La suerte no parecía ir a mi favor cuando llegué a la hora acordada para ver la primera habitación. La chica del anuncio no se dignó ni a abrirme la puerta, directamente me atendió por el interfono como si yo tuviese la peste y me puso una excusa barata, de que había decidido no alquilarla en el último momento. Pero no iba a darme por vencida. Pues había hablado con un chico para otra habitación. En este caso era una casa compartida con dos chicos más y aunque en un primer instante eso me pareció un inconveniente, cuando los conocí y vi que eran pareja, me pareció maravilloso. Todo era fantástico, hasta que vi pasear por el salón a una bola de pelos y vino el primer estornudo. Soy alérgica a los gatos y a pesar de que me encantó la habitación, no pude quedarme. Comenzó a llover, y lo único bueno fue que cogí el autobús del campus a lo justo. Hubiese sido el colmo que me hubiese quedado esperando al siguiente debajo de la lluvia otoñal.

Así que aquí estoy, sentada en el sofá de la casa de Cameron, tomándome un sándwich de crema de cacahuètes, mientras leo en las redes sociales que los Panthers han sido vencedores esta noche. Me detengo a ver fotos que Avery ha subido del partido y hago zoom para ver una foto de Cam saltando en el aire lanzando el balón a la canasta.

La puerta de casa se cierra y doy un sobresalto.

Se me cae el móvil de las manos. Se suponía que no vendría tan pronto. Todo el campus está celebrando la victoria en una mega fiesta, ¿qué hace él aquí? Lo oigo tropezar con algo, maldecir y una tos de perros que parece que va a desgarrarle el corazón. Frunzo el ceño y me asomo al pasillo para verlo todavía vestido con la ropa del partido adherida a su cuerpo porque

está empapado.

—Cam, ¿estás bien? —Le pregunto preocupada al verlo tan pálido.

Cameron me mira y durante unos segundos no reacciona, luego parpadea varias veces y me mira con anhelo.

—Gafitas, ¿estás aquí? Pensé que dormías con Avery. —Me dice entre extrañado y aliviado.

Sonrío y me acerco a él hasta detenerme a un par de pasos de distancia.

—Avery fue al partido y me dijo que luego había una fiesta... Entonces, pensé que tú irías y la casa estaría... —Comienzo a explicarle de forma torpe y él sonrío.

—Shh...

Cameron pone su dedo índice en mis labios y su sonrisa se hace más grande cuando acorta la distancia que nos separa. Me abraza como si yo fuese su tabla salvavidas y me siento rozar el cielo. Elevo mi rostro para mirarle y sus labios comienzan a besarme sin previo aviso.

Un centenar de sentimientos explotan en mi interior llenando todo a nuestro alrededor de música y fuegos artificiales, acompañados de una sensación de bienestar y felicidad difícil de describir. Siento que sus brazos son mi lugar favorito. Me da vértigo, sobre todo después de las mentiras que se habían forjado en nuestra relación. Su lengua acaricia la mía con dulzura y deleite, mientras que sus manos siguen ancladas a mi cintura. Yo en cambio, me cuelgo de su cuello y entiero mis dedos en su pelo húmedo. Entonces noto que sus labios arden y desprenden demasiado calor.

—Cam, estás caliente —susurro sobre sus labios y él sonrío con picardía—. No en serio. —Le digo separándome de él para tocarle la frente—. Tienes fiebre, ¿por qué estás empapado? —Le pregunto confundida y él sonrío relajado.

—Tuve una emergencia al terminar el partido. —Me responde con voz ronca.

—Vamos, tienes que quitarte esa ropa empapada y darte una ducha caliente. —Le sugiero.

Él no se niega, entrelazo mis dedos con los suyos y me doy cuenta que cuando tiro de Cam hacia el cuarto de baño hace una mueca de dolor. Cameron, se sienta encima de la tapadera del váter, mientras que humedezco una toalla bajo el grifo y se la pongo en la frente.

Cierra los ojos y su expresión se suaviza, revelando una vulnerabilidad que me atrapa. Me inclino hacia él, atraída por su aura de fragilidad y aprovecho para mirarlo con detenimiento. Su barba incipiente, aún suave como terciopelo, enmarca una mandíbula esculpida por los dioses. Bajo la luz tenue del cuarto de baño, sus facciones se dibujan con una precisión casi irreal. La nariz recta, hecha a la perfección, desciende hasta unos labios carnosos que prometen guardar secretos y caricias. Sus pestañas, espesas y oscuras, echan una sombra sensual sobre sus mejillas. Es una obra de arte, perfecta y fascinante, que me cautiva por completo.

Mis manos acunan su rostro, mis pulgares acarician sus mejillas y ante mi contacto él entreabre los ojos perezoso. También yo estoy ardiendo. Lo deseo, pero uso mi autocontrol.

—Date una ducha con agua caliente, mientras te preparo una sopa. —Le sugiero y él asiente levantándose y quitándose la camiseta de la equipación.

—Gracias gafitas.

Es lo último que oigo antes de cerrar la puerta detrás de mí. Sonrío y camino hasta la cocina. Agradezco tener un tetrabrik de caldo de pollo para añadir unos fideos y un huevo duro picado. Quince minutos después, Cam está tendido en la cama, luciendo más pálido de lo habitual. Le ofrezco un cuenco de sopa humeante y me siento a su lado. Su mirada, febril y un poco perdida,

se detiene en mí, le vuelvo a tocar la frente que sigue ardiendo. Siento la impotencia de no poder hacer nada más. Él me observa con extremada atención y delirio, sin embargo, me siento inútil en esta situación. Se incorpora, sentándose en la cama.

—No es una sopa casera, pero es mejor que nada. —Me disculpo y él sonríe agradecido.

—Seguro que es la mejor sopa que voy a tomar en años —murmura con voz ronca y débil.

Sonrío, aliviada. Me acerco a él y acaricié su cabello. Cameron se la toma enseguida y se tumba de nuevo en la cama, poniendo su antebrazo sobre sus ojos. Lo observo respirar lento y relajado, recojo el cuenco de la mesita de noche y me giro decidida a marcharme. De repente, su mano me agarra firme la muñeca y me detiene.

—Quédate un rato más —susurra con voz apenas audible.

Es todo lo que dice y yo necesito. Dejo el cuenco de nuevo en la mesita de noche y me acurruco a su lado. Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él. La calidez de su cuerpo me envuelve como una manta. Me hace sentir que él es mi refugio, mi hogar. Cam, sigue con los ojos cerrados y su respiración es relajada. Mirarle es como contemplar un hermoso paisaje al amanecer. Me produce una sensación de calma. Cierro los ojos al oír el latido de su corazón y me dejo llevar por el momento y por los brazos de Morfeo.



CAPÍTULO 36

Cameron

No recordaba la última vez que descansé tan bien. La fiebre y el malestar se han ido. Sonrío pensando que es gracias a mi gafitas. No me esperaba encontrarla en casa y fue un regalo pasar la noche con ella en mis brazos. Ni siquiera recuerdo la última vez que alguien se preocupó por mí cuando tenía fiebre. Mis amigos eran unos tíos poco sensibles y mi madre... Nunca estaba. Sentir por primera vez en tanto tiempo que le importaba a alguien, lejos de ser el hijo perfecto o el famoso capitán de los Panthers, me sacaba una sonrisa de imbécil difícil de borrar.

Samantha no está en la cama, posiblemente se ha ido a estudiar o a hacer los deberes. Me levanto y me estiro somnoliento. Mis músculos se quejan de haber dormido en la misma posición toda la noche, pero a mí lo único que me importaba era sentirla junto a mí. Porque ha sido una puñetera pasada tenerla toda la noche pegada a mi cuerpo.

Salgo de mi dormitorio, miro en dirección al suyo y la mirada de idiota se congela y se vuelve una mueca torpe cuando veo varias cajas de mudanza en la puerta.

Camino con urgencia en su busca y la encuentro sentada en la cama mirando una fotografía familiar.

—No puedes irte. —La interrumpo y ella se gira hacia mí con la mirada vidriosa.

—¿Y eso por qué? —Me pregunta sin moverse un ápice.

—Porque he sido un tonto al no reconocer lo importante que eres para mí. —Me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Quiero que sepas que... Me gustas. No solo por lo que hiciste anoche. Sabes que me gustas desde que te vi. No quiero que te vayas. No puedes irte. Samantha me mira con atención, deja la foto en su sitio y se levanta para enfrentarse a mí.

—Te he mentado desde que nos conocimos y cuando lo descubriste me echaste de casa.

—Eso fue antes. —Le aseguro y su rostro se llena de curiosidad.

—¿Antes de qué? —Me pregunta.

—Antes de no ser capaz de imaginarme esta casa vacía sin ti —confieso acortando la distancia que nos separa.

Ella se queda en silencio, mirándome durante un instante que me parece eterno. Samantha se ríe, una risa ligera que llena la habitación y me contagia su buen humor.

—Cam, lo que has dicho es muy dulce, pero no me voy a ningún lado. Solo había pensado en llevar estas cajas a casa y así me paso a ver a mi madre. —Me informa y sonrío aliviado.

—¿En serio? —Le pregunto dando otro paso más, sintiendo la cercanía entre nosotros. Ella asiente feliz.

—Ayer intenté buscar otra habitación, pero los dos intentos fracasaron.

—Eso es lo mejor.

—¿No te sorprende? —Me comenta con desconfianza y me muerdo el labio inferior.

—Puede que cierta morena de pelo rizado me avisara.

—¿Avery, te informo? —Me pregunta y asiento orgulloso de ello.

—Puede que mintiera a la primera chica y le dijese que no te duchabas. —Le respondo y veo una mezcla de sorpresa, enfado y diversión, en su rostro.

—¿Lo dices en serio? —pregunta divertida haciéndose la ofendida.

—No quería que te fueras, la casa no es lo mismo sin ti. —Le soy sincero.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y deslizo mi dedo índice por el filo de su mandíbula hasta detenerme en su barbilla.

—¿Y no tendrías nada que ver con meter un gato en la segunda casa? Porque soy alérgica a ellos. —Me informa con sospecha.

—No, eso solo fue una señal del universo. —Le confieso risueño.

—¿Una señal? —Me pregunta confusa sin un atisbo de enfado.

—Sí cariño, una señal de que tu hogar está aquí junto a mí.

Acuno su rostro con mis manos y siento su piel cálida y suave. Samantha se queda en silencio. Sabe mis intenciones. Sus ojos castaños se entrelazan con los míos y asiente, entonces la beso. Es un beso suave, lleno de promesas y emociones que me producen vértigo y me llena de adrenalina. Cuando finalmente me aparto, la veo sonreír con tanta luz que podría iluminar todo el campus.

—¿Quieres que te lleve a casa de tu madre? —Le pregunto pillándola por sorpresa.

—¿No te importaría? Quiero decir... —Balbucea nerviosa.

—Me encantaría ir contigo —confieso.

Ella asiente y sonrío poniéndose de puntillas para darme un beso fugaz, que sabe a la mejor de las victorias.

—Gracias Cam.

The graphic features the words 'CAPÍTULO 37' in a large, black, serif font. Below the text is a black silhouette of a skateboard with two wheels visible. A blue line, resembling a jump or a trick, starts from the skateboard and goes up to a small orange basketball. The entire graphic is centered at the top of the page.

CAPÍTULO 37

Cameron

El trayecto en coche hasta Indianápolis es bastante directo y fácil de llegar. Dejamos atrás Cedar Falls y me desvío hacia la I-80 en dirección a Davenport. El sol otoñal se filtra a través de los árboles que están junto a la carretera, creando un juego de luces y sombras en el interior del coche casi hipnótico. La música de la radio suena de fondo y se mezcla con el suave murmullo del motor. Desde que hemos salido hemos cruzado pocas palabras, porque Samantha parece sumida en sus propios pensamientos. La miro de reojo y me fascina ver la atención que muestra al paisaje que pasa a nuestro alrededor de forma veloz. Hay tanta paz en la expresión de Sam, que me hace sentir privilegiado de poder compartir este momento con ella.

—¿A dónde crees que van todos esos caminos? —Me atrevo a preguntar, rompiendo el silencio.

Ella gira la cabeza hacia mí, se ajusta las gafas y me observa confusa. Sus ojos se empequeñecen un poco, cuando la luz del sol le da directamente en la cara y le molesta, está preciosa.

—No lo sé. —Me responde pensativa y vuelve a mirar por la ventana—. Tal vez a lugares que nunca llegaremos a conocer. Mi padre siempre me decía que cada camino que cojamos en la vida siempre nos lleva a un destino que nos está esperando desde hace tiempo. — Me comenta mirándome de nuevo con una expresión cargada de cariño.

Guardo silencio y pienso que solo ella podría darme una respuesta así de filosófica.

—Me gusta esa reflexión. Pero, ¿cuál es tu destino soñado? No sé, si pudieras elegir estar en un lugar ahora mismo, ¿dónde estarías?

Ella se queda callada un momento, sonrío, cierra los ojos, respira y siento cómo se deja llevar por las emociones.

—Estaría en París, tomando un café frente a la Torre Eiffel. O tal vez, estaría dando un paseo por una playa de arena dorada y aguas turquesas, oyendo el sonido del romper de las olas en la orilla.

No puedo evitar imaginar esa escena, y veo esa sonrisa tan feliz que baila en sus labios que hace que mi corazón comience a latir un poco más rápido. Trago saliva y clavo la mirada en el horizonte de la carretera.

—Suena perfecto. Pero, ¿qué te parece si hacemos un trato?

—¿Un trato? —Me pregunta con una mezcla de intriga y diversión.

—Sí, prométernos tomarnos ese café en París y pasear por una playa como la que has mencionado, juntos algún día.

Samantha me sostiene la mirada y por un instante veo un brillo de esperanza cruzar sus ojos, tan rápido como lo haría una estrella fugaz.

—Acepto el trato. —Señala con el dedo meñique extendido hacia mí, y no puedo evitar soltar una carcajada al dejar una mano en el volante y cerrar el trato con ella.

En el instante en que nuestros dedos se entrelazan, una corriente eléctrica recorre mi espina dorsal, dejándome aturdido. Samantha vuelve a mirar al frente con una sonrisa, y yo la imito. Soy consciente de que este viaje nos conduce hacia algo nuevo que está surgiendo entre nosotros, es auténtico y sincero, aunque apenas lo comprendamos.

—He comprado un marco para enmarcar la fotografía firmada de Jordan que me regalaste. —Le comento captando su atención—. Por cierto, me dijiste que tu padre era amigo y fan de los Chicago Bulls. Gafitas, necesito conocer esa historia.

—Mi padre, ya sabes que era piloto de carreras y bueno, cuando eres famoso te mueves en un círculo social muy exclusivo. Jordan era *fan* de las quinientas millas y a mi padre le encantaban los partidos de baloncesto de los Bulls. —Se pierde en sus pensamientos, mientras se mira las manos—. Coincidían a menudo, pero yo era tan pequeña que apenas lo recuerdo.

Tomo su mano y le doy un suave apretón captando su atención, y le sonrío.

—Mi padre era *fan* de los dos. —Le confieso y ella sonrío con cariño.

—¡Qué injusta puede ser a veces la vida!

—¡Y qué maravillosa es otras veces! —Afirmo.

—Es impredecible —continúa ella.

—Y eso la hace fascinante. —Sonríe y joder, qué sonrisa.

—Me has preguntado por un lugar con el que sueño estar... Pero, ¿qué hay de ti Cam? ¿Dónde te gustaría estar ahora si pudieras?

Guardo silencio, sopeso una respuesta y me encojo de hombros relajado.

—Aquí contigo. —Le aseguro sonriendo.

—Venga, *bah*... Lo digo en serio. —Insiste.

—No me importa el lugar, si tú estás conmigo. —Le repito lanzándole un guiño travieso.

—Está bien, pero y si no es un sitio concreto. Tal vez es una meta, ¿qué me dirías?

—Ser jugador profesional de baloncesto. —Le confieso emocionado.

—Estoy segura de que lo lograrás. —Me dice con cariño—. Gira hacia la derecha. El GPS nunca marca esta salida, pero se llega directo. —Me informa relajada.

Entramos en una barriada que se encuentra en la periferia de Indiana. Miro sorprendido a través de la ventana las casas de protección oficial que se alinean a ambos lados de la estrecha calle, con las fachadas desgastadas y algunas en obras. Los jardines, muestran la falta de cuidado, porque la hierba crece salvajemente entre la tierra y la basura. La gente nos mira con atención y desconfianza. Algunos se sientan en los porches, vigilantes, mientras que otros cruzan la calle con prisa, como si el lugar mismo pudiera devorarlos.

Me fijo en Samantha que guarda silencio con la mirada clavada al frente, mientras presiona los labios y tamborilea con los dedos el reposabrazos del asiento. Está nerviosa. Tal vez porque sabía que no me esperaba que una chica tan maravillosa como ella, haya salido de un lugar tan siniestro como este. Es increíble pensar que haya crecido en un sitio así, en el que la desesperanza parece habitar en cada rincón. Me pregunto cómo ha logrado mantenerse intacta, cómo ha encontrado la fuerza para brillar en medio de tanta oscuridad.



CAPÍTULO 38



Samantha

—¿Qué piensas? Di algo. —Le pido cuando bajamos del coche y veo que desde que hemos entrado en el barrio Cam, ha perdido la sonrisa.

—No parece un lugar seguro. —Me responde serio.

—No lo es, pero llegué con once años y me he criado aquí. Sé como sobrevivir. —Le aseguro. Él chasquea la lengua.

—Sobrevivir... —Murmura, como si estuviera asimilando todos los pensamientos que se agolpan en su mente.

—Esa es mi casa. —Le digo señalando la puerta verde de madera que hay al final del sendero de hormigón.

Cam no dice nada, tan solo me sigue y mira al otro lado de la calle donde están Billy y Johny. Ellos nos siguen con la mirada, me hacen un leve gesto de saludo y yo levanto la mano en respuesta.

Cuando Cam me mira, siento la vergüenza crecer por cada paso que doy hacia mi casa y pienso que ha sido una mala idea venir con él. Mi mente me advierte de que no tenía por qué saber esta parte de mí, pero estaba cansada de mentiras y si íbamos a estar juntos, tenía que conocer también mi pasado que reside aquí.

Finjo buscar las llaves en el bolso para evitar mirarle y no es hasta que estoy en la puerta de casa que lo miro y le sonrío agobiada. Cam se apoya relajado en la pared a mi lado, con las cajas en las manos. Mira a nuestro alrededor, como si fuese mi guardaespaldas.

—Debes saber que la razón por la que he venido, es porque mi madre... Está enferma y... Bueno, a veces se olvida de tomarse la medicación.

—¿Qué le ocurre?

—¿Samy? ¿Eres tú? —Oigo que alguien pregunta al otro lado de la puerta.

Supongo que ha escuchado la cerradura crujir y se ha puesto en alerta. Sonrío, pensando que al menos es señal de que no está inconsciente en el sofá, pero cuando abro la puerta la imagen que tengo tampoco es muy favorecedora.

—¿Qué te ha ocurrido? —Le pregunto cuando la veo con un ojo morado.

—¿Por qué has venido? —Me pregunta enfadada.

—Llevas cinco días sin coger el teléfono, estaba preocupada. —Le informo.

Ella se lleva las manos al pelo cuando ve entrar a Cam detrás de mí.

—Mamá, él es Cameron. Cam, ella es Marie. Mi madre. —Los presento incómoda.

—Encantado de conocerla señora. —Le dice Cam, pero ella lo ignora.

—Samantha, puedes venir a la cocina. —Me pide y no sé por qué razón está tan enfadada conmigo.

—¿Y tú móvil? —Insisto.

—Se me ha roto.

—¿Otra vez? —Me quejo—. Mamá, te lo compré a principios de curso...

—Lo sé, es que me caí y se me rompió. —Se excusa y sé que miente.

—¿Te has peleado con una vecina?

—¡No! Te he dicho que me he caído. —Repite caminando hasta la cocina.

Un desastre. Así es mi vida en Indianápolis. Miro a Cam, que sigue sujetando las cajas. Cierro la puerta de entrada tras él y lo miro abochornada, cuando me fijo en el salón y veo que está lleno de botellas de cerveza, *blísteres* de pastillas en la mesa, junto con un olor desagradable de una caja de pizza con un trozo lleno de moho.

—Ve tranquila. Te necesita. —Me anima con una sonrisa cálida.

Su ternura me da un pellizco en el corazón, haciendo que me entren ganas de llorar.

—Lo siento.

—No tienes que pedir perdón, no has hecho nada malo. —Me explica con cariño.

—¡Samy! —Me llama mi madre.

—Vuelvo enseguida, puedes dejar las cajas en aquella habitación. Es mi dormitorio. —

Le explico, sabiendo que es el único lugar de la casa que está intacto porque mi madre nunca entra en ella.

Cuando llego a la cocina, la veo fumando nerviosa. Su mirada de disgusto me recuerda que no quiere verme aquí.

—¿Desde cuándo no tomas la medicación? ¿Qué te ha pasado ahí? —Le digo acercándome a ella para tocarle la mejilla. Ella da un paso atrás.

—¿No te da vergüenza traer a un chico a casa? —Me reprende como si hubiese cometido un delito.

—Cam, es mi... Mi novio. —Le digo, aunque ni yo misma sé que somos.

—¡Lo qué faltaba! Te dejo que te marches de este agujero, para salvarte de toda la mierda de Toni, para que luches por tu sueño y lo primero que haces es...

—No vayas por ahí. —La interrumpo—. Cameron es un buen chico, estudia, hace deporte... —Le explico y ella suelta una sonrisa cínica.

—No me digas que es diferente a Toni. —Me grita perdiendo los nervios y dando una calada al cigarro.

—Mamá, te está oyendo. —Mascullo avergonzada.

—No me importa, es por tu bien.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te preocupa? ¿De qué tienes miedo? —Le pregunto intentando mantener la calma.

—No es nada, estoy bien. —Me dice con una sonrisa—. No vuelvas a casa, aunque no te coja el teléfono estoy bien. Si me pasara algo, el señor Phil te llamaría. —Me informa, mencionando al trabajador social que nos ha ayudado todos estos años.

—Te compraré otro móvil. El mes que viene cuando cobre. —Le aseguro.

—No es necesario. Sigue tu vida y ten cuidado. Los hombres no son de fiar.

—Papá era de fiar. —Le recuerdo y veo el enfado crecer en su mirada.

—Tu padre fue un cobarde que se suicidó porque no supo luchar por nosotras. —Sus palabras me hieren y se me clavan como dagas. Habíamos tenido esta conversación antes y siempre terminaba igual.

—Debes superarlo mamá. Todavía puedes curarte y tener una vida normal.

—No seas ilusa, mi vida está sentenciada en este barrio, al igual que la tuya y lo sabes. No deberías de haber venido. Ya te lo advertí la última vez.

—Mamá, no me van a hacer daño. —Le aseguro.

—La venganza es un plato que se sirve en frío. —Me advierte y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Está en la cárcel. —Le aclaro.

—Porque tú lo enviaste allí.

—¿Qué querías que hiciera? —Me defiendo.

—Que hubieses mirado para otro lado. Sabes, que su familia no te lo perdonará jamás.

—Mató a un inocente. —Sentencio.

—Ese chico era igual que él. —Me afirma enfadada.

—Pero nadie tiene derecho a arrancarle la vida a nadie. —Le digo con un nudo de tristeza en la garganta.

—En eso sales a tu padre, no era capaz de permitir una injusticia...

—Creo que ha sido un error venir. —Le digo cuando veo tanto rencor. Odio. Miedo y tristeza en su mirada. Eso la destruirá.

—Solo quiero lo mejor para ti. —Me explica y sé que todavía debe de estar un poco ebria, porque se le traban las palabras.

—Hablaré con Phil, necesitas ayuda. —Le aseguro saliendo derrotada de la cocina.

—Estoy mejor que nunca. —Miente.

No sé si me sigue, tampoco miro atrás. Veo a Cam que me espera en la puerta de mi dormitorio. Respiro o hago el intento, porque estoy tan nerviosa que no consigo que el aire me llegue a los pulmones.

—Nos vamos. —Le digo, aunque mis palabras suenan a suplica.

—He dejado las cajas en el suelo junto al escritorio.

—Ahí están perfectas.

Cam, entrelaza mis dedos con los suyos sosteniendo mi mano y también mi corazón, aunque él no lo sabe. Sus ojos celestes me miran preocupado y sé que lo ha oído todo.

—Estoy bien. —Miento, abriendo la puerta de la casa y mirando a la cocina, pero mi madre no ha salido a despedirnos.

—Adiós señora, encantado de conocerla. —Grita Cam, asegurándose que lo ha oído.

—Ha sido horrible. —Le comento avergonzada cuando cierro la puerta detrás de nosotros.

Cam se encoge de hombros, de manera despreocupada.

—La próxima vez irá mejor. —Me dice con una sonrisa paciente.

Cam repite las mismas palabras que le dije después de la desastrosa comida que tuvimos con su madre el día de su cumpleaños.

—No ha sido una buena idea venir. Por favor, vámonos. —Le pido cuando nos subimos al coche. Me fijo en el grupo de chicos que me miran con desprecio cuando salimos calle abajo.

—¿A dónde quieres ir?

—Lejos de aquí.

The chapter title 'CAPÍTULO 39' is written in a large, black, serif font. Below the text is a black silhouette of a skateboard with two wheels visible. Above the skateboard, a blue line with a small orange basketball at the end curves upwards from the right side of the board.

CAPÍTULO 39

Cameron

Jamás me hubiese imaginado que la casa de Samantha fuera un desastre. Su madre estaba en un estado preocupante y dentro de todo ese caos, lo único que estaba en orden era la habitación de Samantha. Le hice caso y dejé las cajas en su dormitorio, y mientras ella estaba en la cocina con su madre, me deleité mirando el pequeño habitáculo sin ventana, el cual era un trocito lleno de autenticidad de ella. Tenía decenas de libros apilados en una silla y el resto en una estantería que se había quedado pequeña. Las páginas de esos libros parecían contener más vida que el resto de la casa, llenas de historias que durante un tiempo seguramente le ayudaron a escapar de la realidad.

En la pared, una mariposa de papel colgaba delicadamente, como un símbolo de esperanza y libertad. Me acerqué para mirarla más detalladamente. Noté que estaba cuidadosamente doblada y sujeta por un hilo casi invisible. Entonces, me fijé en las fotos que había colgadas en un tablón de corcho. Eran fotos de Samantha con sus padres, sonreían felices. El contraste de esas imágenes del pasado con el presente de esta familia, me dejó un nudo en el estómago.

No pude evitar preguntarme cómo habían llegado a esta situación... Y sin embargo, me sorprendió que este dormitorio había sido el refugio de mi gafitas, hasta antes de marcharse a la universidad. Era un rincón de la casa que brillaba en medio de tanta oscuridad. Me sentí como un intruso. Ella lo había tenido todo en el pasado, y ahora en el presente no tenía nada. Justo entonces, oí un grito desde la cocina que me puso en alerta y salí del dormitorio. Estaban discutiendo, la voz de Samantha era firme, aunque llena de frustración.

Me sentí como un espía en una situación tan íntima que no debería de presenciar. La angustia en la voz de Samantha me atravesó, y sentía el impulso de protegerla de lo que era claramente una madre alcohólica, que le hablaba de reproches del pasado. Habló de un asesinato, de un chico en la cárcel y la culpó a ella. Un escalofrío me recorrió la espalda. Por un instante, tuve la necesidad de entrar en la cocina y sacarla de allí. Pero, no podía hacerle eso. Ella no me necesitaba, sabía cuidarse sola. Veía lo responsable e independiente que era. Me mantuve en el pasillo. La oía discutir, y por cada segundo que pasaba más intenso se me hacía un nudo en mi pecho. Me apoyé contra la pared, descansé la nuca y suspiré sintiéndome un idiota por quejarme de mi vida, con las largas ausencias de mi madre, que no tenían importancia en comparación con lo que ella llevaba años enfrentando.

Samantha salió de la cocina y vino hacia mí con el rostro descompuesto y la mirada vulnerable. Sus ojos castaños, que normalmente brillaban llenos de vida, estaban vidriosos de

tristeza. Sin pensar, di un paso hacia ella. Fue un movimiento instintivo, como si cada célula de mi cuerpo necesitase protegerla. Entrelacé mis dedos con los suyos, sentí su mano temblorosa y fría. En ese instante, nuestras miradas se encontraron y una chispa se encendió en mi pecho con la firme decisión de sacarla de este lugar. Solo quería volver a verla sonreír, lejos de esta casa.

Le pregunté a dónde quería ir y respondió que lejos de aquí. Ya en el coche, me costaba prestar atención a la carretera al fijarme en su pecho subir y bajar acelerado, era como si allí hubiese estado conteniendo la respiración. Mientras nos alejamos del barrio ella guardaba silencio, hasta que pasados unos minutos se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos.

—No ha sido buena idea venir —repite.

—Eh... Era necesario. Estabas preocupada por tu madre y has hecho bien en venir a verla. —Le comento.

Samantha me mira entre sorprendida y confundida, se pasa una mano por el pelo y mira el móvil.

—Necesita ayuda, pero no quiere.

—¿Qué crees que le ha pasado en el ojo? —Le pregunto.

—Se ha debido de pegar con alguien, con una vecina tal vez. No sería la primera vez...

—Me dice y de nuevo veo ese rubor en sus mejillas.

—No tienes por qué darme explicaciones, no debí de preguntarte. —Le confieso sintiéndome mal por meterme dónde no me llaman.

—No, es eso... —Confiesa en un suspiro—. Quiero contártelo todo. —Me confiesa poniendo su mano sobre la mía que está en la palanca de cambios—. Mi vida ha sido un desastre desde que mi padre murió. —Me resume.

Sé que es el momento de escucharla. Sin pensarlo dos veces, echo el coche a un lado de la carretera y apago el motor. El silencio del entorno nos envuelve, dejando solo el suave murmullo de los coches pasar mezclado con el viento.

—Cariño, estoy aquí para escucharte. —Le aseguro paciente.

—Mi padre se suicidó. Se cortó las venas y se quedó dormido en la bañera de esa misma casa de la que acabamos de salir. —Su voz tiembla con fragilidad como las alas de una mariposa—. Mi madre estaba trabajando, porque después del accidente nuestra economía quebró. Un día al regresar de la escuela, me lo encontré...

Un peso se instala en mi estómago al oír su confesión que cae sobre mí, como lo haría una piedra sobre un lago tranquilo, las ondas del impacto se expanden por todo mi cuerpo, produciendo un escalofrío por todo mi ser.

—Eres una valiente —murmuro con voz ronca.

—La cosa no fue a mejor y mi madre comenzó a beber, cada vez más. Perdía los trabajos. No llegábamos a final de mes y con la comida del banco de alimentos teníamos cubierto lo básico. El señor Phil se ocupó de que yo fuera a la escuela y durante un mes, me llevaron a una familia de acogida.

Oír eso me deja helado.

Siento que el aire se vuelve denso.

La imagen de Sam, siendo tan solo una niña inocente, viviendo una tragedia, hace que me vuelva a estremecer. Mientras que ella parece sumida en sus recuerdos.

—Yo la echaba de menos. Mi madre al mes pidió la custodia, se la dieron y regresé a casa. Ese día me prometí que no me volverían a llevar lejos de casa. —Me sonrío con tristeza—. Sabía que el señor Phil venía a final de mes. Pues me encargué siempre de que la casa estuviera presentable para cuando él venía. Escondía el alcohol debajo de mi cama y mi madre hacía el

teatro de su vida.

—¿Qué edad tenías cuando fuiste a la casa de acogida? —Le pregunto sorprendido de lo que estoy oyendo.

—Doce años. —Me responde—. Cuando empecé el instituto, conocí a un chico, Toni Turner, era del barrio, cuatro años mayor que yo. Me acompañaba a casa todos los días, hasta que un día me besó.

» Empecé a salir con él, estaba sola y por primera vez en años sentí que le importaba a alguien. Cuando tenía catorce años me daba dinero para comprar comida para casa. Me decía que yo era lo más importante para él. Se portaba bien conmigo, pero traficaba con drogas. —Veo el remordimiento en su mirada—. Cuando lo descubrí, no le acepté más dinero. Sabía que ese dinero podía estar manchado de sangre y un día lo comprobé por mí misma. Toni mató a un chico a sangre fría, porque la policía le había confiscado la mercancía.

» Yo lo grabé todo y fui a la policía. Entró en la cárcel hace dos años y el señor Phil me ayudó a conseguir la beca para marcharme lejos de casa y del barrio.

—¿Cuánto tiempo le cayó de condena? —Le pregunto cuando sus palabras se deslizan entre nosotros como sombras en la luz.

—Seis años, ya lleva tres. Así que cuando me vino la beca, me marché.

—Te viniste a la universidad de Iowa.

—Sí, quería comenzar de nuevo. Ser una chica a la que nadie conocía.

» Entonces me encontré con que no tenía piso, porque llegué el día antes de comenzar las clases y no podía pagar una residencia. Tan solo había una habitación a un buen precio y el dueño del alquiler era un chico muy quisquilloso que no aceptaba chicas, y por eso me inventé a Sam.

No puedo evitar sonreír cuando me explica esta última parte de la historia.

—Vaya chico más idiota. Que te recuerdo de que te atropelló con el *skate*.

—Es cierto, es horrible. —Bromea con una sonrisa relajada y me gusta ver que vuelve a ser ella.

—Eres la chica más increíble que conozco Samantha Parker —confieso entrelazando mis dedos con los de ella.

—Yo creo que soy defectuosa.

Con suavidad, le cojo la barbilla, levanto con cariño su rostro para que pueda mirarme a los ojos. No puedo soportar la idea de que piense así de sí misma. Por eso siento la urgencia de hacerle ver lo que yo veo en ella.

—Escúchame, Sam —digo con voz firme—. No estás defectuosa. Eres una valiente. Has enfrentado cosas que muchos no podrían soportar, y aquí estás, hablando de ello. Eso requiere más coraje de lo que imaginas.

—Pero...

—No hay peros —insisto—. Cada cicatriz que llevas en el alma, te ha moldeado, pero no te define y lo que has vivido solo te hace más fuerte, más auténtica, más valiosa. —Le digo tal como lo siento—. Es normal que después de haber discutido con tu madre pienses que no puedes más, pero para eso estoy yo, para recordarte que puedes con todo.

Su mirada se suaviza, aunque en sus ojos sigue reflejándose la batalla interna con la que sigue lidiando. Ante mis ojos Samantha ha cambiado para siempre. No solo es una chica fuerte e inteligente, ahora para mí también es una guerrera. Una superviviente que se ha enfrentado a la

cara más cruel de la vida. Pero ya no está sola, me tiene a mí y solo quiero ser su apoyo y su refugio. Juntos construiremos un futuro lleno de felicidad, pienso darle todo mi amor para que ella encuentre la paz que necesita.

Con mi dedo pulgar acaricio su mejilla tan suave como el terciopelo y la beso. Mis labios encuentran los suyos, ambos llenos de promesas que van más allá de las palabras. Siento cómo su cuerpo se relaja y nuestros corazones comienzan a latir al unísono, tejiendo un lazo invisible entre ambos. El mundo a nuestro alrededor deja de importar, desdibujándose con la fragancia de su cabello que me envuelve los sentidos. En este beso, mi mente quiere decirle: « estoy aquí, no estás sola » . Nuestras lenguas se acarician con deleite. Cuando finalmente nos separamos, su mirada ha cambiado y refleja confianza. Sonrío, dándole un beso en la frente porque sé que juntos podemos enfrentarnos a todo. Puede que ella no lo sepa, pero cada beso que le dé, será un ladrillo más para construir el refugio que ella necesita colmado de paz y seguridad.

—Nos espera un largo camino de vuelta, ¿por qué no descansas un poco? —Le sugiero porque debe de estar cansada emocionalmente.

—¿No te importa?

—Para nada, cuando te despiertes todo será mejor.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo gafitas.

The chapter title 'CAPÍTULO 40' is written in a large, black, serif font. Below the text is a black silhouette of a skateboard with two wheels visible. Above the skateboard, a blue line with an arrow points from the board up to a small orange basketball. The entire graphic is set against a light gray background.

Cameron

Samantha se acurruca en el asiento del copiloto, cierra los ojos agotada del ajetreado día. Ajusto el espejo retrovisor justo antes de incorporarme de nuevo a la carretera. Por un instante conduzco casi en piloto automático, pero cuando veo un cartel de Chicago, caigo en la cuenta del día que es hoy y sonrío. Samantha me regaló un par de entradas para ir a ver jugar a los Bulls y qué mejor manera que disfrutarlo con ella. Así que puse rumbo a Chicago, la idea de estar juntos en el United Center hacía que mi corazón diera una doble voltereta de alegría. Era dos sueños en uno. Mis pensamientos se interrumpen cuando pasamos junto al circuito ovalado de Indiana, el mítico circuito de las quinientas millas. Miro a Sam, que está profundamente dormida y tomo el primer desvío para hacer una parada rápida.

Quince minutos después regreso a la autovía, con un regalo que espero que le guste. Miro el reloj y veo que estamos a ciento ochenta millas de Chicago, si quiero llegar a tiempo al partido no puedo parar. Los Bulls son mi equipo favorito desde que tengo uso de razón. Mi padre me dejó ese legado y espero algún día honrarlo jugando con esa camiseta. Mientras conducía mis pensamientos volaban hacia el futuro y pensaba en lo fantástico que sería que mis sueños se cumplieran y que Samantha estuviera en ellos para celebrarlos. Sentía que ya era parte de mi vida.

Casi cuatro horas después, el horizonte de Chicago se dibuja a lo lejos de la carretera, las luces de la ciudad destacan en el atardecer. Con una sonrisa, acaricio con delicadeza la mejilla de Samantha, sintiendo su piel cálida y suave. Ella parpadea, despertándose lentamente de su sueño y me mira somnolienta, mientras trata de orientarse.

—Hemos llegado cariño. —Le digo, tratando de contener la emoción.

—¿A dónde?

—¿Recuerdas las dos entradas que me regalaste para el partido de los Bulls? —La miro con complicidad.

Su expresión cambia de confusión a asombro, y sus ojos se iluminan de emoción.

—Eran para hoy. —Me informa como si acabara de descubrir un secreto. Asiento, sintiéndome feliz por su reacción.

—Creo que es una bonita forma de acabar el día.

—Me encanta el plan. —responde, con una sonrisa que ilumina su rostro.

Samantha se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla, su gesto me sacude por dentro, como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo. Me bajo del coche frente al United Center, con el corazón laténdome con fuerza, sabiendo que esta noche va a ser memorable.

Todos los alrededores del estadio están llenos de aficionados, vestidos con las

camisetas rojas de los Bulls y algunos niños llevan pancartas para animar al equipo. El olor del puesto de perritos calientes de la esquina se mezcla en el aire haciendo que mi estómago ruja en respuesta. Samantha coge mi mano y me fijo cómo sonrío maravillada.

—¿Has visto ese tipo de allí? —Me pregunta apuntando a un chico con el pelo teñido de rojo.

—Todo sea por apoyar al equipo —respondo divertido—. Venga, vamos cariño. Tiro de ella y dentro del estadio el bullicio aumenta. Me detengo justo antes de subir las escaleras de las gradas y entramos en la tienda de souvenirs. Sonrío al ver un kit de fans, que incluye una camiseta, una gorra y una bandera del equipo.

—Espera un segundo. —Le digo soltando su mano, mientras cojo un par de bolsas del kit de aficionado.

—No es necesario. —Me dice incómoda.

—Lo es. —Le digo atrayéndola hacia mí con una sonrisa difícil de ocultar.

Ella me agarra por la cintura. Al salir de la tienda con las bolsas, le doy la suya y al instante se pone la camiseta y la gorra, está preciosa.

—Cameron, esto es genial, pero no tenías por qué comprarme nada.

—Claro que sí. Recuerdo, la última vez que vine a ver un partido de los Bulls fue con mi padre y para mí hoy también es especial. —Le comento. Ella asiente—. Tenemos que vivir la experiencia al máximo. —Le aseguro ajustándole la visera de la gorra.

He logrado cambiar su estado de ánimo. La veo contenta. Siento una oleada de felicidad bañar mi cuerpo, una ola detrás de otra. Verla feliz, es mi mayor meta. Las gradas están repletas, nos sentamos en nuestros asientos situados justo enfrente de la línea lateral de la cancha, y mientras esperamos que se inicie el partido, disfrutamos del ambiente.

Compramos un par de perritos calientes y unos refrescos, para comer durante el partido. Los jugadores comienzan a calentar. El sonido del balón rebotando en la madera es música para mis oídos, llenándome de adrenalina. Cuando el partido comienza, veo a Samantha aplaudir con entusiasmo a los Bulls, que rápidamente se hacen con el balón.

—¡Defensa! —Grita con energía, dejándome boquiabierto.

—¿Entiendes de baloncesto? —Le pregunto enamorado.

No puedo evitar sentirme aún más atraído por la chica que tengo junto a mí. Ella se encoge de hombros. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro.

—Tengo una ligera idea.

—Mientes —le aseguro, riendo—. Eres toda una experta, ¿verdad?

—Te dije que mi padre era muy fan de los Bulls —admite, haciendo una pausa para observar la cancha—. Y tú sabes que la energía aquí es contagiosa.

—Definitivamente lo es. —Le respondo.

Siento cómo el entusiasmo del público crece a medida que el juego avanza. La veo aplaudir de nuevo, y no puedo evitar sonreír al pensar que es mi chica perfecta.

—Gracias por traerme aquí. —Me dice de repente, volviendo su atención hacia mí—. Esto es increíble.

—Gracias a ti por regalarme las entradas. —Le guiño, sintiendo que cada momento a su lado se vuelve especial para mí.

—Prometo animar más, si me traes a más partidos. —Bromea, y ambos reímos.

—Es un trato. —Le sugiero, sintiendo que esta noche es solo el principio de muchos más buenos momentos juntos.

—Sí, otro más.

Los Bulls comienzan bien, y la multitud estalla en vítores cuando encestan un triple. El partido avanza y los Bulls, se mantienen en la delantera, pero los Milwaukee Bucks no se quedan atrás y hacen el partido interesante. No se puede dar nada por sentado, porque la tensión aumenta en cada jugada. El último cuarto de hora es una montaña rusa de emociones, toda la grada está en pie, mientras los Bulls luchan por mantener su ventaja. Cuando el pitido final suena, los Bulls ganan y todo el estadio estalla en un grito ensordecedor. Levanto los brazos al cielo y sonrío lleno de alegría.

—¡HURRA! —Grito eufórico.

—¡GANAMOS! —Grita ella.

Miro a Samantha que aplaude y se lanza a mis brazos riendo y gritando. La sostengo con firmeza y siento que mi corazón late desenfrenado cada vez que siento la calidez de su cuerpo contra el mío. Este instante, deseo immortalizarlo. Guardarlo en el baúl de los recuerdos de mi corazón, como mi tesoro más preciado. Su sonrisa parece eterna y le llega hasta los ojos, está feliz y durante un rato, se ha olvidado de todo lo malo.

Al salir del estadio, el aire fresco de la noche nos abraza. Caminamos cogidos de la mano hasta el coche. Esta tarde después de oír su historia quería sorprenderla, y ahora es el momento perfecto. Antes de que se suba al coche, abro el maletero y saco una bolsa de la tienda de recuerdos del circuito, ella la abre y saca una camiseta blanca de las quinientas millas. Su expresión cambia al instante, sus ojos se iluminan y su sonrisa se ensancha.

—¡Oh, guau! —exclama, acariciando la tela con delicadeza—. ¡Cameron! Esto es increíble.

La miro mientras la emoción la envuelve, y mi corazón se siente ligero al verla tan feliz. Entonces, sin pensarlo dos veces, se lanza a abrazarme con fuerza. La calidez de su abrazo me llena de alegría.

—Quería que a pesar del día que has vivido, tuvieras un bonito recuerdo. —Le confieso a unos pocos centímetros de su rostro.

—Gracias, gracias, gracias —susurra dándome besitos en la mejilla.

—No me imaginé que te iba a gustar tanto. Si lo llego a saber, te la hubiese regalado antes —bromeo feliz.

—Eres el mejor novio que se puede tener Cameron Ryder.



CAPÍTULO 41



Samantha

Esta mañana cuando hemos salido rumbo a mi casa, estaba llena de preocupaciones que no mejoraron cuando llegué y me encontré a mi madre en ese estado. De nuevo había vuelto a beber y sabía que eso solo era el comienzo de una nueva recaída. Salí de la cocina con un nudo en el estómago y cuando me tropecé con la mirada de Cam en el salón, supe que no podía ocultarle mi pasado.

Ya lo conocía, sabía que no solo era un chico popular con cara bonita. También sabía que tenía un gran corazón en el que podía confiar y por eso le conté todo. Sentí que me liberé, sobre todo porque ya no había más mentiras entre nosotros. Me encantó cómo empatizó conmigo. No me dejó caer cuando más vulnerable me sentía y me dejó descansar mientras él conducía lejos de todas mis pesadillas. Cuando me desperté, me llevé la sorpresa de que me había traído a ver el partido de los Bulls. No me acordaba de que las entradas eran para hoy y desde que entré en el estadio todas las preocupaciones que me rondaban desaparecieron.

Cameron es una caja de sorpresas porque cuando acabó el partido, me regaló también una camiseta de las quinientas millas. Cuando vi la camiseta, me emocioné porque ese circuito me traía decenas de recuerdos bonitos. Estaba feliz y agradecida. Hoy, me había permitido ser simplemente yo. Una chica que ríe, que sueña y que disfruta. Al final decidimos pasar la noche en un hotel del centro de Chicago. Volver a casa no estaba en nuestros planes, sobre todo porque Cam llevaba todo el día conduciendo. Tan solo le puse una condición.

—Quiero pagar a medias. —Le digo abriendo la cartera y buscando algo de dinero.

—No.

—Me vuelvo al coche. —Le advierto. Él alza las cejas divertido.

—Samantha —dice mi nombre y acuna mi rostro entre sus manos—. Deja que te mime y te consienta.

—Pero...

—Solo esta noche. —Me sugiere con mirada inocente y acepto sonriendo como una boba.

—Está bien, pero te debo una escapada. —Le sugiero y él asiente con una sonrisa llena de picardía.

—Perfecto cariño.

Cuando llegamos a la habitación, me dirijo al baño para darme una ducha rápida. Mientras el agua cae sobre mí, me veo reflejada en el espejo del baño. Mi pelo castaño parece ligeramente más largo al estar mojado y mis ojos, aunque reflejan felicidad, también muestran preocupación. No puedo evitar pensar en mi madre y en el moretón que tiene en la cara. Me marché enfadada de casa, pero no puedo evitar sentirme culpable de estar aquí disfrutando, siento que no me lo merezco. No quiero pensar así, pero es complicado no hacerlo.

Por suerte Cam, siempre tiene la maleta de entrenar con ropa limpia en el coche y eso nos sirve para cambiarnos y ponernos cómodos. Al salir del baño, lo hago con una camiseta de Cam a modo de vestido. Él se gira sobre sus talones y me observa serio cuando me oye salir. Veo su nuez subir y bajar lento cuando traga saliva. Sin embargo, sonrío cuando el aroma a pizza me llega.

—¡Pizza!

—¿He acertado? —Me pregunta preocupado.

—Adoro la pizza.

Me acerco a él y le doy un beso que parece pillarlo desprevenido. Solo tarda unos segundos en responderme y abrazarme por la cintura para levantarme en el aire.

—Y yo te adoro a ti gafitas—susurra sobre mis labios.

Después de cenar y devorar literalmente cada uno una pizza familiar del tamaño del volante de un camión, decidimos ver una película de Netflix. Es una comedia romántica de Adam Sandler y Jenifer Aniston, me encanta. Me río y me vuelvo a olvidar de todo, a mitad de la película Cameron se ha quedado dormido en el sofá, con una expresión serena que ilumina su rostro.

Aprovecho ese instante para acariciar su mejilla y sentir la calidez de su piel debajo de mis dedos. Mientras lo observo, siento que una ola de deseo me invade sin previo aviso. No puedo evitar sonreír al pensar en lo mucho que lo quiero y sé que es una locura, pero es él, el que ha transformado mi día gris por uno colmado de colores vibrantes y lleno de vida. Sé que no es consciente de lo importante que todo esto ha significado para mí, porque encontrar a alguien que te proteja en plena tormenta es la mayor de las fortunas que puede tener una persona.

No sé el tiempo que me paso mirándolo como una acosadora, sonrío y le doy un beso en la mejilla antes de levantarme para apagar la televisión. Pero antes de que dé un paso, me sujeta la muñeca.

—No te vayas gafitas —murmura, con los ojos cerrados.

—Enseguida vuelvo. —Le aseguro, antes de deslizarme fuera de su alcance.

Mientras camino hacia la mesa de la sala de estar para coger el mando, no puedo evitar sentir paz. Apago la televisión y me giro para tropezarme con su mirada turquesa clavada en mí. Sonrío y me tumbo de nuevo a su lado. Cameron sigue en silencio mirándome con tanta intensidad que podría sentir que él es mi faro en la oscuridad. Por primera vez en mucho tiempo, me siento cómo una chica normal de diecisiete años, y no como la adulta que había tenido que ser durante años.

Cameron descansa su mano en mi cadera. Sube la tela de la camiseta de los Panthers y traza con las yemas de sus dedos pequeños círculos en mi piel sin apartar la mirada de mí.

—¿Qué piensas? —Le susurro mientras lo miro con curiosidad.

—Que si pudiera ofrecerte algo en la vida, sería que te vieras a través de mis ojos. Porque tu y tu corazón os merecéis el mundo entero. —Su voz se vuelve áspera y sincera—. Te mereces lo mejor.

Cuando nuestros labios se encuentran, sonrío en su boca al sentir el deseo que nos consume. Sus labios me besan con delicadeza y sigue acariciándome con deleite. Mis manos suben hasta su cuello y mis dedos se enredan en su pelo. El beso se vuelve hambriento y primitivo, Cam sujeta mis caderas y con poco esfuerzo me pone encima de él. Siento el deseo crecer al notar su erección dura, y antes de darme cuenta nos estamos desnudando el uno al otro. Yo le quito la camiseta que tiene puesta y él eleva la mía, hasta quedarme en sujetador y bragas.

Cam, con una sonrisa traviesa, se inclina hacia mí y me levanta con facilidad. Mis piernas

rodean su cintura, como un koala y a ambos se nos escapa una sonrisa cómplice.

Me aferro a sus hombros y llegamos hasta la cama. Me deja sobre el colchón y se coloca encima, para observarme con atención. Siento el vértigo crecer en mí, como si estuviera a punto de caer desde una gran altura. Cada latido de mi corazón resuena en mis oídos en una mezcla de nerviosismo y euforia que me deja sin aliento. Sus manos acarician mi rostro y su mirada está llena de deseo y dudas.

—Gafitas, ¿estás segura de querer seguir? —pregunta con su autocontrol hecho un completo caos.

Asiento y sé que, en ese instante, he cruzado una línea. No hay vuelta atrás.

—Sí —contesto.

Cameron sonríe y me besa con pasión. Sus manos se deslizan lentas, seguras y mi cuerpo se estremece. tengo mucho calor. Lo deseo. Mis ojos se cierran. Un gemido se escapa de mis labios y mis caderas se mueven buscando fricción con las suyas. Sus dedos se detienen en el borde de mi sujetador y una sonrisa cargada de anticipación se asoma en los labios de Cameron.

La forma en que me contempla me hace tragar saliva, porque lo hace como si yo fuera su plato favorito y él estuviera decidiendo por dónde empezar. Su mirada azul vuelve a buscar la mía y esa sonrisa, se coloca en el *ranking* uno de la lista de mis favoritas. Su mirada intensa, sus manos cálidas tocando mi cuerpo, su voz ronca y ese pequeño lunar que tiene en el cuello. Son los ingredientes claves que hacen que mi corazón se salte un latido.

—Eres un puto sueño hecho realidad, gafitas —susurra contra mi boca.

Me ha quitado las bragas. Sus manos desabrochan mi sujetador, y... « ¡Oh, por Dios! » Acarician mis pezones, mientras me besa y con su lengua me saborea. Mi mente cortocircuita. Mi piel arde cuando me toca. A medida que el beso se intensifica, el deseo estalla dentro de mí en un millón de llamas de colores.

Sus labios cálidos. El roce de nuestras lenguas en movimientos tan sensuales y experimentados saben a promesa. Lo que siento es abrumador. Una sonrisa involuntaria se dibuja en mi rostro. Mis dedos quitan los botones de sus vaqueros. Él arrastra mis braguitas por mis piernas, hasta quitármelas. Cameron, abandona mi boca. Besa mi cuello hasta llegar a mis pechos besándolos. Juega con su lengua haciendo magia también con sus dedos, endureciendo mis pezones.

—Cameron —jadeo moviendo involuntariamente las caderas. Quiero más.

Su mirada zafiro busca la mía por encima de mi piel. Sonríe con malicia. Más caricias, más abajo, su aliento marcando mi piel y más besos justo donde necesito que lo haga. Sus dedos se deslizan dentro de mí, mi espalda se arquea con anhelo y pasión. Mis dedos se enredan en su pelo negro. Cierro los ojos intentando contener el placer, pero maldita sea, no puedo controlarme. Estoy desbordada de emociones.

Cameron se tumba a mi lado. Clava un codo en el colchón mientras que su otra mano, con sus dedos sigue haciendo maravillas en mi cuerpo. Ahoga mis gemidos con sus labios y devora mi boca. Me besa con exigencia mientras sigue entrando y saliendo con sus dedos en mi interior, haciendo que me retuerza y necesite más de él.

El placer crece, hasta que saltan chispas que prenden fuego a todo mi cuerpo. Cierro los ojos, invadiéndome un calor sofocante. Cameron acaricia mi clítoris con intensidad y siento que estallo de placer en mil pedazos sobre sus dedos que siguen moviéndose ahora más lento en mi interior. Es el orgasmo más alucinante que he experimentado en mi vida.

Cameron se ha vuelto a tumbar sobre mí. Siento su erección clavada en mi muslo, mientras flexiona sus brazos. Sus codos flanquean a ambos lados de mi cabeza para sostener su cuerpo, lo justo para que su pecho duro roce el mío. Trago saliva hechizada de placer, con el deseo y las ganas a mil. « Necesito más » . Cameron sonríe como si hubiese podido leer mi pensamiento. Se inclina sobre mí, en un movimiento muy sexy.

—Lo vamos a pasar muy bien, Sam. —Me advierte con su sonrisa de chico malo, reflejando complicidad y confianza.

Aun así, el corazón me late a mil. Lo beso con fuerza y con mis manos en su nuca lo atraigo hacia mí. Cam deja caer su cuerpo contra el mío y encajamos a la perfección. Mis manos vuelan por su cuerpo y acariciando sus abdominales. Bajo un poco más hasta su erección grande y dura. Sonrío excitada. Él cierra los ojos cuando siente que la rodeo con mis dedos.

—Eres mi perdición. Gafitas me tienes así todo el puto día —confiesa con voz ronca en mi oído—. No sabes lo que me torturaba pensar que no podía tenerte, porque estabas con Sam, y resulta que estabas jugando conmigo pequeña mentirosa.

Cameron sonríe en un gesto divertido y yo también. Sus palabras me dan un chute de adrenalina y autoestima brutal. Me siento poderosa. Muevo mi mano de arriba abajo a lo largo de su miembro y él tensa la mandíbula en respuesta.

Cam se estira para alcanzar su cartera y sacar un preservativo. Rasga el envoltorio de plástico con los dientes sin apartar la mirada de mí y trago saliva al capturar esta imagen en mi mente.

Se lo pone y vuelve a colocarse sobre mí.

—Tú marcas el ritmo —empieza a decir con voz ronca—. Si en cualquier momento quieres parar...

—Cameron, relájate y entra en mí ya. —Le ordeno.

Quiero que también disfrute y no se preocupe por mí. Estoy bien, mejor que bien porque estoy tocando el cielo. Cam sonríe y estrelló su boca contra la mía, justo en el momento que entra dentro de mí centímetro a centímetro. Él absorbe mis gemidos y siento cómo me voy llenando hasta sentirlo por completo dentro de mí. Nunca me había sentido tan excitada. ¡Oh, bendito placer!

A pesar de lo que le he dicho, es cuidadoso. Al principio marca un ritmo lento y profundo a la vez. Siento el placer crecer de nuevo en mi interior y clavo mis uñas en su espalda.

—Dios, no pares... —gimo casi sin aliento.

—Joder —gruñe en respuesta.

Cam sale y vuelve a entrar, mirándome a los ojos y lo veo vulnerable ante el deseo y el placer que lo envuelve absolutamente todo. Deja caer su frente contra la mía, nuestras respiraciones se mezclan desacompañadas. Se mueve cada vez más rápido y es justo lo que necesito. La felicidad y el placer colapsan por todo mi cuerpo, mientras nos besamos descontrolados. Su cuerpo colisiona de nuevo con el mío y lo hace con ímpetu, llegando hasta el fondo a un ritmo ardiente y exigente haciendo que mi cuerpo se desespere por más. Mis caderas se mueven al compás de las suyas y el placer comienza a florecer de nuevo. Nos devoramos a besos. Me aferro a él, que me acaricia con pasión. Mis dedos se enredan en su pelo, mientras me embiste una vez más. Mi cuerpo arde cuando una corriente eléctrica se arremolina en mi estómago y siento que las células de mi cuerpo estallan como si rompieran un molde. Todos mis músculos se tensan y se relajan después de un segundo orgasmo alucinante. Cameron, sigue moviéndose, veo cómo su

mandíbula se tensa y un suspiro casi imperceptible escapa de sus labios. Los movimientos se hacen más lentos hasta que Cam abandona mi cuerpo y se tumba a mi lado.

—¿Estás bien? —Me pregunta con la respiración todavía jadeante. Asiento sonriente, porque su primer impulso es preocuparse por mí.

—Estoy genial —respondo acurrucándome en su pecho—. ¿Y tú?

Cameron acaricia con su nariz mi sien y me da un suave beso en la frente.

—No he estado mejor en mi vida. —Me asegura abrazándome contra su cuerpo. Cierro los ojos con una sonrisa perezosa, mientras nuestras respiraciones van acompasándose poco a poco, dejándonos relajados con una sensación de paz. Elevo mi mirada y veo que él está mirando al techo. Parece sumido en sus pensamientos. Sonrío de forma involuntaria y le doy un beso en el pecho.

—¿Qué piensas? —Le pregunto curiosa y un poco insegura.

Él me mira, y en sus ojos veo una mezcla de ternura y amor desmedido.

—Pienso que me acojona sentir lo que siento. Te quiero mucho gafitas —responde sin dudar.

Esas palabras resuenan en mi interior, llenándome de una intensidad palpable. Mi corazón vuelve a latir veloz al oír su declaración. Siento la emoción crecer en mi pecho y un nudo de felicidad se instala en mi garganta. Sonrío como respuesta y descanso mi rostro en su pecho, para oír los latidos de su corazón.

—Yo también te quiero Cameron Ryder.

Sus latidos se aceleran cuando pronunció esas palabras y mi sonrisa se hace más grande, al saber que a él también le afectan mis palabras. Nos abrazamos más fuerte, como si ese simple gesto pudiera sellar este momento en el tiempo. Nos quedamos en silencio y poco a poco el sueño me vence. Me estoy quedando dormida en sus brazos. Me gusta cómo me siento, su olor, el calor de su cuerpo abrazando el mío y estoy feliz porque solo estamos nosotros en este refugio seguro que hemos creado.



CAPÍTULO 42

Cameron

Samantha se da la vuelta antes de entrar en casa, mientras que yo espero que lo haga para marcharme. Levanta la mano a modo de despedida y le lanzo un beso de lo más cursi que me saca una sonrisa. Enamorarte, hace que pierdas el sentido del ridículo. Samantha suelta una carcajada y yo me quedo maravillado. Me siento el tío con más suerte del mundo, por ser el causante de su felicidad. Ella entra en el edificio y yo me alejo calle abajo.

Le he comentado un poco la propuesta del ojeador de los Chicago Bulls, al que dejé plantado, por ir a fastidiarle a ella las entrevistas para alquilar otra habitación. Samantha, no se enfadó, en cambio se sorprendió que la eligiera a ella por encima de mi sueño y es que puede que no lo sepa, pero mi sueño es ella, siempre.

Habíamos desayunado en Chicago y puesto rumbo a la universidad. Por el camino canturreamos algunas canciones y hablamos de una norma para que lo nuestro funcione. Nada de mentiras y no le he mentado cuando le he dicho que necesitaba ir a hablar con el novio de mi madre, para saber si todavía tenía alguna posibilidad con el ojeador. Aunque esa no era la verdadera razón de mi visita.

Aparco enfrente de casa y me tomo un momento para mirar la construcción de lujo que tengo delante de mí. Había pasado casi un año desde la última vez que estuve aquí. Debo de admitir que me gustó notar la felicidad en la voz de mi madre cuando la llamé hace un rato para avisarla de que iba a verla.

Me bajo del coche y camino por el sendero que me guía al porche de entrada. Antes de pisar el primer escalón, la puerta de roble de la entrada se abre. Mi madre aparece sonriente. Tiene una taza de café en una mano y el teléfono en la otra. Me hace un gesto para que pase y una vez dentro oigo a Jack hablar, seguro que está hablando por teléfono. Mi madre se despide de quien sea y cuelga.

—Hola Camy, es un regalo tenerte en casa. —Me dice dándome un abrazo torpe e incómodo.

Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos y tampoco es algo que haya añorado, porque desde que tengo uso de razón el trabajo para ella ha sido lo primero.

—Hola mamá, quería hablar con Jack sobre el ojeador de los Chicago Bulls. —Le comento. Ella asiente.

—¡Es fantástico! ¡Mi hombrecito va a cumplir su sueño! Tú padre estaría muy orgulloso de ti. —Me dice con un hilo de tristeza.

—También he venido porque quería hablar contigo... —Comienzo a decirle.
La mirada turquesa de mi madre refleja recelo, aunque no borra de su rostro la mirada. Me yergo

sobre mí mismo, cuadro los hombros y trago saliva.

—Vamos a sentarnos en el sofá, ¿qué te preocupa hijo?

—Quería hablarte de Samantha... —Le respondo.

—No la habrás dejado embarazada. —Me acusa y me cabrea que piense así.

—¡No!

—Vale, me habías preocupado. Nunca he hablado contigo de las precauciones que debes de tomar con las chicas, porque te he visto...

—Mamá, creo que llegas tarde para darme esa información. —La interrumpo incómodo.

—Bueno, usa siempre gomita.

—Qué sí mamá... —Le digo en tono monocorde—. He venido a hablarte de su madre.

—¿De su madre?

—Sí, la he conocido y la verdad es que está en una situación preocupante.

—¿A qué te refieres?

—Pues verás...

No sabía bien por dónde empezar, así que sin saber muy bien por qué comencé a hablarle de mis sentimientos por Samantha. Le confesé que se había colado debajo de mi piel y que cuando me había dado cuenta, estaba enamorado de la chica más lista, valiente, madura, responsable y con los ojos más bonitos de todo Cedar Falls. Ella sonríe ante esa declaración y cuando le hablo del padre de Sam, mi madre recuerda su trágico final. Le hablo de la infancia de Sam y de aquel mes en una casa de acogida. Por último, le explico que su madre es alcohólica y que eso la ha llevado a la precariedad.

—Necesita ayuda. Estuvo una vez en un grupo de alcohólicos anónimos, pero en cuanto Samantha cumplió la mayoría de edad dejó de ir. —Le comento.

Samantha me lo había comentado cuando le pregunté si había intentado curarse. Phil la obligó a ir a terapia si quería conservar la tutela de su hija y por eso estuvo asistiendo.

—¿Y quieres...?

—Quiero ayudarla a que se rehabilite en una buena clínica. Que recupere su vida y salga de ese agujero en el que vive. —Le confieso.

—Pero tú solo tienes los ahorros del seguro de vida de tu padre. No puedes invertirlo en su madre Cam. No tienes garantía de que se recupere. —Me informa y sé que está en lo cierto.

—Lo sé, pero tú podrías ayudarla. —Le sugiero cumpliendo mi propósito de esta visita.

—¿Yo? Bueno, tendría que estudiarlo... —Comienza a decir.

—Por mi cumpleaños me disteis un cheque en blanco que rechacé... —Le recuerdo—. Acepta mi propuesta como regalo de mi cumpleaños.

Mi madre frunce el ceño, pensativa, mientras se acomoda en el sillón. Puedo ver que trata de digerir todo lo que le he contado.

—Cam, esto no es un simple cheque. Estás hablando de una terapia emocional y financiera en la vida de alguien a quien apenas conoces. —Su voz es firme, pero veo una pizca de comprensión en su mirada.

—Lo sé, pero Sam es una chica increíble y desde que su padre falleció su vida ha sido complicada. No ha tenido la oportunidad de llevarla a un buen centro. —Intento explicarle, apretando los puños con nerviosismo—. No se trata solo de su madre. También intento darle tranquilidad a Sam, ella sufre y se preocupa del bienestar de su madre. Ella necesita una segunda

oportunidad.

Ella suspira y guarda silencio. Sé que al menos se lo está pensando.

—¿Y si no funciona? ¿Y si su madre decide volver a caer en lo mismo? —Me pregunta con su voz más suave para darme razones por las que rechazar lo que le pido.

—Si eso sucede, al menos sabremos que lo intentamos. Pero si no hacemos nada, entonces nunca tendremos la oportunidad de mejorar su vida. Sobre todo, lo quiero hacer por Sam. Ella ha sufrido y se merece lo mejor.

Mi madre guarda silencio y pierde la mirada a través de la ventana, mirando al jardín. Sé que está considerando mi propuesta y por eso no digo nada más. No puedo presionarla. Sé que al menos lo he intentado. Finalmente, mi madre se gira hacia mí con una expresión preocupada. Pone su mano en mi rodilla y me sonrío.

—Está bien, Cam. Voy a pensarlo y a hacer unas llamadas antes.

—Gracias mamá, esto significa mucho para mí. —Le respondo sintiendo un alivio inmenso.

—No te hagas ilusiones todavía. —Su tono es más serio ahora—. Tendremos que hablar con Samantha y su madre, para asegurarnos de que ella está dispuesta a curarse.

—Claro, hablaremos primero con ellas —afirmo.

Sé que esto es solo el primer paso. Pero al menos es un rayo de esperanza, una nueva oportunidad para ambas. Ahora solo me queda hablar con mi chica. Me levanto decidido, con una sonrisa de felicidad que no puedo ocultar.

—Me tengo que ir mamá, voy a hablar con Sam. —Le comento.

—Espera, también tenías que hablar con Jack sobre ese ojeador... —Me recuerda levantándose del sofá también.

—No te preocupes mamá, sé que el ojeador ha hablado con el entrenador Smith.

Mi madre se ríe y niega para sí, sabiendo que hablar con Jack solo era la excusa para venir a casa.

—Cuando actúas así, me recuerdas a tu padre y a su gran corazón. —Me dice con una mirada cargada de orgullo, mientras me acaricia la mejilla.

—Gracias mamá.

The graphic features the words 'CAPÍTULO 43' in a large, bold, serif font. Below the text is a black silhouette of a skateboard with two wheels visible. A blue line representing a ball's trajectory starts from the right wheel and curves upwards to a small orange basketball positioned above the right side of the text.

CAPÍTULO 43

Cameron

—Stone y Ryder, a mi oficina. —Nos advierte el entrenador Smith cuando finalizamos el entrenamiento.

Garret me mira confuso y yo sonrío sabiendo que todavía está ajeno a la noticia que el entrenador nos va a dar. Camino junto a mi amigo y le hecho mi brazo por encima de los hombros.

—¿Crees que nos va a echar la bronca? —Me pregunta.

—No. Creo que nos va a dar una buena noticia. —Le respondo sonriente entrando en el despacho del entrenador.

El señor Smith, nos mira orgulloso de que dos chicos de Iowa, despertemos interés en un ojeador de los Bulls.

—Ryder, ¿sabes por qué os he llamado? —Asiento feliz en respuesta—. Verás Stone, en el pasado partido hubo un ojeador de los Bulls y se han interesado por los dos.

—¡¿Qué?! —Exclama atónito mi amigo mirándome—. ¿Lo sabías? —Me pregunta y yo asiento—. ¡Qué cabrón!

—Me dijo el ojeador que iba a hablar con nuestro entrenador, pero no quise decirte nada hasta que no fuese oficial. —Le explico sonriente y mi amigo suelta una carcajada de felicidad.

—Entrenador, ¿qué más le ha dicho? —Le pregunta Garret.

—Que por lo pronto juguéis este curso en la universidad, y a final de temporada hablaría con vosotros para el próximo curso. —Nos comenta.

—¡Joder! ¡Qué pasada! —Añade efusivo mi amigo.

—Lo vamos a conseguir colega. —Le digo abrazándolo.

—No deis nada por sentado. —Nos advierte el entrenador—. Todavía queda acabar la temporada.

—Venga señor Smith, sonría por una vez. —Bromea Garret lanzándose a sus brazos.

—Me alegro mucho chicos, pero no es la primera vez que viene un ojeador a interesarse por uno de mis chicos y luego, todo queda ahí en unas pocas palabras que no se cumplen. —Nos comenta con cautela.

—Esta vez, va a ser cierto. —Le digo seguro de que no vamos a decepcionarlo.

—Ni que lo digas colega. —Me apoya Garret.

—Bueno, solo quiero que os centréis al máximo en cada partido... Cualquier paso en falso puede arruinarlo todo. ¿Entendido?

—Sí señor —decimos al unísono.

—Muy bien, ir a ducharse. —Nos ordena y asentimos.

—Adiós entrenador. —Me despido.

—Le quiero Smith —bromea Garret lanzándole un beso antes de salir de la oficina—. ¿Qué fuerte no? —Me pregunta mientras caminamos para los vestuarios.

—Nos lo merecemos, es nuestro sueño. —Le respondo seguro de mis palabras.

En los vestuarios muchos de los chicos ya se han marchado, pero Atlas y Travis, nos están esperando. No podemos borrar nuestras sonrisas de la alegría que sentimos. Cuando se lo contamos, al principio piensan que estamos de broma, pero cuando ven que es en serio, la felicidad baña sus rostros. Sé que de verdad se alegran, porque para ellos solo es un deporte para compaginar con sus estudios, no sus metas. Ellos saben que Garret y yo, siempre hemos soñado con ser jugadores profesionales.

Después de la ducha, quedamos en que una noticia así hay que celebrarla y qué mejor que yendo al *Dineer's* a cenar todos juntos. Les digo que llegaré un poco más tarde, porque iré a recoger a Samantha al trabajo. Salgo del estadio y antes de ir al supermercado, me dirijo a una floristería de Cedar Falls.

Estoy feliz por partida doble.

Mi madre me ha informado de que ha encontrado un buen centro de desintoxicación en Indiana, para la madre de Sam y por otro lado... Paulo ha hablado con mi entrenador. Tan solo me queda hablar con Samantha sobre el tratamiento e ingreso para la curación de su madre.

Cuarenta minutos después, estoy apoyado en la puerta del copiloto, esperando a que mi chica termine su turno. Miro el móvil y debe de estar al salir. Oigo la puerta del supermercado abrirse y aparece ella con una sonrisa radiante. Está vestida con ese uniforme verde que la hace parecer una dulce manzana para morder. Está guapísima siempre. Sonríe cuando en los últimos metros acelera el paso y se lanza a mis brazos. Hundo mi rostro en su cuello. Su perfume dulce me hace sentir como en casa y la beso. Juro que podría estar besándola toda la vida, porque es adictiva.

—Hola mi amor. —Le digo a unos centímetros de sus labios.

—Hola —responde sonriente con sus manos rodeando mi cuello—. ¿Por qué estás tan contento?

—Porque tengo varias cosas que celebrar. —Le digo metiendo la mano por la ventanilla del coche y sacando un ramo de flores—. La primera, que te quiero. —Le susurro. Ella tiene la mirada clavada en el ramo de flores y le robo otro beso que parece no darse ni cuenta.

—Cam, son preciosas. —Asegura cogiéndolas con cariño.

—Como tú.

—Gracias. En serio me encantan. —Me dice mirándome maravillada con una sonrisa alucinante—. ¿A qué se debe este regalo?

—¿Necesita un novio una excusa para tener un detalle con su chica? —Le pregunto rodeándola por la cintura y atrayéndola de nuevo hacia mí.

—Te quiero Cameron Ryder.

—Y yo a ti Samantha Parker. —Le digo antes de besarla, pero ella se aparta enseguida y me mira interrogante.

—¿Qué más razones tienes para celebrar? —Me pregunta curiosa y sonrío.

—El ojeador de los Chicago Bulls ha hablado con nuestro entrenador. Si todo marcha bien a final de curso tendremos una propuesta del equipo Garret y yo. —Le informo y veo como su mirada va desde la sorpresa a la satisfacción.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Guau! ¡Eso es increíble! —Exclama risueña sin separarse de mí—. Garret debe de estar eufórico.

—Imagínatelo, ya sabes como es. —Le digo sonriente—. Hemos quedado con los chicos para cenar en el *Dineer's*. ¿Te apetece venir?

—Por supuesto. Voy a escribirle a Avery. Me preguntó esta tarde qué plan tenía para después.

—Perfecto, seguro que se apunta. —Le afirmo animado.

Ella se aparta de mí, saca su móvil y comienza a teclear, seguramente enviándole un mensaje a su amiga.

—También estoy feliz porque mi madre ha encontrado una clínica de tratar adicciones y hay una plaza libre para tratar el problema de tu madre.

—¿Qué? —Me pregunta mirándome atónita.

—Cuando fui a hablar con mi madre hace un par de semanas a casa, le hablé de tu madre...

Le cuento toda la verdad que le había estado ocultando a mi chica. Ella me oye con mirada curiosa. No había querido decirle nada hasta ahora, porque no quería ilusionarla hasta tener la certeza de poder ayudarla. Sigo cogiendo aire e intento no sonar demasiado brusco. Busco las palabras adecuadas, porque no quiero herir sus sentimientos. No la juzgo. Tan solo quiero ayudar.

—Mi madre ha aceptado pagar un tratamiento para ayudar a tu madre. —Las palabras fluyen, y a medida que hablo puedo ver la sorpresa en los ojos de Sam. —Creo que podría ser una buena oportunidad para ella. Ingresaría en una clínica. Recibiría ayuda veinticuatro horas. —Le explico.

Sam me mira pensativa, como si estuviera procesando todo lo que acaba de escuchar. Su expresión pasa de la sorpresa a la confusión.

—No sé qué decir... ¿Por qué harías eso por ella?

—Porque me importas y sé que ella te preocupa. La quieres. Llevas días llamándola e intentas aparentar que no te agobia el no tener respuesta... Y porque también creo que tu madre se merece una segunda oportunidad. —Me inclino hacia ella, con la sinceridad brillando en mi mirada. —Te mereces ser feliz y sé que para ello tu madre debe de recuperarse de verdad, y estar bien.

Las lágrimas comienzan a acumularse en los ojos de mi chica. Por un momento, no sé si es de felicidad o tristeza. Respiro nervioso y le sostengo la mirada esperanzado a que acepte mi propuesta.

—Cam, es mucho... No sé si podría aceptar y si ella...

—Lo sé, solo te pido que lo pienses. Si lo ves bien, hablaremos con tu madre. Pero independientemente de la decisión que tomes, quiero que sepas que estoy aquí para ti, pase lo que pase. —Le digo acariciándole la mejilla con cariño.

Sam asiente en silencio, pestañea intentando controlar las lágrimas que se derraman por sus mejillas. Avanza hacia mí abrazándome fuerte.

—¡Eres increíble! Durante años he soñado con poder darle esa oportunidad de pagarle un tratamiento con expertos. —Me dice sin apartarse de mí.

—¿Eso es un sí? —Le pregunto arqueando mis cejas con mirada curiosa. Ella sonríe.

—Es un... Vamos a intentarlo —responde y me da un beso fugaz en los labios—. Gracias. Debo llamar a tu madre para hablar con ella, y darle las gracias.

—Sí, ahora la llamamos. —Le digo no queriendo soltarme de su abrazo.

—Gracias, Cam. Realmente... Esto significa mucho para mí.

—Lo sé gafitas. Juntos somos invencibles, que nunca se te olvide.

Samantha asiente feliz y vuelvo a besarla necesitando sentir el calor de sus labios sobre los míos. Necesito ser consciente de que no estoy soñando y que la chica más increíble del mundo es mi novia.

¡Soy un tío con mucha suerte!



CAPÍTULO 44

Samantha

Llego el día para exponerle todo a mi madre. No tenía posibilidad de hablar directamente con mi ella y volver a casa no estaba en mis opciones, sobre todo después de haber tenido un mal presentimiento al salir de allí. Así que hablé con Phil, el trabajador social que desde hace años lleva nuestro caso. Le conté la buena noticia y se alegró de tener la posibilidad de ingresar a mamá en un centro de desintoxicación. Él mismo, fue a casa para que yo pudiera hablar con ella por teléfono. Le mencioné la posibilidad de curarse. En un primer momento, ella se negó. Sé que lo hacía por orgullo. No me rendí a la primera, porque sabía que Phil también intentaría convencerla. Aun así, le expliqué que era una oportunidad para ella, para nosotras, para comenzar de nuevo. Podría volver a trabajar y marcharse lejos de ese barrio que tanto daño nos había hecho.

El silencio se hizo al otro lado de la línea y segundos después, escuché su llanto. Era una buena señal, porque era el primer paso. Después de más de media hora de conversación, aceptó y entonces lloré yo. Me llenaba de emoción pensar que había una oportunidad para nosotras. Terminé la llamada y le prometí que pronto tendrían noticias mías.

Salgo de la cafetería central del campus hacia el estadio de los Panthers, con una enorme sonrisa de felicidad. Tengo que hablar con Cam.

Cuando llego al estadio, subo las escaleras que conducen a las gradas y me siento en primera fila. El eco de las pelotas rebotando en el *parquet* resuena en mis oídos, las zapatillas de los chicos se deslizan por el suelo y sus voces llenan el aire.

Cam me ve llegar, me sonrío con ternura y me lanza un guiño de esos que me calienta el alma. Le respondo con una sonrisa y un pequeño movimiento de mano. Me recuesto en el asiento y pienso en cuánto han cambiado las cosas en estos meses. Llegué aquí sola y ahora tengo una amiga maravillosa, Avery, quién nunca me ha juzgado a pesar de conocer mi pasado. Luego apareció Cam, él fue la gota que colmó el vaso de mi buena suerte. Porque lo que comenzó como una mentira terminó siendo verdad. Lo amo con todo mi ser.

Observo que mientras el entrenamiento avanza, mi mente no puede evitar regresar a la conversación con mi madre. Su llanto resuena en mi cabeza y no puedo evitar preguntarme si realmente hará el esfuerzo necesario para cambiar. Suelto un suspiro agobiada, deseando que así sea, pero el miedo a fallarle a Cam y a su madre, me abruma.

De repente, el sonido del silbato del entrenador interrumpe mis pensamientos. Atlas cae al suelo al chocar con Cam. Él se levanta de un salto y ayuda a incorporarse a su amigo. Ambos ríen y siguen jugando. Me hace feliz ver como juegan con pasión y por un instante, me centro solo en sus movimientos.

Siento que la ansiedad se desvanece.

Aplaudo cuando Garret mete un triple, este me lanza un guiño cómplice cuando me ve en la grada. Al final del primer cuarto de tiempo, el entrenador da descanso. Cam se acerca a mí con

una sonrisa radiante, y su mirada turquesa brilla tan intensamente, como lo haría el mar iluminado por el reflejo del sol. La adrenalina del juego recorre sus venas y su entusiasmo es contagioso.

—¿Todo bien? —Me pregunta, notando la sombra en mis ojos.

Asiento y me roba un beso, antes de esperar una explicación.

—Mi madre aceptó ingresar en el centro. —Le confieso.

—¡Eso es maravilloso! —Exclama.

Se lanza hacia mí, sudoroso, y me envuelve en un apretado abrazo. En ese momento, siento que todo lo que hay por luchar vale la pena, si es a su lado. Porque quizás, solo quizás, mi madre se recupere y todo pueda ir a mejor. Aunque suene cursi, Cam es maravilloso. Todo lo bueno que está pasando en mi vida es gracias a él. Lo amo.

—¡Ryder! —El entrenador lo llama y toca el silbato.

—Ya voy señor Smith —grita Cameron sin apartar su mirada de mí—. ¿Te apetece luego ir a hablar con mi madre?

—Sí, por supuesto —asiento nerviosa—. Venga, vuelve a la cancha, no vaya a castigarte el entrenador —bromeo.

—Si es por estar un segundo contigo, vale la pena. —Me asegura caminando de espalda sin romper el contacto visual.

Niego para mí risueña y pienso en lo afortunada que soy, porque gracias a él y a su madre hay un rayo de esperanza en nuestras vidas. Todo puede ser diferente, si mi madre lucha por curarse.



CAPÍTULO 45



Samantha

Hoy, los Panthers se enfrentaron contra la universidad de Rochester en Minnesota. Lamentablemente perdimos, y aunque el equipo intentó remontar no lograron conseguirlo. La universidad organizó un autobús para traer a los fans que quisimos venir a apoyarlos. Cam y los chicos llegaron antes en sus coches, así que Avery y yo reservamos un par de asientos en el autobús.

Antes de que comenzara el partido Cam, me comentó que después iríamos todos a cenar y luego regresaríamos en los coches a Cedar Falls. Sin embargo, Avery me ha dicho que no vendrá conmigo, ya que en el autobús coincidimos con un chico que se sentó al otro lado del pasillo. El cual la invitó a cenar cuando lleguen al campus. No la culpo de que se marche. El chico es guapo y ha mostrado interés en mi amiga.

Me despidió de ella en el aparcamiento del estadio, agitándole la mano de lejos. El vaho de mi respiración se dibuja en el aire helado de la noche, formando una nube de humo blanco que se disipa lentamente. Avery se asoma desde la ventana del autobús y me sonríe lanzándome un beso al aire. Le hago un gesto para que me llame luego. Ella asiente con una mirada llena de complicidad. Me quedo allí, en el mismo lugar, observando cómo el autobús se aleja, hasta que finalmente lo pierdo de vista.

Cuando el autobús cruza el aparcamiento, veo una figura con capucha caminando hacia mí, con el rostro sumido en las sombras y apenas iluminado por la luz de las farolas. Un escalofrío recorre mi cuerpo al fijarme en su mano, dónde destaca un tatuaje de una rosa con espinas. Reconozco ese diseño y a la persona que lo lleva. Por un instante me quedo paralizada, sintiendo que estoy atrapada en una pesadilla de la que deseo despertar. Entre los coches, lo pierdo de vista y me pongo en alerta, pero no vuelvo a verlo. Empiezo a pensar que ha sido solo una alucinación. Niego con la cabeza.

Decido caminar de nuevo hacia el estadio, dispuesta a esperar a Cameron junto a la puerta de los vestuarios. Estoy a unos pasos de entrar en el edificio cuando me vuelvo y lo veo frente a mí sin capucha y con la cabeza rapada.

—Toni —susurro con voz temblorosa.

—Samy, eres difícil de encontrar, pero no imposible —me dice acercándose.

—¿Qué haces aquí? Deberías de estar... En...

—¿En la cárcel? ¿Eso querías decir, muñeca? —me interrumpe, acortando la distancia entre nosotros. Asiento, incapaz de articular palabras. Chasquea la lengua, da un paso y acaricia mi mejilla—. Después de tres años dentro, quería ver a mi chica.

—Tú y yo no somos nada. —Le aseguro, y su sonrisa se borra al instante.

—Hace unas semanas volviste al barrio con un *noviete*, aunque no tardaste mucho en irte... —Me dice. No me sorprende que esté al tanto de todo lo que ocurre en el barrio. Tiene

oídos y ojos en todas partes—. Supongo que la borracha de tu madre estaba en coma para hablar. Por cierto, ¿tenía el ojo morado? —Me pregunta con malicia.

La ira y el instinto de proteger a mi madre brotan como fuego en mi interior al sospechar que este maldito fue quién la golpeó. Sin pensar intento golpearlo, pero él es más rápido que yo y atrapa mi muñeca reteniéndola con tanta fuerza que creo que me la va a partir.

—Me haces daño. —Mascullo en un alarido de dolor, mientras que él sonrío satisfecho.

—Más me hiciste tú a mí, me entregaste a la policía. Eras la única persona en la que confiaba... Eras buena, dócil e inocente. Pensé que eras diferente... ¡Pero me vendiste! —Me grita con ira fuera de sí.

—Porque tú lo mataste. —Susurro con la voz quebrada.

Toni me suelta al oír mi acusación, da un paso atrás nervioso. Se pasa las manos por su casi inexistente pelo, suelta un bufido y sonrío fuera de sí.

—No era mi intención. —Miente—. Pero, no estoy enfadado contigo. —Me asegura bajando la voz. Vuelve a acercarse a mí con una mirada cargada de ira y locura—. No puedes estar con otro. Lo sabes, ¿verdad? ¡Eres mía! —Sentencia.

Va a acercarse de nuevo a mí y por acto reflejo le doy un rodillazo en su entrepierna. No se lo espera y se dobla de dolor.

—¡Joder! ¡Eres una ZORRA!

Oigo que grita, pero yo no miro atrás tan solo corro y corro, cómo si me fuera la vida en ello. Subo las escaleras del estadio de dos en dos, los latidos de mi corazón galopan desenfrenados y solo miro hacia atrás cuando sé que tengo la suficiente certeza de que está lejos. Entonces, me choco con algo duro y firme, o mejor dicho con alguien que me sostiene. Unos ojos verdes me miran preocupados y luego mira detrás de mí, para asegurarse de que no me persigue ningún demonio.

—¡Sam! ¿Estás bien? —Me pregunta preocupado Garret.

Sigo con la mirada fija hacia la puerta de entrada del estadio. Miro los coches más cercanos que están en el aparcamiento y no hay ni rastro de Toni. Asiento, me humedezco los labios para recobrar el aliento y cuando vuelvo a mirarlo le sonrío.

—Sí, no es nada. —Miento.

—¿Seguro? —Me pregunta alzando las cejas.

—¿Ocurre algo? —Oigo a Cam que se acerca a nosotros—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida. —Me asegura.

—Parece que ha visto un fantasma —añade Garret.

—Sí, no es nada chicos —repito.

—Bueno Cam, nos vemos en el grill. —Le dice Garret, cuando salen Atlas y Travis.

—Vale, nosotros os seguimos —afirma mi chico.

Cam entrelaza sus dedos con los míos, tira de mí y me pega a él para darme un beso en la sien. Vuelve a mirarme con una mezcla de desconfianza y preocupación. Sonrío intentando aparentar tranquilidad y le doy un beso en la mejilla.

—El aparcamiento está oscuro y me asusté. —Me excuso.

—Vaya gafitas, no sabía que te asustas con tanta facilidad. —Me aclara abrazándome con más fuerza. Haciéndome sentir que con él estoy a salvo.

Llegamos a su coche y miro a nuestro alrededor, pero es como si hubiese sido una alucinación mía. Lo único que sé es que era real, Toni está afuera y me ha encontrado.

Subimos al coche y Cam arranca para salir del aparcamiento. El silencio se hace permanente de camino al restaurante, dónde han quedado los chicos para cenar y aunque mi novio no ha dicho una palabra en el trayecto, sé que hay algo que le preocupa. A mi mente viene la mirada fuera de sí de Toni. Seguía siendo un maestro al desaparecer entre las sombras. Sus palabras resuenan en mi mente como un eco terrorífico... « No puedes estar con otro. Lo sabes, ¿verdad? ¡Eres mía! » Y eso es lo que me asusta, que quiera hacerle daño a Cameron, pensar que él pueda correr peligro me llena de ansiedad.

—Sam, ¿estás bien? —Me vuelve a preguntar Cameron cuando apaga el motor del coche frente a una hamburguesería.

Asiento, pero la verdad es que estoy lejos de estar bien. Porque si pienso en mi madre, comprendo que ella lo sabía. Él la había visitado y golpeado. Fue él y sé que era porque mi madre se había negado a hablarle de mí y decirle donde yo estaba. Trago saliva y si algo sabía de Toni, es que tenía una gran capacidad de hacer daño a los demás.

—No me encuentro bien, vamos a casa. —Le pido finalmente con voz quebrada.

—Sin problema. Aviso a los chicos y nos vamos. —Me dice justo antes de bajarse del coche. Asiento con una débil sonrisa.

Cam se baja del coche y pulso el botón que bloquea todas las puertas. Solo quiero alejarme de este lugar y convencerme de que la presencia de Toni fue solo una casualidad. No puedo permitirme derrumbarme, a pesar de que las sombras de mi pasado amenazan con arruinar mi felicidad. Porque estoy decidida a luchar por la nueva Sam. La misma que dejó Indiana atrás para comenzar de cero.



CAPÍTULO 46

Cameron

El partido contra Rochester había sido un desastre, literal. No habíamos estado a la altura y ellos nos habían superado en el juego. A veces hay que aceptar que la derrota es parte del camino, pero así es la vida cuando persigues tus sueños. Te caes, te levantas, te vuelves a caer y te vuelves a levantar, una y otra vez, hasta lograrlo.

El entrenador Smith, nos dijo que nos vería el lunes en el entrenamiento y que hablaríamos de todo lo que no habíamos hecho bien. Estaba preocupado, me sentía mal porque a pesar de haberlo intentado no había logrado poner el marcador a nuestro favor. Salí de los vestuarios repitiendo mentalmente los fallos que habíamos tenido en varias jugadas que eran decisivas, cuando vi a Garret, sosteniendo a Sam. Estaba tan pálida, que por un instante pensé que Samantha se iba a desmayar.

Le he preguntado cinco veces si hay algo que la preocupa y ella insiste en que todo está bien, pero sé que miente. Hay algo que la aterra profundamente. Estoy convencido de que está relacionado con el pánico que mostró antes. No cenamos con los chicos. Pedí un par de menús para llevar y regresamos a la universidad. Mientras cenamos, noté que, después de recoger la mesa, Sam solo quería acurrucarse conmigo, como si en mis brazos encontrase el refugio que necesitaba para escapar del miedo que la envolvía.

Hace un buen rato que nos hemos acostado. Sam se pega a mí mientras la abrazo en silencio. Después de un tiempo, se mueve inquieta y resopla exasperada por no poder dormir, así que se levanta sin hacer ruido. La sigo con la mirada y la veo coger su móvil de la mesita de noche antes de salir sigilosamente de mi habitación.

Me levanto y la sigo.

La encuentro sentada en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho, tecleando algo en su teléfono. Al instante, recibe una llamada.

—¿Qué tal tu cita Avery? —le pregunta a su amiga, y luego guarda silencio. Sonríe al imaginar la reacción de Trav cuando se entere de que su hermanita tiene novio.

—Sí, es cierto que no es hora para preguntarte eso, pero no podía dormir —dice Sam, y tras otra pausa, continúa—. He visto a Toni, mi ex ha salido de la cárcel y parecía... Colocado. Escuchar esa confesión hace que todas las alarmas se disparen y mi cuerpo se tense. Oigo cómo le cuenta de forma resumida la historia de Toni. Ahora comprendo que Sam, estaba aterrada huyendo de él, cuando Garret la encontró. Ahora entiendo su miedo y reticencia a quedarse a cenar con los chicos. Esa carga emocional la perseguía y por eso su inquietud. Ese cabrón está en la calle y ha venido a visitarla.

—Le pegué un rodillazo en la entrepierna y salí corriendo. Entonces choqué con

Garret. Cuando miré de nuevo hacia el aparcamiento, ya no había ni rastro de él —confiesa, y siento que la rabia crece en mí—. Lo sé.

¿Qué diablos sabe? Estoy esforzándome por entender la conversación, pero no oigo lo que Avery le dice.

—Está loco —afirma Sam con voz temblorosa, ahogando un sollozo con su mano—. Es mezquino. Tengo miedo de que sepa quién es Cam y le haga daño. Tal vez debería alejarme de él un tiempo.

—Eso no va a pasar. —La interrumpo, delatando mi presencia.
Samantha se sobresalta al oírme girándose con sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Me pregunta, preocupada. Respiro hondo e intentando mantener la calma antes de responder.

—Todo el rato.

—Avery, sí. Hablamos mañana. —Le dice antes de colgar.
Trago saliva. Siento un torrente de adrenalina recorrerme el cuerpo. A pesar de que me enfada que quiera mantenerme al margen y que me haya mentido, lo único que deseo es protegerla. Sam me mira y en sus ojos veo una mezcla de miedo y vulnerabilidad. No puedo soportar verla así. Me acerco, me siento a su lado en el sofá.

—¿Por qué no me lo has contado?

—No quería preocuparte.

—¿Y pensabas que dejándome al margen era mejor? Dijimos que no más mentiras. —
Le recuerdo dolido.

—No te he mentado, tan solo había omitido contártelo por el momento. —Se excusa y sonrío incrédulo.

—Mírame. —Le pido con suavidad—. ¿Crees que no soy capaz de soportar la verdad?
—Le pregunto. Ella niega.

—No es eso, Toni es peligroso. —Me dice rompiendo en llanto y lanzándose a mis brazos—. Si se entera que soy feliz contigo, te hará daño para hacérmelo a mí. —Me informa. —
Te matará si es necesario. ¿Lo entiendes? —Me pregunta temblando.

Guardo silencio, acaricio su espalda, inhalo su perfume y le doy un beso antes de hablar.

—No tienes que enfrentarte a él sola. —Le digo, intentando infundirle confianza—.
Estoy aquí para lo que necesites.

—No sé qué hacer Cam. Toni es impredecible. A veces pienso que fue un error acompañarlo aquella noche. Si no lo hubiese visto por mis propios ojos... Nadie lo hubiese delatado y ahora todo sería peor... —Confiesa asustada.

—Tú hiciste lo correcto. Mató a otra persona y fuiste muy valiente al ir a la policía —
respondo, tratando de ayudarla a ver la situación con claridad.

Ella baja la mirada, como si mis palabras no le ofrecieran consuelo.

—¿Y si vuelve a buscarme? —pregunta en apenas un susurro.

—Entonces, no estarás sola porque estaré contigo y no dejaré que nada malo te pase. —
Le prometo con firmeza.

Sam me mira, y en sus ojos veo una chispa de esperanza que antes no había.

—¿Cuál es tu plan si él regresa? —Me pregunta más animada con una sonrisa fugaz. Me encojo de hombros y la miro con valentía.

—No lo sé, pero esperar a que aparezca es un plan horrible. Solo quiero que sepas que no estás sola en esto. —Le repito entrelazando nuestros dedos.

Ella asiente con mirada frágil y es normal que después de todo lo que ha pasado le cueste abrirse. El silencio se extiende entre nosotros, y aunque no tengo un plan, ni soy un superhéroe, no la dejaré sola en esto.

—A veces siento que estoy atrapada en un laberinto y no sé cómo salir —confiesa.
—Pues gafitas, busquemos juntos la salida.



CAPÍTULO 47

Samantha

A pesar de ser sábado por la tarde, tenía la suerte de que Phil, no era un trabajador social como otro cualquiera, era un hombre maravilloso que siempre estaba disponible cuando alguien lo necesitaba. Así que aproveché que Cam se había marchado para hacer la compra y lo llamé para contarle todo. Phil me pidió que le diera una hora para informarse sobre Toni y cuando me volvió a llamar me dijo que llevaba un mes afuera de la cárcel con la condicional. Entonces, le pedí que comprobase que mi madre estaba bien. Necesitaba oír su voz. Phil le pasó su móvil a mi madre. Estaba a su lado y eso me tranquilizó, al menos por el momento. La próxima semana mi madre ingresaba en un centro para tratar su adicción al alcohol. Al menos sabía que allí estaría más segura que en casa. Me despedí de ambos y me quedé en el sofá, pensando en cómo ir un paso por delante de Toni.

Sé que Toni volverá a aparecer, solo es cuestión de tiempo. Lo conozco bien y si apareció en Minnesota, aparecerá otra vez. Sé que me tiene controlada. Sabe dónde estudio, que tengo novio y posiblemente hasta dónde vivo. Ese pensamiento me produce un escalofrío desagradable, pero intento consolarme con la idea de que, con la condicional, no sería tan estúpido como para hacer algo que lo lleve de nuevo a la cárcel. De todas formas, quiero que piense que Cameron no tiene nada que ver conmigo. Necesito protegerlo y que no corra peligro por mi culpa.

La puerta de casa se abre y me asomo al pasillo para ver a Cam llegar con varias bolsas. Sonríe al verlo tan guapo con su sudadera gris y su característica gorra del revés.

—Déjame que te ayude. —Le digo acercándome y tomando una bolsa con verduras.

—Espero que no se me haya olvidado nada. Atlas se ha encargado de la bebida. —Me comenta mientras me sigue hasta la cocina y deja la compra en la encimera—. Me dijo que compraría cerveza, ¿quieres otra cosa para beber?

—No, no te preocupes. —Le respondo acercándome para darle un beso.

—Te he traído un regalo. —Me comenta con ilusión a la vez que se lleva una mano al bolsillo de su sudadera.

—¿Un regalo? —Le pregunto curiosa y él asiente feliz.

—Espero que te guste cariño —responde ofreciéndome una caja de terciopelo azul.

Al abrirla, descubro un colgante ovalado de plata con una piedra rosa. Sonríe emocionada. Hacía años que no recibía regalos, y en poco tiempo él me había dado más de lo que jamás imaginé. Necesito abrazarlo con fuerza, y lo hago.

—¡Me encanta!

—Quería que esta noche, cuando vayamos a la fiesta y llevemos a cabo tu plan, recuerdes que cada vez que te diga « se acabó », realmente significa que te amo —me dice. Yo asiento conmovida.

—Y cada vez que te diga que no te soporto, significa lo mismo, que te amo Cameron

Ryder. —Le digo, rodeando su cintura con mis brazos.

—No creo que fingir romper en público sirva para que Toni te deje en paz. —Me asegura preocupado Cam.

—Quiero que se olvide de ti. Lo conozco y es muy peligroso. No quiero que te relacione conmigo. —Le confieso con sinceridad.

—Está bien, si es lo que quieres lo haremos. Solo espero que lleves razón. —Me susurra y no puedo evitar sentir un nudo en el estómago.

—Servirá. Pasará de ti y es cuestión de tiempo que yo también deje de importarle. —Le explico, y puedo ver la determinación en su mirada.

« No creo que Toni me deje nunca en paz ». Pero no se lo digo.

El resto de la tarde lo pasamos cocinando y preparando la comida de la semana. Cuando el reloj marca las siete nos duchamos y nos preparamos para ir a la fiesta. Recogemos a Avery, que está al tanto del plan. Mi amiga me abraza.

—Tranquila, no creo que esa rata sea tan estúpida de aparecer por aquí. —Me asegura con firmeza mi amiga.

—Eso espero. —Le sonrío fingiendo una tranquilidad que no siento.

Entramos en la fraternidad de los chicos de Sigma. La música retumba en mis oídos tan fuerte que hace que el suelo tiemble bajo mis pies. La sala está iluminada con luces de colores que giran y parpadean, creando un ambiente festivo, pero mi mente está centrada en lo que está por venir. Cam me toma de la mano, Avery nos sigue y llegamos a un rincón dónde están los chicos. Todos me miran con expresión seria y sé que Cam les ha contado por encima lo que ha sucedido con Toni y la idea que tengo. Travis se acerca a mí y mira a Cam, pidiéndole un poco de espacio, para hablar conmigo.

—Mi padre es un coronel de la marina y podría ayudarnos si ese cretino intenta volver a acercarse a ti. —Me asegura Travis.

Avery, sonrío complacida de oír las palabras de su hermano.

—Estoy bien. Él ya no está en mi vida y solo quiero que disfrutéis de la fiesta. —Les digo sintiéndome culpable de implicarlos en cierto modo a todos un poco.

Cam descansa su mano en la parte baja de mi espalda. Su mirada turquesa me atraviesa y eso me hace sentir un nudo en el estómago.

—Recuerda, solo actúa. —Me pide en voz baja pero firme.

Asiento y siento el peso de toda la situación. Respiro para reunir valor. Cam se aleja un par de pasos antes de hablar.

—¡Se acabó! —Exclama en un tono elevado para atraer la atención de quienes están cerca—. No puedo seguir así, Sam porque no sé si lo nuestro tiene sentido. —Sus palabras flotan en el aire con dureza haciendo que la música quede en un segundo plano.

—¿Y piensas que no lo veo? ¡Estoy harta de que el equipo sea todo para ti! ¡No te soporto! —Respondo intentando sonar convincente.

Cam se rasca la nuca, fingiendo frustración y todo aquel que nos rodea se vuelve hacia nosotros para mirarnos con curiosidad. Soy consciente de que estamos logrando nuestro objetivo.

—Si no me soportas, ¿por qué diablos estás conmigo? —continúa con un tono lleno de reproches.

—Porque ha sido un error. —Le replico fingiendo rabia. Aunque realmente siento tristeza de tener que estar haciendo esta actuación.

La mirada de Cam se suaviza por un instante, pero enseguida vuelve a ser fría y dura.

—Pues se acabó —afirma.

Sus palabras me atraviesan como un puñal. Su voz suena tan real que de forma inconsciente llevo mi mano al colgante. Acaricio su regalo, sabiendo que en un rato estaremos en casa riéndonos de este desastroso teatro.

—Si es lo que quieres, entonces está bien —digo con voz temblorosa.

Cam da un paso atrás, y en ese momento, el mundo parece detenerse. La multitud murmura a nuestro alrededor. Las miradas curiosas nos envuelven. Siento que estoy en una película, interpretando un papel que nadie debería tener que actuar o vivir.

—Quizás nunca deberíamos de haber empezado —susurro.

Dando un paso en la dirección opuesta. Me doy la vuelta, tratando de controlar las lágrimas que amenazan con caer. La sala parece girar a mi alrededor mientras me alejo de él. Cada paso está tan lleno de una angustia que se siente real. La música retumba, pero en mi corazón solo hay silencio. Mientras me alejo, siento que Cam me observa, y aunque estamos fingiendo, el dolor es auténtico. La actuación puede haber comenzado como un plan, pero las emociones que surgen son mucho más reales de lo que esperaba.

Oigo pasos detrás de mí. Miro un segundo hacia atrás y veo a Avery que me alcanza observándome preocupada. No es hasta que estamos en el jardín a solas cuando nos detenemos.

—¿Estás bien? —Me pregunta en un susurro, deteniéndose frente a mí.

La abrazo con fuerza. Su calidez me envuelve. Las lágrimas que había estado conteniendo comienzan a fluir. Asiento contra su hombro, incapaz de encontrar las palabras.

—No sé si esto va a funcionar, pero solo quiero proteger a Cam. —Le confieso alterada.

—Shh, va a funcionar. —Me asegura mientras me acaricia con cariño la espalda—.

Ahora relájate y respira.

Cuando me siento más calmada, me separo de ella y me seco las lágrimas con las manos.

—Voy a coger un taxi para volver a casa. —Le digo a mi amiga con una sonrisa débil.

—No, yo te acompaño —responde, pero la interrumpo.

—Ni en sueños. Tu cita está a punto de llegar y tienes que disfrutar. —Le comento, sabiendo que está ilusionada con el chico que conoció en el autobús, cuando fuimos a Minnesota. Trato de sonreír para que no se preocupe por nada y aunque la veo dudar un instante, finalmente asiente.

—Escríbeme cuando llegues, ¿vale? —Me pide y asiento.

El taxi llega rápido, me despido de mi amiga y me subo sintiendo alivio de escapar de la fiesta. Mientras el coche avanza, saco mi móvil y leo un mensaje.

De: Cam.

Me quedo un poco y vuelvo a casa contigo.

Te veo en un ratito, te quiero cariño.

Un suspiro se escapa de mis labios. Deseo que Toni desaparezca de mi vida para siempre. Le respondo a Cam diciéndole que le espero en casa y bloqueo el móvil. Miro por la ventana del coche y la ansiedad aparece de nuevo, solo quiero que se olvide de Cam, que no intente hacerle daño y que ojalá pase de mí.



CAPÍTULO 48

Samantha

Cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura de la puerta de entrada al edificio, siento que el calor se me va del cuerpo al verlo. Toni me coge del codo y hace que me gire para quedar frente a él.

—¿Crees que soy idiota? —Me pregunta enfadado—. Rompes con tu novio y vuelves a su casa.

No respondo, no funcionaría volver a mentirle. Así que intento ignorarlo y hacer como que no le he oído. Vuelvo a poner la llave en la cerradura y en el momento en que la puerta se abre, siento el frío de un metal clavarse en mi garganta.

—Si gritas, te juro que te mato. —Me amenaza. Asiento, temblando de miedo—. ¿Dónde está tu novio? —Me pregunta. Trago saliva y niego sin ser capaz de articular una palabra. La hoja del cuchillo se ciñe sobre mi piel—. Vamos Samy, dime la verdad.

—No sé dónde está, hemos discutido. —Consigo decir.

No logro verlo porque estoy de espaldas a él, pero por el reflejo del cristal de la puerta veo como sonríe con malicia.

—Genial. Si me estás mintiendo te mataré y luego haré lo mismo con él.

—Es la verdad. —Intento que me crea.

—Vámonos. Camina con naturalidad y no hagas ninguna estupidez. ¿Está claro? —Me exige y asiento.

Hago lo que me dice, hasta que llegamos a un coche blanco y me abre la puerta para que suba. Los escasos segundos que él tarda en rodear el coche y subir, saco mi móvil y cuando estoy a punto de marcar el teléfono de Phil, me lo arrebató de las manos y lo tira por la ventana. Toni arranca el coche y sale con ferocidad del aparcamiento. Conduce con urgencia y peligro hasta que salimos del campus.

Siento mi corazón palpar desenfrenado. Veo el peligro acechando. Toni está alterado y posiblemente drogado. Abre la guantera, donde veo una pistola, unas esposas y un paquete de tabaco. Coge un cigarro y tras dar la primera calada sonríe un poco relajado.

—Al fin juntos, como en los viejos tiempos muñeca.

No respondo. Él me mira con una sonrisa escalofriante y me acaricia la mejilla. Me aparto con repulsión. Salimos de Cedar Falls y entramos en la autovía. Un coche patrulla toca la sirena y Toni se pone en tensión.

—¿Qué coño has hecho? —Me pregunta alterado.

—No he hecho nada, te recuerdo que no tengo móvil.

La policía le da el alto. Él se echa a un lado de la carretera. Las luces del coche patrulla se reflejan en el interior del coche. Toni mira por el retrovisor y chasquea la lengua con fastidio apagando el cigarro en una lata de cerveza que hay en el posavasos.

—No vayas a pedir ayuda o lo mato. —Me advierte cogiendo la pistola de la guantera y guardándola debajo de su asiento.

No me da tiempo a responder con un escueto « sí » porque el guardia se detiene junto a la ventanilla de Toni, y nos mira con desconfianza.

—Buenas noches, se ha saltado usted el desvío por el que iba, y ha continuado recto al vernos. —Le informa el policía.

—Buenas noches agente, para nada. Solo sigo mi camino. —Miente Toni.

—Me puede dar su carnet de conducir. —Le pide y él asiente.

—Ahora mismo jefe. —Le responde. Veo como se inclina para coger algo debajo del asiento y me tenso—. Aquí tiene.

—Un momento. —Le ordena mientras comprueba la documentación que le ha entregado Toni. Antes de alejarse el agente, se inclina un poco más y me mira—. ¿Estás bien? —Me pregunta y asiento.

—Sí agente —respondo, pero mi voz suena demasiado débil, así que sonrío.

El policía mira con recelo a Toni y vuelve a mirar el carnet. Camina frente a la parte delantera del coche y lo vemos dar la matrícula por radio. Toni guarda silencio y tamborilea con sus dedos el volante del coche. Los minutos pasan y a mi se me hace eterno. Todo mi cuerpo está en tensión y sé que cualquier cosa que yo haga, puede ponerlo nervioso y pagarlo con el pobre hombre. Así que guardo silencio. Sigo quieta y me limito a mirar al frente. Al cabo de unos minutos se acerca a nosotros y le devuelve el carnet.

—Todo en orden. —Nos dice.

—Así es jefe, ¿podemos continuar? —Le pregunta.

El agente parece dudar un segundo. Me mira una última vez y al ver que no hago ninguna señal de pedir ayuda, este asiente.

—Sí, pueden continuar.

No es hasta que Toni regresa a la carretera que vuelvo a respirar. No podría soportar ver cómo es capaz de hacer daño al policía y quedarse tan tranquilo. Miro por la ventana y veo que vamos dirección a Janesville. Entonces me atrevo a hablar por primera vez desde que apareció.

—Si estás con la condicional, ¿por qué te juegas tu libertad? —Le pregunto. Él sonrío como lo haría una hiena.

—No voy a entrar en tu juego. —Me responde ignorando mi pregunta.

—No estoy jugando, tan solo quiero saber por qué has venido a por mí. Sabes que esto es un secuestro y cuando te cojan...

—¡No lo harán! —Grita fuera de sí frenando el coche en seco.

Mi cuerpo se sacude en el asiento como si fuera una muñeca de trapo. La fuerza de la frenada hace que me incline hacia delante y mi cabeza casi golpee el salpicadero, por suerte el cinturón de seguridad me retiene. La adrenalina me recorre las venas y mi corazón late con tanta fuerza que resuena en mis oídos.

A través de las ventanas, las luces de las farolas de una gasolinera cercana nos iluminan lo suficiente para ver en su mirada que vuelve a estar fuera de sí.

—Solo quiero cobrarme todo lo que me quitaste. —Me asegura con frialdad.

Ante tal afirmación los músculos de mi cuerpo se tensan y un escalofrío me recorre toda la espalda.

—Le quitaste la vida a una persona. Yo tenía catorce años... Me asusté.

—¡Era un drogadicto!

—No eres mejor que él —afirmo.

Un segundo después, un dolor punzante explota en mi sien. Todo sucede tan rápido que apenas tengo tiempo de comprender que Toni me ha golpeado con algo. La visión se me nubla, y una sombra oscura comienza a envolverme. El mundo exterior se desvanece, dejando solo el eco de mi respiración. Un último pensamiento de desesperación atraviesa mi mente antes de que todo se vuelva negro, como si la conciencia se deslizara entre mis dedos, dejándome sumida en una completa oscuridad.

« Cam, siempre te querré ».

A graphic featuring the word 'CAPÍTULO' in a large, serif font, followed by the number '49'. Below the text is a silhouette of a skateboard with two wheels visible. A blue line, resembling a jump or a trick, starts from the skateboard and goes up to a small orange basketball.

CAPÍTULO 49

Cameron

Cuando llego a casa, lo hago con una sonrisa victoriosa. Estoy seguro de que nuestro plan tendrá efecto. Ese capullo la dejará en paz y Sam será libre. Abro la puerta con una enorme sonrisa que se eclipsa cuando veo que todo está oscuro y en completo silencio. No hay rastro de mi chica. El silencio me envuelve y me extraña que no haya llegado cuando ella salió antes para casa.

—Sam, ¿estás aquí? —La llamo, pero mi voz se pierde en el eco vacío de la casa. Me acerco al salón. La tele está apagada y no está dormida en el sofá. La inquietud comienza a crecer en mi pecho. Su bolso no está en la mesa y tampoco hay indicios de que haya estado aquí. Los latidos de mi corazón resuenan como un tambor africano en mis oídos.

Saco mi teléfono, marco su número, pero no contesta. Me salta el buzón de voz y eso me provoca una punzada de ansiedad. Un mal presentimiento se apodera de mí. Mientras vuelvo a llamarla una y otra vez.

Voy a la cocina y nada parece fuera de lugar. La llamo en voz alta y entro en su dormitorio y en el mío, no hay ni rastro de ella. Me detengo frente a la puerta del baño, lo último por comprobar. Golpeo suavemente la puerta y espero. Nada. En ese momento la angustia comienza a brotar en mi interior y llamo a Avery. Tal vez ella sepa algo.

—¿Avery? Soy Cam —Le digo tratando de mantener la calma, pero mi voz tiembla ligeramente.

—Ya sé quién eres, te tengo guardado. ¿Todo bien? —Me pregunta despreocupada y oigo la música amortiguada, que me indica que ella sigue en la fiesta.

—No. No encuentro a Sam. No está en casa. ¿Tú la trajiste?

—No quiso, cogió un taxi. Me dijo que me avisaría cuando llegara, pero no lo ha hecho. —Su voz se vuelve más seria al darse cuenta de ello.

—Avery, ¿estás segura de que la dejó en casa? Su móvil está apagado. —Le digo con una creciente sensación de pánico.

—Sí, yo misma oí cómo le pidió al taxista que la llevase a tu casa. Tal vez se encontró a alguien y se quedó hablando.

—Tengo un mal presentimiento, ¿y si Toni ha aparecido? —Le sugiero, tragando saliva para intentar diluir el nudo de ansiedad que me oprime el pecho.

—Voy a buscar a mi hermano y a los chicos. Vamos para allá.

Cuelga y una sensación oscura se cierne sobre mí. Algo no va bien. Salgo de casa y no tengo paciencia para esperar el ascensor. Cuando llego a la calle la brisa fresca de la noche me abraza, pero no logra serenarme. Miro a mi alrededor, busco cualquier cosa de ella. Las sombras de los

árboles se alargan con la luz de las farolas. De repente me fijo en algo que brilla en la carretera que capta mi atención. Mi corazón se detiene, cuando me acerco y reconozco su teléfono, roto, hecho añicos. Mi cuerpo se tensa, el miedo se apodera de mí cuando lo recojo y lo sostengo en mis manos.

—No, no, no... —Susurro, sabiendo con certeza lo que esto significa. Un golpe de miedo me sacude. Ha sido Toni. Me aferro a su teléfono como si pudiera invocar que mi novia regrese a mí.

El caos en mi mente comienza a tomar forma. Mis manos tiemblan mientras decido qué hacer. Necesito a mis amigos. Rápidamente, empiezo a enviar mensajes a todos. Les pido que vengan, tenemos que buscar a Sam. Marco el número de seguridad del campus. La voz del operador es impasible y cada pregunta que me hace parece alargar el tiempo.

—Por favor, necesito que envíen a alguien. Mi novia no ha regresado a casa, he encontrado su teléfono destrozado y está desaparecida. —Mi voz se quiebra, pero sigo adelante, intentando mantenerme enfocado.

Después de lo que parecen horas, cuelgo y miro hacia la carretera, esperando a que aparezca la patrulla de seguridad del campus. Mi mente da vueltas, atormentada por mis peores corazonadas...



CAPÍTULO 50





Samantha

El dolor punzante de cabeza me despierta, como un martillo golpeando el interior de mi cráneo. Abro los ojos lentamente. El mundo que me rodea se va aclarando, pero no reconozco el lugar. El aire es frío y húmedo. Estoy sentada en el suelo, apoyada contra algo duro, intento moverme y siento la presión de las esposas ceñirse a mis muñecas. Levanto la cabeza y observo de que estoy atada a una tubería de gas. Trato de recordar cómo llegué aquí, pero mi mente está nublada de un dolor sordo que me recorre todo el cuerpo. Respiro hondo y trato de mantener la calma. Recuerdo la fiesta. Llegué a casa y apareció Toni. Entonces caigo en la cuenta de que me golpeó con algo en la cabeza, tal vez lo hizo con la culata de la pistola. Cierro los ojos cuando una nueva punzada me azota la sien. La habitación donde me encuentro es sombría, iluminada por una débil luz que se filtra a través de una rendija en la pared. Un leve olor a metal y humedad inunda mis sentidos. Siento náuseas que intento controlar.

—¿Hola? —Grito, pero mi voz apenas suena en un susurro.

El eco de mi propia voz resuena en las cuatro paredes y desesperada muevo las piernas tratando de ponerme en pie, pero un intenso dolor de las esposas que me cortan la piel me detiene. El sudor comienza a brotar en mi frente, y un escalofrío me recorre al pensar en Cam.

« ¿Cam me estará buscando? »

« ¿Cuánto tiempo llevo aquí? »

« ¿Mi madre estará bien? »

Con cada latido de mi corazón, el dolor de cabeza se intensifica. Grito. Pido ayuda, pero al cabo de varios segundos comprendo que no sirve de nada. Nadie me va a oír. La desesperación me desborda y empiezo a moverme, sin importarme el dolor que siento en los hombros que me tiran. Intento buscar un ángulo que me permita liberarme. La tubería fría contra mi espalda no se mueve ni un ápice. Suelto un suspiro derrotada.

Mi cuerpo se queda dolorido y el cansancio amenaza con vencer, pero la necesidad de salvarme me permite seguir luchando. Barro con la mirada la estancia, con la esperanza de encontrar algo que me permita liberarme. A unos metros de mí, veo un objeto que brilla débilmente. No puedo distinguir qué es, pero la posibilidad de que me sirva para escapar me anima. Estiro mis piernas todo lo que puedo e intento atraparlo con mis pies. La sonrisa encantadora de Cam, su voz al llamarme, o pensar en su mano entrelazada con la mía, me llenan de fuerzas para seguir. No puedo dejar que esto sea el final.

Un ruido sordo de una puerta abrirse a mi izquierda, me saca de mis pensamientos. Me quedo quieta. Siento que mi corazón se detiene cuando me tropiezo con la mirada oscura y la sonrisa torcida, del chico que durante años había sido el protagonista de mis peores pesadillas.

—¡Al fin despierta! Llevas horas inconsciente.

—¡No te acerques a mí! —Le advierto con ferocidad. A él parece divertirse, porque su sonrisa se hace más grande.

—Vamos Samy, no me dejaste otra opción. Lo siento. —Afirma sin un atisbo de remordimiento en su mirada—. Levanta que nos vamos.

Antes de que pueda responder, Toni se acerca a mí, me quita las esposas y me coge del brazo levantándome. Mis muñecas se quejan de dolor. Siento un leve mareo al ponerme en pie.

—¡Suéltame Toni! —Le exijo, pero no lo hace. Me mira con una mezcla de desesperación y rabia en sus ojos.

—Necesito que me ayudes con algo, si lo haces bien no te pasará nada.

No respondo, tan solo me ciño a dar un paso tras de otro sin caerme. Estamos en lo que parece una nave industrial abandonada y en el centro de la misma se encuentra la ranchera de Toni. Él tira de mí con exigencia. Apresura el paso. Abre la puerta para que suba al coche y prácticamente me empuja para que lo haga. Da un portazo y veo en la alfombra junto a la palanca de cambio la pistola, miro por encima del hombro y veo que está guardando algo en el maletero. Estiro la pierna con sutileza y piso el arma para arrastrarla hasta mí. No me muevo, cierro los ojos y finjo somnolencia cuando él se sube al coche. Ayer Toni rompió en mil pedazos mi móvil. No sé dónde estoy. No hay forma de pedir ayuda a la policía o a Cam. Si quiero salvarme, tengo que jugármela y pienso hacerlo.

—¿Por qué me necesitas? —Le pregunto. Siento las lágrimas de tristeza, el miedo e inquietud amenazando con salir desenfrenados, pero no puedo ser débil. No puedo rendirme.

Toni, no responde al instante. Al principio creo que me ignora, arranca el coche y salimos de la nave. No es hasta pasado varios minutos que me mira con tormento y suelta un bufido malhumorado.

—Estoy en problemas muñeca. Tengo que cerrar un trato y no tengo el dinero que me piden.

—¿Y qué tengo yo que ver con ese trato? —Le pregunto.

Muevo mis manos lentas por mis muslos. Toni me observa y finjo mover las muñecas doloridas.

—Me harás ganar tiempo. Te entregaré como un anticipo. —Su mirada oscura me advierte de que no va a dudar en hacerlo.

Está hablando en serio.

Un escalofrío desagradable me recorre la espina dorsal y siento que se me anudan las entrañas, solo de pensar que llegue a pasar. No puedo dejar que eso suceda. No tengo un plan y sé que si fallo mi vida está en peligro, pero si no hago nada, mi destino no pinta mejor.

No sé cuánto tiempo tengo.

No sé a dónde nos dirigimos.

Así que espero que Toni vaya más relajado. Muevo mi mano derecha por el lateral del sillón junto a la puerta y atrapo la pistola. Mi corazón se acelera por la adrenalina del momento. Espero a que se detenga en un stop y cuando me mira, lo apunto con la pistola sin dudar. Toni no se sorprende, sonrío y suelta una carcajada mofándose.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Me pregunta sin un atisbo de miedo.

—Para el coche. Mi viaje se acaba aquí. —Le advierto, pero veo como le divierte la situación.

—No vas a dispararme. —Me asegura relajado.

Le quito el seguro y en el momento en que lo hago, la sonrisa soberbia se borra de sus labios.

—¡Haz lo que te digo! Desbloquea la puerta. —Le exijo, gritándole.

Toni quita una mano del volante, la mueve con lentitud y cuando está a punto de pulsar el botón de desbloqueo se mueve con rapidez para arrojarse sobre mí. Cierro los ojos y presiono el gatillo de la pistola. Un estruendo ensordecedor estalla en el aire, como un trueno que corta el aire. Todo mi mundo se detiene por un instante. Un grito de dolor atraviesa el silencio con una brutalidad desmedida. Al abrir los ojos, veo sangre. Toni se agarra con dolor la mano y todo se vuelve confuso. La adrenalina fluye a través de mis venas. Una mezcla de terror y agitación se apodera de mí. No sé si estoy temblando por el impacto del disparo o por lo que acabo de hacer.

Abro la puerta del coche y salto a la carretera. El semáforo se ha vuelto a poner en verde, los coches pasan a toda velocidad, sus bocinas resuenan a mi alrededor, pitan al rebasarlos. Siento náuseas cuando veo mis manos manchadas de sangre y me recuerdan lo que acabo de hacer.

Empiezo a correr en dirección opuesta al coche de Toni.

—¡Samantha! ¡Vuelve aquí! —Me grita, mientras corro y me alejo de él.

El sonido de una sirena se hace cada vez más fuerte, es el FBI. Me detengo cuando llego a la acera, suelto la pistola y levanto las manos. Señalo hacia el coche de Toni. Los agentes salen del coche y al ver mi aspecto no ven nada bueno.

—¡Alto! —Me grita apuntándome con su arma.

En ese momento el miedo me inunda, miro la pistola que está en el suelo. Una segunda patrulla aparece deteniéndose delante del coche de Toni, para bloquear su camino. Veo a los agentes rodear el vehículo. Siento una gran calma abrazarme, haciendo que rompa a llorar.

—¿Estás herida? — Me pregunta un agente que sigue apuntándome con su arma, yo niego con la cabeza. Su expresión de desconfianza cambia a confusión — . ¿Cómo se llama?

— Samantha Parker.

Miro hacia el coche de Toni, donde sus gritos se hacen más nítidos cuando lo sacan y le ponen las manos sobre el coche. Su mirada llena de ira se cruza con la mía.

—Puedes bajar las manos Samantha. —Me sugiere el policía que deja de apuntarme y camina hasta mí—. Llevamos dos días buscándote.

—Él me secuestró... —digo débilmente. Mi voz apenas suena en un susurro.

El agente asiente, se lleva la mano al hombro y habla por su emisora dando unos códigos que no entiendo y finalmente dice mi nombre.

—Vamos a asegurarnos de que estás bien. —Me dice el agente acercándose un poco más—. Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado. Venga conmigo.

Caminamos para el coche patrulla y miro una última vez hacia Toni. Lo tienen esposado. Una sensación de paz y liberación comienza a brotar en mi corazón. Pienso en mi madre. Las dos al fin estaremos a salvo. La pesadilla se ha acabado.

Mientras nos alejamos el agente continúa hablando, pero mis pensamientos se centran en la libertad que ya he recuperado. No puedo evitar pensar en Cam. El deseo de hablar con él se convierte en una necesidad urgente. Me detengo y miro al agente, sintiendo que la voz me tiembla al hablar.

—¿Puedo hacer una llamada?



CAPÍTULO 51

Cameron

El ambiente en mi piso es tenso. Mis amigos están sentados en el sofá. Travis y Garret hablan en voz baja. Atlas tiene la mirada fija en la pantalla del televisor dónde están dando las noticias del día. Avery está sentada a mi lado y su mirada refleja la ansiedad que todos compartimos. Mi madre y Jack han llegado esta madrugada y ahora están en la cocina preparando café. La incertidumbre nos rodea como una sombra, y cada segundo que pasa se convierte en una eternidad.

Una vez más miro la pantalla apagada de mi móvil y mi mente empieza a divagar. Los agentes me dijeron que me llamarían en cuanto tuvieran noticias de Samantha, pero cada segundo que pasa sin noticias suyas se hace agónico. No puedo dejar de pensar en el daño que podría hacerle ese delincuente.

—¿Cómo estás, Cam? —Me pregunta Garret intentando romper el silencio incómodo que nos abraza.

—Aterrado —respondo con sinceridad.

Me siento atrapado en un torbellino de emociones que van desde la desesperación hasta la rabia.

—Sam es fuerte —añade Avery dándome ánimos.

El salón vuelve a quedarse en silencio y vuelvo a centrar mi atención en mi móvil que descansa sobre mi muslo. De repente la pantalla se ilumina y siento que mi corazón se salta un latido mientras miro un número desconocido que llama. Con los dedos temblorosos, lo cojo. Siento que la tensión crece por cada segundo que pasa.

—¿Cam? —Su voz dulce me atraviesa como un rayo de esperanza. La escucho y es como si el mundo entero se desvaneciera. Solo escucho su voz.

—¡Sam!

Me levanto del sofá con más fuerza de la necesaria y siento cómo la adrenalina comienza a fluir por mis venas. Todos hacen lo mismo cuando me oyen pronunciar su nombre. Mi madre aparece corriendo y me mira nerviosa. Durante horas he temido lo peor. La idea de perderla y nunca más oír su risa, me entumecía los sentidos. Y cómo si el universo hubiese oído mis plegarias, Sam está al otro lado de la línea.

—Es ella. —Logro decirles a todos—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —La angustia en mi voz es inconfundible.

—Estoy bien. Me encuentro en la comisaría de Janesville.

Aunque su voz suena temblorosa, oírla es un bálsamo de alivio para mi corazón.

—Voy para allá cariño —respondo sin pensarlo dos veces.

—Hasta ahora. —Se despide de mí.

Necesito verla y abrazarla. Necesito asegurarme de que está a salvo. Siento una mezcla de

nervios, miedo, felicidad y alivio que solo hacen crecer el nudo de mi estómago. Durante horas me he imaginado lo peor, pero ahora esta pesadilla está a punto de terminarse.

—Samantha está en la comisaría de Janesville. ¡Vamos! —Les digo con decisión.

—Nos repartimos en varios coches. —Anuncia mi madre—. Cam, tú no puedes conducir, estás demasiado nervioso.

—Estoy bien.

—No colega —añade Trav, apoyando a mi madre.

—Venga, no hay tiempo que perder. —Nos recuerda Avery cuando ya va saliendo por la puerta de casa.

Avery, Travis y yo, vamos en el asiento trasero del coche de Jack. El silencio vuelve a reinar. Siento cómo una mezcla de tensión y preocupación se respira en el ambiente. No podemos estar tranquilos hasta verla.

Mientras nos dirigimos a Janesville, mi mente se llena de preguntas sin respuestas.

¿Le habrá hecho daño?

¿Y si está herida?

Al pensar en ello, la determinación crece dentro de mí. La ira se intensifica, y un pensamiento se establece firmemente en mi mente. Ese maldito pagará por lo que le ha hecho.

El camino hacia Janesville se me hace interminable, pero me repito que Sam está a salvo y pronto estaré a su lado. Finalmente, después de lo que parece una eternidad llegamos a la comisaría. Al salir del coche, una ola de preocupación me inunda. Corro impaciente por verla. Al cruzar la puerta, me acerco al mostrador donde un oficial me observa con curiosidad.

—¿Puedo ayudarle? —Me pregunta.

—Vengo por Samantha Parker —respondo casi sin aliento.

—¿Es usted un familiar?

—Soy su novio.

—Muy bien, sígueme.

Hago lo que me dice, me giro para mirar a mis amigos y a mi madre, que me sonríe con calma mientras todos se quedan en la sala de la entrada.

Siento que mi corazón late con fuerza por cada paso que doy hacia una puerta de cristal opaco. Cuando cruzo la puerta la veo y mi mundo se detiene. Samantha está sentada en una silla, está pálida y parece cansada. Pero su rostro se ilumina cuando me ve y siento el alivio abrazarme al ver que está a salvo.

—Cam —susurra y en ese instante todo lo demás se desdibuja.

El ruido de la comisaría, las luces fluorescentes del techo, los rostros de los que nos miran con atención, todo deja de importar y solo existimos nosotros dos. Me lanzo hacia ella y la envuelvo en mis brazos. Por primera vez siento que respiro su calor, su vida.

—Menos mal que estás bien. —Le digo y mi voz se quiebra por la emoción.

—Estoy bien —repite.

—Lo siento mucho. —Le confieso.

—No has hecho nada. —Me dice con una sonrisa débil.

—Por eso mismo, no pude protegerte. —Me quejo.

—Pero has sido mi motivación para luchar, hasta escaparme. —En ese momento, su sonrisa se vuelve un poco más intensa, con un destello de la chica luchadora que es.

—Por supuesto gafitas, olvidé que eres muy valiente. —Sonreímos al unísono.

Mientras la abrazo un sentimiento de gratitud me inunda. Gracias a la vida por devolverme a mi

chica. Siento que mis lágrimas amenazan con salir. La atraigo hacia mí y nuestras bocas se encuentran en un beso lleno de intensidad, de amor y desesperación.

Sus labios suaves y cálidos acarician con deleite mi boca. Siento cómo su respiración se mezcla con la mía, creando un puente invisible entre nosotros. Una conexión que nos abraza, nos protege y nos aísla del mundo. Una oleada de emociones me inunda, alivio, amor y un profundo deseo de protegerla siempre.

Las lágrimas caen por mi rostro y la verdad es que no me importa, porque lloré de alegría. Samantha acaricia mi rostro con cariño y con su dedo pulgar borra mis lágrimas. Siento que todo el dolor y el sufrimiento desaparecen. Me separo ligeramente de ella, apoyo mi frente sobre la suya, acuno su rostro entre mis manos y la miro feliz porque me siento el hombre más afortunado de la Tierra. La miro a los ojos y en su mirada veo la misma mezcla de alivio y amor que ambos sentimos.

—Te quiero. —Le declaro con voz aún temblorosa por la emoción.

—Yo también te quiero Cameron Ryder.

Sin dejar de mirarme me sonrío con tanta felicidad que siento que estoy en un sueño. Sonrío al saber que la pesadilla se acaba ahora. Con un suspiro la abrazo de nuevo y sé que juntos somos invencibles.



CAPÍTULO 52

Samantha

Han pasado tres meses desde aquel horrible secuestro y aunque la cicatriz emocional todavía persiste, mi vida comienza a recuperar la normalidad.

Toni ha vuelto a la cárcel y esta vez parece que estará allí por mucho tiempo. Saber que ya no podrá hacer daño a nadie, especialmente a mí, me ha dado una sensación de paz que creía perdida.

La Navidad la pasamos en casa de la madre de Cam. Su hogar estaba decorado con luces brillantes. El aroma a galletas recién horneadas llenaba el aire. Cameron empezaba a estar agusto con su madre y había mejorado su relación con Jack, esto me hacía sentir que todo estaba bien y que de alguna manera el mundo seguía girando. Cam y yo pasábamos los días juntos, estudiábamos para los finales y disfrutábamos de cada momento el uno con el otro. Su madre me hizo sentir parte de la familia y el año nuevo fue conmovedor. Eran mi familia.

Mi madre pasó el día con nosotros y por primera vez en años la vi sonreír de verdad. El médico del centro de desintoxicación en el que estaba interna le permitió pasar la fiesta con nosotros y por fin parecía que estaba encontrando su camino. Verla más fuerte y saludable, me hizo creer que todo era posible.

Después de la semana de descanso, tiene comienzo el segundo semestre. Siento una mezcla de nervios y emoción. He aprobado todas las asignaturas y Cam, por fin ha aprobado la asignatura de fluidos mecánicos.

Hoy es mi primer día de regreso al trabajo en el supermercado, tras los exámenes. Al entrar, Jenna, mi jefa, me recibe con una sonrisa cálida.

—¡Samantha! —Exclama acercándose a mí para abrazarme. —Que alegría tenerte de vuelta.

—Gracias, Jenna. Feliz año nuevo. Echaba de menos volver a la rutina. —Le aseguro. Ella me sostiene por los hombros con orgullo.

—Pues ponte el uniforme y encárgate del pasillo de los snacks. Está hecho un desastre. —Se queja y yo asiento feliz—. Feliz año nuevo para ti también.

Cuando empiezo a organizar el pasillo, sonrío feliz de sentir que la normalidad vuelve a reinar en mi vida. Mientras coloco las bolsas de patatas y los dulces en su lugar, pienso en cómo he cambiado en estos meses. No solo mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Mamá está curándose de su adicción y ya no tengo miedo de que algo malo le pueda pasar.

Phil, el asistente social, me ha llamado hace unos días para darme la noticia de que mi madre tendrá un nuevo piso en un lugar más seguro. Me imagino a mi madre riendo feliz, trabajando y comiendo las dos en una terraza, sin preocuparnos por llegar a final de mes.

Oigo el sonido de unas ruedas que se deslizan por el *parquet* y que se aproximan hacía mí. Me giro sobre mis talones. Sonrío al ver a Cam acercándose a mí con su *skate*. Me observa sonriente. Su cabello desordenado sobresale por debajo de su gorra y antes de que pueda decir

algo, me sujeta por la cintura y me besa con ganas.

—¡Hola! —Susurra con una sonrisa que ilumina mi corazón.

—Hola —respondo sintiendo que su presencia es un regalo.

—¿Sabías que adoro estas patatas? —Me pregunta cogiendo un paquete

Me río, recordando el día de que casi me atropelló en este mismo pasillo y conociéndonos de la forma más peculiar que jamás imaginé. Hoy lo recuerdo como un maravilloso día.

—¿Por qué? —Le pregunto sonriendo.

—Porque conocí al amor de mi vida gracias a ellas —bromea y me lanza un guiño.

Cuando sonrío de esa forma tan despreocupada y juguetona, no puedo evitar sentir mariposas en el estómago. La complicidad nos envuelve y me encanta que siempre sea así.

—No podía esperar a que salieras de trabajar, así que antes de que Jenna me dé una patada en el culo por distraer a su empleada, quería preguntarte si vas a venir esta noche al partido. —Me comenta con su mirada turquesa llena de emoción.

—Por supuesto. —Le aseguro.

—Genial. Avery, me ha dicho que te recogerá luego con su novio. —Me informa.

—No es necesario. —Le comento.

Sé que desde que sucedió lo de Toni, no quieren dejarme sola ni un segundo. Cam se quita la gorra, se revuelve el pelo y se la vuelve a poner.

—Lo sé, pero tengo que estar calentando para el partido y no podré concentrarme en el juego si sé que vendrás sola.

—Vale, esperaré a Avery. —Le aseguro poniéndome de puntillas para darle un beso fugaz.

—Gracias cariño. Te veo luego.

—¡Arriba los Panthers! —Exclamo con una bolsa de patata que alzo en el aire como un trofeo y él suelta una carcajada.

—Te quiero gafitas.

—Y yo a ti capitán. —Le lanzo un guiño y él se va con una sonrisa feliz.

Suelto un suspiro de felicidad al darme cuenta de que el amor es inesperado y que a veces, florece en los momentos más oscuros iluminándolo todo con su luz. Porque la vida puede ser impredecible y por eso hay que valorar cada instante.



CAPÍTULO 53

Cameron

Estamos en el tercer cuarto del partido y la adrenalina corre por mis venas. Mi camiseta de los Panthers está adherida a mi piel, pero cada gota de sudor vale la pena. Estamos diez puntos arriba y avanzo con el balón por la cancha. Tengo un jugador de los Bradley Braves que se posiciona frente a mí y me impide avanzar. Busco otra opción y encuentro a Garret en la esquina levantando la mano para recibir el pase. Sin pensarlo, le lanzo el balón. En ese momento, el tiempo parece detenerse. Veo a cámara lenta cómo mi amigo atrapa el balón y justo cuando se prepara para hacer la jugada, un jugador del equipo contrario se lanza hacia él con una brusquedad que me deja helado. El golpe resuena como un trueno. Veo a Garret caer al suelo con un grito de dolor que atraviesa el aire. Un escalofrío recorre mi espalda mientras me apresuro a su lado.

—¡Vamos, colega! —Le animo cuando llego a él, sintiendo como las palabras se atascan en mi garganta—. Levántate.

Le pido ofreciéndole la mano, pero cuando se gira hacia mí, veo en sus ojos tanto dolor que sé que está jodido.

—No puedo, Ryder —susurra con la voz quebrada.

—¡Un médico! —Grito cuando siento que el pánico se apodera de mí.

Necesita ayuda. El entrenador y el personal médico no tarda en atenderlo y minutos después se llevan a mi amigo en una camilla. El árbitro detiene el partido cinco minutos y aunque vamos ganando, ahora mismo la victoria no significa nada para mí. Corro al vestuario y encuentro al entrenador Smith hablando con Garret, mientras que un médico le está vendando la rodilla. No tiene buena pinta. Él aguanta el roce de la venda con lágrimas de dolor.

—No puedo, entrenador. —Le dice Garret con un hilo de desesperación.

—No puede seguir, entrenador. —Los interrumpo.

El entrenador suspira. Su mirada se desvía hacia la ventana como si buscara respuestas en el cielo. Sabe que Garret no puede continuar, pero también sabe lo que está en juego.

—Garret, el ojeador de los Bulls está aquí. —Le recuerda en un vago intento de convencerlo—. Sabes que te juegas un contrato.

Garret cierra los ojos, sé que la presión es abrumadora, pero primero es su salud. Habrá más partidos. Justo cuando voy a hablar, su padre entra en el vestuario. Mi amigo cuando lo ve se remueve en la camilla incómodo.

—¿Qué diablos haces aquí? —Le pregunta Garret enfadado.

—El entrenador me informó de que los Bulls estaban interesados en ti y quise venir a verte jugar. —Le responde su padre con un tono tan severo como recordaba, pero con un atisbo

de preocupación.

Desde que conozco a Garret, supe que odiaba a su padre y que detestaba regresar al pueblo tras la muerte de su madre. Porque era el último en irse de vacaciones a su casa. Nadie conoce la verdadera historia del chico de la sonrisa eterna, que es como lo llaman. Pero solo nosotros, sus amigos, sabemos que esconde una adolescencia complicada. El baloncesto se convirtió en su vía de escape. Una vez nos contó a Travis, a Atlas y a mí que había pasado años tratando de captar la atención de su padre. Al ser alcalde del pueblo, su hijo era la última de sus prioridades y al parecer esa indiferencia se intensificó tras la muerte de su madre.

—¡Eh, tío! No tienes que impresionar a nadie —Le apoya Atlas entrando en el vestuario y le sostiene la mirada al padre de Garret.

Su padre frunce el ceño y el dolor en los ojos de Garret se intensifica.

—¡No puedes jugar así! —exclama Travis—. Esto solo es un partido colegia.

—Solo queda el último cuarto. —Nos informa Garret con determinación—. Voy a intentarlo.

Oír tal afirmación hace que mi corazón se acelere. Miro su rodilla hinchada y sé que no es una buena idea. Quiero impedirle que cometa semejante brutalidad. Se lo prohibiría si pudiera, pero me pongo en su lugar y yo haría lo mismo. Daría todo hasta el final, porque la mínima posibilidad de ser elegido, de poder cumplir un sueño, pesa más que el dolor físico que debe de estar sintiendo.

—¿Estás seguro? —Le pregunta el entrenador colocando una mano en su hombro.

—Sí señor Smith —responde mi amigo mirando a su padre con determinación.

—Ánimo hijo.

Salimos del vestuario y pisamos el suelo de *parquet*. El rugido y los aplausos de la afición nos recibe como un abrazo reconfortante y lleno de ánimos. Garret avanza con una leve cojera. Sé que es capaz de aguantar lo que queda de partido. Busco a Samantha entre la multitud y la veo aplaudiendo con una enorme sonrisa que me calienta el alma. Me centro en ella como la luz que me calma en medio de la tormenta. Le lanzo una sonrisa acompañada de un beso, antes de trotar hasta mi posición. El árbitro toca el silbato y la jugada comienza. Consigo el balón. Me muevo rápido. Lo boto contra el *parquet*. Me escapo de un *pivot* de los Braves. Miro hacia la canasta y sé que me podría lucir. Pero si hay un ojeador de los Bulls, quiero que se fijen en mi amigo y en el sacrificio que está haciendo. Le paso el balón a Garret, que aunque cojea, se mueve rápido porque sus ganas son más fuertes que cualquier dolor. Hace canasta y todo el público enloquece. Sonrío orgulloso y el partido continúa. Una nueva jugada hace que los Braves tengan el balón. Travis se lo arrebató al saltar y corta el pase. Trav se mueve hasta lanzarla a Garret y entonces veo cómo todo sucede a cámara lenta. De nuevo el jugador que antes había golpeado a mi amigo se lanza sobre él golpeándole adrede en la pierna. El cuerpo de Garret cae al suelo. Siento cómo el mundo se detiene. Todo se queda en silencio, Garret no se mueve, no sé levanta. Corremos hacia él, está inconsciente. Entonces veo que en la vida todo puede perderse en un segundo.

El caos se desata tras el golpe a Garret. Los médicos y el entrenador corren para atenderlo, pero esta vez no sigo a mi amigo. Me dirijo hacia el chico que le ha causado el daño. Ver cómo sonrío con arrogancia mientras mi amigo yace inconsciente, me hace perder la cordura.

—¡Tú! —Le grito agarrándolo de la camiseta y empujándolo contra la barrera que separa la cancha de las gradas—. ¿Qué demonios te pasa? —Mascullo fuera de sí.

El chico se sorprende cuando lo atrapo, puedo escuchar a mi entrenador gritar mi nombre, pero la

ira hace que su voz se desvanezca por el torrente de adrenalina que corre por mis venas.

—¡Cameron, basta! —Grita el entrenador Smith que viene en mi dirección, pero no quiero detenerme.

En ese instante, solo veo rojo. Samantha me grita que pare. Asustada, sigue gritando mi nombre. Su ruego logra atravesar mi furia. El árbitro se acerca, señalando al chico con su silbato.

—¡Expulsado! —Le ordena.

La multitud se divide en dos. Algunos vitorean y otros están en contra de la expulsión. Suelto su camiseta y vuelvo a la cancha, sintiendo cómo el peso del partido recae sobre mí.

El último cuarto continúa y terminamos ganando el partido, pero ninguno de nosotros sentimos que es una victoria, no tras la lesión de Garret. Se lo han llevado en ambulancia al hospital.

En el vestuario el ambiente era agri dulce, íbamos primeros en la liga. Había sido un gran partido, pero todos estábamos preocupados por nuestro amigo. Me ducho con prisa, como si la angustia pudiera irse por el desagüe.

—Garret ha despertado, está bien. —Nos informa el entrenador Smith.

—No tendrías que haberlo dejado jugar. —Le reprocho.

—No olvides que soy el entrenador Ryder.

—Me importa una mierda, usted debe cuidarnos y sabía que no era una buena idea que jugase otra vez. —Le grito furioso.

—Cuida ese lenguaje o te castigaré sin jugar el próximo partido. —Me advierte.

—¡Eh, Cam! —Me llama Travis que está terminando de vestirse—. Vamos a ir ahora al hospital. —Me sugiere.

—Vale, voy a salir a buscar a Sam para avisarla. —Les comento a mis amigos.

—Venga colega, relájate. —Me anima Atlas dándome una palmada en la espalda.

Miro al entrenador que sigue con las manos en las caderas observándome con disgusto. Guardo la ropa sucia hecha una bola en la bolsa y salgo del vestuario para encontrarme con mi chica que está esperándome en el pasillo. Cuando oye mis pasos levanta la mirada. Veo una mezcla de preocupación y ternura. En este momento, todo lo que necesito es abrazarla y es lo que hago cuando llego a ella, respiro e intento calmarme.

—Todo va a salir bien —susurra acariciándome con cariño la nuca, mientras seguimos abrazados.

—Eso espero, gafitas. —Le respondo, tratando de forzar una sonrisa cuando me separo de ella.

—Garret es fuerte, lo superará. —Me dice en un susurro.

—Ojalá cariño, porque hoy se jugaba un contrato con los Chicago Bulls y ahora que se ha lesionado... —No puedo terminar las palabras.

—¡Eh! No tienes la culpa. —Me recuerda acunando mi rostro en sus manos—. Este momento es duro, pero todo pasa por algo, aunque ahora mismo no lo comprendamos.

Asiento, pero imaginar que pueda perder esa oportunidad me entristece. Es lo que hemos soñado durante años y sin él no sería lo mismo. Samantha acaricia mis brazos y en un instante, se alza de puntillas y me besa, haciendo que el peso de la tristeza disminuya.

—Vamos a verlo. —Me propone con cariño—. Estoy segura de que os va a necesitar.

—¿Por qué eres tan maravillosa? —Le digo con una sonrisa de idiota.

—Garret va a estar bien. Vais a jugar juntos en los Bulls, tan solo confía. —Me asegura y no puedo evitar una sonrisa.

—Eso espero cariño.

La cojo de la mano y tiro de ella para el aparcamiento. Estoy cansado. Daría lo que fuera por irme a casa con ella, pero mi amigo me necesita y pienso estar ahí para él.



CAPÍTULO 54





Samantha

Cuatro meses después.

El verano apenas comienza. Las clases han acabado y los chicos se han marchado a pasar las vacaciones en familia. Avery sin embargo se ha ido de viaje a Australia y los únicos que nos hemos quedado en el campus somos Cam y yo. Aunque sé que es por poco tiempo. Hoy Jack, el novio de la madre de Cameron va a hacer una barbacoa y nos ha invitado. Estoy terminando de ayudarle a preparar un cóctel de marisco a Amanda, y en ese momento Cam entra sin camiseta después de cortar el césped.

—Estoy hambriento. —Se queja robando un huevo relleno.

—¡Cam! No metas las manos sucias en la comida. —Le reprende su madre, yo sonrío cuando él me mira con fingida inocencia.

—Está bien. Voy a la ducha. —Nos dice, y cuando pasa por mi lado me da un beso fugaz en la mejilla—. Hasta ahora. —Me susurra con tanto cariño que hace que mi corazón de un salto de alegría y no pueda ocultar una enorme sonrisa.

—Nunca había visto a mi hijo tan feliz desde que murió su padre —confiesa Amanda captando mi atención—. Y es gracias a ti.

—Yo... No he hecho nada señora Ryder. —Le digo avergonzada. Ella suelta una carcajada.

—¿Estás segura? Ese chico que acaba de marcharse con la sonrisa más grande del planeta, antes de ti nunca venía a casa salvo en acción de gracias y porque lo amenazaba. —Bromea. Puedo ver una mezcla de remordimientos y felicidad en sus ojos turquesas.

—Me alegra que Cam venga más a visitarla. —Le aseguro.

—Gracias Samantha, de verdad. Mi hijo ha cambiado desde que tú has aparecido en su vida. Es un chico un tanto cabezota, pero tiene un gran corazón. —Me asegura y asiento—. Así que confía en él. Aunque este próximo curso se marche a Chicago, te seguirá queriendo. Era algo de lo que nosotros no hablábamos. Desde que ese contrato había aparecido en la mesa de Cam, evitábamos hablar del futuro. Tal vez por miedo a afrontar la realidad.

Mi sonrisa se convierte en una mueca torpe y trago saliva para diluir el nudo de tristeza que siento, pero no puedo ser egoísta con él.

—Estoy segura de que va a impresionar a todos. —Le respondo fingiendo una tranquilidad que no siento—. Señora Ryder...

—¿Cuántas veces te tengo que decir que me llames por mi nombre Sam?

—Amanda. —Me corrijo y sonrío complacida—. No he tenido ocasión de darle las gracias personalmente por todo lo que está haciendo por mi madre. Lleva meses sin beber. Tiene apetito y pronto saldrá de la clínica siendo una mujer reinsertada en la sociedad y se lo debo a usted. —Confieso—. Le aseguro que le devolveré hasta el último dólar.

—No me debes nada cariño. —Me asegura.

—¡Samantha! —Me llama Cameron desde alguna parte de la casa—. ¿Puedes venir? —
Oigo que me pregunta.

Miro a su madre que asiente para que vaya con su hijo. Salgo de la cocina y veo a Cam apoyado en la barandilla de la planta superior con un pantalón negro corto y con el pelo mojado. Voy subiendo las escaleras, cuando oigo a la señora Ryder elevar la voz.

—Cameron, no olvides dejar la puerta abierta. —Le ordena.

Cam pone los ojos en blanco y no puedo evitar soltar una risita nerviosa.

—Sí mamá. —Grita para asegurarse de que lo oye—. Ven gafitas. No tenemos mucho tiempo antes de que Jack nos llame para cenar.

—Voy —respondo subiendo las escaleras con prisa.

Cuando llego hasta la primera planta Cam, me coge la mano y me lleva hasta su habitación. Al entrar, Cam entrecierra la puerta pese a la advertencia de su madre. Me quedo sorprendida de estar por primera vez en la habitación de su infancia. Su dormitorio es como un santuario del deporte, con un claro reflejo de que su pasión es el baloncesto. Una canasta de baloncesto pequeña, cuelga de la parte trasera de la puerta, lista para un tiro libre improvisado. En la pared de enfrente de su cama hay un escritorio y encima de este hay una estantería repleta de trofeos que brillan con la luz del sol que entra por la ventana. En la mesita de noche, veo una foto enmarcada de él con sus padres. Me acerco para cogerla, observo a Cam en la instantánea que sostiene una pelota de baloncesto debajo del brazo. Sus sonrisas son el claro reflejo de una felicidad que parece congelada en el tiempo.

Cam se acerca por detrás y me envuelve en sus brazos pegando mi espalda a su pecho. La calidez de su abrazo es tan reconfortante que no encuentro palabras suficientes para describir lo que me hace sentir. Dejo la foto en su sitio y me giro para descansar mis manos sobre sus hombros. Observo al chico con los ojos más bonitos que he visto en mi vida y sonrío sintiéndome la más afortunada del mundo.

—Te quiero, Samantha Parker. —Me susurra con una sonrisa que ilumina su rostro.

—Yo también te quiero, Cameron Ryder —confieso.

—¿De qué hablabas con mi madre? —Me pregunta curioso.

—Le he dado las gracias por pagarle el tratamiento a mi madre y le he asegurado de que algún día le devolveré el dinero que ha invertido en su tratamiento. —Le confieso y él asiente seguro de mis palabras.

—Serás una gran ingeniera química. Ya me imagino verte con tu bata sexy recibíendome en tu laboratorio... —Empieza a fantasear con una sonrisa de chico malo, robándome una carcajada.

—No todas las ingenieras químicas llevan batas. Las hay que están en laboratorios, otras se dedican a la docencia, otras a la industria, emprenden y algunas...

—¿Y tú en qué te piensas especializar? —Me pregunta curioso.

—Todavía no lo sé. ¿Y tú ya lo tienes claro? —Le pregunto y sé que sabe a lo que me refiero.

—Todavía no he firmado el contrato. —Me dice sosteniéndome la mirada.

—¿Y se puede saber por qué? ¡Es tu sueño! —Le recuerdo.

—Lo sé y he tomado una decisión. —Me informa.

Mi corazón comienza a latir con fuerza en el pecho.

—¿De verdad?

Cameron asiente despacio y su sonrisa se borra de sus labios.

—Lo he pensado mucho y tengo que hacerlo por mi bien. Gafitas, es lo que ahora mismo necesito.

—Claro, te entiendo. —Sonrío porque sé que se merece lo mejor. Aunque sé que nada será lo mismo sin él.

—¿Me prometes que me seguirás queriendo? ¿Por muy complicado que sea compaginar estudios, entrenamientos y novia? —Me pregunta dándome un toque en la nariz.

—Siempre te querré Cameron Ryder. —Le digo, sabiendo que será un buen jugador profesional. Será famoso y es probable que termine rompiéndome el corazón—. Así que no te hagas más de rogar con el ojeador y envíale el contrato firmado. Tu madre y Jack se van a poner muy contentos. —Le aseguro apesadumbrada, sintiendo el peso de la realidad sobre mis hombros.

—No lo haré hasta que me prometas que no me abandonarás. —Me pide—. Por muy duro que sea, si me necesitas estaré a una llamada de distancia.

Asiento sintiendo una mezcla de orgullo, tristeza y emoción.

—Estaré bien y tú también.

—Nada de mentiras. —Me recuerda y sonrío.

—Nada de mentiras —repito.

—Serán unos años. Cuando acabes en la universidad volveremos a vivir juntos. Compraré una casa para nosotros. ¡La que tú quieras! Y nos casaremos. —Me promete acariciándome la mejilla y atrapando una lágrima que se me ha escapado sin darme cuenta.

—Vale.

—Lucharemos por lo nuestro, y funcionará. —Me asegura con la voz cargada de emoción.

Veo como la nuez de su garganta baja y sube. Se humedece los labios y me sonrío con dulzura.

—Siempre te elegiré. —Le prometo conteniendo la respiración.

—Y yo a ti, en todas mis vidas.



CAPÍTULO 55





Samantha

No he dormido mucho en toda la noche, Avery no ha parado de moverse a pesar de estar dormida. Me duele el cuello y sé que no ha sido una buena idea dormir en su cama, pero después de ver a mi mejor amiga con el corazón roto, no era capaz de negarle nada.

Hoy volvemos a las clases y hace tres días que su novio la ha dejado. Ha sido inesperado, porque después de viajar con ella por Australia durante todo el verano. Lo último que esperas es que la deje tal como llegan a casa. Me aseguro de poner dos alarmas para no quedarnos dormidas y llegar a tiempo a clase. Así que después del tercer aviso para que se levantara, no me quedó otra que destaparla y quitarle las sábanas. Se quejó. Me maldijo, pero sé que está deprimida.

Caminamos deprisa hasta la cafetería por un par de cafés, para estar lo suficientes espabiladas en nuestro primer día del nuevo curso. No puedo evitar comparar como eran las cosas hace un año. Ahora todo es diferente. Ya no quedaba nada de aquella chica que llegó huyendo de Indiana, con un pasado que la perseguía. Ahora era una mujer distinta, segura y feliz. Debo de reconocer que en parte se lo debo a Avery. En el pasado, mi amiga me consiguió un alojamiento a cambio de una mentira. Al principio pensé que no tendría importancia, pero hacerme pasar por un chico que no existía no fue una tarea fácil, cuando supe que mi compañero de piso era Cameron Ryder. Sin embargo, comprendí que solo la verdad nos hace libres y a pesar de la adversidad en la que comenzó nuestra relación, tengo la sensación de que ocurrió, para que nuestros caminos se unieran y él me cambiara la vida.

—Avery, estoy segura de que ese capullo no te merecía. —Intento animarla.

—No quiero cruzarme con él por el campus. —Me comenta horrorizada y sé que eso es lo que la tiene ausente.

—Tal vez no, pero si lo ves, vas a pasar de él. —Trato de tranquilizarla.

—Ojalá tarde meses en verlo, pero no creo. —Me dice con angustia—. Él está en otra facultad, eso es algo.

—Sí, ¿qué te parece si vas a por los sándwiches y yo voy a por los cafés? —Le sugiero para ganar tiempo.

—Vale, el mío que sea doble, hoy lo voy a necesitar.

—Marchando jefa. —Me despido de ella lanzándole un saludo militar que le saca una sonrisa.

No es una gran sonrisa, pero al menos es algo y eso me vale, por ahora. Me pongo en la cola del café cuando mi móvil suena en el bolsillo del pantalón.

—Hola.

—Mi preciosa gafitas, ¿qué tal has dormido? —Me pregunta con cariño Cam, sacándome una sonrisa.

—Fatal. Avery, no ha dejado de moverse en toda la noche. ¿Y tú?

—Tampoco he dormido mucho, te extrañaba. —Confiesa y sonrío mordiéndome el labio porque me ha pasado lo mismo.

—¿Lista para el primer día de clase?

—Sabes que no. —Me quejo y escucho a Cam soltar una carcajada.

—Venga cariño, para ti va a ser pan comido. —Me susurra a mi oído haciendo que me estremezca y siento que me da un beso en la mejilla.

Me giro sobre mis talones, todavía con la llamada en curso y me lanzo sorprendida a sus brazos.

—Cam, ¿qué haces aquí? Se suponía que estabas...

—¿En Chicago?

No espera a que responda y se inclina para darme un ardiente beso en la boca.

—Terminé de entrenar anoche y regresé a casa.

—¿A qué hora?

—Creo que llegué a las dos.

—Pero...

—Pero solo seremos jóvenes una vez en la vida, y no pienso perderme nada contigo.

—Sentencia sellando esa promesa con un nuevo beso que me roba un suspiro de satisfacción.

Paso los brazos alrededor de sus hombros, mientras que él me atrae por la cintura. Sonrío en su boca feliz y es que no puedo negar que todavía me cuesta creer que lo tendré un año más aquí, conmigo.

Cam negoció con el ojeador de los Bulls y consiguió un contrato, que solo le permite entrenar con el equipo, pero así puede terminar sus estudios aquí, en Cedar Falls. Eso nos da un año más para estar juntos antes de que se convierta en un jugador de baloncesto profesional.

No puedo negar que me siento culpable por ser la causante de su decisión. Nunca le he pedido que se quedara. Cam lo sabe, y me ha repetido varias veces que él lo prefiere así, porque quiere esperar a Garret. Entonces sé que esa fue otra de sus razones para posponerlo y hace que mi sentimiento de culpabilidad pese un poco menos. Tenemos un curso más para disfrutar y sé que este año cuando juegue en con Panthers, va a demostrar que tiene tanto talento, como para que un equipo tan grande como los Bulls, haya accedido a negociar el contrato con un chico de veinte años.

—Va a ser tu año. —Le susurro.

—No pequeña, va a ser nuestro año.



Cameron

Posponer el contrato profesional con los Bulls un año, ha sido la mejor decisión que he tomado. Era consciente que firmar ese contrato era una gran responsabilidad y sabía a todo lo que tenía que renunciar y no podía. Por eso me encanta ir a entrenar con el equipo y después de un largo día, conducir hasta casa para llegar a mi hogar, para estar con Sam. Tengo la certeza de que es el amor de mi vida, quiero casarme con ella, compartir nuestro día a día, pero comprendo que la vida tiene su propio tiempo, su ritmo y nosotros solo tenemos que disfrutar cada etapa del camino. Por eso, pienso exprimir cada segundo a su lado este último año en la universidad, porque cuando me marche, quiero que le quede claro que es ella mi alma gemela. Aunque las cosas cambien, mis sentimientos por ella serán imperturbables en el tiempo.

Han pasado dos semanas desde que las clases comenzaron y no hay rastro de Garret. Sé que la lesión de la rodilla le ha trastocado los planes y me siento mal porque le aseguré que volvería a jugar y lo haríamos juntos.

Hoy el entrenamiento con los Bulls ha sido más duro de lo esperado, y conducir cinco horas para casa es una auténtica tortura, pero como recompensa tenemos tres días festivos que unimos con el fin de semana, son muchos días de descanso. Pero no vamos a descansar...

Sonrío pensando en Samantha. Sé que hoy ha ido a ver a su madre. Me envió una foto de las dos juntas. Ahora que su madre está casi recuperada, sí que le he visto cierto parecido con mi novia. Me desvíó de la US-20 W, en dirección a la estación de autobuses. Allí veo a mi chica que tal como me ve su rostro se ilumina, con una sonrisa radiante.

Aparco el coche a un lado y ella se sube, le doy un beso hambriento e inhalo su perfume que se ha convertido en mi perdición, al igual que sus labios.

—¿Qué tal ha ido? —Le pregunto incorporándonos a la carretera.

—Fenomenal. Cam, mi madre está haciendo un curso de administrativo mientras se cura. ¿No te parece increíble? Me ha estado hablando de las funciones del *Excel* y te juro que por un instante pensé que era otra persona. —Me cuenta ilusionada.

—Eso es maravilloso cariño.

—Te has dejado atrás la entrada para el pueblo.

—Lo sé. —Le digo con una sonrisa que me delata.

—¿Qué tramas Ryder?

Me encojo de hombros y sonrío feliz.

—¿Sabes que los sueños nunca se cumplen si no los pones como una meta? —Le pregunto y antes de que responda, aminoro la marcha, levanto el reposabrazos de mi asiento y le entrego un folio doblado—. ¿Te apetece tomarte un café frente a la torre Eiffel?

Sonríe mientras está procesando lo que está a punto de suceder. Recuerdo aquel día en el que íbamos a su casa a ver a su madre. Sam estaba nerviosa y le pregunté por un lugar en el que siempre había soñado estar. Sé que le prometí que algún día viajaríamos juntos, y ese día es hoy.

Samantha abre el folio y ve que he imprimido las tarjetas de embarque para un vuelo que sale dentro de una hora y media. Me mira fascinada con tanta ilusión que siento mi pecho hincharse de felicidad.

—Estás loco.

—Así es gafitas, loco por ti.

Una petición antes de marcharte...

*Antes de marcharte debo darte las **GRACIAS** de que me hayas dado una oportunidad. Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una valoración y un comentario en Amazon. Para facilitarte el trabajo, solo necesitas escanear este código **QR** y accederás directamente a la valoración.*



Mil gracias por todo.

Agradecimientos

Gracias a ti por llegar hasta el final de esta historia. Gracias a todos los que formáis parte de la familia Laurels, y para l@s recién llegad@s... ¡Bienvenid@s! Sois mi alegría. Gracias por vuestros mensajes cuando termináis una de mis novelas. Vuestro cariño y apoyo son la recompensa más hermosa que podría recibir.

Gracias por haberle dado una oportunidad a la historia de Samantha y Cameron. Aunque os aseguro, de que esto no acaba aquí. Los demás chicos también tienen algo que contar, y la próxima novela, será la de Garret. (Se lo que estáis pensando). Se vienen muchas horas de trabajo, porque Garret es un personaje intenso, ¡y no me lo va a poner fácil! Pero lo que sí sé, es que será una nueva aventura llena de emociones. Espero que nos volvamos a encontrar y estemos juntos de nuevo en otras historias, que también estarán repletas de sonrisas y amor del bueno, de ese que tanta falta hace en este mundo.

Gracias a Claudia, mi increíble portadista. Tu talento es impresionante. Con tan solo unas frases que le di sobre los personajes, ya había captado su esencia y lo había plasmado en la portada dándoles vida. Eres maravillosa, ¡mil gracias!

Gracias a mis lectoras betas, a mis chicas sabias que me ayudan a dar lo mejor de mí. No sé qué haría sin vosotras. Vuestra dedicación, paciencia y todos los consejos que me ofrecéis en cada historia son incalculables. Gracias, siempre gracias.

Gracias a mi familia, a mi pareja, a mis amig@s, a todas las compañer@s de letras. Gracias por estar siempre a mi lado, por apoyarme y por hacer que este viaje literario sea tan especial.

Nos vemos pronto en nuevas historias que espero, que nos ayuden a desconectar de la rutina y a encontrar ese ratito de magia que todos necesitamos. ¡Gracias por acompañarme y por formar parte de este sueño!

¡Hasta pronto!

Kayla L.

Otras novelas que te pueden gustar.



CONSIGUELA AQUÍ



CONSIGUELAS AQUÍ

